

**LA ORDEN CISTERCIENSE
DE LA ESTRECHA OBSERVANCIA
EN EL SIGLO XX**

Primer volumen

De 1892 a la conclusión del Concilio Vaticano II

ROMA
2008

La Orden Cisterciense de la Estrecha Observancia en el siglo XX

PRIMER VOLUMEN

De 1892 a la conclusión del Concilio Vaticano II

SEGUNDO VOLUMEN

Del Concilio Vaticano II a fin de siglo

Fuera de comercio

© 2008 Orden Cisterciense de la Estrecha Observancia

Curia Generalis

Viale Africa, 33

00144 Roma

Italia

ocsoroma@ocso.org

www.ocso.org

ÍNDICE

Agradecimientos | 8

Presentación (*Dom Bernardo Olivera, Abad General*) | 9

PRIMERA PARTE: DE 1892 A LA CONCLUSIÓN DEL CONCILIO VATICANO II

Primera sección: Consolidación de la propia identidad (1892–1922)

- 1 La reunificación de los Trapenses en 1892; las bases de la Orden de los Cistercienses Reformados. (1892–1899)
 - 1.1. Últimas etapas | 13
 - 1.2. El Capítulo de 1892 | 14
 - 1.3. La redacción de las Constituciones y de los Usos, Los Capítulos generales del Siglo XIX | 17
 - 1.4. Anexo I: El título abacial y la residencia del Abad general | 22
 - 1.5. Anexo II: La recuperación de Cîteaux, abadía del Abad General (1898–1963) (*P. Placide Vernet*) | 25
 - 1.6. Anexo III: La situación de los Trapenses con relación a la Común Observancia después de 1892 | 33

- 2 La consolidación de nuestra identidad (1900–1922)
 - 2.1. Intervenciones de León XIII y Pío X a favor de la Orden | 47
 - 2.2. La amenaza que pesa sobre la Orden como consecuencia de la persecución religiosa en Francia (1880–1914) | 49
 - 2.3. Los dos primeros abades generales (1892–1922)
 - 2.3.1. Dom Sébastien Wyart | 63
 - 2.3.2. Mons. Augustin Marre | 75

- 2.4. Algunas figuras de abades de los primeros años de la Orden
 - 2.4.1. Dom Vital Lehodey (1857–1948) | 94
 - 2.4.2. Dom Jean-Baptiste Chautard (*Dom Patrick Olive*) | 107
 - 2.4.3. Dom André Malet | 115
 - 2.4.4. Dom Norbert Sauvage (*Dom Armand Veilleux*) | 129
- 2.5. La guerra de 1914–1918 | 140

Segunda sección: El arraigo (1922–1939)

- 3 El arraigo en la tradición (1922–1939)
 - 3.1. Bajo los abades generales entre las dos guerras
 - 3.1.1. Dom Ollitrault de Kérivallan | 149
 - 3.1.2. Dom Herman-Joseph Smets | 165
 - 3.2. Algunas figuras de abades
 - 3.2.1. Dom Anselme Le Bail (*Dom Armand Veilleux*) | 179
 - 3.2.2. Dom Edmond Obrecht y Dom Frederic Dunne (*P. Louis Merton*) | 188
 - 3.2.3. El Affaire Dom Alexis Presse | 199

Tercera sección: El estallido (1939–1951)

- 4 La Orden en la prueba de la segunda guerra mundial y de sus consecuencias
 - 4.1. En la prueba | 215
 - 4.1.1. El enfrentamiento con la Alemania Hitleriana y el Japón | 216
 - 4.1.2. Latroun en Palestina durante la guerra arabe-Israelí de 1948 | 225
 - 4.1.3. Monasterios bajo el régimen comunista | 226
 - 4.2. El generalato de Dom Dominique Nogues (1946–1951) | 228

Cuarta sección: La adaptación centralizada (1951–1965)

5 El generalato de Dom Gabriel Sortais

5.1. La personalidad de Dom Gabriel Sortais (*Dom Emmanuel Coutant*) | 239

5.2. La evolución de la Orden durante el generalato de Dom Gabriel Sortais | 251

5.3. La unificación de las comunidades: El problema de los conversos (*Dom Ambrose Southey*) | 266

5.4. Testimonio de dos Hermanos conversos sobre los acontecimientos de esta época.

5.4.1. Recuerdos de un converso que lo sigue siendo (*Hno. Aimable Flipo*) | 278

5.4.2. Algunas reflexiones sobre mi vida en Sept-Fons (*Hno. Félicien Scandella*) | 280

5.5. Testimonio del Hno. Cristophe Lebreton en 1986 | 284

Conclusión

6 La expansión de la Orden de 1892 al fin del Concilio

6.1. El punto de partida en 1892 | 289

6.2. Supresión de los monasterios existentes en 1892 | 290

6.3. Fundaciones en Europa de 1892 a 1965 | 293

6.4. Fundaciones fuera de Europa de 1892 a 1965 | 294

6.5. Incorporaciones de Bernardinas o de otras Cistercienses | 296

Conclusiones y cuadros | 296

AGRADECIMIENTOS

ESTOS VOLÚMENES son fruto de una gran colaboración dentro de la Orden. En la imposibilidad de nombrar a todos cuantos han participado en el proyecto, he aquí los colaboradores principales:

COORDINACIÓN Y REVISIÓN:

Augusta Tescari (Vitorchiano), Marie-Gérard Dubois (La Trappe), Maria Paola Santachiara (Vitorchiano)

INVESTIGACIÓN Y REDACCIÓN DE LAS PARTES HISTÓRICAS:

Marie-Gérard Dubois (La Trappe), Maria Francesca Righi (Valserena)

APORTACIONES (estudios y testimonios): los autores—cuarenta en total—están indicados en el índice de materias y al comienzo del texto de su aportación.

TRADUCCIONES de monjes y monjas de las comunidades siguientes:

- versión francesa: Kokoubou, Désert, Echourgnac, Les Gardes, Bon Conseil, La Trappe.
- versión inglesa: Gethsemani, Mississipi, Miraflores, Azul.
- versión española: Huerta, Sobrado, San Isidro, La Oliva, Vico, Carrizo, Armenteira, Nový Dvůr.

MAQUETACIÓN: Elias Dietz (Gethsemani)

PRESENTACIÓN

Los esfuerzos conjuntos, cuando están bien coordinados y tienen un objetivo preciso, suelen ser fecundos. Tal es el caso del programa “OCSO – SIGLO XX” que ha demandado seis años de gestación y crecimiento y que hoy se encuentra en vuestras manos.

Quiénes participaron en la RGM del año 2002 en Via Aurelia (Roma) recordarán que en esa ocasión la Secretaria General de Formación, la H. Marie-Pascale, presentó el programa *Observantiae*, programa elaborado por la Conferencia Regional Francia Suroeste, con ocasión del tercer centenario de la muerte del Abad De Rancé.

En el diálogo que siguió a dicha presentación, me atreví a sugerir continuar dicho trabajo hasta nuestros días. De este modo se completaría el tríptico iniciado con *Exordium* en el contexto del IX centenario de la fundación de la Abadía de Cîteaux. Ofrecí, asimismo un par de orientaciones que, en cierta medida, se han mostrado de utilidad: 1) Aprovechar la presencia de varios testigos de la vida de la Orden en los últimos 40 años. 2) Considerar como eventual título sintético el término “Familia”, teniendo en cuenta de que esta palabra, venida del Santo Padre, abre y cierra el siglo en consideración (Minutas, sesión 22, p.112).

Al hablar de “Familia”, mi intención no era la eventual colaboración de los otros grupos cistercienses ni, menos aún, una historia global de nuestras Órdenes y Congregaciones. Mi propósito era más modesto: un esclarecimiento de nuestra historia e identidad que nos permitiría vivir en comunión diferenciada y complementaria con todos aquellos que participan del carisma del Císter e integran dicha Familia.

Una vez que se comenzó a elaborar el programa, se vio conveniente no retener el término “Familia” como título del mismo. No obstante, la realidad implicada sigue siendo el contexto en el cual ha de comprenderse. Aún más, con gran sorpresa de mi parte me encontré también con un panegírico necrológico preparado en anticipo por un secretario fiel y previsor. Todo esto muestra con claridad la total autonomía y responsabilidad de los autores.

No es necesario hacer aquí una presentación del contenido del programa. El índice se encarga de ello. No obstante, parece oportuno llamar la atención sobre las tres partes del mismo. La primera parte es una visión histórica, documentalmente fundada, de nuestra historia a partir de 1892 hasta el Concilio Vaticano II.

La segunda parte, con la colaboración de “testigos” de aquello que se narra, cubre la evolución que siguió a dicho Concilio. La tercera parte se refiere a diferentes aspectos de la “vida” cisterciense en la Orden a lo largo del siglo xx.

Al igual que los dos programas precedentes—*Exordium* y *Observantiae*—la primera finalidad de este programa es prestar un servicio a la formación inicial y permanente en la Orden. En efecto, quién no conoce de dónde viene difícilmente podrá saber hacia dónde va. O, como nos enseña la experiencia, un árbol sin raíces se desploma ante la primera tormenta. Nuestros jóvenes tienen el derecho y el deseo de conocer la historia y nuestros ancianos el deber y privilegio de contarla.

Pues bien, el trabajo ha sido concluido, el esfuerzo ha sido grande, asimismo es grande nuestro agradecimiento a todas aquellas y aquellos que han prestado generosamente su colaboración con dedicación perseverante y entusiasmo motivante. Que María Virgen, Esposa de San José y Madre del Hijo de Dios, corone con los dones del Espíritu la obra iniciada.

Bernardo Olivera
Abad General
Roma, Marzo de 2008

PRIMERA PARTE:
DE 1892 A LA CONCLUSIÓN DEL CONCILIO VATICANO II

PRIMERA SECCIÓN:
CONSOLIDACIÓN DE LA PROPIA IDENTIDAD (1892-1922)

La reunificación de los Trapenses en 1892: las bases de la Orden de los Cistercienses Reformados (1892-1899)

1.1. ÚLTIMAS ETAPAS

Un momento que ha podido significar, de modo anticipado, una comunión real entre Cistercienses fue el congreso organizado en junio de 1891 en Dijon con ocasión del octavo centenario del nacimiento de san Bernardo ¹. La celebración podía ser la ocasión concreta de verificar la unión existente entre las diversas observancias, en el único carisma cisterciense y bernardino.

Se encontró, de hecho, que ese mismo día los abades cistercienses de la Común Observancia tenían su propio Capítulo General para elegir su Abad General, de suerte que no fue posible a ninguno de ellos participar en el Congreso ². A pesar de esta ausencia, las festividades bernardinias fueron, no sólo un acontecimiento espiritual y cultural sino un momento histórico, pues permitieron una reunión fraterna entre miembros de diversas Congregaciones Trapenses. 82 monjes, abades y monjes, provenientes de unos cuarenta monasterios, vivieron un momento de comunión que les llevó a desear una unidad más completa en el mismo y único carisma compartido.

En el entusiasmo del encuentro, los abades firman su última petición a la Santa Sede para que puedan constituir una Congregación autónoma con un Abad General salido de sus filas ³. Después de haber reconocido que la Santa Sede los consideraba como cistercienses en igualdad con la Común Observancia, motivan

1 En aquel momento se situaba el nacimiento de san Bernardo en 1091, lo que según el historiador contemporáneo H. Bredero, sería, en definitiva, la fecha correcta, incluso habiéndose datado, después de Chomton y Vacancard (1895) en 1090.

2 Algunos han sostenido que la fecha había sido escogida intencionalmente, para evitar todo contacto entre los trapenses y otros cistercienses. Pero esto no ha sido probado.

3 Hasta entonces, formaban tres Congregaciones autónomas: Dos (La Belga y la Antigua Reforma) seguían los reglamentos de Rancé del siglo XVIII; la tercera (Nueva Reforma) que juzgaban a éstos como una mitigación de la Regla, los rechazaba y pretendía practicar en toda su pureza la Regla benedictina y los Usos de Cîteaux.

su demanda subrayando la diferencia de vida con ésta y el hecho de que no están implicados en el Capítulo General que debe elegir al Abad General para suceder a Dom Bartolini, aún siendo más numerosos y observando los Usos y costumbres de Cîteaux ⁴.

A decir verdad, hubo aún algunas peripecias en su marcha hacia la unidad. Para no asustar a los abades de la Congregación de la Trapa (Nueva Reforma), dom Wyart, abad de Sept-Fons (Antigua Reforma), que empujaba a la unión tanto más cuanto que sabía que eso era el deseo del Santo Padre, no hablaba más de Rancé, sino que se refería únicamente a la Regla y a los Usos de Cîteaux, a la vez que pensaba introducir en las futuras Constituciones algunas “modificaciones necesarias a los tiempos y a las saludes”, las mismas que Rancé había admitido. Pero el abad de Westmalle, al no ver mencionados ya los Reglamentos de Rancé, creyó que le pedirían renunciar, lo cual no podía aceptar. Rehusó, pues, sumarse al proyecto de unión, prefiriendo quedar todavía bajo la autoridad (bien es verdad que completamente formal) del “Presidente General de los cistercienses”.

A pesar de todo, a fin de cuentas, el 20 de julio de 1892 la Santa Sede prescribió a las tres Congregaciones Trapenses y a la de Casamari que se reunieran en Capítulo General en Roma el 1 de octubre de 1892, con el tema, según el programa, de formar entre todos una sola Congregación, bajo modalidades a definir ⁵.

1.2. EL CAPÍTULO DE 1892

Del 1 de octubre, víspera (entonces) de Ntra.Sra. del Rosario, al 13 de octubre tiene lugar el Capítulo General de las cuatro Congregaciones bajo la presidencia del Cardenal Mazzella. Las dos Congregaciones que siguen los reglamentos de Rancé representan 21 votos, de los que 7 son para la Congregación Belga (El abad de Chimay está enfermo y el de Westmalle es reemplazado por un delegado) y la que se dice de la primitiva observancia (Nueva Reforma: La Trapa, Mellerey...) es fuerte con 28 votos. Los dos procuradores están presentes y se les reconoce el derecho de voto. Hay cinco superiores ausentes por razones de distancia (Australia y China) o por motivos de salud, sin haberse hecho representar, pero el abad de Chimay, que se encontraba en Roma, pudo participar en ciertas sesiones, lo que explica,

⁴ El texto de su petición en *Anal.Cist* 1992, pp. 228-230

⁵ De paso a Tilburg, dom Wyart pidió a la comunidad su cooperación espiritual a favor de la causa de la unidad de la Orden. Un novicio joven que le escuchaba, Fr. Louis-Marie de Gonzague, tuvo la inspiración de ofrecer su vida por esta causa. Dom Wyart dudó antes de aceptar. Poco después, el joven hermano moría de tuberculosis a los 19 años y tres meses. Hizo su profesión *in articulo mortis* el 20 de septiembre de 1892, una semana antes de la apertura del Capítulo General.

sin duda, que a veces los sufragios expresados en los votos sumen 52 ⁶. De entrada, los tres representantes de Casamari se retiran de las deliberaciones: dependen directamente de la Santa Sede y no tienen ganas de ponerse bajo la dependencia de un Abad General, entrando en una nueva Congregación.

El discurso de apertura del Cardenal expone los motivos de la convocatoria: No se trata de corregir algunos abusos sino de pasar de lo bueno a lo mejor con vistas a un bien mayor, es decir, para una reforma en el espíritu de conversión que forma la Orden a imagen de la Iglesia, con un jefe supremo, como lo es el Santo Padre; y organizado según la constitución fundamental de la Orden, a saber “La Carta de Caridad”.

El Santo Padre os ha hecho un gran honor y os ha testimoniado un interés particular por esta convocación, de las que se encuentran raros ejemplos en la historia. Lo ha hecho para el beneficio y perfección de vuestra Orden. Para ese fin la Iglesia quiere en primer lugar haceros más fuertes y para ello desea vivamente veros más unidos, pues la unión hace la fuerza. (...) En esta obra de unificación encontrareis dificultades (...) Todo cambio parece un ataque a la Regla, a las Constituciones, a los Usos (...) La Iglesia os da el ejemplo de una justa discreción; no teme volver sobre ciertas decisiones para acomodarse a los tiempos y a las diferentes circunstancias. Está incluso decidida a volver sobre sus Decretos. Ahora bien, seguir a la Iglesia es marchar por una vía segura. Se debe aún evitar otro escollo: confundir todo sin distinguir lo que es esencial y fundamental de lo que es accidental y secundario (...) ¿Sería razonable aferrarse a ciertos detalles en detrimento de lo que es primordial? ¿Sería prudente negarse a la unidad de la Orden por no abandonar algunas prácticas secundarias?

Se buscó cómo operar este cambio en el espíritu de una justa discreción que pudiese encontrar las adaptaciones de acuerdo con los tiempos, a la vez que manteniendo todo lo que es esencial y dejando atrás todo nacionalismo, injustificado para quienes pertenecen a la universalidad de la Iglesia. ¿Sobre qué base fundar la unión pedida por la Santa Sede y deseada por una amplia mayoría? Los documentos fundamentales son: La Regla, La Carta de Caridad y los Usos de Cîteaux ⁷. Algunos querían que se atuviese a esas referencias. Pero en la práctica ¿se podría

6 Del punto de vista de la situación geográfica de los monasterios, estos 51 Capitulares se reparten entre 24 franceses (con Argelia pero sin Alsacia), 4 holandeses, 4 belgas, 4 norteamericanos, 2 españoles, 2 italianos, 2 irlandeses y un representante de Gran Bretaña, Prusia, Bosnia, Westfalia, Alsacia, Austria, África del Sur, Palestina y Siria. A decir verdad, en varios monasterios, fundaciones de Francia, los superiores son aún franceses.

7 Así se pronunció el Capítulo General de la Observancia de Rancé en 1891: 2ª cuestión: ¿Cómo o sobre qué base quiere usted esta unión? R/ unanimidad: sobre la santa Regla, los Usos de Cîteaux, la Carta de Caridad *con las*

seguir la Regla en todo su rigor? A propósito de las horas de comida en invierno y en cuaresma, los debates fueron vivos. Las posiciones parecían alejadas unas de otras, pero, al mirarlas de cerca, ¿podría decirse que eran tan divergentes? Ciertamente, unos comían en invierno a partir de las 12 y no esperaban a Nona o a Vísperas, como lo manda la Regla de san Benito, pero no tomaban “mixto” o desayuno, siendo así que los otros podían tomar un “mixto” a las 10 u 11 de la mañana. ¿Es que entre un mixto a las 10 y un almuerzo después de Nona o Vísperas, de un lado, y una comida a mediodía y una colación por la tarde, de otro, no había equivalencia? Algunos temían, es cierto, que se sumase mixto, comida y colación y después ¡los principios son los principios! El Cardenal, que temía que este problema destruyese la aún frágil unión, se las arregló para que el Capítulo preguntase a la misma Santa Sede. Pero ésta remitió el problema a la Orden y fue necesario retomarlo en el Capítulo de 1893: por 37 votos contra 15 se aceptó, desde 1892, el uso de aceite y mantequilla como condimentos.

El tiempo concedido al trabajo variaba también entre las dos observancias (3 horas o 6 horas), pero este punto pareció menos crucial a los capitulares, que optaron por la flexibilidad: ¡El trabajo duraría entre tres y seis horas!

Felizmente, el voto a favor de la unión se produjo antes de estas discusiones: La unión fue votada por 47 votos a favor, 5 en contra (y las tres abstenciones de Casamari). En cuanto a la independencia de la nueva Congregación así formada, con relación al Presidente (o al Abad General) de la Común Observancia, fue votada con 44 votos contra 7. La Congregación sería llamada “Orden” con un Abad General que confirmaría él mismo las elecciones abaciales y residiría en Roma. Por 37 votos contra 7, se quiso que la Congregación fuese repartida, para las Visitas Regulares, no por nacionalidades o provincias sino por los lazos de la filiación, en base a la Carta de Caridad.

Los capitulares quieren ajustarse explícitamente a la tradición cisterciense. La apelación de la Orden no será “trapense”, sino “cisterciense reformada”, añadiendo, eso sí, “de Nuestra Señora de la Trapa”. Esta última alusión a la Trapa molesta al abad de Port-du-Salut, así como a otros: El nuevo Abad General dará cuenta de ello en una carta a la Santa Sede en diciembre de 1892. Sin embargo la Santa Sede la mantendrá hasta la compra de Cîteaux en 1898⁸. A los ojos de dom Wyart, el hecho de haber elegido Roma y no la Trapa como lugar de residencia del General subraya aún más el alejamiento de la tradición de Rancé⁹.

modificaciones necesarias a los tiempos y a la salud. En el capítulo de la Observancia de la Trapa, no se ha hablado de “*modificaciones necesarias a los tiempos y a la salud*”.

8 El cardenal Verga, en una carta del 31 de diciembre de 1892 insiste en que la mención de la Trapa quede en el título de la Orden, pues recuerda a todos el rigor necesario, cuando se está tentado de ceder a la molición y a la laxitud de las costumbres.

9 Lo decía ya de un modo muy explícito en una carta del 15 de enero de 1892 al abad de Sénanque, cf. *Anal.*

En la 9ª sesión, dom Sebastien Wyart, abad de Sept-Fons y Vicario General de su observancia, fue elegido Abad General en la primera vuelta con 28 votos. El abad de Mellerey, Vicario de la otra observancia, obtuvo 19. Se procedió enseguida a la elección de “Definidores”: Como tendrían que preparar el proyecto de las nuevas Constituciones, serían en número de seis y, por esta primera vez, la elección estuvo equilibrada entre las dos observancias: El abad de Achel, dom Malachie Verstraaten, y los subpriors de Chambarand, P. Agustín Dupic y de Mont-des-Olives, P. Hubert Juchem, por parte de la observancia de Rancé. El abad de Timadec, dom Bernard Chevalier, el prior de Tre Fontane, P. Jean Grandjacquot, y un monje de Mount-St- Bernard, P. Agustin Collins, por la observancia llamada de la Trapa. No obstante, este último parece que no aceptó su elección (no estaba presente en el Capítulo) y fue reemplazado en el curso del año por uno de sus hermanos más joven, el P. Basil Sheil, nombrado Procurador, quien, desgraciadamente, murió el 11 de mayo de 1893 a los 37 años.

El 14 de octubre de 1892, al día siguiente del Capítulo, los capitulares tienen una audiencia privada con León XIII. El Santo Padre los felicita por haber podido unirse en la concordia: “Esta importante fusión dará una nueva vida a la Orden Cisterciense y será para ella fuente de los más preciosos beneficios...”

El 8 de diciembre aparece el decreto que confirma la nueva organización de los trapenses en una sola Orden: Orden de los Cistercienses Reformados de Nuestra Señora de la Trapa. Los decretos anteriores de 1834, 1836, 1839, 1847, y 1884, que organizaban las tres Congregaciones hasta el momento fueron abrogados. Un segundo decreto (*Pastoralis muneris*) fechado el 17 de marzo de 1893 confirma las decisiones del Capítulo General en lo referido a la observancia: provisionalmente, cada superior queda libre para elegir uno de los dos horarios propuestos.

1.3. LA REDACCIÓN DE LAS CONSTITUCIONES Y DE LOS USOS, LOS CAPÍTULOS GENERALES DEL S. XIX

1.3.1. El primer Capítulo General

Del 12 al 21 de septiembre de 1893 se reúne en Sept-Fons, el primer Capítulo General, presidido por el nuevo Abad General. Este Capítulo elabora las nuevas Constituciones¹⁰. Entre los temas abordados, algunos son muy prosaicos, como el de

*Cist.*1992. p. 254.

¹⁰ El proyecto de las Constituciones no contiene aún más que 48 artículos sobre los siguientes capítulos: I Las fuentes. II El Capítulo General. III El Abad General. IV Los definidores. V El Procurador general. VI El Abad y el

que los coristas lleven barba (21 sí y 22 no: finalmente, se decide que no la lleven, salvo donde la lleva el clero local). Pero el punto de discordia más importante entre las Observancias se refería a la hora de la comida principal, muy difícil de fijarla de común acuerdo, como ya se había puesto de manifiesto en 1892. Se votó, en primer lugar, sobre el principio de un mismo horario para todas las casas (39 contra 5), que sería el de la Regla (24 contra 20) pero con arreglos a precisar. Las proposiciones concretas presentadas después no obtuvieron la mayoría requerida. Finalmente, dom Wyart abogó por que se mantuviera la comida al mediodía en invierno y durante la cuaresma, con colación por la tarde y “frustulum” o pequeño desayuno ligero libre por la mañana. Es, prácticamente, el horario de Rancé, el cual fue votado por 31 votos contra 13. Pero la letra de la Regla queda a salvo, pues el horario aprobado establece que en cuaresma las vísperas se celebren a las 11h: así pues, se come efectivamente después de las vísperas. Así mismo, como simple ayuno de Orden, Nona se celebrará al final de la mañana ¹¹.

Las monjas de la Orden que pertenecían antaño a una u otra Observancia tenían reglas diferentes para la admisión de novicias: en la “Nueva Reforma”, se hacía un año de noviciado, seguido de los votos perpetuos, mientras que en la “Antigua Reforma”, los votos perpetuos eran precedidos de tres años de votos simples. El Capítulo pidió que la Santa Sede restableciese la uniformidad sobre el modelo de la “Antigua Reforma”. Las cistercienses de la Fille- Dieu (cantón de Friburgo en Suiza) pidieron entrar en la Orden.

Los 56 monasterios fueron colocados por orden de antigüedad y dom Eugène Vachette, abad de Mellerey, fue elegido “Vicario”, pero su misión se reducía a reemplazar al Abad General después de su muerte hasta la elección del sucesor. Preside así mismo el Capítulo General cuando el Abad General está impedido de asistir. Se renueva el Definitorio: no quedan del primero sino el P. Agustín Dupic (por un año) y dom Bernard Chevalier, cuya dimisión ha sido negada (Será aceptada finalmente después del Capítulo por dom Wyart que nombrará, para reemplazarle, al P. Benoît Chambon de Aiguebelle, quien será elegido Procurador hasta el Capítulo de 1908). Se nombra definidores al abad del Desierto dom Cándido Albalat, y dos monjes de Sept-Fons, los PP. Urbain Houvenaghel y Tiburce Benoist. Estos deberán dar la última mano a las Constituciones y preparar los nuevos Usos.

prior. VII La observancia uniforme. El último artículo, el 48 dice: Hay que desplegar todo el esfuerzo para que la observancia permanezca uniforme como lo quiere la naturaleza misma de nuestra Orden. Para ello “que no haya en nuestras acciones ninguna discordia, sino una sola caridad, una sola Regla y costumbres parecidas”. (CC1,4)

¹¹ Solamente en el Capítulo de 1949 fue decidido poner nuevamente las vísperas en su lugar, es decir por la tarde, durante la cuaresma. Pero en el horario aprobado por este Capítulo, Tercia y Sexta quedan fijadas en cuaresma a las 7 h 30 y Nona a las 8 h 30... ¡Para las monjas también una media hora antes! El indulto del 7 de diciembre 1955 autorizó la celebración de la Misa en cuaresma después de Tercia y permitió así que se recen Sexta y Nona a sus horas convenientes.

Al término del Capítulo, los abades que habían firmado una petición al Santo Padre a favor de la canonización de la beata Margarita María de Alacoque, acudieron a Paray-le-Monial para consagrar la Orden al Sagrado Corazón.

1.3.2. El segundo Capítulo General

Del 12 al 20 de septiembre de 1894, el segundo Capítulo General se reunió en Tilburg (Koeningshoeven) y se ocupó de los Usos. Hicieron falta seis días para aprobar el proyecto preparado por los definidores. Las Constituciones habían sido aprobadas y confirmadas por la Santa Sede, por el decreto del 25 de agosto precedente. El carácter clerical de la Orden se manifestó por el hecho de que sólo tienen derecho de voto en el capítulo, incluso para la elección abacial, los monjes que tienen las ordenes sagradas, aunque sólo sean profesos simples (salvo para cuando se trata de admitir a la profesión solemne, aunque ese voto sólo sea consultivo). Algunos hubieran querido que se volviese sobre esta cuestión, que quitaba sus derechos a los profesos solemnes no sacerdotes, pero finalmente el Capítulo pensó que esto no era oportuno.

La Comisión creada en el Capítulo anterior continuó trabajando en la edición de libros de canto, con los antiguos neumas según la tradición cisterciense: dicha comisión se encargó de la composición de los nuevos oficios, tales como el del Santísimo Sacramento. La nominación del Definitorio se hace según las nuevas Constituciones: dos de lengua francesa, uno por la alemana, inglesa y holandesa. El mandato es normalmente por cinco años, de un Capítulo General a otro. Sin embargo, para festejar el octavo centenario de Cîteaux, el Capítulo de 1898 sería plenario: entonces se renovó el Definitorio de 1894.

El 17 de septiembre, los capitulares toman parte en la dedicación de la iglesia de Tilburg. Decidieron que el Capítulo siguiente tuviera lugar el 24 de agosto de 1895 en la Gran Trapa, que, a su vez, contemplaba proceder a la consagración de su iglesia reconstruida, pero dom Wyart anulará la cita por alguna razón desconocida. El Capítulo se celebrará, pues, en la fecha tradicional en la abadía del General.

1.3.3. El tercer Capítulo General de Sept-Fons del 12 al 20 de septiembre de 1895

El trabajo de este Capítulo versó principalmente sobre los Usos de las monjas. Pero el proyecto queda en la espera: se teme que la Santa Sede aproveche para sustraer a las monjas del gobierno de la Orden. Se decide, por lo tanto, no presentar nada. Se pedirá solamente que las Constituciones de 1883 de la “Nueva Reforma” se apliquen a todas las monjas.

Con motivo de los 25 años de la toma de Roma, el Capítulo hace llegar a la Santa Sede un mensaje de solidaridad. Se ocupa también de la ley fiscal francesa llamada del Abono, del 16 de abril de 1895¹². El cillerero de Aiguebelle, P. Jean-Baptiste Chautard, es invitado a dar una opinión sobre esta ley, cuyo objetivo era la destrucción de las Órdenes religiosas. Se decide resistir y no someterse espontáneamente.

La comisión que estaba encargada de ello, presenta un plan de estudios para la formación de los futuros sacerdotes. Se pone al corriente al Capítulo de los tratos concernientes a la compra de Cîteaux y de Santa Cruz de Jerusalén en Roma (ver § 1.4). Se ocupan así mismo de los Usos de los Conversos. Los monasterios son sujetos a una tasa para satisfacer las necesidades de la Casa Generalicia.

Las Constituciones y los Usos fueron impresos en un solo volumen en 1895. El prefacio anota que “aprobando las Constituciones de la Orden de los Cistercienses Reformados de Ntra. Sra. de la Trapa, la Santa Sede Apostólica coronaba la obra de unión, para la que el decreto del 20 de julio de 1892 había invitado a las tres Congregaciones Cistercienses de la Trapa”.

1.3.4. el cuarto Capítulo General

Del 12 al 17 de septiembre de 1896 se celebra en Aiguebelle el cuarto Capítulo General, aún bajo la presidencia de dom Wyart, con 34 participantes. Dom Wyart entretiene largamente a los capitulares con el proyecto de la unión de las dos Órdenes en vistas al octavo centenario del nacimiento de la Orden en Cîteaux. Pero es imposible soñar con una unión que no respetaría la identidad expresada en las Constituciones de cada Orden. Se encarga, pues, a una comisión que examine este deseo de unificación. Se estaría dispuesto a renunciar al nombre de “Trapa” en el título oficial y a prever varias Congregaciones autónomas, con sus propias observancias, pero no habría más que un solo Capítulo General y un solo Abad General, elegido por todos los abades.

El proyecto tenía muy interesado a dom Wyart, hasta el punto de forzar un poco las cifras de la consulta que había realizado en los monasterios, para dar una respuesta más ampliamente positiva. Contó entre los favorables a los que no tenían opinión e incluso añadió las voces de las monjas, que no habían sido consultadas. Sin embargo, el proyecto no salió adelante a causa de la negativa de la Común Observancia (Temía ser dominada por los trapenses, más numerosos, cf. § 1.6). Sin duda, la gestión de dom Wyart no fue muy oportuna y respetuosa para con los

12 Ver en el Capítulo 2, § 2.2. más detalles sobre las amenazas que pesaron sobre los monasterios de Francia

otros, como testimonia la tentativa de compra de Santa Cruz de Jerusalén, de la que el Capítulo fue puesto al corriente (Cf. § 1.4).

Los monjes de Akbés, en Siria, conocieron momentos penosos por la crisis que atravesaba el imperio otomano. Invitados a ponerse a buen recaudo, se negaron para no poner en peligro a las poblaciones civiles circundantes, protegidas por su presencia. Sitiados durante tres días por unas bandas de kurdos que amenazaban con asesinarlos, se salvaron sólo por el hecho de prevenir a las autoridades militares, que enviaron refuerzos.

Se tuvieron en cuenta las demandas de diversas fundaciones a las que no se pudo responder favorablemente. La Orden pierde en el curso del año a su Protector, el cardenal Mónaco Lavaletta, por el que se celebra un servicio solemne. Su sucesor será el cardenal Mazzella que había presidido el Capítulo de 1892.

1.3.5. El Capítulo del octavo centenario de Cîteaux, Tre Fontane, 21 de abril de 1898

El año 1897 no se celebró el Capítulo. Hubiera debido ser plenario, es decir que los superiores de las casas alejadas tendrían que haber participado; se prefirió que todos se reunieran en la primavera de 1898 para celebrar juntos el octavo centenario de Cîteaux. Este Capítulo plenario se celebró en Roma, en Tre Fontane, del 21 al 26 de abril.

Un triduo, predicado por el provincial de los redentoristas, el P. Desurmont, precedió a la celebración solemne de este octavo centenario, el 29 de abril en la fiesta de san Roberto, en presencia de cuatro cardenales, entre quienes se encontraba el nuevo Protector de la Orden, el cardenal Mazzella, y con la participación de los Superiores Generales residentes en Roma. Dom de Hemptine, Primado de los benedictinos, celebró la misa solemne.

En este Capítulo se trató de los pasos dados por dom Cándido, en los monasterios cistercienses de España, con vistas a una afiliación espiritual con la Orden. Veinticinco monasterios estuvieron dispuestos a dar este paso, cuya autorización fue pedida a la Santa Sede (Ver § 11.2.).

El Abad General, al sacar conclusiones de las Visitas Regulares efectuadas, subraya que la Orden tiene necesidad de lo siguiente:

- Fortificar en nosotros el principio de autoridad.
- Evitar debilitarse a causa de múltiples fundaciones y empresas.
- Velar con más cuidado la admisión y la formación de novicios.
- Intensificar la vida interior mediante la perfecta observancia de la Regla de san Benito.

1.3.6. El primer Capítulo celebrado en Cîteaux, del 12 al 17 de septiembre de 1892

La tradición de celebrar los Capítulos Generales en Cîteaux se retoma en 1889. El rescrito del 4 de julio de ese año, reconoció a la abadía como la Casa Madre de la Orden: Estatuyó que el Abad General sería su titular y que la Orden abandonaría la mención de la Trapa en su denominación oficial. Dom Wyart ve en ello el signo de una etapa nueva en la vida de la Orden. La vuelta a la tradición de los orígenes más allá del paréntesis trapense. Pero hay mucha distancia aún entre el signo y la realidad vivida en las comunidades. Ello será la obra de los decenios venideros.

Los capitulares se reparten en cuatro comisiones, encargadas de estudiar separadamente los diferentes problemas: Las cargas de la Orden y las dificultades causadas por la situación política; las rúbricas, las ceremonias, los Usos, el canto etc., las actas de las Visitas Regulares, los problemas concernientes a las monjas. Cada comisión da cuenta de su trabajo y presenta eventualmente las cuestiones a decidir por el Capítulo. Por vez primera los informes de las Visitas son estudiados sólo por una comisión, que concluyó que no había nada que pidiese una intervención del Capítulo, aparte de tres o cuatro casos.

1.4. ANEXO I: EL TÍTULO ABACIAL Y LA RESIDENCIA DEL ABAD GENERAL

El Capítulo General de 1892 decidió que el Abad General debía renunciar a su abadía y convertirse de derecho en abad de Tre Fontane. No obstante, el gobierno habitual de la comunidad estaría asegurado por el prior local, y el Abad General podía intervenir en la administración de la abadía cuando lo juzgara necesario. Antes de la elección del 11 de octubre de 1892, el prior-superior de Tre Fontane, dom Jean Grandjacquot elevó una protesta por el hecho de que la comunidad no iba a poder elegir a su superior. Su protesta fue registrada pero no se tuvo en cuenta.

Sin embargo, confirmando las actas del Capítulo General, el 8 de diciembre, la Santa Sede prescribió que dom Wyart conservaría hasta el Capítulo siguiente su título de abad de Sept-Fons y el indulto del 14 de enero de 1893 se contenta con nombrarlo Administrador Apostólico de Tre-Fontane, en lugar de dom Jean Grandjacquot, quien volvió a Acey. El proyecto de Constitución preparado por los definidores para el Capítulo de 1893 volvía a tomar la proposición de 1892, que

el Abad General fuera de derecho abad de Tre-Fontane, pero el Capítulo no lo retuvo.

Como lo revela dom Wyart en una carta de 1893¹³, la negativa a otorgar el título de abad de Tre-Fontane al Abad General, provenía de la oposición del cardenal Oreglia, abad comendatario de esta abadía desde 1877¹⁴. Bastante apegado a su título, a su jurisdicción y sobre todo a las rentas que de ahí obtenía, se sintió molesto por la decisión del Capítulo General, que había llegado a sus oídos. Preguntó al Papa: “Vamos a ver, pero ¿cuántos abades hay en Tre-Fontane?” El Papa, para no contrariar al Cardenal, había sugerido que dom Wyart llevase solamente el título de Administrador Apostólico. A decir verdad, desde 1880 la comunidad había recibido la facultad de elegir un abad regular al frente de la misma. Se había convenido entonces que este abad llevaría el título de abad de los monjes de Tre Fontane, mientras que el comendatario conservaría el de abad de la abadía de los SS. Vicente y Anastasio, en Aguas Salvias. Pero ¿no era este último título el que había recibido el Abad General?

Dom Wyart conservó la administración de Tre Fontane hasta su muerte acaecida en 1904, incluso después de haber cambiado su título de abad de Sept-Fons por el de abad de Cîteaux. Esta administración resultó ser un peso para él, pues la situación económica de la comunidad no era brillante. Por un momento delegó el cargo al abad de Catacumbas, pero hizo venir a Tre Fontane a monjes competentes que podían ayudarle, especialmente a un joven alsaciano de 27 años, aún no profeso solemne, el P. Léon Ehrhard¹⁵. Una vez profeso solemne, ordenado sacerdote el 15 de agosto de 1894, sería elegido como prior-superior en 1900 y dirigiría los destinos de Tre Fontane durante 46 años (¡Con título abacial a partir de 1919!)

El Abad General residía en la Procura, en la ciudad de Roma, con los definidores. No podía continuar siendo abad de Sept-Fons y como el título había sido confiscado por el cardenal comendatario, buscó el modo de encontrar un lugar en Roma mismo, que fuera el lugar de la Curia Generalicia. Desde 1894 puso su mira en la abadía lindante con la basílica de Santa Cruz de Jerusalén. Estaba vinculada a los cistercienses de la Congregación italiana de san Bernardo. Pero el gobierno la había confiscado en 1871, no habiendo dejado más que un pequeño apartamento a algunos monjes que atendían la basílica. Convertida en cuartel y hospital militar, dom Wyart se imaginó que no produciría perjuicio alguno a los cistercienses si

13 Cf. *Anal. Cist.* 1984, pp. 146-148.

14 Sería el último abad comendatario de Tre-Fontane. A su muerte, el 7 de diciembre de 1913, el Santo Padre se reservaría la abadía.

15 El prior le objetó que el médico no daba un mes de vida al hermano que tenía dificultad de contentarse con la poca comida y sueño del régimen trapense. Dom Wyart esperó un mes y escribió al fin al prior diciendo: “Aún no he recibido el anuncio de la muerte de Fr. León; así pues, ¡qué venga!”.

arrancaba la abadía a las autoridades civiles italianas, devolviéndola a su verdadero destino religioso. Pero, evidentemente, los cistercienses veían las cosas de manera diferente y se lo hicieron saber: encontraban inaceptable que la abadía pasase a la otra Orden, sobre todo, después de que ésta se había separado de ellos en 1892. Pensando que hacía, en resumen, una buena obra en beneficio de todos ¹⁶, dom Wyart hizo oídos sordos a dichas protestas. No se dio cuenta de la humillación que representaba para la Congregación italiana la pérdida de dicho lugar, uno de los últimos que le quedaba en Italia, en el momento en que, diezmada por las medidas gubernamentales, estaba tan debilitada que parecía no poder recuperarse, al decir del Presidente General ¹⁷. Dom Wyart, con el apoyo asegurado de algunos cardenales, entre los que se encontraba el Secretario de Estado y el mismo Papa, emprendió los pasos necesarios con el gobierno para comprar el monasterio al Estado italiano. A favor de su causa, invocó los servicios prestados a la Nación por la sociedad agrícola de Tre Fontane, dirigida por los monjes, en el Agro Romano, al precio de un buen número de víctimas del paludismo.

Estos pasos parecieron, en principio, dar resultado. Dom Wyart lo anuncia triunfalmente a todas las casas de la Orden el 15 de mayo de 1895 y el Capítulo General de septiembre da su venia para la compra del monasterio. Esto será, escribe, “La digna coronación de nuestra Orden; tendremos en la Ciudad eterna una comunidad que reclutará sujetos excelentes en los numerosos seminarios, lo que nos ayudará a ganarnos la estima general...” Esto no era seguro: El cardenal Parocchi, Vicario de Roma, asegura en 1898 que si los trapenses echaban a los cistercienses del servicio de la basílica, se harían odiosos al pueblo de Roma y a un buen número de prelados. El asunto se alarga y el conflicto entre las dos Órdenes se agudiza. El Procurador de los cistercienses italianos se queja de los trapenses al Papa, el 25 de diciembre de 1896; se les hace llegar una copia de la carta y dom Benoît Chambon, su Procurador, la rechaza en la Congregación de los Obispos y de los Regulares, el 25 de enero de 1897, con un cierto éxito ya que el Papa hace saber a dom Wyart que apoya su empresa.

Pero, en fin de cuentas, el ministro de Bellas Artes pone dificultades, con un mal corazón que ya no disimulaba, y hace el negocio demasiado oneroso. Dom Wyart, con la aprobación del Capítulo de 1896, está dispuesto a renunciar. Contempla abandonar la partida con tanta más facilidad, ya que las perspectivas de compra de Cîteaux se refuerzan desde 1895, aunque, en 1896, todas las dificultades

¹⁶ Dom Wyart se comprometía a dejar en su sitio a los que ocupaban los lugares. A decir verdad necesitaban refuerzos para asegurar el servicio de la basílica y hacía muchos años que los trapenses les ayudaban los domingos y fiestas, según nos cuenta nuestro Procurador, dom Benoît Chambon, en la carta, antes mencionada del 25 de enero de 1897. La desolación en la que se encontraban los edificios daba pena.

¹⁷ Carta del 24 de agosto, citada en la *Union cistercienne* de noviembre 1894, p. 88.

no se habían aún atenuado. Abandona al fin la idea de adquirir Santa Cruz de Jerusalén con la seguridad dada por el Cardenal Protector de que podría obtener el título de abad de Cîteaux, si ese monasterio era comprado ¹⁸.

De hecho Cîteaux se rescata en 1898, y se establece allí una comunidad desde el 2 de octubre. Dom Wyart es elegido abad de Cîteaux el 9 de febrero de 1899 y el rescripto que confirma su elección, el 4 de julio, decreta que en el futuro, Cîteaux será la casa madre de los Cistercienses Reformados, ya que el Abad General era, por el mismo hecho de serlo, abad de Cîteaux. Como en la Edad Media, son los cuatro primeros Padres los que harán la Visita Regular de la abadía madre, convirtiéndose el Abad General en Padre Inmediato de esas cuatro casas (Cf. § 1.5.).

Esta situación duró hasta 1963, no sin inconvenientes para la comunidad de Cîteaux. También se decidió en el Capítulo General de 1962, que la comunidad tendría un abad *de regimine*, elegido por ella, como el resto de las comunidades. El Abad General sería solamente su Padre Inmediato. Se le atribuyó el título de Archiabad de Cîteaux. Este vocablo fue, sin embargo, rápidamente abandonado en la práctica, pues dejaba al Abad General en vilo con relación al de la Común Observancia que reivindicaba también el título de Abad de Cîteaux. La conclusión es que quien es elegido actualmente para dicha función, dimite como abad de su comunidad, si aún lo era, pero no recibe ningún otro título abacial más que el del Generalato. Su estabilidad permanece en su monasterio, del que ya no es abad. Con la recuperación de Cîteaux, la abadía de la Trapa pasaba a un segundo rango y no pareció necesario mencionarla en el título de la Orden, lo cual fue obtenido por el rescripto del 4 de julio de 1899.

1.5. ANEXO II: LA RECUPERACIÓN DE CÎTEAUX, ABADÍA DEL ABAD GENERAL (1898-1963)

(Por P. Placide Vernet, monje de Cîteaux)

GÉNESIS

En 1895, se perfiló la perspectiva del rescate de Cîteaux. A decir verdad, el obispo de Dijon, Mons. Oury, alimentaba este sueño desde 1891, año de la celebración del octavo centenario del nacimiento de san Bernardo. El lugar, que los monjes tuvieron que abandonar en 1792, estaba ahora ocupado por una colonia agrícola

¹⁸ Sobre este asunto, los archivos de la Casa Generalicia han hecho una publicación y un estudio en las *Anal. Cist.* de 1984, pp. 107-149.

instalada en 1846 y regida por los Hermanos de San José ¹⁹. Pero la obra declinaba después de unos escándalos, verdaderos o supuestos, que habían llegado a la pérdida del reconocimiento de utilidad pública de la Sociedad San José en 1888. Poco tiempo después de la muerte del P. Du Donat, segundo director y brazo derecho del fundador, el obispo escribió una carta a un abad de la Orden, y, sin tardar, el Padre Jean-Baptiste Chautard, cillerero de Aiguebelle, se dirigió a Cîteaux con otro monje para darse cuenta de la situación. El papa León XIII, en una carta a Mons. Oury, dio su anuencia a los pasos emprendidos: Cîteaux será para los trapenses.

El Capítulo General, reunido en Tre Fontane en 1898, aceptó, con 39 votos a favor y 8 en contra, el principio de la recuperación del monasterio de Cîteaux: era el 25 de abril, unos días antes de la fiesta de san Roberto, celebrada entonces el 29. Pero el asunto parece difícil de concluirse, hasta que el cardenal de Lyon convence a los Hermanos reticentes a la venta y a la baronesa de la Rochetaillé para que acepte comprar el terreno por 800.000 FF. y dárselo a los monjes en alquiler, a la espera de que puedan pagar dicha suma y convertirse en propietarios. Las casas de la Orden se pusieron manos a la obra para contribuir a este fin.

LA REFUNDACIÓN

El 1 de octubre de 1898, se firmó el contrato y a las 16 h.00, los cuatro primeros fundadores dejaron Sept-Fons; llegaron a Dijon a la una y media de la mañana, y celebraron la misa en Fontaines, en el castillo natal de san Bernardo: a la noche cantaron las Completas en la iglesia de la colonia de Cîteaux.

¿Qué era entonces Cîteaux? La crónica de su primera visita hecha por dom J.-B. Chautard sigue siendo la mejor descripción: «... no queda nada del siglo XII, nada. El solar conserva el nombre, nada más. Un auténtico pueblo ocupa el lugar de la abadía de nuestros Padres. Habitan en el pueblo seis sacerdotes edificantes, veinte profesores o inspectores, sesenta religiosas, doscientos cincuenta alumnos de nueve a 18 años, y algunos empleados. Hubo hasta 950 niños. Es decir, edificios no faltan, pero están dispuestos sin un plan o mal construidos en su mayoría. Las únicas construcciones que pueden distinguirse de las otras casuchas de tipo moderno son la abacial del siglo XVIII, 100 por 15 metros y tres pisos, y un pequeño edificio del siglo XV. La iglesia reciente, bastante grande y sin originalidad, y la casa de las Hermanas con los niños son los únicos edificios modernos construidos con un poco más de cuidado. Trescientas ochenta hectáreas (300 arables, 100 de

¹⁹ Esta obra, instituida para atender a la juventud desfavorecida de la época, dispensaba a sus pensionistas un mínimo de educación: enseñándoles a leer y escribir, inculcándoles algunas nociones del cristianismo, les formaba igualmente en un oficio cuyo ejercicio sería útil a la sociedad.

pradera de regadío), 15 hectáreas de bosque, 4 de viñedo, 4 de jardín. Según mi cálculo, 100.000 francos”.

Para la fundación, cuatro personas : el P. Stanislas Besse, de 44 años ; un Hermano converso, Bernardin Fur, de 28 años, que se irá dos semanas más tarde; un monje, profeso simple, Bernard Rigaud, de 22 años, que morirá 7 meses más tarde, y un novicio, el Hno. Fabián Dütter, de 26 años. Todo el mundo mostró interés, sorprendido del regreso de los monjes; poco a poco, la casa se va quedando sin sus ocupantes. El 31 de diciembre, los monjes están en su futuro monasterio: los coristas tienen en el dormitorio celdas construidas con tablas de construcción, los conversos duermen uno al lado del otro sobre viejas planchas. Para formar la comunidad, llegan monjes de varios monasterios. El 11 de enero de 1899, dom S. Wyart obtenía de la S. C. de Obispos y Regulares un rescripto del cardenal Vanu-telli que permitía que en Cîteaux fuera elegido un abad, aunque ningún miembro hubiera hecho allí todavía la estabilidad. El resultado de la elección, el 9 de febrero, no daba lugar a dudas: los 10 electores (5 sólo quedaron en Cîteaux) eligieron por unanimidad en la primera votación a dom Sebastián Wyart, el Abad General. El 4 de julio, un decreto pontificio confirmaba dicha elección y decretaba que en el futuro Cîteaux sería la casa madre de los Cistercienses Reformados, siendo su Abad General, por eso mismo, abad de Cîteaux.

La comunidad naciente tiene tres superiores: el Abad General, como su abad regular; dom J.-B. Chautard, con la función de administrador temporal; y, en el lugar, el P. Stanislas, prior. Este último, jesuita de 45 años de edad, que había entrado unos años antes en Sept-Fons, después de haber pasado 15 en la China, bien pronto, no sabiendo cómo salir del atoladero y no aguantando más, abandonará la Orden el 2 de agosto. Dom Symphorien Bernigaud, monje de Sept-Fons, definidor, ocupa su lugar durante algunas semanas. El drama, que se desenvolvía en dos niveles, el de la Orden y el de Cîteaux, concluye en septiembre de 1899: el 6, llega para ser prior de la nueva comunidad dom Robert Lescand, monje de Timadeuc, definidor, maestro de estudiantes en Roma, y el 12 todo está listo para el Capítulo General: fueron instalados en la iglesia 42 siales de coro y un púlpito.

Este Capítulo, el primero tenido en Cîteaux después de la unión de las tres Congregaciones trapenses, fue modesto e importante a la vez. Fue, por sus participantes, un gran acontecimiento espiritual. El discurso de apertura del Abad General, abad de Cîteaux, si bien muy breve, no carece de interés: “Nosotros debemos a la reforma de la Trapa el ser lo que somos, el haber retomado y conservado las observancias de los primeros cistercienses y haber franqueado las últimas etapas que nos han conducido a esta morada fija. Llegados al término no nos llamaremos más viajeros (...). También la Santa Sede ha querido, en el mismo rescripto, que,

dejando el nombre oficial de Nuestra Señora de la Trapa, nos llamemos en adelante Orden de los Cistercienses Reformados”.

Los Capitulares se van y quedan los fundadores, según el cronista de Cîteaux, “con grandes deudas, una mala puesta en marcha, numerosos obreros (35) que ocasionan gastos importantes, una quincena de antiguos Hermanos de San José que viven al margen de la comunidad y se sienten heridos por haber sido su-plantados. En suma, una comunidad heterogénea de una treintena de miembros provenientes de 15 monasterios; bastantes eran buenas personas y siguieron allí; muchos eran aficionados a cambios y novedades, inquietos e indeseables, a quienes sus superiores les habían permitido partir sin disgusto alguno. Todos tenían costumbres diversas, un espíritu diferente. Así era difícil formar un solo cuerpo, una verdadera comunidad. Desde un punto de vista material y espiritual era, pues, una fundación en unas condiciones defectuosas. Asumir la dirección era una carga pesada, sobre todo para una conciencia muy delicada como era la del P. Robert Lescand”. Para reforzar la autoridad del prior, prácticamente superior de la comunidad, dom Wyart obtuvo de la Santa Sede en 1901, hacerlo Abad Auxiliar ²⁰.

Esto lo podemos expresar también con cifras. En el espacio de cuatro años, entre el 2 octubre de 1898 y el 5 de julio de 1903, quedaron en Cîteaux 19 monjes, una treintena regresó a sus monasterios, una decena dejó la vida monástica, y entró una veintena entre postulantes y novicios, de los cuales seis han perseverado hasta el final: es decir, han pasado por la comunidad 85 personas, de las cuales han perseverado 25; el más joven era novicio de Scourmont, y murió jubilar.

El 30 de julio de 1902, salió la Constitución Apostólica *Non mediocri* que reconocía al nuevo abad de Cîteaux todos los privilegios del abad de Cîteaux de otros tiempos (excepto la ordenación de diáconos). Por vez primera un documento pontificio utiliza la expresión “Familia Cisterciense”. Pero ningún monje del nuevo Cîteaux ha hecho todavía la estabilidad allí. Los Visitadores – de Cîteaux lo son los abades de las cuatro abadías más antiguas, como en la Edad Media- expresan su extrañeza. El 18 de octubre siguiente harán la estabilidad ocho Hermanos; el 31 de diciembre hará la profesión solemne el Hno. Fabián Dütter, único superviviente de los cuatro fundadores. La comunidad queda formada, su edad media es de 44 años.

Esta comunidad es laboriosa y muy pobre. Fue demoliendo poco a poco los edificios secundarios del “pueblo” descrito por dom J.-B. Chautard (hoy queda sólo uno de ellos). Pero ¡demasiado, es demasiado! Para colmo, pesa una amenaza de expropiación por parte del gobierno. En 1911 primero, luego en 1913, Mons. Augustin Marre, elegido Abad General, vende más de la mitad de la propiedad y los

²⁰ A dom Robert le dieron el título de Saint-Aubin. Sus sucesores heredarán los títulos de Baumgarten o del “Verger”(dom Fabián), La Bussière (dom Godefroid) y Royaumont (dom Jean).

edificios de la granja; es este un modo de aligerar la deuda. La comunidad queda aliviada, pero es preciso instalar la economía agrícola en edificios no destinados a este uso.

Luego vino la Guerra Mundial de 1914-1918. Hay Hermanos que son movilizados; todos los edificios habitables son ocupados y utilizados como hospital militar; la comunidad se instala en un edificio de talleres donde vivirá ocho años en la pobreza: dom Robert coloca en invierno su despacho al extremo de la vaquería para aprovechar el calor animal; algunos Hermanos mueren. En 1920 sólo quedan 16 personas, de una media de 56 años. Pero después de la desmovilización, llegan excelentes candidatos. Este mismo año 1920, gracias a una donación generosa, Cîteaux ha concluido el pago de la propiedad: el monasterio, del que la comunidad era inquilina, finalmente le pertenece. Los capitulares se alegran de ello y “se unen muy cordialmente para felicitar al R.P. Dom Robert por el milagro realizado con su fervorosa comunidad. Efectivamente, no es un asunto pequeño haber podido pagar en veinte años, a base de sacrificios y privaciones y sin la ayuda de industria alguna lucrativa, una deuda tan considerable contraída por la Orden [...] Nadie entre nosotros, al llegar a Cîteaux, habría esperado un resultado tan magnífico, sobre todo, después de una guerra tan larga y tan ruinoso. En adelante, cuando vengamos acá, comprenderemos mejor lo que puede realizar en este sentido una vida de abnegación y de pobreza tal como la que tenemos aquí ante nuestros ojos. Dirigimos, pues, de todo corazón al R.P. Dom Robert y a su piadosa comunidad la expresión de nuestra gratitud más sincera... por tan sabia administración y su entrega a la Orden”. La casa madre está entonces al cubierto de toda necesidad como lo reconocen los Visitadores en 1921.

Al año siguiente, la comunidad de Cîteaux cuenta con 38 personas. Contar con 38 en estos pobres talleres convertidos provisionalmente en monasterio parece imposible. Resulta urgente que el hospital militar abandone los lugares y que se borre su paso. Mons. Marre pone manos a la obra: se inician algunos arreglos, despachos y enfermería en el primer piso del siglo XVIII, suelos de cemento en la planta baja (el capítulo y los dormitorios habían sido arreglados antes de la guerra); entre la iglesia y el monasterio la galería de viejas planchas y de tierra batida es reemplazada por otra de albañilería. La comunidad puede instalarse en el edificio de Lenoir en 1922. Los nuevos miembros son más numerosos que los de la fundación. Uno siente la tentación de cantar con el Cantar de los cantares: « El invierno ha pasado, las flores aparecen en nuestra tierra ».

UNA PRIMAVERA MÁS BIEN FRÍA: DOM FABIÁN DÜTTER, 1923-1932

El cronista escribe el 16 de septiembre de 1923: “Nuestro Reverendísimo Padre ²¹, reunido el Capítulo conventual, nos ha anunciado que dom Robert ha sido elegido Procurador General y le corresponde a él, como abad de Cîteaux, darnos un superior. Nos ha comunicado su elección, poco menos que definitiva, con todo le alegraría que eligiéramos juntos con él, o al menos le hiciéramos conocer nuestras preferencias, subrayando, sin embargo, que haría falta una gran mayoría sobre un determinado candidato para hacerle cambiar de parecer. Al instante, nos distribuye unos papelitos para que pongamos en ellos un nombre. Al cabo de un minuto se lo entregábamos cada uno en propia mano y se iba enterando del resultado. Nos declaró en seguida que la mayoría coincidió con su elección y que nos ponía como superior a dom Fabián. Con todo, dom Robert quedaba al frente de la comunidad hasta su salida para Roma semanas después”.

Dom Robert tenía 71 años, y prácticamente fue superior durante 24 años. El 25 de octubre de 1923, en el capítulo el Abad General instala a dom Fabián Dütter como « superior ». Será bendecido Abad Auxiliar en septiembre de 1925. Su currículum no deja de ser bastante impresionante: seminarista, preceptor, entró en Sept-Fons en 1896, llegó a Cîteaux el 2 de octubre de 1898, del que fue primer profeso, después cillerero, estudiante en Roma, doctor en teología, tres años en Marianhill para ayudar a su primo, dom Edmond Obrecht, que había sido nombrado administrador, y finalmente 14 años secretario del Abad General.

Después de 25 años de supervivencia, la economía estaba todavía basada en una explotación agrícola familiar francesa. Se dice que dom Fabián se había propuesto diez años para salir de ella; no dispondrá más que de nueve. Sin embargo, comienza por el monasterio, renovando las salas de lectura abiertas sobre el gran claustro de 100 metros. También hace mucho por la iglesia, la sacristía, la liturgia y la hospedería. Cada día, hacía fielmente un comentario de la Regla. Quiso estar en todos los ejercicios incluido el trabajo manual. Además, fue muy estimado de los más cultos de Dijon. El año que siguió a su instalación, los capitulares quedaron maravillados de cuanto había realizado. Su gran obra fue, con todo, la economía agrícola para dar a la comunidad un medio de producción y ganarse la vida. La comunidad debió trabajar mucho, a veces demasiado, como lo señala una Carta de Visita. Además, dom Fabián ayudó a la casa descendiente de Port-Royal y refugiada en Besançon en el momento de su incorporación a nuestra Orden y de su traslado a la abadía de la Grâce-Dieu. Recibió en Cîteaux 24 postulantes, de los

21 Era entonces dom Ollitrault de Kéryvallan, elegido en 1922.

cuales perseveraron 13. Si los añadimos a los que dom Robert recibió después de la guerra, nuestra primavera más bien fría son 25 hombres, cuya media de edad era de 34 años en diciembre de 1932. Sin embargo, en Cîteaux, en el más hermoso de los *lavatoria* de la Orden (se dice), uno se limpia las manos con el polvo de los ladrillos triturados.

En el Capítulo General de septiembre de 1932, dom Fabián es elegido Procurador General para reemplazar a dom Robert Lescand. En esta época, había en Cîteaux un monje dotado de muchas cualidades: el prior, el P. Nivard Lemaître. Tenía 51 años y había venido, con el P. Edouard Cattoir, de Chambarand y de Aiguebelle: era el hombre fuerte del abadiato de dom Fabián, y hubiera podido sucederle. ¡No fue así!

EL VERANO RADIANTE: DOM GODEFROID BÉLORGEY, 1932-1952

Dom Herman-Joseph Smets, Abad General desde 1929, nombra superior de Cîteaux al P. Godefroid Bélorgey: un borgoñés veterinario, militar, convertido a los 30 años, monje de Scourmont donde había sido maestro de conversos, maestro de novicios, prior. Dom Anselme Le Bail, su abad, habría dicho de él un día: “No conviene que la luna eclipse al sol”. Debía mucho a su incomparable abad, pero ponía mala cara a los estudios y parecía no conocer otra cosa que la unión con Dios en la oración. El primero de noviembre el Abad General lo presenta a la comunidad de Cîteaux.

Borgoñés, el nuevo Auxiliar del abad de Cîteaux, bendecido el 14 de septiembre de 1933, tenía como san Bernardo y Bossuet una palabra fácil, atrayente y persuasiva: afluyeron novicios. Durante los siete primeros años, recibió 99; en veinte años recibirá 147, en el año 1936, aceptó 24. Pero, sobre una media anual de 14 entradas antes de la Guerra Mundial, el promedio de la perseverancia llegará sólo a tres candidatos. Todo este mundo era joven; si la mano de obra era abundante, era frecuentemente poco ejercitada. Precisaba alimentar, vestir, alojar y, sobre todo, formar. Dom Godefroid se reservaba esta última tarea. Los veinte años de su ministerio abacial serán truncados por la guerra, que movilizará a la mitad de los Hermanos y retendrá a muchos como prisioneros. La hospedería se convierte por un tiempo en hospital militar. La comunidad alcanzará dos veces el número de 88 personas: una antes y otra después de estos seis años de guerra. Si el Capítulo diario, en cuanto enseñanza y exhortación, dura al menos veinte minutos; el domingo, toda la comunidad tiene derecho a cuarenta como mínimo. Dom Godefroid predica en comunidad y en el noviciado lo que será la materia de sus libros (escritos por uno de sus oyentes, excepto algunas páginas): *Bajo la mirada de Dios, la Humildad benedictina, La Práctica de la oración mental, Dios nos ama;*

libros que serán traducidos incluso al japonés. De este modo, el impulso dado a la comunidad local pasa a las otras comunidades de nuestra Orden y al exterior. Se va a Cîteaux a ver a la comunidad y a su abad (“auxiliar”); él mismo da retiros en varias comunidades, hace incluso algunas Visitas Regulares, delegado por el Abad General.

Se puede decir que con el tiempo en que estuvo de superior dom Bélorgey, el período de refundación ha terminado por completo. Cîteaux se ha convertido en una comunidad igual que las demás. Sin embargo, su estructura permanece singular aún por un tiempo, dado que su superior no es elegido por la comunidad sino que es el Abad General quien, sin embargo, no reside en el lugar y delega ampliamente sus poderes en un “auxiliar”.

La situación se hará normal sólo en 1963. A instancias de dom Jean Chanut, Abad Auxiliar, el Capítulo General de 1962 decidió, en efecto, que el Abad General no sería ya abad de Cîteaux, sino sólo su Padre Inmediato: aseguraría la Visita Regular ²². La comunidad misma elegirá un abad *de regimine* que sería a su vez Padre Inmediato de las cuatro casas más antiguas ²³ y tendría precedencia sobre los otros abades. El 19 de marzo de 1963, dom Jean Chanut sería elegido abad regular de Cîteaux.

CISTERCIUM MATER NOSTRA

Paradójicamente, al « volver al rango », por decirlo así, la comunidad de Cîteaux adquiriría un prestigio nuevo. Hasta ese momento, la abadía con el título del Abad General de solos los Cistercienses de la Estrecha Observancia, no podía pretender un rol particular en la gran familia cisterciense, dado que habría sido considerada como un caballo de Troya al servicio del dominio jurídico de una Orden sobre las otras. Desprovista de toda jurisdicción particular, fuera de la paternidad sobre sus hijas inmediatas, podía permitirse mirar más allá de las fronteras de la Orden. Tanto más cómodamente cuanto que Cîteaux, en el corazón de la Borgoña, es visitada por muchos alemanes, dado que numerosos monasterios de la Orden Cisterciense son de lengua alemana.

Dom Olivier Quenardel, elegido abad de Cîteaux en agosto de 1993 para suceder a dom Loys Samson ²⁴, tuvo la ocasión de visitar varios de ellos, pero el nove-

22 Para que los monjes de Cîteaux tengan también instancia de recurso como las demás comunidades, los cuatro “primeros padres” han sido reconocidos como tal en el Capítulo General de 1993.

23 En 1965, Sept-Fons quedará vinculada a la filiación de Cîteaux, en consideración al papel que la comunidad y dom Chautard desempeñaron en la refundación de Cîteaux en 1898. Igny permanecerá confiada a la solicitud de Cîteaux como a su casa madre. En contrapartida, por cuestiones lingüísticas, Westmalle dejará más tarde la filiación de Cîteaux.

24 Abad desde junio de 1969 hasta diciembre de 1992

no centenario de la fundación de Cîteaux en 1998 creó una oportunidad preciosa para encuentros fraternos entre todos los miembros de la Familia. Dicho día fue preparado por una « sinaxis » de miembros de diversas Ordenes y Congregaciones, que componen esta familia, con sus Abades Generales a la cabeza, las Prioras Generales de las Bernardinas de Esquermes y las de Oudenaarde, la Presidenta de la Congregación de las Huelgas. Los laicos cistercienses estuvieron también representados. El 21 de marzo de 1998, san Roberto – cuyas reliquias se conservan bien – volvía a Cîteaux a donde había llegado 900 años antes. Nuestra iglesia podía dar cabida con alegría a casi 800 Hermanos y Hermanas, todos hijos suyos, Órdenes y Congregaciones maravillosamente mezcladas. Resulta imposible expresar lo que la comunidad de Cîteaux vivió ese día y a lo largo de todo el año y después: la caridad que debe unir a todos los hijos de Cîteaux desde 1119 no es una palabra vacía, sino una realidad, más allá de la diversidad de capuchas, velos y griñones.

Después de este encuentro, los Capítulos Generales de abades y abadesas de la ocsa de 1999 aprobaron una “Declaración sobre la comunión cisterciense” que invita a las comunidades locales como a las Conferencias Regionales a ampliar los lazos de caridad y colaboración con todas las comunidades de la Familia Cisterciense, sin ni siquiera dudar en participar en celebraciones comunes, reuniones, conferencias y cursos. Dentro de esta búsqueda de comunión, la Declaración reconocía « el lugar particular de la comunidad de Cîteaux, la madre de todos nosotros. Símbolo histórico de la unidad de la Familia Cisterciense, nosotros animamos a que prosiga su acogida fraterna y generosa para con todos los miembros de la Familia Cisterciense que vienen a descubrir el lugar de nuestro origen común».

1.6. ANEXO III: LA SITUACIÓN DE LOS TRAPENSES CON RELACIÓN A LA COMÚN OBSERVANCIA DESPUÉS DE 1892

El año 1892, punto de partida de la vida de los trapenses en el S. xx, ha marcado la reunión o más bien la fusión de las tres Congregaciones Trapenses, hasta entonces independientes y al mismo tiempo, en la opinión “recibida”, su separación de la Orden Cisterciense, reconstituida después de la Revolución Francesa, lo que, según muchos, ha creado un verdadero traumatismo. ¿Qué hay de cierto en ello?

¿ES EL ACTA DE UNIÓN DE 1892 UNA SALIDA DE LA ORDEN CISTERCIENSE?

El 17 de junio de 1891 se abre en Viena, Austria, un Capítulo General que reúne a 11 abades y 3 priores cistercienses de la Provincia austro-húngara, al abad de

Val-de-Dieu en Bélgica y al Procurador dom Henri Smeulders, representante de la Congregación Italiana. No duró más que cinco horas, justo el tiempo necesario para elegir un nuevo Abad General, después de la muerte de dom Bartolini, el 26 de julio de 1890, y tomar algunas decisiones. Se elige a dom Leopold Wačkarz, Vicario General de la Provincia austro-húngara, de 81 años de edad. El Capítulo General, antes de clausurarse, juzga que sería oportuno en el futuro, que la Orden Cisterciense de la Común Observancia, además de la Congregación Italiana, sea dividida en tres vicariatos subordinados a la jurisdicción del Abad General, vicariatos que serían llamados: Belga, Helvético-germánico y Austro-húngaro ²⁵.

Un decreto de la Santa Sede del 20 de julio de 1891 confirma las elecciones y la composición de la Orden. El texto dice, sin embargo, que dom Wačkarz es elegido como “Abad General de toda la Orden” y que “Por un mejor gobierno de la Orden, el Capítulo ha juzgado oportuno que la Orden Cisterciense, así como la Congregación Italiana ya constituida sea dividida en tres vicariatos sometidos a la jurisdicción del Abad General: (Vicariato) Belga, Helvético-germánico y Austro-húngaro” ²⁶. Allí donde el Capítulo hablaba de *Orden Cisterciense de la Común Observancia*, el decreto pontificio habla de *Orden Cisterciense* a secas. Pero se trata de la misma Orden si se juzga por su composición.

Ni Casamari, que no pertenece a la Congregación Italiana, sino que está directamente bajo la Santa Sede ²⁷, ni la Congregación de Sénanque ²⁸, ni ninguna de las tres Congregaciones Trapenses existentes en ese momento, forman parte de esta Orden, aunque su Abad General confirme en estas últimas las elecciones abaciales. Todas son ciertamente cistercienses, así como las monjas españolas y otras. Nadie, entonces, niega ese hecho. Lo que les hace cistercienses es la continuidad de la que hacen alarde con los monjes y monjas de antes la Revolución francesa.

Cuando en octubre de 1892, las tres Congregaciones Trapenses se reúnen para formar una sola Orden, la de la Estricta Observancia, no rompen esta continuidad. Tampoco se puede decir que dejan la Orden de la Común Observancia, cuya constitución acaba de ser aprobada en 1891, ya que no formaban parte de ella. La nueva estructura jurídica adoptada no ha cambiado la naturaleza de su monacato. Los Capitulares de 1892 no han creado más que lo que eran. No han creado una nueva familia religiosa.

Ciertamente, con la sugerencia y la sanción de la Santa Sede, han decidido que la confirmación de las elecciones abaciales no sería ya más prerrogativa del Abad

²⁵ Texto en *Anal. Cist.* 1980 pag. 76

²⁶ Texto en *Anal. Cist.* 1980 pág. 83

²⁷ Esta es la razón por la que la Congregación no ha querido unirse a la Estricta Observancia en el Capítulo de unión de 1892

²⁸ No estará plenamente integrada en esta Orden más que en el año siguiente, en 1892

General de la Común Observancia. Pero ¿era esta prerrogativa lo que las hacía cistercienses?

La continuación de esta exposición establecerá que la confirmación de las elecciones abaciales que ha heredado dom Wačkarz, no se ha ejercido de modo universal con relación a los trapenses por el Superior General de la Orden antes de 1834 y no lo ha sido jamás en las Congregaciones de la península ibérica, ni en la Congregación suiza, erigida en 1806, ni en la de Casamari ni en otras, sin que, sin embargo, su carácter cisterciense haya sido puesto en duda; no pertenecía a los abades de Cîteaux en los primeros siglos de la Orden y el proyecto de Constitución de 1783 se la quitó. Esto es lo que señala uno de los consultores de la Santa Sede en 1892, dom Augustinus Haudek: “No se lee en ninguna parte de los decretos de esta S. Congregación el argumento de que los trapenses están sometidos al Moderador General de los Cistercienses, así pues son cistercienses...”²⁹.

¿De dónde viene, pues, la afirmación contraria que sostiene el segundo consultor de la Santa Sede, que no es otro sino el Procurador de la Común Observancia, dom Smeulders? La opinión de este último será retomada por dom Wačkarz, en el Capítulo General de su Orden en 1897, cuando declara: “Los trapenses desde su origen han constituido una sola familia con los cistercienses... Cuando se esforzaron por separarse de la *familia común* de los cistercienses, nosotros elevamos una protesta a la Santa Sede. Sin embargo, consumaron esta separación eligiendo un nuevo Abad General, confirmado por la Santa Sede y así se constituyeron en una nueva familia religiosa completamente distinta de la Orden Cisterciense”³⁰.

Esta afirmación, que será repetida aún por su sucesor cien años más tarde³¹, supone que se reduce toda la *familia cisterciense* a la *Orden canónica de la Común Observancia*, de la que veremos que nació por el decreto de la Santa Sede, *Disciplinae regularis*, del 27 de marzo de 1868. Esta asimilación, que se concretizará en los años 30 por el abandono del calificativo “Común Observancia” no se justifica ni histórica ni canónicamente. Ningún decreto de la Santa Sede lo apoya. Antes al contrario, el del 6 de mayo de 1902 responde afirmativamente a la cuestión de si los Cistercienses Reformados, llamados trapenses, forman parte de la Orden Monás-

29 Cita el caso de Casamari, completamente independiente. Su informe está publicado íntegramente en *Anal. Cist.* 1992, pp. 230-238. La cita precedente es la de la p. 235.

30 “Trappistae inde a sua origine unam cum Cisterciensibus constituerunt *familiam*... Quum autem se a *communi* Cisterciensium *familia* separare nitentur, ex parte nostra Sedi Apostolicae protestatio porrecta est. Nihilominus ipsi hanc separationem perfecerunt, novum eligentes Abbatem Generalem a S. Sede confirmatum et sic novam a *Cisterciensi Ordine plane distinctam* constituere *familiam* religiosam”. Cf. *Anal. Cist.* 1989, pp. 388-389.

31 Dom Policarpo Zakar en *Anal. Cist.* 1997, p. 343 dice: “ Bisogna dire molto chiaramente che nel 1892, al momento della loro unione, le tre Congregazioni dei Trappisti si separarono dall'Ordine Cistercense dando vita ad un altro Ordine, poiché esisteva ed esiste un unico Ordine Cistercense”. [Hay que decir muy claramente que en 1892, en el momento de su unión, las tres Congregaciones de los Trapenses *se separaron* de la Orden Cisterciense dando vida a *otra Orden*, ¡porque existía y existe una *única* Orden Cisterciense!].

tica Cisterciense con el mismo título que la Común Observancia. León XIII confirmará esta respuesta en su Carta Apostólica “*Non mediocri*”, del 30 de julio de 1902.

EL PAPEL DEL PRESIDENTE GENERAL NOMBRADO EN 1814

Después de la abdicación de Napoleón y el Congreso de Viena en 1814-1815, algunos monjes cistercienses recobran Casamari (1814) y después S. Bernardo-en-las-Termas y Santa-Cruz en Roma (1817). El Procurador vuelve a su cargo y la Congregación Italiana va a reconstituirse progresivamente y a recibir nuevas Constituciones aprobadas en 1831, que la acercan a las Órdenes mendicantes. Está dirigida por un Presidente General elegido por cinco años y residente en S. Bernardo-en-las-Termas.

El Papa, prisionero de Napoleón, vuelve a Roma y se preocupa por la reconstitución de las Ordenes religiosas. El 30 de setiembre de 1814 nombra al Presidente de la Congregación Italiana Superior General *ad interim* de los cistercienses, sin precisar lo que dicha función comportaba. No se precisará sino al tener que tomarse medidas por otras Congregaciones.

A decir verdad, hasta 1846, solamente sobre los trapenses este Superior General ejercerá una cierta función fuera de su propia Congregación, que se va a limitar, concretamente, a la confirmación de las elecciones abaciales. Las constituciones de las futuras Congregaciones Trapenses serán aprobadas directamente por la Santa Sede, y no prevén que las actas de sus Capítulos Generales sean aprobadas y confirmadas por ningún Superior General de la Orden. La designación de Vicarios Generales, incluso después de 1847, no necesitará intervención particular del Superior General y cada Vicario tendrá toda la autoridad necesaria para dirigir la Congregación presidiendo su propio Capítulo General.

Para escapar a la jurisdicción de dom Agustín de LeStrange, el abad de Port-du-Salut, dom de Girmont, que seguía los reglamentos de Rancé, solicitó de Roma en 1816 la erección en abadía de su comunidad y su unión a la autoridad del Superior General de Roma. Dom Sisto Benigni, Procurador General de la Congregación Italiana, consultado por la Santa Sede, acepta esta petición, sugiriendo que los trapenses reconozcan la autoridad de los superiores que Su Santidad ha dado a los cistercienses. De hecho, el breve pontificio del 10 de diciembre de 1816 que permite al obispo de Le Mans proceder a esta erección, prescribe que todos los superiores habrán de manifestar “Su inmediata y perpetua comunión con el Superior General de la Orden, que está en Roma, a fin de que la unidad y la indivisibilidad permanezcan íntegras”³².

32 Esta frase se sometió a la aquiescencia de dom Germain por Mons. Mazio el 30 de agosto de 1816; la había ya

Más tarde, esto se concretizará por el gesto de pedir a este Superior General la confirmación de las elecciones abaciales. Desde 1818 éste confirmará las elecciones en las abadías de la observancia Ranceana: Gardes y Darfeld; después, en 1826, en Mont-des-Cats; en 1831, en Port-du-Salut y Oelenberg. Por el contrario, las elecciones en Bellefontaine, bajo la obediencia lestrangiana, se le escapan de las manos. La confirmación de las elecciones de 1827 y 1830 será solicitada a la Santa Sede quien delegará, para tal efecto, al obispo de Angers.

Desde 1827 a 1834, los trapenses tienen su propio Superior General provisional, nombrado por la Santa Sede: dom Antonio Le Saulnier, abad de Melleray. Éste afirma gozar de los mismos poderes del Presidente General de Roma y se extraña de que Bellefontaine no haya solicitado su consentimiento para proceder a la elección abacial³³.

Los derechos del Presidente italiano no quedarán bien definidos hasta el decreto de 1834, que erige la Congregación de la Trapa. Allí se dirá que el Moderador General de la Orden Cisterciense presidirá (*praeerit*) esta Congregación y que confirmará las elecciones abaciales. Es la única prerrogativa que le será reconocida. Es una prerrogativa de “naturaleza formal”³⁴: Solamente impedimentos canónicos podían autorizarlo a no conceder esta confirmación que, de hecho, no rehusó casi nunca³⁵.

A lo largo de una cincuentena de años, este Presidente General no tendrá otras prerrogativas, fuera de su propia Congregación, que la confirmación de las elecciones en los trapenses.

- Los monasterios de los monjes de la península ibérica, que no desaparecerán hasta 1834-35, son autónomos y no dependen en nada del Superior General residente en Roma.
- La Congregación Suiza constituida en 1806 después de la desaparición de los monasterios de la Alta Alemania, quedó independiente del Superior General nombrado en 1814. En 1825 el entonces Presidente de la Congregación Italiana, dom Giuseppe Fontana, sugirió que las dos Congregaciones tejiesen entre ellas lazos jurídicos, pero el ofrecimiento fue denegado por el abad de Wettingen, que respondió que su Congregación se bastaba a sí misma: no tiene incluso necesidad de

sometido a dom Eugène de Laprade, pero su carta había llegado después del fallecimiento del mismo.

33 “Nuestros padres de Bellefontaine no pueden ignorar que los poderes del Vicario General de la Orden de Cîteaux han caducado para la Reforma de la Trapa desde el momento en que los mismos poderes me han sido confiados para estas casas” (Carta al Nuncio del 16 de marzo de 1830)

34 La expresión es de Dom Policarpo Zakar, en *Anal. Cist.* 1997, p. 284. Cf. también *Anal. Cist.* 1978, p. 395: “Confirmación puramente formal”. Se utiliza a menudo en el curso del siglo XIX, así como la de autoridad “nominal” u honorífica.

35 Rehusó así, la elección de dom Bernard Chevalier, en enero de 1888, porque era todavía profeso simple; pero la confirmó cuando fue rehecha un poco más tarde después de su profesión solemne.

los servicios de la procura romana, pues ella puede comunicarse con la Santa Sede por medio de la nunciatura ³⁶. La Congregación desaparecerá en 1848. Solo quedaron algunos monasterios de monjas. Algunos monjes de Wettingen harán revivir Mehrerau en 1854 que, en 1891, estará a la cabeza de una nueva Congregación.

- En cuanto a los monasterios de Austria, Bohemia, Hungría y Polonia austriaca, quedaron aún separados del mundo exterior durante algunas decenas de años, víctimas del josefinismo. El Emperador quería tener todo en su mano y prácticamente crear una iglesia nacional: los monasterios pierden su exención y quedan sometidos a los obispos, sin poder depender de un superior general que se encontrara en el extranjero. El Presidente General de la Orden no recibió las primeras noticias de esos monasterios hasta el año 1851.

A partir de 1846, la situación comienza a cambiar.

En 1846, los dos monasterios belgas que pudieron revivir, Bornem y Val-Dieu, son reconocidos por Roma y reagrupados en un Vicariato cuyas Constituciones son aprobadas, más o menos en las mismas condiciones de las Congregaciones Trapenses, es decir, el Presidente General de la Orden tiene también el poder de confirmar las elecciones de los abades. Interviene, así mismo, en la elección del Vicario.

En Austria-Hungría-Bohemia, la situación se desbloquea con la Revolución de marzo de 1848. Sin renunciar completamente al josefinismo, el joven emperador de 18 años, Francisco José I -que reina durante sesenta años, de 1848 a 1916-, va en el sentido de un cierto liberalismo.

Cuando la apertura política lo permitió, el abad de Ossegg tomó contacto con el Presidente General, dom Mossi, enviándole, el 6 de mayo de 1851, noticias sobre lo que había sucedido después de 1809 y pidiendo ayuda. Esta carta fue confiada al Nuncio, para ser transmitida al Cardenal Secretario de Estado y que este se la enseñase al mismo Papa. Se descubre ahí que la vida regular no fue fácil de salvaguardar.

Los abades que tuvieron un encuentro en Baden-Baden el 27 de marzo de 1851 y después en Viena del 10 al 18 de mayo de 1852 escriben directamente al Papa ese mismo 18 de mayo: deseaban encontrar una ligazón con la autoridad central de la Orden en Roma y poder formar una Congregación. La pérdida de la exención, que ha separado a los monasterios de la Orden, provocó, en efecto, su decadencia. Quisieran que volviese a cobrar vida la institución de los Visitadores y de los Capítulos Generales. El soberano Pontífice responde anunciando una Visita Apostólica

36 Cf. Intercambio de cartas, en *Anal. Cist.* 1968, pp. 284-288.

que será efectuada bajo la responsabilidad del cardenal Schwarzenberg, arzobispo de Praga, en 1854-55³⁷.

A continuación de esta visita, los abades se reúnen del 30 de marzo al 5 de abril de 1859 en el seminario de Praga, bajo la presidencia del Cardenal Visitador y deciden formar una “Congregación austro-húngara” autónoma, llamada “Provincia” según la denominación tradicional. Las Constituciones llamadas “Estatutos de Praga”, a pesar de las demandas reiteradas de los interesados, no fueron nunca ratificadas por Roma, lo que redujo su eficacia. A decir verdad, las personas elegidas, al final de la reunión, no eran las mejores para hacer avanzar la reforma, según palabras mismas del cardenal Schwarzenberg³⁸.

RESPUESTA DEL PRESIDENTE GENERAL A LAS INICIATIVAS
DEL FUNDADOR DE SENANQUE

Estos hechos empujaron al Presidente General a tomar algunas iniciativas con vistas a encontrar una cierta unidad en la Orden. Antes de recordarlas y para mejor comprender la posición que los trapenses debían adoptar ante estas iniciativas, hay que señalar otro suceso de mediados del siglo XIX: La vuelta a la vida monástica en Sénanque por el abad Barnouin en 1857.

Éste quería obtener la incorporación de su fundación a la Congregación Italiana. Pero dom Teobaldo Cesari, consultado por la Santa Sede, da un parecer negativo, diciendo que la nueva familia no refleja el espíritu cisterciense y no responde a las necesidades de la Iglesia. Deplora ver que en las constituciones propuestas por el abad Barnouin “Los estudios sagrados y eclesiásticos parecen eliminados para ser reemplazados por el trabajo manual y la agricultura”. La Iglesia, víctima de la degradación de la fe y de las costumbres, tiene necesidad de apóstoles. También, concluye “Encuentro absurdo que una institución monástica del siglo XIX esté establecida de forma que responda al espíritu, a las costumbres y a las necesidades de los siglos X y XI... A este fin, me parece que sería sumamente útil que los monjes de Sénanque se aplicaran con ardor a los estudios sagrados a fin de que, si no todos, por lo menos algunos unan a la contemplación el ministerio apostólico, es decir que prediquen la Palabra de Dios, catequicen a los niños, oigan confesiones etc”³⁹.

37 Sobre los acontecimientos recordados arriba, Cf. N. Konrad. *Die Entstehung der Österreichisch-Ungarischen Zisterzienserkongregation (1849-1896)*, Bibliotheca Cisterciensis, Band 5, Roma 1967 y B. Schneider. *Neue Quellen zur Entstehung der Österreichisch-Ungarischen Zisterzienserkongregation (1849-1897)*, en *Anal.Cist.* 1986, 3-264

38 Hizo la confidencia a la Santa Sede (Konrad p. 272).

39 Informe a la Santa Sede del 4 de septiembre de 1857; diez años más tarde, consultado de nuevo dom Cesari sugiere incluir en las Constituciones un artículo, que Roma no aceptó, estipulando que los Padres tienen el derecho de enviar obreros a predicar la Buena Nueva allí donde la fe es ignorada, pues todo clérigo, incluso regular, por

Esta respuesta testimonia bien el estado de espíritu que existía en los cistercienses italianos y que iba a justificar, sin duda, la reacción de los trapenses a la iniciativa siguiente, que hubiera podido ser una ocasión de encontrarse con una Orden Cisterciense unificada.

INICIATIVA DE DOM TEOBALDO CESARI EL 20 DE AGOSTO DE 1863

Dom Teobaldo Cesari, Presidente General de la Congregación Italiana desde abril de 1856, toma la iniciativa, el 20 de agosto de 1863, de escribir a todos los superiores cistercienses, incluidos los abades trapenses ⁴⁰. Evoca la triste situación de una Orden Cisterciense que ha perdido su fuerza por el hecho de que ya no es más un cuerpo compacto por la unión estrecha de sus miembros, ni un ejército fuerte y lleno de fuerzas unidas, dispuesto en orden de batalla a través del mundo: “Desde que Cîteaux no existe, ya no quedan más que monasterios separados los unos de los otros, sin lazos entre ellos, y, por ende, sin fuerza ni eficacia que sólo pueden surgir de una cohesión ordenada de sus miembros”.

Canónicamente, esta es la conclusión que se impone: ningún Capítulo General ejerce aún autoridad alguna sobre el conjunto de los cistercienses; en cuanto a la función de Presidente, no puede ser la de un Vicario de un Capítulo que no existe ya, tampoco es la de un Superior General de una Congregación centralizada, que tiene una verdadera jurisdicción sobre cada uno de sus miembros: fuera de su Congregación, su poder es reducido y puramente “formal”. La Orden se constituye entonces por Congregaciones independientes: su unidad canónica no existe más. En 1933 Dom Matthäus Quatemberg - futuro Abad General en septiembre de 1950 - subrayará que la desaparición de Cîteaux en 1797 introdujo un cambio sustancial de derecho constitucional de la antigua Orden, que cambia la situación canónica de las comunidades y de las Congregaciones, obligándoles a redefinirse: “En rigor de derecho ellas no tenían que reconocer al Presidente General como su superior supremo... Las Congregaciones cistercienses que fueron erigidas antes de la supresión de Cîteaux debían dar, cada una, su consentimiento a este cambio sustancial de derecho constitucional de la antigua Orden” ⁴¹. Esto estaba o sería hecho mediante la aprobación de las Constituciones de las diversas Congregaciones, pero no condujo a reconstituir una unidad canónica de la Orden cisterciense en su conjunto.

ser ministro de Cristo y dispensador de los misterios de Dios, tiene el deber de propagar la fe. Cf. Nicolás-B. Aubertin, *L'approbation des Constitutions de la Congrégation Cistercienne de l'Immaculée Conception de Sénanque. La reconnaissance d'une "observance" (1854-1892)*, en *Anal. Cist.* de 1988, pp. 225-307.

⁴⁰ La carta, redactada en latín, se publica en los *Anal. Cist.* de 1988, pp. 210-213

⁴¹ En *Acta Curiae Generalis Ordinis Cisterciensis - Commentarium officiale*, Annus II (1933) Num. 1-2, p. 46, nota 4.

Dom Cesari, que era consciente de ello, pensaba que había llegado el momento de contemplar la eventualidad de un Capítulo General donde se pudiera deliberar sobre los medios que habría que tomar para remediar el triste estado actual de división. Interroga, pues, a cada abad sobre este punto.

Se tenía que aprovechar la ocasión. Pero los trapenses, cuyas respuestas fueron solamente publicadas,⁴² la rechazaron. Excepto el abad de Oelenberg, juzgaron imposible la celebración de un Capítulo General común, dado que las observancias eran tan diversas. La respuesta de dom Cesari al fundador de Sénanque testimoniaba la separación que existía entre los trapenses y las otras Congregaciones, excepto la de Sénanque: hay incompatibilidad entre los que siguen la vida contemplativa y los que tienen parroquias y escuelas. ¿No existiría el riesgo de enfrentarse inútilmente? Los trapenses, que conservaban malos recuerdos de las querellas de observancias entre ellos, estaban, sin duda, sensibilizados a los posibles patinazos en las discusiones, como lo indicaban muy especialmente los abades de Bellefontaine y de Melleray.

EL DECRETO DE 27 DE MARZO DE 1868: EL NACIMIENTO DE LA ORDEN MODERNA DE CISTER (COMÚN OBSERVANCIA)

Estaba bastante claro que la unión canónica no podía llevarse a cabo con los trapenses franceses. Pero ¿había que abandonar toda esperanza de unión con los otros, que renacían con mayor o menor éxito? Pío IX envió a dom Cesari a visitar las casas del Imperio Austro-húngaro a fines de 1867⁴³. A su vuelta, firma el 27 de marzo de 1868 el Decreto “*Disciplinae Regularis fovenda*”, que da al Presidente General de la Congregación Italiana un verdadero poder jurídico sobre el Vicariato Belga y la Provincia Austro-húngara. El decreto no se aplica a la Congregación de Sénanque, de la que se ocupaban los decretos de 1863 y 1868, y, además, ignora a los trapenses. La Santa Sede quería, sin duda, evitar unirlos a las otras Congregaciones, por las razones que les condujeron, cinco años antes, a rehusar tener un Capítulo General común a todos los cistercienses.

Por tanto, sólo a las Congregaciones Belga y Austro-húngara es dado dom Teobaldo como Superior General, de suerte que “todos los monjes, no importa

42 En *Anal. Cist.* de 1988 pp.213-224. No conocemos las respuestas de la Congregación de Westmalle. Según Lekai (The Cistercians, p.201: trad. ital. p. 248) los austriacos, a pesar del entusiasmo del Nuncio con quien dom Cesari había tenido una entrevista, no fueron para nada “compradores”. Ya el 22 de febrero de 1856, dom Angelo Geniani había invitado, sin éxito, a los abades belgas y a los del imperio austriaco a participar en el Capítulo de su Congregación, deseando sus consejos con vistas a encontrar de nuevo una unidad para la Orden: Los austriacos, bajo el pretexto de que su visita apostólica no estaba cerrada, rehusaron la invitación.

43 De donde volvió encantado por la actividad apostólica y caritativa desplegada por los monjes austriacos... (Estaba acompañado por su secretario, P. Smeulders). El informe a la Santa Sede de su visita, está publicado por N. Konrad. o.c. pp. 279-282 (Doc. 38).

su dignidad, le testimonien sumisión y respeto *por el voto mismo de obediencia*". Dom Teobaldo es encargado de reunir un Capítulo General al que participarán los abades, priores y comisarios de sus Congregaciones con voz activa y pasiva. En el ínterin, los vicarios de dichas Congregaciones se convierten en delegados del Superior General. Este primer Capítulo, se precisa, debe ocuparse de los asuntos concernientes a las Congregaciones Belga y Austro-húngara, pero se prevé que sucesivos verdaderos Capítulos podrán tratar de los problemas de toda la Orden, reuniendo a las tres Congregaciones: Italiana, Belga y Austro-húngara, y teniendo todos los Capitulares la misma voz activa y pasiva.

Dom Cesari convocó en Roma un Capítulo que duró del 6 al 16 de abril de 1869⁴⁴. Entre los deseos expresados, estaba que la Orden tuviese un Abad General elegido de por vida que no fuera automáticamente el Presidente de la Congregación Italiana. Se manifiesta una cierta ambigüedad en los intercambios: ¿de ahora en adelante, se trataría de elegir un Abad General para toda la Orden -en cuyo caso los trapenses deberían participar también en la elección- o de elegir un Abad General para la Común Observancia? Parece ser que a esta última solución se unieron la mayoría de los Capitulares, cuando precisan que por "Orden Cisterciense" entienden la Común Observancia y que sólo los capitulares de la "Común Observancia"⁴⁵ gozarían de voz activa y pasiva. Poco después, el Capítulo expresó a la Santa Sede el deseo de que confirmara de por vida como Abad General a dom Cesari del que nadie tenía quejas.

Las decisiones de esta reunión no fueron confirmadas por la Santa Sede, sin duda porque dom Cesari, aconsejado por el Procurador General dom Giuseppe Bottino, le expresó su negativa a ser elegido de por vida. Por su parte, el Procurador escribió a la Santa Sede juzgando que la elección hecha no era la de un Abad General de toda la Orden, ya que sólo dos Congregaciones lo habían elegido⁴⁶. Las cosas siguieron, pues, como antes: los dos cargos de Presidente de la Congre-

44 Convendría más llamarla reunión intercongregacional de abades. A comienzos de abril, Dom Cesari pidió a la Santa Sede que los italianos y los franceses de Sénanque pudiesen participar, así como el Procurador general. Buena precaución, pues la presencia, en la apertura de la reunión, de dos abades y del secretario de la Congregación Italiana, así como la del Procurador Bottino cuestionó a los austriacos quienes, por cierto, discutieron el título de Capítulo General de toda la Orden Cisterciense a lo que, a sus ojos, no era más que un Capítulo particular. Dom Cesari hace responder que formen su consejo y tiene en cuenta la autorización de la Santa Sede. Pero al día siguiente, 7 de abril, están ausentes los tres italianos. Los austriacos, en número de 21 (disponían de 13 o 14 votos deliberativos) frente a 2 belgas, monopolizan los debates. El Secretario del Capítulo era el P. Henri Smeulders, futuro Procurador de la Orden. El "protocolo" del Capítulo (es decir, el informe de los intercambios), así como la síntesis de las decisiones, están publicadas por N. Konrad, o.c. pp. 287-313 (Doc. 42 y 43).

45 Cf. Actas del Capítulo de 1869, ed. Konrad, o.c. p. 294, § 26: Sobre la proposición del P. Smeulders, los Capitulares declaran que, al hablar de su Orden, quieren decir "Orden Cisterciense de la Común Observancia". Esto se recuerda en el § 32.

46 Cf. Sus dos cartas a la Santa Sede del 20 y 21 de septiembre de 1869, cit. Konrad, pp. 322-323 (Doc. 47 y 48). Su protesta al Capítulo de 1869 se encuentra en p. 295 al § 36.

gación Italiana y de Superior General de los cistercienses quedaron asociados, pero este último había tomado cierta consistencia canónica sobre el Vicariato Belga y la Provincia Austro-húngara, como resultado del decreto *Disciplinae regularis*.

El mandato de dom Cesari como Presidente de la Congregación Italiana expiraba en mayo de 1870, en pleno Concilio Vaticano: Pío IX lo prolongó, pero en 1871 la situación política de Italia no permitía la celebración de Capítulos Generales ⁴⁷. La perspectiva de convocar un Capítulo de elección fue abandonada tras ser rechazada año tras año, y el Presidente General fue mantenido en su cargo hasta nueva orden, lo que causaba inquietud a los austríacos.

La Santa Sede, después de la elección de León XIII, a comienzos de 1879, decidió que se eligiera de un nuevo Presidente de la Congregación Italiana – el elegido será dom Gregorio Bartolini – pero que dom Cesari, de 74 años, quedara como Abad General de la Orden. Éste murió dos meses después, el 29 de abril de 1879. Según lo que había decidido la Santa Sede, el Procurador, a la sazón dom Smeulders, debía convocar y presidir un Capítulo de elección.

Éste tuvo lugar en Viena en un hospicio que pertenecía a Heiligenkreutz y reunió una quincena de personas, pero los ausentes habían enviado su papeleta de voto. Duró el tiempo de dos sesiones, la del 29 y 30 de abril de 1880 y dom Bartolini fue elegido Abad General. Fue confirmado por la Santa Sede sólo por seis años. Las cinco papeletas de voto enviadas por la Congregación de Lérins no fueron contabilizadas, pues dicha Congregación estaba sólo afiliada a la Congregación Italiana y, además, sus monjes no hacían votos solemnes. Por esta vez, los dos cargos de Abad General y de Presidente de la Congregación Italiana estaban unidos, pero ello no influiría en el futuro, según afirmaba la Santa Sede. Los abades trapenses de la “Nueva Reforma”, que estaban reunidos en Aiguebelle en julio de 1881, enviaron su felicitación a dom Bartolini ⁴⁸. En 1886 su mandato fue renovado por la Santa Sede, pero murió el 26 de julio de 1890.

Se convocó, pues, un Capítulo General el 17 de junio de 1891 en Viena. Éste eligió a dom Leopold Wačkarz y definió la composición de la Orden Cisterciense de la Común Observancia, como ya se ha dicho al comienzo de esta exposición.

CONCLUSIONES

Por primera vez desde 1797, el decreto *Disciplinae Regularis* de marzo de 1868 permitió convocar un Capítulo General entre *varias* Congregaciones, con un Superior con autoridad entre ellas, autoridad que obliga al voto de obediencia. Po-

47 Santa-Cruz-de-Jerusalén y San Bernardo-en-las-Termas fueron expropiadas; los monjes pudieron ocupar sólo algunas habitaciones para permitirles continuar con su servicio pastoral.

48 Texto de la carta en latín en *Anal. Cist.* 1978, p. 419.

demos considerarlo como fundador de una Orden moderna de Cister tal como va a precisarse y a consolidarse al recibir sus primeras Constituciones en 1891 y sobre todo en 1900. Está claro que esta Orden, que se va a designar explícitamente con el título de “Común Observancia”, no incluyó jamás a los cistercienses de la “Estricta Observancia” que llaman trapenses. El decreto de 1868 no los menciona y, de hecho, no son invitados a ningún Capítulo, sin que ello les sorprenda excesivamente ni se culpabilicen luego: sencillamente no están concernidos. De todos modos, caso de participar, no serían más que unos invitados. Se les negó toda voz activa y pasiva incluso para la elección de un Abad General, según decidió el Capítulo de 1869, prueba de que este abad no era el suyo. Por otro lado, los capitulares tuvieron conciencia de que no formaban Capítulo General de toda la Orden y de que sus decisiones sólo les concernía a ellos ⁴⁹.

El hecho de que el Abad General de la Orden de la Común Observancia continúe confirmando las elecciones de los abades trapenses no significa su incorporación a esta Orden ni que participen en sus estructuras. Este Superior General no ejerce sobre ellos jurisdicción alguna real, como hemos visto. Dom Cesari reconoce, en una carta del 27 de junio de 1869 al abad de Westmalle, que “los trapenses no están sometidos a su gobierno y jurisdicción y no están unidos a los Cistercienses de la Común Observancia” ⁵⁰. No se puede ser más claro. Más tarde, dom Smeulders dirá, en el mismo sentido, que el Moderador General no tiene más que un “título honorífico” con relación a los trapenses; es la razón, implora, por la que no se le puede hacer responsable de los males que sufren los trapenses, que les hacen reclamar el tener un Abad General de su observancia: tienen ya lo que reclaman en la persona de sus Vicarios Generales y sólo tienen que echarse la culpa a sí mismos y no al Presidente General ⁵¹.

Si los trapenses no han formado nunca parte de esta Orden moderna de la Común Observancia, no se puede decir que se separaron en 1892, cuando cesó el poder de confirmar a sus abades, reconocido en 1834 al Presidente General (que llegó a ser en el ínterin “Abad General”). Todo lo más que se puede decir es que cesó una forma de comunión en la Familia Cisterciense.

Antes de la Revolución Francesa, la Común y la Estricta Observancia coexistían más o menos pacíficamente en el seno de una misma Orden, regida por un único Capítulo General que presidía el abad de Cîteaux. Desde la desaparición de

49 Cf. Nota 45. En muchas ocasiones hacen señalar que no constituyen la totalidad de la Orden y que no quieren causar perjuicio a las otras Congregaciones (Cf. Actas publicadas por Konrad, § 6, 20, 21-22, 26, 32, 57...).

50 Este es el argumento esgrimido por el Procurador trapense para obtener que los dos Vicarios Generales puedan participar en el Concilio Vaticano de 1869, cuando este privilegio estaba reservado a los Superiores Generales: el Presidente General italiano no era el Abad General de los trapenses y no podía representarlos. Cf. *Coll. Cist.* 1970, pp. 344 y 352.

51 Cf. *Anal. Cist.* 1992, pp. 222 y 224.

Cîteaux en 1797, la unidad *canónica* de la Orden cisterciense no volvió a ser restablecida *jamás*. El Acta pontificia de 1868 no concierne sino a una parte de los Cistercienses. Los monasterios o las Congregaciones que existían antes de 1868 o se fundaron después, tomaron otras formas canónicas, sin dejar de ser, por otro lado, también ellos herederos del primitivo Cîteaux. Es abusivo pretender que después de 1868 la Orden primitiva de Cîteaux no subsistió más que en la nueva Orden y que todos los que no pertenecían a ella dejaron de ser cistercienses.

Quizá esta Orden creada en 1868 tuvo vocación de reunir en su seno a todos los monjes y monjas cistercienses. Es legítimo lamentar que ello no se haya realizado. A decir verdad, ella misma se opuso a veces a tal o cual agregación solicitada: el simple hecho de que el Capítulo de 1869 haya reservado a los miembros de la Común Observancia el ejercicio de la voz activa y pasiva no dejaba una puerta “muy abierta” a la entrada de los trapenses en la Orden. Por lo demás, sabemos que la proposición de los trapenses, hecha en 1896, de reducir su Orden al rango de Congregación autónoma para no formar más que una Orden con las otras Congregaciones, fue rechazada por el Capítulo General de la Común Observancia de 1897.

La antigua Orden de Cîteaux no puede decirse única, en nuestros días, si no se identifica con el conjunto de la “Familia Cisterciense”, no con una u otra Orden, de la Común o de la Estricta Observancia. Dicha Familia Cisterciense, que no es ciertamente una noción *canónica*, existe sin embargo realmente y comporta en su seno varias entidades canónicamente autónomas. El Abad General de la Común Observancia es jefe de Orden en la Familia cisterciense, y no el único Jefe de la Familia, no más que el Abad General de la Estricta Observancia... o la Priora General de Esquermes o la Presidenta de la Congregación de la Huelgas. La Familia Cisterciense no se reduce a los solos miembros de una de esas entidades canónicas, incluso si el Presidente de ésta ha sido declarado antaño por el Papa, Superior general de la Orden y podría quedar, incluso hoy, como “Praeses” o Presidente honorífico de la Familia entera, sin otra función que la de significar su unidad espiritual. ¿Por qué motivo la “pluriformidad” de la Familia Cisterciense conduciría a levantar un “muro firme y estable”⁵² entre sus componentes? Y ¿por qué motivo esta pluriformidad significaría una exclusión de tal o cual componente?

52 Como lo habrían construido los trapenses en 1892, según lo que afirma dom Leopold Wačckarz respondiendo el 12 de marzo 1898 al cardenal Vannutelli. Cf. *Anal. Cist.* 1989, pag. 418. Por su parte dom Wyart afirma que después de su elección recibió de la S. Congregación ¡la prohibición de corresponderse con la Común Observancia! (Carta del 19 de marzo de 1894 al P. Gregor Müller, Cf. *Anal. Cist.* 1992, pag. 310) En nuestros días, felizmente ¡el diálogo está restablecido!

La consolidación de nuestra identidad (1900-1922)

2.1. INTERVENCIONES DE LEÓN XIII Y PÍO X A FAVOR DE LA ORDEN

El Capítulo General de 1901 expresó el anhelo de obtener de la Santa Sede “una bula o un decreto reconociéndonos como formando parte, en verdad, de la Orden de Císter y conformándonos en el goce de todos los derechos y privilegios cistercienses”. Deja al Abad General el cuidado de elegir el tiempo y los medios oportunos para que la gestión termine sin demasiadas dificultades. La situación era delicada, no en relación con la Santa Sede sino con la Común Observancia, que juzgaba que habíamos salido de la Orden Cisterciense al tener un Abad General propio y habiéndonos hecho totalmente autónomos. Según la opinión de dom Leopold Wačkarz, expresada en el Capítulo General de su Orden en 1897, los trapenses se habían separado de la familia común de los cistercienses y habían constituido una nueva familia religiosa completamente distinta de la Orden Cisterciense. Nos habíamos separado de la “cepa” cisterciense ¹ (esta afirmación ha sido discutida más arriba § 1.6.). Parecía a dom Wyart y a los Capitulares de 1901 que solamente una palabra solemne del Santo Padre podría restablecer la verdad.

Dom Wyart comienza por pedir a un canonista curtido, Mons. Filippo Giustini, auditor de la Rota, argumentos que permitieran zanjar el problema. Ello dio como resultado un volumen de 89 páginas que llega a la siguiente conclusión: el acta de 1892 no ha disminuido en modo alguno la pertenencia de los trapenses al tronco cisterciense. Con este documento en mano, el Abad General se vuelve a la Santa Sede para pedirle la confirmación de esas conclusiones. Una congregación especial de cardenales, nombrados por León XIII, responde afirmativamente y sugiere se pida al Soberano Pontífice la confirmación de todos los privilegios concedidos a la Orden de Císter (rescripto del 6 de mayo de 1902). Eso es lo que hace la carta *Non mediocri* del 30 de julio de 1902. Esta carta es una de las más explícitas. De-

¹ La expresión es de dom Mauro Tinti, procurador de los cistercienses, en su carta a León XIII del 25 de diciembre de 1896. Cf. *Anal Cist.* 1984, p. 136.

clara que, no obstante la autonomía de la Orden, sus miembros son “Hijos verdaderos de la misma familia cisterciense, así como el Abad General, los otros abades y religiosos de la Común Observancia”. Gozan de los mismos privilegios, gracias, indulgencias, facultades, prerrogativas e indultos que los que tienen y gozan el Abad General, los otros abades y religiosos de la Común Observancia “absolutamente, sin ninguna diferencia y con la misma autoridad y valor”².

El año 1903 celebra el 25 aniversario del pontificado de León XIII (28 de febrero–3 de marzo de 1878). Hubo celebraciones impresionantes. Pero 4 meses más tarde el Papa recibe la extremaunción, a causa de una súbita neumonía. Lucha contra la muerte 15 días y finalmente exhala el último suspiro el 20 de julio de 1903. El Cónclave, reunido en seguida, elige el 4 de agosto al patriarca de Venecia, cardinal Sarto. Dom Wyart, ausente de Roma, confinado en la enfermería de Laval por una operación de cataratas, no puede asistir al acontecimiento. Sale de Laval el 8 de septiembre de 1903 para presidir el que iba a ser su último Capítulo General en Cîteaux, del 12 al 18. Después se dirige a Roma el 2 de octubre, para no volver más a dejar la Ciudad Eterna. Su primera acción fue conseguir del nuevo papa la bendición apostólica para su Orden. Escribía así a su amigo André Derély:

No he vuelto a ver a León XIII. Este gran papa está ahora en el Paraíso con Pío IX. Su sucesor hace ahora las delicias de todos los que tienen la suerte de acercársele. En cuanto a mí, cuando me recibió en audiencia privada, he quedado maravillado por sus preguntas y sus observaciones sobre Francia y sobre nuestra Orden. A medida que hablaba, me decía a mi mismo: ¡tenemos un papa!³.

Los días de dom Wyart estaban contados. Tuvo el gran gozo, en julio de 1904, de tener una audiencia de una hora y veinte con Pío X, en un tête a tête. Al final el Papa le dijo al despedirle: “Le conocía antes de recibirle. Ha sido un hijo leal y afecto de Pío IX y de León XIII, y lo será también mío. Os vais a curar; no moriréis de vuestra enfermedad. Aún tenéis que hacer mucho bien”⁴.

Esta gran alegría será la última. Poco después, el mal se agravó y el 17 de agosto, por la tarde, el cardinal Macchi le lleva la bendición del Papa. Al día siguiente, a las tres de la tarde, da su último suspiro (Cf. más adelante § 2.3.1.).

² El texto añade: “(...) y, si es necesario, Nos se lo acordamos”: Es la formula usual en parecidos casos, que responde de antemano a toda objeción. No significa que los privilegios de los cistercienses no pertenezcan ya a los trapenses, como algunos han querido creer.

³ Citado por FICHAUX, *Dom Sébastien Wyart*, Paris-Lille, 1910. p. 672.

⁴ *Ibidem* p. 674

Mons. Marre, apenas elegido Abad General, obtiene una audiencia con Pío X quien le confirma en el cargo de abad de Igny. Algunos meses más tarde, el 31 de mayo de 1905, el Papa le envía una carta confirmándole todo lo que León XIII había hecho para los Cistercienses Reformados, sobre todo en la carta *Non mediocri*, y para darle ánimo y algunas consignas. El Papa exhortaba a los monjes a aplicarse a la Regla, a la oración y a la penitencia. Pedía a los superiores velar constantemente por:

- El discernimiento de las vocaciones. Admitir sólo a personas que puedan promover la “Utilidad y el honor de la Orden”, según la expresión de las Constituciones.
- Una formación seria para los que serían promovidos a las sagradas órdenes.
- El respeto a las normas concernientes a la gestión de los bienes.
- El desarrollo escrupuloso de las Visitas Regulares.
- El respeto del procedimiento que quiere que todas las transacciones con la Curia Romana sean tratadas sólo por el procurador, por mandato del Abad General.

Uno puede preguntarse qué ha podido provocar esta carta y sus recomendaciones. Cuando se ve hasta qué punto las peticiones del Santo Padre se corresponden con las preocupaciones de Mons. Marre, le viene a uno a la cabeza la idea de si no habría solicitado él mismo esta intervención pontificia.

2.2. LA AMENAZA QUE PESA SOBRE LA ORDEN COMO CONSECUENCIA DE LA PERSECUCIÓN RELIGIOSA EN FRANCIA (1880-1914)

En esta época, la mayoría de las comunidades se encontraban en Francia o dependían de comunidades francesas, por lo cual se puede decir que la amenaza lanzada contra ellas por los gobiernos anticlericales franceses desde 1878 y, sobre todo, desde la ley sobre las Congregaciones, del 1 de julio de 1901, afectaba a la Orden entera. Esto fue, por otro lado, motivo de expansión de la Orden fuera de Francia, ya que muchas comunidades prepararon refugios en el extranjero, y algunas se convirtieron en casas autónomas. Sucedió lo mismo que en la Iglesia en sus comienzos: la persecución en Jerusalén dispersó a los creyentes transformándolos en misioneros (Hc 8; cf. 11,19).

El 29 de mayo de 1880, el gobierno francés promulga dos decretos: las Congregaciones no autorizadas – como era el caso de los trapenses – en el plazo de tres meses tenían que abandonar sus establecimientos y disolverse. Los partidos polí-

ticos conservadores se enfurecen y ello anuncia unas buenas escaramuzas. Como la resistencia se organiza con la ayuda de algunos políticos amigos de los monjes y de la población local, habrá que recurrir a la fuerza pública para dispersar las comunidades. Tal será el caso de La Trapa, Bellefontaine, Timadeuc, Dombes, Acey, Sept-Fons, Tamié, la Grâce-Dieu, Divielle: los españoles que formaban el gran contingente de esta última comunidad aprovecharon para reimplantarse en España ⁵. Algunas comunidades fueron exoneradas, porque las autoridades locales cedieron ante la resistencia de la población que las rodeaba, como sucedió, por ejemplo, con Mont-des-Cats. En Las Nieves, la nieve que cayó abundantemente durante la noche impidió avanzar a la tropa...

Felizmente, al gobierno le interesaban, sobre todo, las escuelas y no expropió a los monjes, que pudieron volver al cabo de algunas semanas, salvo en Sept-Fons: quedaron dispersados durante varios años. La Grâce-Dieu, ante la perspectiva de tener que huir al extranjero, abrió un refugio en Austria (Landspreiss); Sept-Fons dos, uno cerca de Madrid (Valverde) y otro en Croacia (La Coulpe en Reciça). Estos dos refugios se cerraron respectivamente en 1882 y 1894. Tilburg y S. Isidoro de Dueñas deben su origen a la misma circunstancia, así como Nuestra Señora de Délivrance, en Eslovenia. Algunos monjes de La Trapa fueron a engrosar las filas de Tre Fontane. Las Nieves emprendió también una fundación en Siria. Fue el mismo abad, dom Polycarpe, quien salió como superior de los fundadores y echó las bases, en abril de 1882, de Ntra. Sra. del Sagrado Corazón cerca de Akbés, donde el beato Charles de Foucauld, Hno. Albéric, pasará 7 años de su vida trapense.

En 1889, una ley impuso el servicio militar de 3 años, al que los jóvenes religiosos quedaban sometidos. Pero la ley preveía que los que habían pasado diez años en el extranjero, mayores de 20 años, quedaran exentos. Muchas Congregaciones religiosas decidieron, entonces, abrir casas de formación fuera de Francia, con el fin de que sus jóvenes se librasen del servicio militar. Con esta finalidad, Sept-Fons funda Latroun en Palestina en 1890. En el Capítulo de 1899, se trató de abrir una casa de estudios en Beirut pero el proyecto no siguió adelante.

LA LEY DE ENCABEZAMIENTO

Las Congregaciones religiosas fueron también perseguidas mediante impuestos, con el fin de ser ahogadas. Ya desde 1880 y 1884 una tasa excesiva (llamada de *incremento*) debía ser pagada en cada deceso de un miembro de la comunidad, en proporción a lo que se suponía que el difunto poseyese del patrimonio común, y que “heredaban” los Hermanos vivos. Además, los bienes poseídos debían re-

⁵ Después de varios cambios la comunidad se instaló en la Oliva en 1927.

portar un beneficio del 5% imponible. Pero en 1895 la ley de finanzas transforma estos impuestos en una tasa anual sobre el conjunto del capital mueble e inmueble (incluso de bienes puestos simplemente a disposición de una Congregación, aunque ella no fuera propietaria). Había que pagar prácticamente de 6 a 8 veces más que las sociedades más prósperas, al menos según ciertos cálculos. Lo que hacía más intolerable aún la medida era que había que pagar dicho impuesto, llamado de encabezamiento, con efecto retrospectivo por los años anteriores a 1884 ⁶. La posición de la mayoría de las Congregaciones de la Francia católica, a ejemplo de los cardenales de París y Reims, era de resistirse y no someterse a las leyes injustas. Dom Wyart se había propuesto actuar de la misma manera. Sin embargo, no todos eran de esta opinión y se sabía que ciertas personalidades del Vaticano, como el Secretario de Estado Rampolla, estaban indecisas ante la idea de una resistencia que pudiera suponer un endurecimiento del gobierno que agravara la situación. Alertado de esto, dom Wyart sale para Roma el 26 de agosto de 1895. Pide y obtiene una audiencia con León XIII y durante una hora le pone al corriente de la situación en Francia, donde la mayoría sigue los pasos de los cardenales de París y Reims, con excepción de 5 Congregaciones de hombres. El Papa anima a resistir y encarga a dom Wyart que se lo comunique al cardenal Langénieux, arzobispo de Reims, cosa que hace el 2 de septiembre, antes de dirigirse a Sept-Fons, donde, algunos días más tarde, hace votar por el Capítulo General en su totalidad la resistencia a la ley. Se envió una carta de apoyo a los dos cardenales de París y Reims, carta que produjo en Francia cierto revuelo ⁷. En Roma, sin embargo, ganó la corriente a favor de la sumisión, arrastrando la adhesión del Papa. La adhesión que León XIII pedía a los católicos franceses, en su mayoría monárquicos y conservadores, iba en el sentido de una adhesión a las instituciones republicanas. Dom Wyart tuvo que comunicar al Capítulo General de 1900 el deseo del Santo Padre que, dadas las dificultades de la situación política en Francia, pedía evitar en la medida de lo posible todo lo que fuera ocasión de conflicto. “El Papa quiere incluso que nos sometamos a pagar el impuesto de encabezamiento, si somos condenados por los tribunales”. A decir verdad, la resistencia de la mayoría de las Congregaciones se iba mitigando y el gobierno estaba dispuesto a dispensar de multas y otros excesos de tasas a los que renunciaban a la resistencia. Se podían encontrar acomodaciones donde el propietario legal no fuera la comunidad religiosa ⁸.

6 Pues muchas Congregaciones no habían pagado el impuesto, intentando procesos contra el fisco o no declarando las muertes. El fisco quería, pues, resarcirse.

7 El texto de la carta se encuentra en FICHAUX, *Dom Sébastien Wyart*, Lille-París 1910, pp. 587-589. En la Casa Generalicia están reunidas unas 50 de justificativos de prensa nacional o provincial. Sin embargo, el cardenal de Reims no quería esta peligrosa publicidad.

8 Sólo en 1942 serán abolidos oficialmente estos impuestos discriminatorios.

TREGUA PROVISIONAL

Pero lo peor estaba aún por llegar. ¿Lo esperaban realmente? Una cosa, en efecto, era chocante: en estos últimos años del S. XIX se podía temer cualquier cosa de la situación política, después de las expulsiones de 1880, de unas leyes fiscales discriminatorias y del primer gobierno radical de 1895, que prohibió a los obispos reunirse para deliberar. Sin embargo, varios monasterios se lanzan a grandes trabajos: La Gran Trapa es reconstruida de manera grandiosa entre 1880 y 1895. Mont-des-Cats, pone la primera piedra de un nuevo monasterio en 1891; se consagró la iglesia en 1898 (será víctima de la guerra en 1918). Bricquebec obtiene, en 1893, el permiso de reconstrucción en gran estilo ⁹. Oelenberg construye también su iglesia en 1896. Timadeuc pide prestados 25.000 francos para reconstruir la suya que, a decir verdad, ¡bien lo necesitaba! Y Cîteaux fue comprado muy caro en 1898. Todo esto es prueba de un gran espíritu de fe pero también, quizás, de inconsciencia del peligro que se avecinaba.

Las diligencias de apaciguamiento por parte de la Santa Sede ciertamente parecían dar su fruto: entre 1896 y 1898 podían producir el cambio. Dom Wyart fue asociado a ello, al ser enviado por el Santo Padre a los obispos franceses para que apoyaran, con relación a los católicos, los esfuerzos de los republicanos moderados, lo cual, por cierto, le obligaba a ir contra sus propias convicciones. Pero el catolicismo francés estaba muy dividido y los extremistas de ambos lados, por sus reacciones exageradas, sabotearon dichas tentativas. Algunos católicos preferían “la política de las catástrofes” a la de la conciliación, y los francmasones, por su lado, no se apeaban de su virulento anticlericalismo.

EL DELITO DE CONGREGACIÓN. LA LEY DE JULIO DE 1901

La izquierda gana las elecciones de 1898. Francia se había roto de manera apasionada en torno al *affaire Dreyfus*, el capitán judío condenado erróneamente por traición. Los católicos intransigentes se comprometieron con un antijudaísmo virulento. En octubre de 1900 el jefe de gobierno Waldeck-Rousseau, escandalizado por la actitud de los asuncionistas y su periódico *La Croix*, pero también por juego político, pronunció un célebre discurso contra las Congregaciones, que se hacían cada vez más potentes en el Estado y en la Iglesia. Con muy mala fe, denunció su existencia como una violación del concordato de 1801, que no las mencionaba. El

⁹ Pero su abad muere y su sucesor, dom Vital Lehodey, hace parar todo al precio de grandes indemnizaciones. Sin embargo un segundo plan, más simple, se presenta en 1899 al Capítulo General. Finalmente, dom Vital utilizará el dinero para ayudar a las fundaciones en Japón y la preparación de un refugio en Inglaterra.

15 de enero de 1901, para controlarlas, propuso a la Cámara de Diputados la ley de asociación. Esta reconocía la libertad para formar asociaciones a todos los ciudadanos, salvo a los religiosos, que no podían asociarse y formar una Congregación sin autorización que sólo el Parlamento podía conceder por medio de una ley. Las que existían ya sin haber sido autorizadas en el pasado, es decir 149 sobre 154, de varones, y 606 sobre 1511, de mujeres, debían depositar una petición de autorización en 3 meses, so pena de disolución y de confiscación de sus bienes.

La ley fue votada el 21 de marzo de 1901 con una mayoría de 80 votos. El Senado la votó, a su vez, el 29 de junio y fué firmada el 1 de julio por el Presidente de la República. El 29 de junio, el Papa escribió una bella carta a los superiores de las Órdenes e Institutos religiosos, asociándose a su prueba, pero dejando la libertad de decidir ellos mismos sobre lo que debían hacer¹⁰. Ahí estaba el problema: ¿qué hacer? Las Congregaciones no podían existir sin una autorización. Y pedirla ¿no significaba reconocer la ley? Algunas Congregaciones, principalmente las de enseñanza, sabían que la autorización les sería negada de todas formas. Decidieron, pues, no rebajarse a pedirla, escogiendo el exilio o entrar en la clandestinidad “secularizándose”, para conservar sus obras. De entrada, los jesuitas declararon en voz alta que no solicitarían la autorización. Otros creían que no se arriesgaba nada pidiéndola y, si era negada, quedaría probado el sectarismo del gobierno.

La mayoría de las Congregaciones masculinas adoptaron esta postura en el curso de una reunión de sus superiores en París y pidieron la autorización. Otros se abstuvieron. Entre los monjes las actitudes divergían: la Congregación de Solesmes juzgó preferible no pedir la autorización y se preparó para el exilio. La provincia de la Pierre-Qui-Vire, como la Congregación de Lérins, depositó su petición de autorización. Eso es lo que hicieron también los trapenses. La decisión fue tomada en el curso de 2 reuniones de superiores de Francia, el 29 de junio de 1901 en Cîteaux y el 16 de julio en París. Dom Wyart consultó al Papa el 14 de agosto siguiente, el cual le dijo formalmente su deseo de que la Orden pidiera esa autorización. La decisión fue ratificada en el transcurso del Capítulo General de septiembre de 1901 casi con unanimidad, menos un voto. La petición se presentó inmediatamente (para lo monjes y las monjas) y una serie de notas confidenciales, redactadas por dom Chautard y sus consejeros jurídicos, ayudaron a los monasterios a preparar los dossiers. Se toman contactos discretos y regulares con diversos ministerios y, en principio, todo parece ir sobre ruedas¹¹: ¿es que dom Wyart había tenido alguna entrevista con políticos importantes?

10 Una dificultad canónica fue superada con una circular del cardenal Gotti del 10 de junio: el gobierno pedía la sumisión a los obispos, lo cual iba contra la exención, pero bastaba referirse al derecho común (eclesiástico) concerniente el control discreto de los obispos sobre las casas situadas en su diócesis para su apostolado.

11 Se sabe de manera oficiosa y secreta que el Ministerio apoyaba la petición de autorización de los trapenses.

Es posible que Waldeck-Rousseau, queriendo solamente controlar a las Congregaciones, hubiera examinado las peticiones de autorización “con el liberalismo más benigno” como lo había prometido a la Santa Sede. Pero las elecciones de mayo de 1902 marcan la derrota de los católicos, demasiado comprometidos por su conducta en el caso Dreyfus. El nuevo gobierno estaba dirigido por un notario anticlerical de 60 años, antiguo seminarista: Emilio Combes¹². Estaba dispuesto a quitarse de encima las Congregaciones y a destruir el catolicismo que antaño profesara hasta la intransigencia. “No he subido al poder más que para eso”, decía. Las reformas sociales vendrán después.

Combes transforma la ley en empresa de destrucción. El 2 de diciembre de 1902, somete a la Cámara de Diputados, hostiles de antemano a las Congregaciones, 54 demandas agrupadas en tres categorías: 25 de enseñanza, 28 de predicadores (entre ellas la provincia de la Pierre-qui-Vire con sus 8 monasterios) y una dedicada al comercio: los cartujos. Las opiniones que acompañan la proposición son desfavorables a la autorización. Son estudiados por los diputados, que por tres leyes, una por cada categoría, rechazan en bloque las autorizaciones en marzo de 1903 (cuando, en realidad, cada Congregación debiera haber sido objeto de una ley; ¡pero hubiera sido demasiado largo!). Combes transmite también a la Cámara de los diputados 81 peticiones de Congregaciones femeninas (sobre 395 presentadas). Son todas rechazadas en bloque el 26 de junio. Desde el 1 de abril los superiores de las Congregaciones masculinas reciben la comunicación del rechazo de la autorización. Las Congregaciones de predicadores tienen 15 días para cerrar sus establecimientos; los de enseñanza tienen plazos más largos. El último monje deja la Pierre-qui-Vire el 3 de mayo de 1902, para llegar al refugio preparado en Bélgica desde el año anterior. La expulsión más espectacular, a causa de la resistencia de la población, fue la de los cartujos, el 29 de abril de 1903, inmortalizada por la fotografía.

LOS TRAPENSES SOMETIDOS A LA DECISIÓN DEL SENADO

En cambio, ese mismo 2 de diciembre de 1902, Combes presenta en el Senado las peticiones de 5 Congregaciones de hombres recomendando su aceptación. Se trataba de los PP. blancos, las misiones africanas de Lyon, los cistercienses de Lérins, los trapenses y los Hnos. de san Juan de Dios. Para no herir, sin duda, algunas

La nota del 10 de abril señala que nuestro dossier ha pasado por diversos ministerios y ha vuelto al de Cultos después de opiniones favorables. El proyecto de ley que autorizaba la Orden estaba prácticamente listo para ser presentado al voto de los Diputados, pero faltó tiempo antes de las elecciones de mayo.

12 Estudió en la enseñanza superior católica e hizo su tesis doctoral sobre la filosofía de santo Tomás y sobre la controversia entre san Bernardo y Abelardo.

susceptibilidades, excluye algunos establecimientos (entre ellos, 4 monasterios nuestros) y añade la petición de una sexta Congregación, para la que propone el rechazo ¹³. Las monjas no son mencionadas.

¿De dónde viene esta actitud favorable hacia estas 5 Congregaciones? Se puede comprender con relación a los misioneros que trabajan en el extranjero y dan prestigio a Francia pero ¿los monjes? Los trapenses pueden aducir Staouëli y otros establecimientos en el extranjero: Siria, Palestina, China, África, Japón, Australia y América... ¿O sería porque nuestro dossier estaba ya bien preparado en el ministerio de Cultos en abril de 1902? ¿Fue a consecuencia de una entrevista que dom Wyart mantuvo con Emilio Combes y el director de Cultos? ¹⁴ Las motivaciones del proyecto de ley dicen: “Estos religiosos que, en virtud de sus Reglas buscan la mejora moral en el aislamiento voluntario y el trabajo agrícola, ya sea roturando tierras incultas o saneando terrenos insalubres, han rendido servicios generalmente apreciados en las diversas localidades donde se han establecido y que parecen militar en favor del reconocimiento de la mayoría de sus establecimientos”. A pesar de todo, el texto está lleno de condiciones: estas casas deben abandonar sus anexos industriales y comerciales, limitándose a su actividad religiosa y agrícola. Son explícitamente denunciadas la quesería de Port-du-Salut, la “musculine” ¹⁵ de Dombes, las chocolaterías y cervecerías... Se impone así mismo una limitación de personal (30 personas) y sobre todo de extranjeros (no más de 10). Además, como ya se ha dicho, 4 abadías son “pescadas”, a las que el proyecto sugería negar la autorización: Mont-des-Cats (mala reputación, mayoría de extranjeros, cervecería grande), Igny, Fontgombault y Chambarand.

La partida no estaba ganada de antemano: hacía falta que el Senado siguiese el consejo del gobierno y sobre todo que no impusiera las condiciones que podían poner en peligro el equilibrio financiero de las abadías. ¿Sería posible salvar las 4 abadías no aceptadas? La prensa anticlerical denuncia la actitud receptiva del Gobierno y asegura que la lucha no ha terminado. Se puede leer en *l’Avenir* del 24 de mayo de 1903: “Hemos podido reunir un informe muy interesante sobre las Congregaciones de Soligny-la-Trappe (Orne) y vamos a publicarlo. Aclaremos así al Senado... Puesto que los cartujos están disueltos como Congregación comercial,

13 Esta sexta Congregación es la de los “Salesianos de Don Bosco”, que de hecho el Senado rechaza el 4 de julio de 1903 con 40 votos a favor.

14 Dos cartas de dom Chautard, de 1909, permiten afirmarlo (cf. anexo) ¿Cuándo tuvieron lugar esos encuentros? Es difícil decirlo. Combes fue ministro de Cultos en 1895. Pero en esta época los trapenses se oponían a la ley de Encabezamiento, ¿Por qué, pues, dom Chautard habría deseado encontrarse con el ministro y su director de Cultos? ¿Sería, entonces, después de mayo 1902? (Dom Wyart pasó por París el 21 de junio, viniendo de Sept-Fons y de Cîteaux los días 17 y 18 de julio). Se puede pensar también que estas entrevistas se desarrollaron separadamente y que la primera, con Charles Dumay, director de Cultos bajo el gobierno de izquierda desde 1887, tuvo lugar en los últimos meses de 1901 cuando ya había contactos con el ministerio.

15 Especie de pasta de frutas, que incluía carne cruda y que era apreciada por su valor energético.

no hay razón para que otra Congregación comercial, como los trapenses, sea autorizada. ¡Un poco de lógica por favor!” El 17 de mayo fue un gran día para el librepensamiento. Hay en el país más de 200 reuniones, en el curso de las cuales los principales cabecillas anticlericales reclaman la supresión de las Congregaciones, llegando, incluso, a perturbar a veces la celebración de las misas.

Dom Chautard, encargado por dom Wyart de organizar la defensa de los trapenses, pudo reunir una documentación importante acerca de las abadías, que edita en un folleto de 25 páginas, destinadas a los senadores. Recuerda allí lo que es una trapa, el sentido de la vocación contemplativa y cómo funciona (insistiendo sobre la libertad de los monjes), justifica después el trabajo monástico, desarrolla los servicios prestados y por prestar. Insiste sobre la necesidad de las industrias para pagar las deudas contraídas y atender a las necesidades de las comunidades y de sus filiales en el extranjero (Palestina, Siria...). Presenta, a continuación, las características de cada caso, refutando las objeciones hechas contra las 4 comunidades incriminadas. Sabiendo que el Senado hacía estudiar el proyecto de ley por una comisión dirigida por Clemenceau, trata de obtener, en febrero de 1903, una entrevista personal con él para conocer sobre qué puntos debe preparar su alegato. Clemenceau le recibe, al principio, de manera agresiva, pero al fin cae subyugado por la pasión con la que dom Chautard presenta la vocación de los trapenses.¹⁶ Clemenceau acepta que se entreviste con la comisión.

En tres ocasiones en 1903, el 17, 18 y 19 de junio (fiesta del Sagrado Corazón), dom Chautard fue introducido en la comisión y respondió a las preguntas de los senadores que se referían, sobre todo, a las industrias y al comercio: si podían perjudicar a los industriales y comerciantes de los alrededores de las comunidades¹⁷. Llegan las vacaciones parlamentarias y se esperaba que la ley fuera discutida a principios de octubre, pero ésta no fue puesta en el programa de las deliberaciones con respecto a las 5 Congregaciones autorizadas por el gobierno.

¿Cuál fue el influjo de la defensa de dom Chautard sobre el resultado? Es difícil saberlo. Parece bien evidente que, si la opinión del gobierno hubiese sido negativa como lo era para los salesianos, no le habría dado ninguna oportunidad. El P. Bologne, compañero de don Bosco, no pudo hacerse oír en la Comisión senatorial. Sin duda, el abad de Sept-Fons pudo influir en la comisión y su presidente, pero ésta se pronunció a favor de la aceptación, en principio, con una pequeña mayoría, como para las otras 4 Congregaciones. En cuanto a la medida de diferir

¹⁶ Este contó su entrevista con Clemenceau en una conferencia dada en 1931. ver CHAUTARD, *Les Cisterciens Trappistes, L'âme cistercienne*.

¹⁷ Los archivos de la Trapa poseen una copia de las actas de las sesiones donde se estudia la petición de los trapenses. Hay que notar que también el superior de Lérins se presentó ante la Comisión, quien se pronunció favorablemente por 8 votos contra 7. Se pronunció a favor de los trapenses por 9 contra 7. Una carta de dom Symphorien da detalles precisos recibidos de dom Chautard sobre la situación del 19 de junio de 1903: Cf. anexo.

la discusión en el Senado, también quedaron concernidas estas últimas, para las que dom Chautard no intervino. Fue aceptada, sin duda, pero por motivos del calendario político del momento, que reclamaba otros debates más urgentes. Por su lado, el gobierno remite para más tarde el examen en la Cámara de las demandas que habían quedado en el despacho del ministro de Cultos ¹⁸.

En junio de 1903 Waldeck-Rousseau había criticado vivamente, en público, la acción de Combes contra las Congregaciones: de una ley de *control* había hecho una ley de *exclusión*. Le reprocha no haber aplicado la ley con sabiduría y moderación, sino brutalmente, a patadas y puñetazos. ¿Fue esta intervención en el Senado la razón de este aplazamiento? De hecho, se ganó una réplica severa del mismo Clemenceau, que aprobaba la política de Combes.

Pero las instituciones escolares preocupaban mucho más a los gobernantes ¹⁹, que atacaron las obras católicas de diferentes maneras. Los objetivos del combate desplazaban el terreno de acción. Desde noviembre de 1903 se llama al Senado a examinar un proyecto de ley que debía poner fin a la enseñanza impartida por las Congregaciones: otro proyecto que culminaría en la ley de 7 de julio de 1904. Cada año, hasta 1908, hubo medidas o leyes anticlericales, que ocuparon el tiempo de los debates y movilizaron los esfuerzos de los parlamentarios. Se llega al máximo con la ley de separación entre Iglesia y Estado en diciembre de 1905, que desencadenó los “inventarios” de bienes eclesiásticos en las iglesias, en medio de resistencias populares y de incidentes preocupantes en varias regiones ²⁰.

Sin embargo, el aplazamiento de la discusión del Senado no era, de suyo, más que temporal. Puede ser que luego Clemenceau, que dirigió el gobierno de 1906 a 1909, haya tenido alguna influencia sobre la programación de los debates del senado. Dom Chautard continuó teniendo contactos con él. La discusión sobre las Congregaciones continuaría en 1914; el abad de Sept-Fons escribe el 20 de febrero: “Graves amenazas de exilio, alerta más grave que nunca”. Una visita del subprefecto de Valogne a Bricquebec en mayo de 1914 dejaba prever una expulsión en corto espacio de tiempo. Maubec estaba también en una lista de próximas proscripciones. En junio-julio, el nuevo gobierno está decidido a terminar con las Congregaciones. Clemenceau tenía entonces la opinión de que había cosas más urgentes que hacer y sugirió, incluso, a dom Chautard partir para Brasil con el fin

18 Al menos, las de 314 Congregaciones femeninas. El 9 de agosto de 1903, en el “Banquete democrático” de Marsella, Combes, después de haberse jactado de haber suprimido las Congregaciones de enseñanza y de predicadores más peligrosas, añade: “Nos queda estatuir sobre las Congregaciones hospitalarias y contemplativas. Reunimos en este momento los elementos de los proyectos de ley que las conciernen. El Parlamento podrá tomarse su tiempo para entrar en un debate que es de un interés *menos urgente*”.

19 Combes se gloriaba en septiembre de 1904 de haber cerrado ya 13.904 establecimientos religiosos de enseñanza.

20 Hubo incluso un muerto en Boschoepe, cerca de Mont-des-Cats el 6 de marzo de 1906, lo que provocó la caída del gobierno en mayo. Clemenceau llegó a ser entonces ministro del Interior y después presidente del Consejo.

de ganar tiempo (pues no se haría nada sin consultarle y había que aguardar su regreso). Algunos meses más tarde, en marzo, Mons. Marre escribe a Clemenceau para agradecerle el haber salvado la Orden una vez más. Había podido intercambiar algunas palabras con el ministro Joseph Caillaux, presidente del partido radical, en el paquebote que le conducía al Brasil.

LA PRECARIA SITUACIÓN DE LAS COMUNIDADES

Precaria era la situación de las Congregaciones que habían interpuesto su demanda de autorización en 1901 y no habían recibido respuesta negativa. Dom Chautard lo sabía mejor que nadie ²¹. Lo seguirá siendo hasta la Guerra del 1914. Estas no estaban ciertamente dentro de la ilegalidad y por ello no habían sido disueltas, pues habían depositado sus peticiones, pero tampoco tenían estatuto legal y podían ser suprimidas en cualquier momento por un decreto gubernamental. Había que contar también con las molestias legales, en ciertos lugares, por parte de los diputados o de los prefectos hostiles a los monjes.

Ciertos monasterios desaparecieron, de hecho, como Fontgombault (sus monjes se fueron a América) y Espira-de-L'Agli (las monjas se fueron a España, de donde volvieron a Echourgnac en 1922), St-Paul-aux-Bois tuvo que exiliarse en Bélgica, en Fourbechies y después en Chimay. Combes, el 10 de julio de 1904, firma un decreto de expulsión para las monjas de Gardes, reconocidas, sin embargo, legalmente. ²² Todo debería estar arreglado el 1 de octubre y algunas monjas habían partido ya a otros monasterios, concretamente a Belval, donde preparaban un refugio en Inglaterra. La liquidación de bienes tardó; el monasterio se venderá en 1907 pero algunas Hermanas (16 ancianas y enfermas y 10 que las cuidaban) obtuvieron quedarse como arrendatarias del Estado, sin posibilidad de recibir nuevas vocaciones ²³. Chambarand, bastante amenazado por las autoridades locales y perseguido por sus acreedores, cerró por propia voluntad en mayo de 1903, deseando no correr la misma suerte de la Grande-Chartreuse, que estaba muy cerca. Staouëli, temiendo por su supervivencia, aceptó la oferta de una propiedad en Mallorca en 1903, antes de ir a Maguzzano, en el norte de Italia (otras causas intervinieron: dificultades materiales y peligro espiritual debido al entorno).

21 En el Capítulo General de 1904 dirá que las esperanzas de ser autorizadas eran muy débiles. Promete hacer lo necesario para atrasar lo más posible el voto de las Cámaras que podía ser desfavorable y salvar, al menos, los monasterios que no tenían industria.

22 En 1854, con las constituciones ya aprobadas por las Hermanas fontevristas de Chemillé, de la enseñanza, teniendo en cuenta la pequeña escuela comunal de niñas alojadas en los locales del monasterio, para simplificar el proceso. Pero eso les valió la hosquedad de Combes en 1904, a pesar de su protesta de que no eran verdaderamente de enseñanza. A causa de la misma confusión, las comunidades de Espira y St.-Paul-au-Bois fueron expulsadas a raíz de la ley del 7 de julio de 1904.

23 Las tomas de hábito tendrán lugar durante la noche, clandestinamente.

MEDIDAS DE PRECAUCIÓN TOMADAS POR LOS MONASTERIOS

Muchos monasterios tomaron diversas precauciones. Desde los últimos años del s. XIX, la Grande Trappe redujo la publicidad de sus industrias y vendió, incluso, la chocolatería a uno de sus agentes de explotación; en 1914, el abad buscará aún un refugio eventual en Hungría. Después de haber buscado en Bélgica, Escocia y Polonia, dom Chautard funda en Brasil el 19 de agosto de 1904 (Maristella) ²⁴. Dom Cándido, abad del Desierto, hace trasladar la biblioteca y el mobiliario no indispensable a casas de amigos de la comunidad y acepta el legado de una propiedad en el norte de España, que se convertiría en Viaceli. Una buena docena de monasterios de monjes compran propiedades en el extranjero y el Capítulo General de 1903 invita a las monjas a hacer lo mismo. El Capítulo del año siguiente es más tranquilizador, pero aconseja a los capellanes ponerse la sotana y a los conversos que les asisten vestirse de civiles. Desde 1902 circularán en la Orden listas de propuestas y de consejos prácticos, con vistas a la constitución de refugios. Los que fueron construidos durarán, en general, una veintena de años. Saint Romuald, refugio de Bonneval en Canadá, se hizo comunidad autónoma, igual que Calvaire, refugio de Bonnecombe.

Pero la declaración de guerra, el 2 de agosto de 1914, marca un giro: Francia tenía necesidad de todos sus hijos en una “unión sagrada” contra el enemigo. Ese mismo día, una circular del ministro del Interior Malvy, bastante anticlerical por cierto, suspende hasta nueva orden todas las medidas posteriores a las leyes de 1901 y 1904. Después de la victoria del 1918, no fue posible continuar de la misma forma la lucha contra los religiosos y miembros del clero que habían cumplido su deber en el frente y en la retaguardia. Muchos sirvieron como camilleros, enfermeros y capellanes. Varios monasterios albergaron hospitales para soldados heridos. Las trincheras también habían fomentado una camaradería y una fraternidad que atenuaron los sentimientos anticlericales en los antiguos combatientes. Incluso sin ser autorizados, pues las leyes continuaban vigentes, muchos exilados volvieron, aprovechándose de la tolerancia instaurada por la circular “Malvy” del 2 de agosto de 1914. Los refugios de los monasterios cerraron en los años 1920. Hubo aún en 1922 algunas alertas de que el tema de la autorización volviera a estar a la orden del día, sobre todo, después de las elecciones de 1924, en que la izquierda radical salió vencedora: el nuevo jefe de gobierno, Edouard Herriot, anuncia su resolución de retomar la aplicación de las leyes contra las Congregaciones. En ese momento, los superiores religiosos se organizan para defender los derechos de los

²⁴ En 1924 a falta de reclutamiento local la comunidad se cerrará; los monjes, después de un proyecto de implantación en Portugal, irán a repoblar Orval en 1927.

religiosos antiguos combatientes (DRAC) en sus famosos: “No nos marcharemos”. Pero el clima religioso cambia progresivamente en la Francia de entreguerras: se produce un acercamiento entre católicos y republicanos moderados. Las relaciones diplomáticas con el Vaticano, rotas en 1904, se restablecen en 1921, lo que impidió a Clemenceau, que se oponía, ser elegido como candidato a la Presidencia de la República.

Se acercaban a una solución negociada, cuando estalló la Segunda Guerra Mundial. Sin embargo, el 21 de febrero de 1941, el mariscal Pétain reconoce legalmente a los cartujos, que pudieron entrar de nuevo en Francia; por la ley del 8 de abril de 1942, se modifica al fin la de 1901: las Congregaciones no autorizadas no serán ya perseguidas ni condenadas; pueden, pero no están obligadas, pedir el reconocimiento del Estado, que les dará personalidad jurídica como lo determina la ley de 1901. Este reconocimiento se concede no ya por un acto legislativo, sino por simple decreto del Gobierno, previa consulta del Consejo de Estado. De hecho, hay que aguardar una directiva del presidente Pompidou en 1970 para que tales peticiones sean depositadas y aceptadas. Actualmente la mayoría de los monasterios franceses han obtenido el reconocimiento legal.

ANEXOS: ALGUNOS DOCUMENTOS INÉDITOS SOBRE ESTOS ACONTECIMIENTOS
(Arch. de la Casa Generalicia)

a) *Extractos de dos “notas confidenciales” enviadas a los monasterios
en 1901-1902*

El 2 de noviembre de 1901: “Para la discusión ante las Cámaras, la deliberación oficial del Consejo Municipal será más importante que la opinión de la Prefectura. Esta última, en efecto, tiene por fin informar al Ministerio. Así pues, muchos Consejos Municipales temen, parece, hacer acta de clericalismo y de oposición al Gobierno dando una opinión favorable. En ese caso sería bueno hacer saber, discreta pero firmemente, al alcalde y a todos los consejeros que una de las circunstancias del depósito de la documentación de autorización ha sido la invitación del Ministerio mismo y su afirmación (a título oficioso y secreto) que se proponía apoyar la demanda de autorización de los trapenses. Los Consejos Municipales estarán, pues, de acuerdo con el Ministerio actual del Interior votando favorablemente. Cuando no se pueda tener este voto favorable “como Congregación”, se nos aconseja hacer poner en la declaración que “para rendir, sin embargo, homenaje a la verdad, el Consejo declara que el establecimiento no molesta para nada a los habitantes de la comuna” e incluso “que es más bien un lugar de beneficencia”. En su defecto, obtener, al menos, que el Consejo o bien afirme que “sin votar el

mantenimiento de los religiosos se abstiene de pedir su suspensión” o al menos se limite a declarar que “se remite a la sabiduría del Gobierno, para la cuestión que le es sometida”. Hacer proponer este último voto neutro podrá algunas veces bastar para evitar un voto desfavorable.”

El 24 de febrero de 1902: “Diversos informes cuidadosamente controlados permiten creer que el gobierno queda favorable a la petición de autorización hecha por nuestra Orden: la mayoría de los prefectos han enviado al ministerio sus informes: aunque no se conozcan los detalles, se tiene la certeza de que su conjunto es muy satisfactorio; sin embargo, parece una solución sabia tener prudencia para recibir extranjeros, después de las conclusiones de varios de estos informes. Nuestro expediente se examina en este momento en el ministerio de Agricultura. Irá después al ministerio de Asuntos Exteriores. El proyecto de ley especial para nuestra autorización está en estudio y se ha pensado seriamente presentarlo al Parlamento en marzo o abril próximos. Lo que sea, todo hace suponer que la discusión no tendrá lugar sino después de las elecciones y si la mayoría de la nueva Cámara no es más irreligiosa que en la actualidad, el gobierno cuenta con obtener el voto positivo para esta ley [...]” (Las elecciones de mayo desgraciadamente tienen una Cámara mucho más anticlerical).

b) Carta de dom Symphorien Bernigaud, secretario de dom Wyart, del 20 de junio de 1903

(El día después de su comparecencia en la comisión del Senado, el 19 de junio de 1903, Dom Chautard vino a informar de ello a dom Wyart, que se encontraba en Laval. Dom Symphorien, secretario del Abad General, escribió al Procurador de Roma para darle noticia).

En el día de nuestra santa Lutgarda (16 de junio) la comisión del Senado ha votado, como sabe, la autorización, en principio, de nuestra Orden. Quedaba por examinar el expediente de cada monasterio, pronunciar la sentencia sobre cada una de nuestras casas. Ahora bien, ayer, fiesta del Sagrado Corazón, la Comisión se ha reunido a este efecto. Nuestro R. P. Jean-Baptiste ha sido escuchado con la misma benevolencia de otras veces. Todos los miembros se levantaron cuando salió y permanecieron en pie hasta que hubo cruzado la puerta de salida. Todos se inclinaron para darle el último saludo. Estos son detalles, pero tienen su importancia pues estos señores no han sido tan corteses con otros.

No se ha tenido tiempo de votar. Se deben reunir de nuevo, 1º, para votar las 28

casas; 2º, para examinar las otras 4 casas; 3º, para formular diversas condiciones para la autorización. Hasta el momento todo parece ir bien. Se admite que:

- 1 Se limitarán en el futuro a rechazar a los extranjeros y dejarán a los que quedan hasta el uno por diez. Por vía de extinción serán suprimidos.
- 2 Prohibición de toda industria, incluso agrícola. Se está firme sobre este punto. Pero agrupándose en sindicatos con los lecheros, podrán continuar en las que-serías por cooperativas. En cuanto a las industrias de moledura nada que hacer. Dom Jean-Baptiste manobra con Mr. Loutiers, menos severo, para que el trabajo a destajo se pueda permitir en nuestros molinos.
- 3 Prohibición en la ley de ayudar al clero secular y de tener escuelas.
- 4 Hay aún esperanza para las 4 casas, incluso para Fontgombault, Igny y Mont-des-Cats. Se votará la semana próxima. La salida apresurada de Fontgombault ha producido un mal efecto.
- 5 El senador Pochon, de L'Ain, ha exhibido un dossier voluminoso y venenoso contra Dombes. El R. P. Jean-Baptiste parece ser que ha vapuleado al hombre con documentos muy oportunos aportados por el P. Prior en el momento de comparecer ante la Comisión.

c) *Carta de dom Chautard*

A bordo del paquebote *Atlantique*, el 19 de mayo [de 1909],(a la hermana de dom Wyart).

[...] Siento la necesidad de rogaros que diga a M. Fichaux (que preparaba una biografía de dom Wyart) que no hable de la entrevista con Dumay (y a fortiori con Combes). Iría, ciertamente, contra los deseos de dom Sebastián. He sido el único testigo de estas dos entrevistas y el único al corriente de su génesis. He oído, hace dos años, detalles absolutamente falsos-fantásticos. Si el querido y venerado M. Fichaux persiste, que al menos me permita documentarlo y dar motivos de mi opinión sobre el silencio por guardar [...].

Esta carta muestra que varias personas estaban igualmente al corriente de estas entrevistas. Pero el contexto político aconsejaba la prudencia. De hecho el canónigo Fichaux no habló para nada de ello.

2.3. LOS DOS PRIMEROS ABADES GENERALES

2.3.1. Dom Sebastián Wyart

La acción de dom Sebastián Wyart como Abad General ha sido presentada al mismo tiempo que la historia de reunificación de la Orden en 1892 y de las primeras medidas que han sido tomadas hasta el reconocimiento por León XIII, en julio de 1902, del carácter plenamente cisterciense de la nueva Orden canónica (Cf. **Cap.1**). Dom Sebastián podía, entonces, reunirse con su Señor a quien había servido bien: su tarea había concluido.

Falta resaltar aquí algunos rasgos de la personalidad de dom Sebastián, paradójicamente tan alejada de lo que se podía esperar de quien, llegó a ser Abad General de su Orden y que jugó un papel tan importante en la unión de 1892. Durante mucho tiempo, en efecto, dudó de su vocación, tan contraria a su temperamento. Al decir del que fue su más íntimo colaborador ²⁵, no fue nunca un auténtico contemplativo. Ciertamente, su piedad era profunda y la actividad no le impidió ser un hombre de interioridad, pero al estilo de un religioso de vida activa. Si finalmente resolvió comprometerse en la vida trapense, fue con la segunda intención de poder jugar allí un papel activo, predicando retiros, por ejemplo. Como abad hablaba a menudo a sus oyentes del celo por las almas y alababa las casas en países de misión que tenían obras (Marianhill...). Le hubiera gustado mucho que los monasterios de la Orden desarrollaran un cierto apostolado. Sus autores espirituales preferidos no eran los de tradición monástica (no apreciaba la lectura de Rancé, tan en boga en su Congregación), sino autores más clásicos como Francisco de Sales, el P. Fabro, la Imitación de Cristo. Apenas conoció la historia de la Orden, y sus leyes. Cultivó mucho el amor a los santos, a quienes se confiaba. A menudo recurría a su ángel custodio. Sin embargo, si no podía quedarse largo tiempo a leer, fue asiduo a la lectura de la Sagrada Escritura y sacó provecho del *Año Litúrgico* de Dom Guéranger. Por encima de todo, se sentía libre con relación a los métodos y planes seguidos de formación, tan apreciados en la época. Prefería seguir la inspiración del momento. Este carácter espontáneo le impidió ser un buen director de almas, quien tiene que saber seguir la evolución de alguien durante un largo tiempo. Pero su palabra enardecía y hacía el bien. Puede

25 Dom Symphorien Bernigaud, monje de Sept-Fons, enviado a la fundación de Catacombes y anteriormente secretario del nuevo Abad General y Definidor a partir de 1898. Cf. en los archivos de la Casa Generalicia sus notas destinadas al canónigo Fichaux, que escribía la vida de dom Wyart en 1910. Nos inspiramos en ellas.

ser que con otro temperamento dom Wyart hubiese sido, ciertamente, un buen monje, pero no habría llevado a cabo la obra a la que Dios le tenía destinado, y por la que, sin duda, le llamó a la vida monástica poco conforme con su carácter. Los caminos de Dios son insondables.

JUVENTUD

Henri Wyart nació en Bouchain (Norte) el 11 de octubre de 1839. A la edad de 12 años comenzó sus estudios en casa de su tío paterno, párroco de Mazinghien. Después de una estancia en el seminario menor de Cambrai, inició el liceo, en el colegio de Nôtre-Dame de Valenciennes. Luego, en 1859, fue profesor en el colegio de Tourcoing, que quedó en su recuerdo como una segunda familia. En todos lados donde estuvo se hizo querer. Habiéndole hecho comprender su gran delicadeza que haría feliz a su padre, bastante enfermo, si entraba en el estado eclesiástico, solicitó su admisión en la vida clerical, sin experimentar una vocación irresistible para ese género de vida. Pero oyendo en 1860 de los voluntarios que se dirigían a Roma para defender la Santa Sede, se decidió, con el asentimiento de su director espiritual, a enrolarse en los zuavos pontificios. En ese momento, su padre acababa de morir. Después de recibir la bendición de su madre en Bouchain, se pone en camino hacia la Ciudad Eterna, a donde llega a mediados de agosto de 1860.

VIDA MILITAR

Fue presentado, junto con los otros jóvenes reclutas, a Pío IX quien deseó a todos el valor y el éxito de David en su combate contra Goliat. Al día siguiente, parte para unirse al grueso del batallón que acampaba en Turín. Henri comenzó a experimentar la vida dura del campamento. El comandante no titubeaba en aplicar el reglamento, que hacía respetar estrictamente. Pero los sucesos se precipitaron. Tomó parte en la batalla de Castelfidardo el 18 de septiembre de 1860, en la que fue herido en el cuello y en el brazo: fue su bautismo de fuego. Hospitalizado en Italia, vuelve a Francia para su convalecencia y se reincorpora en febrero de 1861: es nombrado cabo y después sargento, condecorado a la vez con la cruz "Pro Petri Sede", haciéndose caballero de Pío IX. Vive primero su vida de guarnición en Agnani, en Roma, en Anzio donde Pío IX fue a visitar a sus tropas, para gozo de todos, y, en fin, en la campaña romana, con el interludio de un combate en Ceprano. Uno de sus recuerdos deliciosos, del que le gusta hablar, era la persecución contra los bandoleros en las montañas del Estado Pontificio, a fines de 1865. El 17 de mayo de 1866 le hacen subteniente, y teniente a comienzos del sesenta y siete. Es el año en que Garibaldi

desembarca en el sur de Italia y sube hacia Roma con sus partisanos, mientras los italianos atacan por el Norte. Wyart se distinguió en la batalla de Bagnoregio, cerca de Montefiascone, el 5 de octubre de 1867 y después, el 3 de noviembre, en la de Mentana donde el asalto se hizo a bayoneta. Algunos días después, asciende a capitán y es condecorado con la cruz de San Gregorio. Un año más tarde, en una reorganización de los zuavos, asiste al comandante del 4.º batallón como ayudante mayor. Una tregua permite la celebración del Concilio Vaticano I, que se inaugura el 8 de diciembre de 1869: los zuavos hacen guardia de honor a los prelados que entran en S. Pedro. Pero el Concilio acaba precipitadamente al día siguiente de la proclamación de la infalibilidad pontificia, el 18 de julio de 1870, porque se declara la guerra franco-prusiana. Esta guerra se anuncia como funesta para los Estados Pontificios: al Papa le abandonan las grandes potencias católicas y Victor Manuel II le anuncia cínicamente su intención de ocupar Roma. No es posible defender lo que queda de los Estados Pontificios: así los zuavos, en contra de su voluntad, se repliegan hacia Roma, totalmente decididos a oponer una fiera resistencia a los atacantes. Wyart no se hace ilusiones y pone en guardia a su madre para lo peor:

Quedamos solos y pocos; pero combatiremos con más coraje y fiereza. Si, dentro de un tiempo, los garibaldinos e italianos vienen a nuestro encuentro, pido a Dios que tengas coraje: serán, sin duda, combates terribles. Sabes muy bien que cumpliré con mi deber, de ello no dudes. Quiero decirte que estoy dispuesto a todo. Después de 10 años, Dios me ha armado de la coraza de la fe y estoy convencido que llevo la espada no por interés o por una causa indiferente, sino al servicio de Dios. Los sacramentos me han mantenido en la vía recta y lejos de las malas pasiones. Pase lo que pase, tendrás el consuelo de saber que puedo aparecer delante de Jesucristo, nuestra única meta, nuestro único amor.

El batallón de Wyart está destinado a la defensa de un barrio al sur de Roma, desde Letrán hasta el bastión de San Gallo, más allá de la puerta San Sebastián. Pero no habrá combate: el 20 de septiembre de 1870, al abrirse una brecha en el norte de Roma, se levanta la bandera blanca por orden del Papa, que quiere evitar todo derramamiento inútil de sangre. Con la rabia en el corazón, los zuavos, desconcertados pero disciplinados, ven pasar la cohorte de los invasores desatados, sin poder oponerse. Wyart, prisionero, pero enviado a Francia con sus connacionales como oficial, se encuentra en una fragata francesa en Civitavecchia, desde el 22 de septiembre. Los zuavos, una vez vueltos al país, se transforman en Legión de los voluntarios del Oeste. Wyart participó en combates cerca de Orleáns (Cercottes) y en el Perche, luego alrededor de le Mans, impidiendo a los prusianos

tomar la ciudad. Pero el 28 de enero de 1871 París capitulaba, lo cual significaba un armisticio. El regimiento de Wyart se estaba reconstruyendo en Rennes. En Pentecostés de 1871, el general Charette lo consagró al Sagrado Corazón. Esto fue su canto del cisne. La Legión, que por razones ideológicas rehusaba ser absorbida por el ejército francés republicano, fue disuelta.

MONJE: DISCERNIMIENTO Y FORMACIÓN

Henri Wyart, al abandonar su uniforme de zuavo, se pregunta sobre su futuro. Durante varios meses duda y pide consejo. Después de desechar la idea de entrar en el seminario o en los jesuitas, toma de manera bastante brusca la dirección de Mont-des-Cats, sin pasar siquiera a abrazar a su madre. Se presenta allí el 5 de febrero de 1872, queriendo ser recibido como hermano converso, pues, a sus 32 años y habiendo abandonado tiempo atrás todos sus estudios, creía no ser ya apto para hacerse sacerdote. El 12 de febrero, el abad lo acepta en el noviciado como postulante de coro.

A decir verdad, el noviciado y los primeros años de vida monástica no fueron fáciles para el capitán convertido en fray Sebastián. Se preguntó muchas veces si sería la Trapa su camino. Le agrada pensar que el Papa tiene aún necesidad de sus zuavos y que le dejarán marchar... Once años en el ejército habían marcado su carácter y sus gustos. Se ha dicho que, si cuando era zuavo había vivido como un monje, ahora al hacerse monje permanecía como zuavo. No era tanto el reglamento lo que le molestaba: estaba habituado a la disciplina militar y durante toda su vida será puntilloso al respecto. Pero renunciar en todo era otro cantar: todo le asquea y los otros se le hacen insoportables. Intentando detener la situación de crisis en la que se debate, los superiores le nombran segundo hospedero. Finalmente, cuando el abad está dispuesto ya a dejarle partir, el hermano Sebastián pide quedarse, abrazando la cruz. Pero la visita de su general Charette, en julio de 1873, reaviva la nostalgia del pasado. Sin embargo, en noviembre a una pregunta suya, el abad, que está más tranquilo respecto a su vocación, le responde que piensa que está llamado a la Trapa: eso basta, concluye fray Sebastian, Dios ha hablado por el superior, "cueste lo que cueste, seré trapense". El 12 de febrero de 1874, con la bendición de Pío IX que había sido informado por Charette, se entrega totalmente a Dios y a María con votos simples, pero perpetuos. Poco después es nombrado hospedero titular.

En el curso de la Visita Regular, en abril de 1875, el abad de Sept-Fons sugiere que fray Sébastien sea enviado a Roma para hacer allí sus estudios con vistas al sacerdocio. El abad de Mont-des-Cats teme, con razón, esta marcha. ¿No va a encontrarse con sus antiguos conocidos? La proximidad del Vaticano y de Pío IX

¿no reavivaría su fervor de zuavo? Para que la cosa se hiciera con más seguridad, el abad de Sept-Fons, que era Vicario de la Congregación, nombra a Fr. Sebastián secretario del Procurador, en Roma.

Se pone, pues, en camino y llega a la Ciudad Eterna el 3 de mayo de 1875. El encuentro con los lugares tan queridos de su corazón le llena de profunda alegría. Tres semanas más tarde, es invitado a la presencia del Papa con muchos otros durante su paseo y recreo. Se sabe que Pío IX quería estar muy cerca de su pueblo. El 26 de mayo, nueva audiencia, privada esta vez. Después de intercambiar pareceres con un jesuita que será su director y que no cree en su vocación, expone sus dudas al Papa y le pide su opinión. El Santo Padre le responde claramente que no está hecho para la Trapa, sino para la vida activa. Cosa curiosa: dom Wyart, a pesar de mostrarse siempre atento a dejarse guiar por una palabra de autoridad, y no habiendo otra más fuerte que la del Papa por quien siempre tendrá un gran respeto, no se deja convencer por su opinión. Interrogado de nuevo, el Papa, sorprendido sin duda, envía el asunto a la Sagrada Penitenciaría. Ésta, muy sabiamente responde que el que mejor puede juzgar la vocación de un monje es su abad, el cual mantuvo su opinión positiva emitida en noviembre de 1873. Pío IX no se molestó por ello y volvió a ver a Fr. Wyart el 10 de agosto; le tuteaba mientras conversaban muy libremente durante tres cuartos de hora. Su amistad con Mons. Macchi, que regulaba las audiencias del Papa, le permitió tenerlas frecuentemente y se convirtieron rápidamente en familiares.

La vida en la Procuraduría era sencilla. La comunidad se reducía al Procurador, sus dos secretarios, y un converso. Nada de oficios en común ni conferencias espirituales. Cuando empezó el año escolar asistió al colegio alemán, pero a su edad uno no se puede poner fácilmente a estudiar, sobre todo cuando se tiene un temperamento activo como el suyo. Tenía campo libre y hacía lo que quería. No siguió muy bien los cursos en la universidad, haciéndolo mejor en privado, con los PP. jesuitas Caretti y Liberatore.

La perspectiva del subdiaconado, que le comprometía definitivamente en la vía del celibato, le dio motivo aún para reflexionar sobre su vocación. Un gozo intenso sentido ante la imagen de Ntra. Sra. del Perpetuo Socorro, el 17 de agosto de 1876, le hace decidirse: es ordenado subdiácono el 23 de diciembre de 1876, diácono el 24 de febrero del 77 y presbítero el sábado santo, 31 de marzo, en Letrán, junto con otros 110 ordenandos.

Al final del año escolar, el P. Sebastián se prepara para volver a Mont-des-Cats, siguiendo el deseo de su abad. Pero, en la audiencia de despedida que pidió al Santo Padre, este le dijo que dos años de teología no eran suficientes y le ordenó seguir con el doctorado. El P. Sebastián se quedó aún tres años más en Roma. Obtuvo la licencia el 20 de julio de 1879 y el doctorado el 4 de marzo de 1880. Pío IX

ya no estaba en este mundo, León XIII le había sucedido el 20 de febrero de 1878. Tuvo que prepararse aún para el “examen de confesión” que pasó en noviembre y en seguida se apresuró a volver a Mont-des-Cats, amenazado de expulsión como consecuencia de la política anticlerical del Gobierno.

ABAD EN MONT-DES-CATS Y SEPT-FONS

En efecto, el Gobierno francés, por un decreto del 29 de marzo de 1880 había decidido suprimir las Congregaciones religiosas no autorizadas, cuyo resultado fue, en noviembre de ese mismo año, la expulsión de varias comunidades de la Orden, según ha sido mencionado ya más arriba (§ 2.2). Cuando el P. Sebastián llega a Mont-des-Cats, encuentra a la comunidad atrancada por temor a la intervención de la fuerza pública. Esto no ocurrió, pues las autoridades civiles tomaron conciencia de que chocarían con la resistencia de la población, dispuesta a hacer una mala pasada a los agresores.

Era prudente, sin embargo, prepararse un cobijo en el extranjero para el caso de necesidad. Esta fue la tarea encomendada al P. Sebastián, antes incluso de que hubiera hecho su profesión solemne, cosa que tuvo lugar en la víspera de Navidad de dicho año 1880. Aquello llevó algunos meses y condujo a la fundación de Tilburg en marzo de 1881. Dom Dominique Lacaes, que sentía que sus fuerzas disminuían y pensaba en su sucesión, quería retener al P. Sebastián en Mont-des-Cats y, entonces, le nombró prior.

En la mañana del 2 de enero de 1883, en el momento de la proclamación del evangelio, al final de las vigiliyas, el P. Abad se desploma. Sostenido por el subprior lee, sin embargo, el texto sagrado y la oración final, antes de ser llevado a la habitación. Aún quiso dirigirse a la comunidad a la mañana siguiente en capítulo. Al día siguiente, recibe la extremaunción y el 5, víspera de la Epifanía, a las 4 de la mañana entrega su alma a Dios. La elección del 30 de enero no fue larga. El prior sale elegido sin dificultad. La bendición abacial le fue dada el 26 de agosto en la intimidad del monasterio. El P. Sebastián puso en sus armas, evidentemente, al Sagrado Corazón, al que los zuavos estaban consagrados y como divisa: “Trahe nos”.

Su temperamento activo se desarrollaba en el cargo abacial con las modalidades propias de la vida religiosa, pero según el modelo de la autoridad militar. Como oficial, sabía hacerse amar por sus hombres, pero sabía así mismo hacer respetar el orden jerárquico. Ya, como prior, no podía soportar que le “proclamaran” en el capítulo de culpas. Pero a menudo conseguía sus fines gracias al encanto que ejercía con naturalidad sobre sus subordinados. Tenía preocupación apostólica por las almas y se hacía, incluso, débil para salvar a los débiles. Como pide san Benito, prefería ser amado más que ser temido.

Siguiendo los consejos de Pío IX, una de sus preocupaciones como abad fue la formación intelectual de los monjes destinados al sacerdocio: a este respecto, pide la ayuda de los jesuitas en 1886, pero el proyecto no se realiza hasta diciembre de 1888 y solo dura un año: hubiera sido preciso un auditorio más numeroso para esos buenos padres, y los abades de otras comunidades no estaban dispuestos a enviar a sus jóvenes a Mont-des-Cats.

El mismo año de su elección, en noviembre, dom Wyart es solicitado para hacer una fundación cerca de Roma. La proposición venía de arriba. El célebre arqueólogo de Rossi se había percatado de que los obreros que empleaba en las excavaciones de las catacumbas hacían tráfico con las reliquias. El Papa, alertado, pensó que los trapenses debían instalarse en aquellos lugares y protegerlos. El Procurador fue advertido y lo comunicó a los dos Vicarios de las Congregaciones trapenses, pero, teniendo dudas de sus posibilidades de sacar el asunto adelante, lo sometió también a dom Wyart, su antiguo compañero de armas en los zuavos. Dom Wyart dudó, pero ante la insistencia de la Santa Sede y del mismo Papa que hacía decir que esta obra le era particularmente querida, tomó el camino de Roma. Fue el 26 de enero de 1884 cuando se firmó un contrato entre el Vaticano y Mont-des-Cats, un contrato, a decir verdad, bastante oneroso para los monjes. Dom Wyart envió allí a cuatro antiguos zuavos convertidos en monjes, y otros abades enviaron algunas personas. Pero el Capítulo General le permitió ocuparse directamente de la comunidad, instalándose allí durante un año a condición de volver por dos veces a Mont-des-Cats. El 18 de marzo de 1884 León XIII recibió a toda la comunidad. Fue un estímulo espiritual pero que no allanó las dificultades materiales ²⁶.

La construcción y la vida regular comenzaron en 1885 y dom Wyart pasó casi todo el año en las Catacumbas. La situación económica era difícil y le causó grandes preocupaciones. En cuanto a la guardia de las Catacumbas, los monjes no tenían ni siquiera la llave y menos aún las rentas, los beneficios. En su lugar, la malaria afectó a toda la comunidad. El mismo dom Wyart se contagió y tuvo que volver a Mont-des-Cats en otoño de 1885, donde pasó dos meses entre la vida y la muerte. Pero volvió en noviembre, llamado de urgencia a consecuencia de la muerte de un monje en accidente, aplastado por la caída de un muro (el P. Valerien, antes teniente Dujardin, amigo del capitán Wyart). Quedó allí hasta la llegada de los grandes calores del verano de 1886. Volvió a las Catacumbas, por nueve meses consecutivos desde noviembre, sin haber obtenido de la Santa Sede la solución de los problemas de los que pendía el futuro de la comunidad. Dicha solución llegará sólo más tarde.

²⁶ Hay que señalar que en esta audiencia León XIII evocó largamente la unión de las Congregaciones trapenses. Esto motivó más a dom Wyart en la búsqueda de la unificación de la Orden, que fue la gran obra de su vida.

El Capítulo General de 1887, acepta, el 8 de octubre, la dimisión del Vicario General de la Congregación y elige a dom Wyart, para sucederle en esta función. Pero dom Jérôme Guerat dimite también, poco después, de su cargo de abad de Sept-Fons. El 28, la comunidad de Sept-Fons elige a dom Wyart como abad suyo. A decir verdad, no fue reemplazado inmediatamente en Mont-des-Cats y permaneció también como administrador de las Catacumbas. Debía atender las Visitas Regulares de las casas hijas de Sept-Fons y Mont-des-Cats. Las Catacumbas se convierten en Priorato autónomo solamente en 1888, y el 15 de junio de 1889 se elige un nuevo abad en Mont-des-Cats²⁷. Pero en octubre de 1892 dom Wyart fue elegido primer Abad General de la nueva Orden constituida a partir de las 3 Congregaciones Trapenses. Permaneció como abad de Sept-Fons hasta el 14 de junio de 1899. Por tanto, hubo de estar ausente a menudo, pero consiguió dar ánimos a los monjes de Sept-Fons que le apreciaban. Dom Chautard testimoniará más tarde, hablando del abadiato de dom Sebastián en Sept-Fons:

Dom Sebastián estaba raramente aquí, pero cuando llegaba era todo un acontecimiento. Llenaba toda la casa, la llenaba de bálsamo. Este hombre encantador iluminaba cada uno de los empleos que visitaba por largas semanas y era el sol del buen Dios que venía a alegrar a los que los ocupaban, dándoles un rayo de la presencia de nuestro Señor. Atendía entonces, en su habitación, a cada uno de los coristas y conversos en dirección espiritual. De este modo, en una semana de estancia en Sept-Fons, hacía tanto por la puesta a punto de la vida interior, el progreso en el amor de Dios y María, el celo por las observancias, la paz y la caridad, el estudio, etc. como cualquier abad en tres meses de residencia [...]. Se asistía a sus capítulos con verdadera avidez. Se reservaban el asiento con anticipación, y todos acudían allí como a una fiesta. Interminables a veces, les parecía que habían acabado demasiado pronto. No había ningún plan trazado de antemano y a menudo, incluso, ninguna idea central en el espíritu de dom Sebastián, cuando se sentaba en la silla abacial. Miraba a esos hijos que Dios le había confiado. Su corazón los envolvía con un rayo cálido: ya estaba, la mina se abría fecunda, inagotable. Al padre tierno sucedía el narrador incomparable, al predicador vehemente, vibrante a veces con una energía y una naturalidad militar del todo – iba a decir “totalmente zuava”- casi sin transición algunas veces, sucedía el conferenciante maravilloso, encantador deslumbrante; después del antiguo capitán-ayudante-mayor que destilaba todo lo que sus vueltas por la abadía le proporcionaban como observaciones, advertencias,

27 El Capítulo de 1888 le había permitido delegar todos sus poderes en el prior, P. Jérôme Parent, que será elegido abad en 1889.

CAPÍTULO II: LA CONSOLIDACIÓN DE NUESTRA IDENTIDAD

argumentos para reproches etc., venía el ferviente devoto del Sagrado Corazón o del Inmaculado Corazón de María, que electrizaba de emoción a su auditorio...²⁸.

Sin embargo, su “carisma” no lograba suplir siempre los inconvenientes de sus ausencias, sobre todo en el plano de la gestión material. Juzgó oportuno – con el fin de aumentar los recursos de la comunidad de Sept-Fons – crear una fábrica de cerveza como había conseguido en Tilburg. Pero no pudo seguir el negocio como hubiera sido necesario, tuvo que confiar en sus colaboradores, laicos o religiosos que no estaban a la altura, sin contar con que en el Borbonesado no se bebía tanto la cerveza como en Holanda. La situación material se deterioró rápidamente y llegó a ser un verdadero tormento para dom Wyart. La elección de dom Chautard para sucederle, que tardó dos meses en aceptar y que sólo lo hizo por orden del Papa, le quitó una espina, ciertamente, pero fue otra más para el sucesor.

ABAD GENERAL

Dom Sebastián había traído del regimiento el espíritu de cuerpo: amaba a la Orden y buscaba procurarle el aprecio de todos, la gloria de Dios y de los hombres, hasta el punto de llegar a retocar a veces un poco las estadísticas, para suavizar las cosas. Se hizo un trabajo inmenso, gracias a su impulso a lo largo de su gobierno, especialmente la redacción y aprobación de las Constituciones y de los Usos (ver más arriba, **cap.1**).

Viajó mucho y llevó a cabo la visita a todos los monasterios de Francia, Bélgica, Holanda, Argelia y Austria, aunque no llegó a cruzar el Atlántico, empleando para ello de 6 a 7 meses al año. Sin embargo, la persecución en Francia captó su atención y le preocupó mucho (cf. arriba § 2.2). León XIII incluso le encargó, en agosto de 1897, una misión para los obispos franceses, que le resultó muy penosa, con el fin de favorecer la creación de un partido católico moderado que pudiese hacer oposición a los radicales y liberales anticlericales. Anotaciones hechas en su “Ordo” permiten seguirle paso a paso desde 1894 hasta octubre de 1903, fecha a partir de la cual, ya enfermo, no volvería a salir de Roma.²⁹

El gobierno de la Orden fue todo caridad y era lo que entonces se necesitaba, escribe su secretario: “A las cartas de reprobación, de quejas, reproches o insultos, no soportaba que se respondiera con una palabra de amargura. Hubo en la Orden abades que le hicieron sufrir cruelmente: siempre me recomendó responder con una *buena* carta; era la expresión de la que siempre se servía y que a veces susci-

²⁸ Carta del 2 de enero de 1909 al canónigo Fichaux. Arch. de la Casa Generalicia.

²⁹ El Ordo de 1901 no se ha encontrado.

taba nuestra hilaridad”. En Roma, su puerta estaba siempre abierta de par en par. Le gustaba recibir visitas y hablaba largamente, hasta el punto de que sus colaboradores, cuando tenían prisa, evitaban encontrarse con él por miedo a no poder dejarlo fácilmente, sin herirle.

Esta caridad se extendía fuera de la Orden a todas las personas que se dirigían a él. Era muy generoso y nunca supo nadie las limosnas que distribuyó. Respondía a veces de las deudas de otras casas. Desgraciadamente, su administración dejó bastante que desear: prestó mas de lo que podía dar y llegó incluso a firmar avales en nombre de la Orden, lo cual no le estaba permitido. De este modo, dejó una enorme suma de deudas. Su sucesor, Dom Agustín Marre, se lo reveló al Capítulo General de 1905, declarando que ni podía ni quería hacerse responsable. Era la consecuencia de su caridad, pero una caridad que debiera haberse aliado con la prudencia y el consejo.

ENFERMEDAD Y MUERTE

Su salud se alteró casi desde el principio del generalato,: empezó a tener diabetes. Ésta, según Dom Symphorien, se desarrolló a consecuencia de las fatigas, sin duda, pero, sobre todo y ante todo, por las penas que le ocasionaron los problemas de la Iglesia en Francia; y, en lo temporal, los problemas de Sept-Fons. Sin embargo, era incapaz de seguir un régimen de manera continua. Poco a poco, sus riñones se fueron estropeando, ocasionándole crisis de nervios y palpitaciones de corazón. El 17 de octubre de 1899, de paso en Mont-des-Cats, cae gravemente enfermo. Se llega a temer por su vida, pero se repone bastante rápidamente y el 8 de noviembre se dirige nuevamente a Roma, donde llega el 10 de diciembre: para experimentar una nueva crisis. En febrero de 1900 va algo mejor, pero no sale de Roma sino para acudir al Capítulo General de septiembre. Pudo aún hacer algunas Visitas Regulares en 1901. Su vista, sin embargo, disminuye rápidamente.

El año 1902 no fue, en absoluto, de reposo: obtuvo de León XIII la Carta Apostólica *Non mediocri* (cf. § 2.1.) que debía poner fin, según él, a las negativas de la Común Observancia acerca del carácter cisterciense de la Orden. Muy cansado, había encargado a Dom Chautard la defensa de los trapenses de Francia amenazados de expulsión, después de la ley de julio de 1901 (cf. § 2.2.), pero no se desinteresó de la evolución de la situación, sino que pasó a visitar las comunidades, de mayo a fin de noviembre, para reconfortarlas. Casi totalmente ciego, fue felizmente operado de cataratas en un ojo, el 2 de julio de 1903, en Laval. A pesar de todo, se sentía débil y su moral se resintió, según dicen sus colaboradores. Vuelto a Roma el 2 de octubre de 1903, ya no se volvió a ausentar. En mayo de 1904, quiso operarse del segundo ojo, pero ya no recobró sus fuerzas. Los últimos 15 días fueron muy

penosos. “Él, que antes gustaba vernos a todos en torno a su cama y charlar con nosotros, no podía ahora soportar nuestra presencia”, constata dom Symphorien. El 14 de agosto el abad de las Catacumbas le da la extremaunción y el viático; el 17, por la tarde, el cardenal Macchi le trae la bendición de Pío x; el cardenal Rampolla le había precedido algunos días antes. El 18, poco después de las 3 de la tarde, moría a sus 65 años rodeado de los moradores de la Casa Generalicia, del abad de las Catacumbas y del prior de Tre Fontane. Su madre le seguiría unos meses más tarde, el 14 de enero de 1905 a la edad de 92 años.

La misa solemne de *réquiem* fue celebrada en la fiesta de san Bernardo, el sábado 20 de agosto de 1904, en la iglesia de las Hnas. de la Preciosa Sangre, justo enfrente de la Casa Generalicia, y su cuerpo fue conducido, por la tarde, al cementerio de Tre Fontane: la lápida lleva el siguiente epitafio: *Vir fide et amore Ecclesiae strenuus*, hombre prendado de fe y amor por la Iglesia.

(Véase la recapitulación en la página siguiente)

RECAPITULACIÓN

Año	Fecha	Dom Wyart y la Orden Cisterciense	Acontecimientos exteriores
1839	11 de octubre	Nacimiento en el norte de Francia	
1846	1 de junio 16 de junio		Muerte de Gregorio XVI Elección de Pío IX
1860	Agosto 18 de septiembre	Se enrola en los zuavos pontificios Herido en la batalla de Castelfidardo	
1864			Syllabus (errorum)
1867		Batalla de Bagnorea y Mentana	Garibaldi sube hacia Roma
1869	8 de diciembre		Apertura del Concilio Vat. I
1870	Julio y sept.	Defensa y rendición de Roma	Guerra entre Francia y Prusia
1871		Combate en Francia contra los Prusianos,	El Piamonte ocupa Roma
1872	Febrero	Se presenta en Mont-des-Cats (MdC)	
1874	12 de febrero	Profesión simple (perpetua)	
1875	Mayo	En Roma: estudiante y secretario en la Procuraduría. Interroga a Pío IX sobre su vocación	
1876	23 de diciembre	Subdiácono	
1877	Febrero- marzo	Diácono el 24 de febrero, y sacerdote el 31 de marzo.	
1878		Tentativas de reunión de las 3 Congregaciones Trapenses	Muerte de Pío IX, 7 de febrero Elec. de León XIII, 20 de febrero
1879	Julio-agosto	Fracaso de las tentativas de reunión	Encíclica <i>Aeterni Patris</i>
1880	Noviembre- 24 diciembre.	Fin de sus estudios romanos. Votos solem. Expulsión de algunas comunidades de la Orden	En Francia leyes contra las Congregaciones.
1881	Marzo	P. Wyart funda Tilburg. Prior en M-d-Cats	
1883	Enero	Muere el abad de Mont-des-Cats. Elección abacial de dom Wyart	
1884	Enero	Fundación de las Catacumbas en Roma	
1885		Dom W. frecuentemente en las Catacumbas	
1886	Sept-octubre	Enfermo de malaria	
1887	Octubre	Elegido Abad de Sept-Fons. Sigue como administrador de las Catacumbas (→1888) y de Mont-des-Cats (→1889)	
1891			Encíclica <i>Rerum Novarum</i>
1892	Octubre	Capítulo de unión de las 3 Cong. Trapenses Elegido Abad General (queda como abad de Sept-Fons (→1899)	
1894	25 de agosto	Aprobación de las nuevas Constituciones	
1895		Dom W. organiza la resistencia a leyes fiscales.	Leyes fiscales contra los religiosos en Francia
1897		Misión a los obispos de Francia, de parte del Papa	
1898	Octubre	Vuelta de la vida monástica en Cîteaux.	
1899	9 de febrero 22 de agosto	Elegido abad de Cîteaux D. Chautard instalado abad de Sept-Fons	
1901		En octubre dom Wyart enferma	Ley exigiendo autorización para las Congregaciones
1902	30 de julio	Carta <i>Non Mediocri</i> de León XIII	Gobierno de Emile Combes
1903		Dom Chautard mantiene conversaciones con Clemenceau	20 de julio muere León XIII 4 de agosto elección de Pío X
	Julio	Dom Wyart operado de catarata en Laval	
1904	18 de agosto	Muere d. Wyart en Roma poco después de las 15h	

2.3.2. Mons. Agustin Marre (1853-1927), Abad General 1904-1922

Agustín Marre nació el 16 de noviembre de 1853 en Glassac, en el Aveyron, al sur de Francia. Hijo mayor de una familia cristiana de campesinos, realizó sólidos estudios en Rodez, en los Clérigos de S. Viator y sintió la llamada a la vida religiosa. Entró en Ste-Marie-du Désert, cerca de Toulouse, en noviembre de 1871, deseando ser converso como lo era su tío, Hno. Charles Marre, desde 1866. Pero su padre, que tenía necesidad de él en la granja, le hizo volver para que le ayudara. Sin embargo, al hacerse más imperiosa su atracción por la vida monástica, deja de nuevo la familia de forma bastante brusca poco después de Navidad de 1872. Fue primero oblato durante un año y pasa luego al noviciado el 19 de marzo de 1874. Su hermano más joven, llamado Charles como su tío, no tardará en reunirse con él el 20 de agosto de 1875 ³⁰.

EN IGNY

Tres años después de su entrada, aún novicio, es escogido como parte de un grupo de fundadores que el abad, Dom Etienne Salasc, envía a Igny, para repoblar esa antigua abadía cisterciense de la que el beato Guerrico fue su segundo abad, en el siglo XII. La fundación se hace incluso antes de ser aprobada por el Capítulo General. Éste la aprobará en septiembre de 1876, no sin antes hacer mención de esta anomalía. Son 23 hermanos: 4 novicios, entre los que se encuentran los dos Marre, 10 conversos (entre ellos Marre, su tío) y 3 oblatos los que se instalan en diciembre de 1875 en los locales del s. XVIII, relativamente en buen estado, que habían podido ser comprados gracias a unas donaciones generosas, entre las que se encontraba la del arzobispo de Reims, Mons. Langénieux. Éste, que había solicitado la fundación, quiso solemnizar el evento con una celebración en la catedral, el 2 de febrero. En el curso de la Eucaristía pontifical, en presencia de una numerosa concurrencia, se bendijo la cruz fundacional. Pero los monjes no habían podido traer gran cosa consigo y el monasterio no estaba ni amueblado ni muy cuidado: en los primeros tiempos tuvieron que dormir sobre paja y soportar las inclemencias del viento que se colaba por los ventanales mal ajustados. La pobreza marcó los comienzos de la vida en Igny y duró varios años.

El 21 de septiembre de 1876, tuvo lugar la dedicación de la iglesia de 1788, que a su vez había reemplazado a la del s. XIV, que no era sino una capilla redonda. Los

³⁰ Los dos hermanos verán a su padre llamar a la puerta de Igny en 1901. Muere allí el 6 de febrero de 1910, después de haber hecho la profesión simple *in articulo mortis*, la víspera. En los Marre, la vocación de monje fue cuestión de familia.

restos del beato Guerrico, hallados en esta iglesia debajo de unas baldosas, fueron puestos en el altar. Cuatro obispos flanqueaban al arzobispo, así como 13 abades o priores titulares, que venían de la Gran Trapa, donde se había reunido el Capítulo General. Durante la celebración, mientras los obispos consagraban los distintos altares, uno de ellos, Mons. Soubiranne, obispo auxiliar de Argel, confiere el subdiaconado a Fr. Agustín.

Su tiempo de noviciado había acabado el 25 de marzo de 1876 con la profesión simple. La solemne tuvo lugar tres años más tarde, el 22 de marzo de 1879, en la fiesta de la Ascensión. En el ínterin, recibió la ordenación sacerdotal el 18 de noviembre de 1877, justo a los 24 años recién cumplidos. Fue providencial pues uno de los tres fundadores, el P. Louis Gonzague, moría el 4 de marzo de 1876. En noviembre de 1879 el prior, P. Nivard Fournier, pidió un indulto para que el hermano de Agustín, el P. Charles Marre, diácono, pudiese ser ordenado también sacerdote: le faltaban 18 meses para tener la edad canónica requerida y la comunidad lo necesitaba al estar falta de sacerdotes.

Muy rápidamente las cualidades del P. Agustín son aprovechadas por el prior, que le nombra cillerero (octubre de 1876) y subprior (septiembre de 1878) a pesar de su juventud. La situación es difícil. Bajo presión del arzobispo, hubo que aceptar ocuparse de un orfanato agrícola de 20 chicos desde la primavera de 1877, que llegó a tener hasta 60 niños, pero que tuvo que ser cerrado en 1891 por falta de recursos. El temor a las expulsiones en 1880 hizo que se vendiera una parte del ganado y que los campos fueran dejados baldíos ese año. Durante muchos meses, los vecinos se turnaban cada dos días para hacer guardia, previniendo toda posible agresión. Los novicios, de paisano, se retiraron por algún tiempo a los alrededores, en una casa que el arzobispo puso a su disposición. Pero el prior se cansa y se desanima; el P. Inmediato, llegado en los últimos meses de 1880 para reconfortar a su gente y restablecer la observancia regular, aceptó relevarle del cargo. Volvió en febrero de 1881 y, después de consultar a los profesos, nombró, para reemplazarle, al P. Agustín, que se encuentra así a sus 27 años a la cabeza de la comunidad.³¹

ABAD DE IGNY

Los negocios temporales siguen preocupándole. Cada año acusa un déficit bastante considerable, que no puede ser saneado sin recurrir a la caridad de los bienhechores. Para paliar esta situación se creará en 1883 una chocolatería que poco a

³¹ En enero, en las elecciones municipales, el P. Agustín fue elegido consejero municipal. Y lo sería una y otra vez hasta que presentó la dimisión el 26 de mayo de 1903. La dimisión estuvo motivada para evitar cualquier problema a Igny: cuando el gobierno quiso suprimir la comunidad, dom Marre pudo mostrar que no ejercía ninguna influencia política nefasta.

poco irá prosperando y, al cabo de unos años, proveerá a la comunidad de los recursos necesarios. Pero una prueba va a afectar vivamente a la comunidad el 5 de diciembre de ese año 1881: el P. Etienne, de 53 años, fallece en accidente, atrapado por los engranajes de la turbina del molino.

En el Capítulo General de 1885, el P. Inmediato puede señalar: “El espíritu es bueno y la Regla generalmente observada. El R.P.Prior, que se encuentra siempre frente a múltiples dificultades, cumple sus deberes con una dedicación digna de todo elogio. La situación económica parece mejorar”. La comunidad cuenta entonces con 36 hermanos. Al año siguiente, en junio, Mons. Langénieux es promovido al cardenalato: manifestando siempre gran interés por el monasterio, pide su erección en abadía. Como la deuda es aún importante, ofrece hacerse cargo de una buena parte de ella para que no sea un obstáculo. Lo mismo hacen otras dos personas de la diócesis. Las razones que aduce convencen a los Capitulares reunidos en julio en Melleray. Acceden por unanimidad al deseo del cardenal. La abadía había tenido este rango hasta 1793 ¿por qué no iba a recuperarlo, una vez resucitada en 1876? Para mayor seguridad se consultó a la Santa Sede, que permitió la erección. Tuvo lugar el 28 de agosto y la elección abacial fue el 6 de septiembre de 1886. El resultado no ofrecía la menor duda: el P. Agustín es elegido abad por unanimidad, con la excepción de su propio voto. Confirmado por dom Gregorio Bartolini, Presidente General de los Cistercienses, fue bendecido en Reims, en la capilla de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, el 28 de octubre.

El cardenal Langénieux organiza grandes fiestas en Reims, en 1896, como jubileo nacional, para celebrar el 14º centenario del bautismo de Clodoveo. Duran del 1 al 12 de octubre. Abades, y obispos habían sido invitados. El Capítulo General organizó dos delegaciones: dom Agustín, su P. Inmediato y seis abades participan en las fiestas del 1 al 4 de octubre; otros seis abades les suceden del 6 al 11. Más de 50 cardenales, arzobispos y obispos de Francia y del extranjero llegan a Reims para la ocasión. Todo este grupo alarma al Gobierno, tanto más que el cardenal se empeñaba a fondo con lo que pasaba en Francia. El año anterior, cuando se votó el impuesto de encabezamiento de 1885, había incitado a los religiosos a la resistencia.

Los últimos años del s. XIX son para Igny años de bendición. La situación económica mejora. Se crea una sociedad comercial en 1895. Se construye la chocolatería un poco más lejos y se le da un equipamiento moderno. Toma amplitud y da trabajo a unos 75 obreros³². Fue bendecida por el cardenal Langénieux el 2 de junio de 1899. Las vocaciones empiezan a llegar. El futuro es prometedor, a pesar de las nubes que se acumulan como consecuencia de la situación política en la Francia de 1903.

32 El responsable de la chocolatería será el hermano de Dom Agustín, el P. Charles Marre. También llegó a subprior y maestro de novicios.

OBISPO AUXILIAR DE REIMS

El arzobispo estimaba cada vez más al abad de Igny. Le había invitado ya a acompañarle en su legación al Congreso Eucarístico internacional de Jerusalén en 1893. Quiso asociarlo aún más estrechamente, pidiendo al Papa que le fuese dado como obispo auxiliar. Pero para evitar problemas con el Gobierno, que nombraba a los obispos y no podía aceptar que un congregacionista recibiese la mitra, encontró un subterfugio: en el curso de un viaje a Roma, el Papa nombraría a dom Marre obispo *in partibus*, a título personal y honorífico. Recibiría allí su consagración episcopal y, vuelto a Francia, el arzobispo de Reims, con toda naturalidad, “utilizaría” sus competencias, sin que nadie pudiese disgustarse por ello. Eso fue lo que sucedió. Convocado a Roma en agosto de 1900, dom Agustín recibe el nombramiento y, con turbación, es consagrado obispo por el cardenal Satolli, el 13 de agosto, en la iglesia situada enfrente de la Procuraduría de la Orden, que las Hermanas de la Preciosa Sangre tenían a disposición de los trapenses, cuando fuera necesario. Allí también será celebrada la misa de funeral por dom Wyart, cuatro años más tarde.

Esta nueva responsabilidad, que se limitó a algunos viajes para administrar confirmaciones, brindará al abad de Igny la oportunidad de dar los últimos sacramentos a Mons Langénieux, a comienzos del verano de 1903. Pero las fuerzas retornan lo suficientemente al prelado como para tomar parte en el cónclave que elige al nuevo Papa, Pío X, el 4 de agosto de 1903. Mons. Langénieux morirá el 31 de diciembre de 1904.

En esta fecha, dom Agustín ya era Abad General de la Orden desde hacía tres meses. Obispo y abad de Igny, participaba regularmente en el Capítulo General, sin querer ocupar otro puesto que el que le correspondía siguiendo la antigüedad de su abadiado, excepto, naturalmente, en la iglesia. Sin embargo, en 1903, durante el Capítulo General, será él y no Dom Wyart quien dé la bendición abacial a dom Fortunat Marchand, abad electo de Fontgombault. Notemos que, de paso por Sainte-Marie-du-Désert en 1902, Mons. Marre fue solicitado para ordenar sacerdote a un joven monje que sería el futuro beato P. Joseph Cassant. Ordenó también a dos de sus monjes en Igny, el 24 de septiembre de 1904, justo antes de dirigirse a Cîteaux para elegir al sucesor de Dom Wyart.

ABAD GENERAL

Dom Sebastián Wyart muere, en efecto, el 18 de agosto de 1904. El Capítulo General para la elección del su sucesor se abre el 8 de octubre. Por la tarde misma, desde el primer escrutinio, dom Agustín Marre tiene las tres cuartas partes de sufragios. Está abatido como en su nombramiento de obispo: teme tener que dar cuentas a Dios por responsabilidades que -según piensa- le superan. Sin embargo la obediencia a la voluntad de Dios dissolve la crisis de conciencia, como el mismo dice en una circular que dirige a todas las comunidades el 21 de noviembre de 1904. En esta circular hace elogio de su predecesor y da cuenta de su audiencia con Pío X.

La comunidad de Igny está entusiasmada y a la vez apenada ¿Qué será de ella sin su abad difícilmente reemplazable? Pide y obtiene de Pío X, en persona, que el nuevo Padre General quede al mismo tiempo como abad de Igny. ¿Fue beneficioso aquello a largo plazo? Dom Agustín estará frecuentemente ausente, para visitar las comunidades de la Orden y pasar algunas temporadas en Roma, incluso aunque Igny siguiera siendo su puerto de amarre, más que Cîteaux o la Curia Generalicia.³³ El prior, el P. Bernard Oudart, recibe ciertamente una amplia delegación y será incluso admitido a participar en el Capítulo General a partir de 1913, con derecho de voto, a la vez que el Abad Auxiliar de Cîteaux y el prior superior de Tre Fontane. Es así mismo cierto que Igny sufrirá debido a esta situación y no llegará a desarrollarse bien. ¿Es una casualidad que a partir de 1900 las vocaciones empiezan a fallar? Sólo perseveran desde entonces tres postulantes (1 sacerdote y 2 conversos). Es verdad también que la situación política de Francia no invita a las vocaciones. Al comienzo de la Guerra del 14-18, que le dará un golpe mortal, la comunidad queda reducida a 10 monjes de coro y 9 conversos.

El nuevo Abad General emprende la visita a los monasterios. En general, hasta su enfermedad en 1911, pasa los meses de invierno en Roma y se esfuerza por volver allá una o dos veces al año, fundamentalmente al final de la primavera, para preparar el programa del Capítulo General. De camino, se para en Cîteaux. Las Visitas Regulares de algunos monasterios le corresponden por su cargo³⁴ y constituyen el motivo principal de sus viajes. En el ínterin, está en Igny. Al comienzo de su generalato visita los monasterios de Alemania y Austria, de donde vuelve el 7 de agosto de 1906. En marzo de 1909 cruza el Atlántico (cosa que su predecesor no había podido hacer) con el fin de hacer la Visita Regular a los monasterios de

33 La correspondencia con el Procurador de Roma, felizmente conservada a partir de 1908, permite seguir al Abad General en sus viajes y tener noticia de su estado de salud. Será citada a menudo implícitamente a continuación de este parágrafo.

34 La Gran Trapa, Melleray, Westmalle, Oelenberg, Port-du-Salut, Laval...

Estados Unidos y Canadá. Se le recibe con mucha alegría y muchas atenciones. El calor es sofocante, tórrido en New Melleray; el 28 de mayo llega a Les Prairies en Manitoba. De allí se dirige a Lac (Oka), cerca de Montreal y remonta hacia Lac-Saint-Jean para llegar a Mistassini a mediados de junio. Va acompañado del abad de Lac y de dom Pacôme Gaboury, prior del lugar, que ha salido a su encuentro. Se declara admirador de los trenes canadienses en los que se descansa muy bien, según decía, sin notar el traqueteo. La verdad fue que el tren había quedado parado durante 4 horas a causa de una roca que cayó sobre la vía, que hubo que dinamitar. La parada había favorecido la cabezada del prelado. El viaje continuó por Saint-Romuald y los monasterios de los territorios del Este. Vuelve a Francia a mediados de julio y debe ocuparse del problema de Tilburg (Ver más adelante).

Consciente de la cuenta que ha de dar a Dios de su generalato, juzga deber suyo no solo advertir a los superiores de las faltas que encuentra en sus comunidades, sino que corrige eficazmente los abusos y desviaciones hasta llegar, si es el caso, a las sanciones. Desde el Capítulo General de 1905 pone las cartas boca arriba:

Cierto, me conocéis bastante bien para saber que no pretendo inaugurar una era de severidad; cumplo un deber recordándoos que, para reprimir los abusos, el Capítulo General debe usar medios eficaces y en caso de necesidad recurrir a *sanciones* penales... Hace sólo 11 meses que estoy a la cabeza de la Orden y me permito ya dar una voz de alarma. Os pido perdón, pero creo que no cumpliría mi deber si no lo hiciera. Las visitas que he hecho y las numerosas cartas que he recibido de todas vuestras casas me han permitido constatar que el principio de autoridad tiende a disminuir entre nosotros. Hay superiores que no se atreven ya a corregir y apenas se atreven a ordenar; su voz no es escuchada y se ven reducidos a asistir impotentes a la decadencia creciente de sus comunidades.

El Capítulo General le parece el medio eficaz para atacar el mal que amenaza en algunas comunidades, a condición que los PP. Inmediatos den cuenta exacta de las Visitas Regulares y, en el Capítulo, se atrevan a tomar las medidas que se imponen, sin esperar a que el mal sea irremediable. Los discursos de apertura de los primeros Capítulos Generales desarrollan ampliamente estas convicciones.

El ideal personal de cada monje o monja es la santidad interior, ciertamente, y es a ella a la que hay que tender, pero la comunidad no aseguraría a cada uno el marco necesario para llegar a este fin sino por su exactitud en la observancia de la Regla. Es esta exactitud la que asegura la prosperidad espiritual de las comunidades (1908). La observancia es el bien supremo que tenemos que guardar con cuidado y celo. “Una Orden religiosa sólo es útil a la Iglesia en tanto que es fiel

a sus observancias (1906). Para asegurar esta fidelidad a la observancia hay dos grandes medios: el capítulo de culpas y la Visita Regular. A propósito del capítulo de culpas: “Por la ausencia de acusaciones, de proclamaciones y de penitencias la irregularidad se introduce en una casa” (1906). “Una comunidad donde las proclamaciones cayeran en desuso sería como una casa cuyas piedras se descolocan” (1905). La Visita Regular es el “nervio de la observancia”, a condición de que se haga seriamente; de lo contrario, sólo haría tambalear un poco más los muros (1905).

Pero hay una tercera instancia de control: el Capítulo General, que “es ante todo un examen de nuestras casas con vistas a aprobar, animar y a enderezar lo que hubiera de defectuoso” (1908). Para ello – recuerda en el curso de este Capítulo – es preciso que las actas de las Visitas Regulares sean siempre completas y sinceras “a fin de que el Capítulo General, con toda libertad y conocimiento de causa, pueda tomar medidas o imponer las *sanciones* necesarias”.

Estas sanciones, que Mons. Marre menciona sin cesar, le parecen necesarias para que los diversos controles sean eficaces, según dice, apoyándose en la Regla (1905). “Para cumplir el fin por el que el Capítulo General y las Visitas Regulares han sido creadas, es preciso que incluyan las sanciones necesarias para el mantenimiento de la disciplina en la Orden (1909). Este será también su testamento. Vuelve al tema en el discurso de despedida que preparó para el Capítulo de 1920 en el que contaba presentar su dimisión (que no será aceptada inmediatamente). Al contrario de quienes quisieran tal vez que el Capítulo General incluyera más reflexiones que favorecieran la vida interior, cosa que cambiaría su fisonomía ³⁵, defiende la manera tradicional de concebir las cosas. El Capítulo General, dice, ha estado formado por hombres de Dios: si hubieran pensado que, para favorecer la vida interior, haría falta otra cosa distinta del control oficial de la observancia regular, si hubiera que hacer teorías sobre las virtudes y los medios para practicarlas, habrían tomado disposiciones en ese sentido. ¡Pero no! El Capítulo no hace teorías, es esencialmente el informe serio de las Visitas Regulares, y concluye:

Permitidme que os diga que en mi opinión, hagamos lo que hagamos, no habríamos hecho nada hasta que no hubiéramos vuelto a una práctica que tal vez hemos dejado caer en desuso. Quiero hablaros de las *sanciones* del Capítulo General, pero sanciones contra quien se hubiera hecho merecedor

35 Hay que recordar que en 1913, con motivo del 8º centenario de la entrada de Bernardo en Cîteaux, el Capítulo General había comenzado con tres días de retiro, con conferencias sobre la espiritualidad cisterciense. Algunos abades querían que se reeditara esta experiencia que habían apreciado. Uno hace la petición, en enero de 1919, como portavoz de algunos otros. Dom Bernard Chevalier, abad de la Trapa, había terminado su charla en 1913 expresando el deseo de que semejante retiro se realizase cada 5 años. Para Mons. Marre, eso no era lo esencial de un Capítulo General.

de ellas, tanto superiores como inferiores e incluso los mismos Visitadores, si hubieran faltado a su deber ³⁶.

A este efecto, el Capítulo General de 1908 decidió la puesta en marcha de una “comisión de disciplina”. Estaba encargada, al principio del Capítulo, de estudiar las cuestiones más delicadas planteadas por los informes de las Visitas Regulares; de instruir los casos y de “someter al mismo las medidas a tomar y las penitencias a infligir”. En la apertura del Capítulo General de 1909, Mons. Marre subrayará la importancia y la oportunidad de esta comisión, así como la importancia de elegir bien a las cinco personas que la compongan.

Dom Agustín ha estado metido en asuntos temporales desde joven y no ha tenido apenas tiempo para profundizar en su formación intelectual. Será más un hombre de gobierno y de orden, que de doctrina. Sus discursos de apertura de las Capítulos Generales y sus circulares son buena muestra de ello. No trata en ellos de temas espirituales, sino que da indicaciones jurídicas sobre los deberes a cumplir. Cuando pasa por Mistassini en junio de 1909, los monjes- al parecer- quedaron decepcionados por su falta de elocuencia: no tenía el carisma de su predecesor, que sabía como enardecer a los oyentes. Poseía, quizá, más rigor que contenido.

LA ADMINISTRACIÓN TEMPORAL DE LAS COMUNIDADES

Un campo sensible es el de lo temporal. Se promulgan reglas bien precisas, que de ser respetadas deberían evitar muchos desastres. La Iglesia misma obraba así. Entre los puntos que Pío X recomendaba vigilar, en su carta del 31 de mayo de 1905, que recordaba dom Agustín en el Capítulo de ese año, existe el respeto de las normas concernientes a la gestión de los bienes. Cita algunas de ellas al comienzo del Capítulo de 1908, que va a preparar un comentario de las Constituciones sobre este punto. De hecho, en 1909 se promulga un decreto sobre la administración temporal en 15 artículos, que será puesto a punto en 1913 antes de ser presentado a la aprobación de la Santa Sede. Dom Chautard evidentemente contribuyó mucho a su redacción. Se envía a los monasterios en febrero de 1910 un ejemplo concreto de contabilidad cifrada. El Capítulo General de 1920 aprobará un nuevo estatuto.

Estas recomendaciones eran muy necesarias, como lo muestran ciertos casos que debe tratar el Capítulo General, precisamente en aquellos años. A menudo se evoca la situación peligrosa de las comunidades que han acumulado deudas que no llegan a rembolsar y que piden ayuda. Otras veces, algunos superiores se ven

³⁶ Este pasaje será citado por dom Smets en su discurso de apertura del primer Capítulo General que presidió en 1930.

sancionados porque han emprendido gastos sin la necesaria autorización. En 1909 tenemos el escándalo provocado por el abad de Tilburg, a quien la Santa Sede tuvo que destituir después de una Visita Apostólica.

Ya durante el generalato de dom Wyart, este abad había suscitado problemas, tanto a causa de su conducta personal como de su administración. Se contemplaba su dimisión en 1899. Se efectúa una visita apostólica en 1908. El resultado fue la deposición de dom Willibrord, el 15 de abril de 1909 y la nominación del P. Inmediato como administrador provisional, llevada a cabo por la Santa Sede ³⁷. Este debe anunciar la medida al abad depuesto y obtener el traspaso de la propiedad de los bienes de Tilburg, Zundert y Charneux, ya que era el único que detentaba los títulos. Pero dom Willibrord había contraído abundantes deudas (sobre las que dom Wyart había dado la caución de la Orden, al menos sobre los intereses) y los bancos que guardan sus créditos no quieren que se deshaga de los bienes de los monasterios. Se resiste, pues, a obedecer y la Santa Sede ordena a los monjes de sus casas que se marchen y acudan a otros monasterios de la región. Se le hace el vacío alrededor. Monseñor Marre estaba en América, y dom Norbert, abad de Scourmont, mientras espera su vuelta, intenta una mediación que no dio buenos resultados. Finalmente, el Capítulo General de 1909 encarga a dom Chautard, el hombre de las situaciones difíciles, que negocie con los banqueros acreedores. Estos, buenos católicos, terminan por aceptar que los bienes en litigio sean puestos bajo la cuenta de una nueva sociedad civil, pero a condición de que Tilburg reemprenda sus actividades lucrativas. La generosidad de los Capitulares permitió a Dom Chautard disponer de fondos necesarios para la constitución de dicha sociedad. Habrá que aclarar también la situación de algunos estafadores o personas poco escrupulosas. A excepción de algunos oficiales del antiguo abad, los monjes son autorizados a volver a sus casas. A petición del Capítulo General, la Santa Sede les impondrá un nuevo abad en mayo de 1913, que tendrá mucha dificultad en ser aceptado por algunos religiosos difíciles ³⁸. Dom Chautard deberá conservar la delegación de paternidad de esta comunidad hasta 1922. Una circular de Mons. Marre del 1 de diciembre de 1909 agradece públicamente sus esfuerzos y su habilidad. También será vivamente agradecido en el Capítulo de 1910. Hasta el final de su generalato, Mons. Marre tendrá una gran preocupación a causa de esta comunidad.

La conducta de otro abad, más secreta pero también condenable, deberá san-

37 En marzo de 1909, Dom Willibrord había reunido en su monasterio a algunos superiores belgas y holandeses sobre los que tenía ascendiente, como el anciano abad de Westmalle, un poco embaucado. Decidieron pedir a la Santa Sede que formara una especie de Provincia con posibilidades de reunirse en Capítulo bajo la presidencia del dicho abad de Westmalle, que sería el Visitador autorizado de sus casas. Todo esto para escapar al supuesto dominio de los "franceses". Evidentemente, la Santa Sede siguió la opinión negativa de las autoridades de la Orden.

38 Dom Willibrord murió en Frattocchie en 1935, bajo el nombre de P. Francesco.

cionarse al año siguiente y será de nuevo solicitada la habilidad de dom Chautard. El abad de la Gran Trapa, dom Etienne Salasc, viendo disminuir los recursos de su abadía, pues había vendido sus empresas por temor a las expulsiones, quiso hacer fructificar más los capitales restantes ³⁹. Desgraciadamente, cayó en manos de un hábil embaucador a quien sostuvo hasta el final, cegado, al parecer, por el afecto que tenía al padre de este hombre y como hipnotizado por la persona en cuestión. Llegó hasta darle firmas en blanco, y a comprometer las dotes de las monjas de la Cour-Pétral, de las que era Padre Inmediato. Todo ello, a despecho de las leyes eclesiásticas y de la Orden, sin consultar a nadie ni llevar a cabo ninguna votación y sin llevar siquiera una contabilidad seria. Lo más desconcertante es que niega los hechos, cuando surge la sospecha de algo y se le pone en guardia. Decía, a cuantos le advertían, que su conciencia no le reprochaba nada. Mons Marre, alertado, le recuerda las normas, en agosto de 1910, y le pone en guardia de posibles sanciones. El otro responde que todo marcha bien... La comisión de disciplina del Capítulo de 1910 fuerza a dom Etienne a tomar el compromiso de respetar el Estatuto de la administración de los bienes temporales, adoptado el año anterior, pero dom Salasc no hace honor a su firma y continúa como antes. La Visita Regular de Mons. Marre, en octubre de 1910, y la extraordinaria de dos delegados del Abad General, enfermo, en abril de 1911 ⁴⁰, no cambia nada y lo que tenía que pasar, pasó: La Trapa se declara insolvente frente a acreedores poco limpios, que comienzan a apoderarse del terreno... A causa de esto, el Capítulo de 1911 no duda más: fuerza a dom Etienne a presentar su dimisión y se le prohíbe volver a La Trapa. Su actitud choca tanto más cuanto que su antigüedad y funciones pasadas le conferían gran autoridad moral: resultasba elegido cada vez miembro de la comisión de disciplina... Dom Chautard es solicitado de nuevo para ayudar a los dos Visitadores de abril de 1911, a quienes el Capítulo nombra administradores ⁴¹.

39 Dom Salasc es el abad del Désert que recibió a Dom Agustín en el noviciado y en la profesión y que fundó Igny. En 1881 fue elegido abad de la Gran Trapa, y por lo mismo se convertía en Vicario General de su Congregación. Pero el 4 de julio de 1884 la Santa Sede separa las dos funciones. Es elegido Vicario General, entonces, dom Eugène Vachette, abad de Melleray.

40 Los dos Visitadores son el abad de Bricquebec, dom Vital Lehodey y el de Timadec, dom Bernard Chevalier.

41 Se creará una sociedad por acciones compuesta por amigos y bienhechores -entre los que había varios abades- como compradora del dominio, satisfaciendo así a los acreedores. La propiedad es alquilada después a los monjes: el alquiler que van a pagar satisfará los intereses del capital invertido por los accionistas. Al cabo de los años, los monjes compran las acciones de la sociedad y en 1978, por la obtención de reconocimiento legal, recuperan como comunidad la propiedad del inmueble. Dom Etienne Salasc se retiró a Mount Melleray, en Irlanda, donde murió el 20 de agosto de 1921.

ESPIRITUALIDAD Y LITURGIA

La espiritualidad cisterciense del s. XIX, estaba marcada por la penitencia, como testimonia el directorio espiritual editado en 1869. La voluntad de vuelta a los valores expresados en el s. XII, que el Capítulo de unión de 1892 manifestó, hace desear una revisión de dicha orientación. Esta se decide en 1900, bajo el generalato de dom Wyart: se encarga de ello a Dom Vital Lehodey, abad de Bricquebec. En 1908, éste presenta su proyecto ante una comisión que lo examina antes de mandarlo a imprimir en 1909 (cf. 2.4.1.).

En este Capítulo de 1900, también se ha deseado tener un libro de Meditaciones adaptado a nuestra Orden. Como ya dos autores han emprendido algo en esta línea, se les anima a continuar. Eso culminará en el Comentario de dom Symphorien Bernigaud, definidor y secretario de dom Wyart, aprobado en 1908. Por su propia iniciativa, pero con la autorización del Capítulo General, Dom Vital Lehodey hace aparecer sus obras hechas célebres, *Los caminos de la oración mental* (1906) y *El santo abandono* (1919) (Cf. 2.4.1.). Dom Etienne Salasc publica también sus meditaciones en 1907.

Se nombra una comisión en 1900 para revisar el *ceremonial*, con el fin de llegar a la unidad de observancia. El trabajo fue comenzado por los monjes del Desierto y es elaborado, corregido y vuelto a corregir. Mas cuando apareció, a prueba, en 1908, ciertos religiosos ponen en duda su legitimidad y lo denuncian a la Santa Sede. Mons. Marre obtiene de la Sagrada Congregación de Ritos, el 8 de marzo de 1913, una respuesta, afirmando que el ceremonial cisterciense auténtico es el ritual de 1689, que ha servido precisamente de base al de 1908. Con relación a éste, pues, hay que ajustar las rúbricas del Misal cuando hubiere divergencia entre los dos libros. Las nuevas rúbricas del Misal se aprobarán en 1924. Dom Malet, abad del Desierto, publicó un informe-memoria muy documentado para justificar la elección de la comisión que preparó el ceremonial de 1908. Lo desarrollará en un opúsculo de una cincuentena de páginas: *“La liturgia cisterciense. Sus orígenes, su constitución, su transformación, su restauración”*, editado por la tipografía de la Orden en Westmalle en 1921.

Para celebrar dignamente el octavo centenario de la entrada de S. Bernardo en Cîteaux, se hizo la proposición de reunir allí a los abades, unos días antes del Capítulo General de 1913, para cambiar puntos de vista sobre la espiritualidad cisterciense. Una decena de PP. abades aceptaron dar una conferencia durante este “Triduo de retiro de superiores”, predicado por el P. Lacomme, op. Se publicó un informe de la asamblea en Westmalle en 1914, que daba el boceto de las instrucciones del dominico, así como el texto de casi todas las conferencias de los supe-

riores. La de dom Vital Lehodey sobre *el papel y los deberes del primer superior* se publicó aparte. Dom André Malet presentó un resumen de lo que desarrollará en 1933 en su libro “*La vida sobrenatural. Sus elementos, su ejercicio*”. En 1922 dom Anselme Le Bail presenta en el Capítulo General la primera parte de su obra *La Orden de los Cistercienses de la Estrecha Observancia*.

MARIANHILL

El generalato de Mons. Marre verá aún la emancipación de Mariannahill de la Orden, para formar una Congregación misionera muy activa. El Vicario Apostólico del Cabo, Mons. Ricards, había venido a pedir una fundación al Capítulo de la Congregación llamada de Sept-Fons en 1879: el prior de Mariastern, dom Franz Pfanner ⁴², aceptó responder a la petición si el obispo tomaba sobre él una parte de las deudas de su comunidad... El trato fue cerrado ⁴³ y el 28 de julio de 1880 una treintena de monjes desembarcan en Port-Elizabeth, con el mismísimo prior a la cabeza. Debido a que el terreno de la primera implantación – Dunbrody – se reveló como impracticable y a que el obispo no podía ayudar financieramente más a la comunidad, el monasterio se instala en Natal, cerca de Pinetown en diciembre de 1882. Toma el nombre de Mariannahill (“la colina de María y Ana”). La comunidad se desarrolla bien, pero en pleno ambiente zulú ¿podría desinteresarse de la evangelización de las poblaciones circundantes? Se empieza con una escuela-pensionado. No se contentan con los alrededores del monasterio en construcción, sino que la proyección se hace más amplia. Dom Pfanner compra las granjas que se hallaban disponibles, a veces a gran distancia, y hace de ellas puestos de misión. Se llegará incluso a Rodesia. En principio, el régimen de dichos puestos de misión o “stations” es el mismo que el de la abadía, pero no siempre resultó fácil a sus moradores conciliar observancia regular y misión. Dom Franz está más dado al celo por las almas que por la Regla o los Usos. En 1885 funda un instituto de religiosas, las “Misioneras de la Preciosa Sangre”, que sirven como auxiliares, especialmente para la educación de las niñas. Les redacta una Regla. Las 5 primeras vienen de Alemania en 1885; en el 1887 las Hermanas reciben un hábito religioso; al año siguiente son ya 117. Ese mismo año de 1885, se reconoce a Mariannahill como abadía y dom Franz es bendecido como abad el 27 de diciembre.

El Capítulo de la Congregación de Rancé, al que pertenece Mariannahill, que

42 Nacido en Austria (cerca de Bregenz) en 1825, sacerdote diocesano y después monje de Mariawald (1863-1867) y fundador de Mariastern en 1869. Durante algún tiempo, acumulará los títulos de prior de Mariastern y de Mariannahill.

43 Pero sobre un malentendido, debido al hecho de que el obispo hablaba inglés: se traducía al francés y del francés al alemán. El obispo creyó que se trataba de un préstamo y no de una donación. Se mantendrá en su interpretación, para gran desazón de Dom Pfanner.

se ha reunido en las Catacumbas el 6 de abril de 1891, deja entender que no todo va bien a nivel de la observancia de ciertos misioneros, con relación a las normas de la Orden. Se programa una Visita Regular del Padre Inmediato, el abad de Oelenberg, para el mes de noviembre. Esta no pone fin a las tensiones. El abad es suspendido por un año al no plegarse a las prescripciones del Visitador del que juzga que va contra sus prerrogativas (en lo que quizás no estaba errado)⁴⁴. Termina por presentar su dimisión en 1893 para quedarse como simple monje en una “Station”, Emmaüs, fundada por él⁴⁵.

La obra no se queda atrás. En el Capítulo General de 1898 se felicitan y quedan edificados por la “importancia que toma cada día este monasterio y esta misión, una de las más bellas de África”. Desgraciadamente dom Armand, sucesor de dom Pfanner, muere en 1900. El abad de Oelenberg pasa tres meses en Mariannahill, visitando la abadía y sus 24 Stations. Encontró allí 100 coristas y 200 conversos...; procedió a la elección del sucesor de dom Armand, dom Gérard Wolpert. La comunidad vivía, sin embargo, en condiciones especiales y pide varios permisos importantes que hacen dudar al Capítulo General, pero que concede de todos modos. El primer año del noviciado se hará en Alemania, lo que hace suponer que las vocaciones no son de proveniencia africana, ¡lejos de eso! Las Hermanas misioneras de la Preciosa Sangre tienen también su casa de formación en Alemania desde 1901⁴⁶.

La situación se agrava a partir de 1904: Dom Gérard dimite, porque quiere dedicarse más a la vida misionera. El Capítulo decide nombrar un administrador apostólico en la persona del abad de Gethsemani, dom Edmon Obrecht, quien no acepta si no tiene plenos poderes y si no le acompaña el P. Fabián Dutter, primer cillerero de Císter. Esta misión durará tres años y cada año el administrador propondrá al Capítulo que se tomen algunas medidas. Éste pide a Mariannahill en 1905: que termine la construcción del monasterio; que cada sacerdote y cada cillerero de las stations pasen allí al menos 15 días por año; que haya, al menos, dos sacerdotes por Station; que las Hermanas tengan más autonomía y menos relaciones con los Padres; que los permisos concedidos sean reducidos a lo mínimo necesario... Se espera en 1906 que “el monasterio esté animado del más puro espíritu cisterciense”. Pero, de hecho, el administrador encuentra resistencia en ciertos elementos de

44 Dom Pfanner, por razones de salud, no pudo participar en el Capítulo de unión de 1892 y Mariannahill es representada por el P. Armand Schoelzig, maestro de novicios. Es el mismo que recibirá poderes de administrador apostólico después de la dimisión del abad y será elegido abad en 1894.

45 Por no poder hablar la lengua de los zulúes, no puede ser personalmente misionero.

46 Dom Pfanner edita una revista *Myosotis*, destinada a dar a conocer su obra en Alemania y Austria, lo que le atrae muchas donaciones y vocaciones de esos países. Se le hará el reproche de no haberla sometido a la censura de la Orden. Al volver de Europa, después de haber participado en el Capítulo General de 1891, es acompañado de 39 postulantes...

la comunidad que le critican bastante seriamente, lo que hace pensar, en 1907, que su vocación misionera está por delante de la vida monástica. Entonces, vale más que asuman solos su propia orientación. Al revés que la Común Observancia, la Estricta Observancia prefiere verse esencialmente encaminada a la vida contemplativa y se acomoda mal a un ministerio apostólico habitual y generalizado. Los religiosos de Mariannahill son invitados a ponerse de acuerdo para determinar lo que quieren exactamente. Reunidos bajo la presidencia del obispo de Transvaal, casi por unanimidad, (hay dos abstenciones), piden poder erigirse en una Congregación particular, con Superior General propio. Su deseo es tomado en consideración en el Capítulo General de 1908 y por la Santa Sede, quien, el 2 de febrero de 1909, da un decreto separando Mariannahill de la Orden: hace de la abadía una colegiata con un preboste a la cabeza. El 24 de mayo siguiente, dom Franz moría en olor de santidad, personalmente bastante entristecido, sin duda, por la separación que se había vuelto inevitable. La Congregación tomará su estructura definitiva con las constituciones aprobadas en 1936. Se hizo internacional.

En el Congo Belga se da un caso parecido. Se habla de ello en el Capítulo General de 1904, a la vez que de Mariannahill y con la misma inquietud. Los monjes de Westmalle habían respondido a la petición del rey de Bélgica, Leopoldo II, en 1894. Pero la obra se desarrolló mucho menos y no tendrá su culminación sino en 1926, después de una visita de muchos meses, la primera después de la fundación, hecha por dom Anselme Le Bail: se hablará de ello más adelante, aunque ya en 1905, como consecuencia de una queja de la Santa Sede sobre la conducta de los religiosos, el Capítulo General tomó una serie de medidas al respecto.

LA ENFERMEDAD, LA GUERRA

El año 1911 marca un hito en la vida de dom Marre. Se encuentra en abril en Igny, cuando, antes de Pascua, la enfermedad le obliga a guardar cama. Al cabo de dos meses se encuentra curado, pero renuncia al viaje previsto para ir a Roma. Una nueva crisis le abate durante algunos días, justo cuando reanudaba el trabajo al final de mayo. El médico le prescribe entonces reposo absoluto. Dom Agustín lo anuncia a los abades en una circular del 11 de junio, pidiendo que para los asuntos importantes se refieran al Vicario y para las cuestiones corrientes al Procurador. Se siente bastante fuerte, sin embargo, como para presidir el Capítulo General de septiembre. Pero, de hecho, no sanará. El corazón le hace de las suyas de vez en cuando y, de forma súbita, le sobreviene una crisis que dura dos o tres días, con fiebre alta y le obliga a un reposo total durante dos o tres semanas para reponerse. A medida que pasan los años, las crisis se hacen más frecuentes y le impiden hacer viajes largos. En muchas ocasiones, sobre todo a partir de la fiesta de Todos los

Santos de 1916, deberá reposar o renunciar a ir a Roma como era su deseo. Eso le dificulta seriamente. “Muy afortunadamente para nosotros – anota Dom Symphorien, definidor – su actividad intelectual nunca decreció: en sus más grandes fatigas conservó siempre esa admirable lucidez de espíritu y esa precisión que le caracterizaba en tan alto grado”⁴⁷.

Pudo pasar el invierno de 1911-1912 en Roma, pero en 1912 no hace grandes viajes: se queda en Igny o Laval. Recibe allí a varios abades que vienen a consultarle. Vuelve en 1913 a sus Visitas Regulares habituales. En el mes de mayo recorre Holanda y Bélgica. Habiendo llegado el día 5 a Westmalle, sale el 8 para estar en Bruselas el 9, “después de una Visita Regular a buena marcha”, escribe su secretario, “nuestro Reverendísimo tenía prisa y dom Hermann [abad del lugar] no menos”. Pasa Pentecostés en Igny; en seguida Mons. Marre desciende a Blagnac y llega en jornadas cortas a Oelenberg, donde abre la Visita Regular el día 12 por la tarde. “Si el Rvdmo. sigue trabajando como de costumbre, la Visita no durará mucho”. De hecho el 17 se encuentra en La Fille-Dieu, y, antes del Capítulo General de septiembre, tendrá aun tiempo de pasar a Cîteaux, Igny, la Gran Trapa, Melleray, Laval y Port-du-Salut. Después del Capítulo General y un alto en Igny, pasa el invierno en Roma y vuelve a Igny el 10 de mayo de 1914. En este momento se tiembla ante la idea de las medidas de expulsión que el nuevo gobierno, recién salido de las urnas, piensa retomar con respecto a las casas de la Orden, hacia el 14 de julio. La M. Abadesa de Maubec ha sido informada de que su monasterio se encuentra en las listas de las próximas medidas de proscripción; Bricquebec y la Gran Trapa también lo están... Dom Chautard se encuentra en Brasil. Mons. Marre y su secretario sienten su ausencia: “¡Estamos tan habituados a contar con él!”. La ausencia es táctica, por consejo de Clemenceau: permitirá ganar tiempo. Se teme que no esté de vuelta para el Capítulo General.

Pero no habrá Capítulo: la guerra estalla el 2 de agosto. El procurador, dom Norbert Sauvage, es movilizado. Mons. Marre, que está en ese momento en Igny, puede llegar a Roma en octubre y quedarse allí hasta abril de 1915, momento en que cuidados médicos le obligan a ir a Suiza: se aloja en La Fille-Dieu. Los meses que van de abril de 1915 a marzo de 1916 se dividen esencialmente entre la Fille-Dieu, Igny y Cîteaux. Su salud está seriamente dañada. A pesar de su espíritu de sumisión al Papa, no puede responder a su convocatoria de junio de 1915⁴⁸. Puede, sin embargo, llevar a cabo en abril y mayo de 1916 el viaje a Roma al que aspiraba, a pesar de las difíciles condiciones de transporte, en trenes atestados en plena guerra. Las crisis cardíacas se multiplican a partir de la fiesta de Todos los

47 Carta a la abadesa de Laval del 18 de octubre de 1911.

48 Quiere confiarle la administración de Casamari desprovista de abad. Es una historia que se arrastra desde 1911 y que lo seguirá siendo después.

Santos de 1916, obligándole a permanecer en Igny. En cuatro meses ha tenido cuatro ataques. Escribe el 15 de marzo de 1917: “La salud es muy mala y el corazón no marcha”. Dom Fabián vuelve a Roma solo durante el invierno y se encuentra con Mons. Marre en Laval en abril de 1917. Se había marchado allí, en efecto, pues sus nervios no aguantaban más los cañonazos que en Igny se oían sin cesar. Además, el correo se hacía muy difícil. Su hermano, el P. Charles, le acompañó en la capellanía de Laval ⁴⁹. Ahí pasarán el resto de la guerra. La forzosa inactividad entre sus crisis permite al Abad General y a su secretario, que es definidor, empezar a estudiar la aplicación a nuestra Orden del nuevo Código de Derecho Canónico, promulgado el 27 de mayo de 1917. Las Constituciones, acomodadas al Código, serán aprobadas por el Capítulo General de 1921 y presentadas en ese entonces a la Santa Sede.

A finales de agosto de 1918 Mons. Marre conoce el desastre de Igny. Los 6 monjes allí presentes tuvieron que huir el 28 de mayo ante el avance fulminante de los alemanes. Se habían refugiado en la casa madre de Sainte-Marie-du-Désert, llevando consigo solo lo puesto. Pero semanas más tarde, el 3 de agosto, cuando los alemanes tuvieron que batirse en retirada, asaltaron el monasterio. Un capellán militar que acampaba en los alrededores pudo salvar el relicario del beato Guerrico y algunos objetos de valor.

Tan pronto como termina la guerra, Mons. Marre sueña con convocar el Capítulo General: quiere que los alemanes puedan participar y que el tratado de paz sea firmado, a fin de que les fuera permitido cruzar la frontera. Este Capítulo, en efecto, es importante a sus ojos, pues está decidido a presentar allí su dimisión pues su salud estaba ya muy alterada. “Mis crisis cada vez más frecuentes hacen imposible todo trabajo prolongado” (20 de junio de 1919). El retraso en la firma de los tratados de paz obliga a posponerlo hasta la primavera de 1920: finalmente podrá reunirse el 28 de mayo.

Como lo había prevenido a los abades por una circular del 29 de abril y como lo había anunciado en la apertura del Capítulo, Mons. Marre presenta su dimisión por razones de salud. Lo hace después de haber presentado su análisis sobre la situación de la Orden y después de haber recordado las medidas que el Capítulo General debería fijarse como objetivos, según su experiencia. Hace también el balance de su administración e indica que ha dotado a la Casa Generalicia de un capital cuyos intereses satisfacen sus gastos. Pero, a instancias del Abad Vicario, dom Bernard Chevalier, abad de la Trapa, la asamblea declara que el momento no le ha llegado aún al General para deponer su cargo ⁵⁰. Continúa, pues, pero “al ralenti”.

⁴⁹ Este se encuentra aquejado de Parkinson. Mons. Marre le obtiene en enero de 1919 un indulto para celebrar la misa sentado. Morirá en Cîteaux el 24 de abril de 1921 a los 63 años.

⁵⁰ En esta época se concebía con dificultad que se abandonase el puesto por razones de salud. Benedicto xv había

Mons. Marre, que sigue siendo abad de Igny, se ocupa de su comunidad. Tuvo que hacer llamar, bien a disgusto, a tres religiosos que intentaban volver a poner pie en Igny en unas barracas, dado que las condiciones no eran aptas para vivir allí de un modo adecuado. Queda solo al P. Bonaventure para guardar las ruinas. La comunidad estaba dispersa, pero conservaba todos sus derechos.

Se esperaba que de modo provisional se reagrupara en locales puestos a su disposición por el mismo Cîteaux ⁵¹, y ahí pasa Mons. Marre los años 1921-1922, salvo dos estancias en Roma en noviembre de 1921 y en mayo de 1922, que fueron ocasión para ser recibido en audiencia por Benedicto xv y por Pío xi ⁵². Hacía ya cinco años que no se había llegado allí. Este último viaje tendrá como finalidad presentar a la aprobación de la Santa Sede las Constituciones de los monjes puestas al día.

En el Capítulo de septiembre de 1922, al poco de una enésima crisis cardiaca, Mons. Marre piensa presentar de nuevo su dimisión. No ha preparado un largo discurso de apertura, pero exhorta por ultima vez a sus iguales a sus responsabilidades de Visitadores y Capitulares y especialmente a “tener el coraje, basado en la caridad fraterna, de dar las sanciones necesarias con el fin de castigar las faltas, corregir las negligencias y reprimir los abusos”. Al final, en una carta leída por el Vicario, Mons. Marre presenta su dimisión, teniendo en cuenta la degradación de su salud: además, la izquierda puede volver al gobierno y el miedo que pueden suscitar los acontecimientos políticos en Francia hacen desear que, ahora que aún es posible reunirse, se proceda sin tardar a la elección de un Abad General que esté en condiciones de afrontarlos. La asamblea resuelve aceptar su dimisión. Mons. Marre continuará residiendo en Cîteaux con sus hijos de Igny. Su sucesor, dom Ollitrault de Kéryvallon, obtiene de Pío xi la promesa de que Mons. Marre será elevado al rango de arzobispo. Habrá que esperar aún un poco, pero la distinción se le concede el 16 de agosto de 1923. Cuando tuvo noticia de ello, unos meses antes de hacerse las gestiones por parte de la Orden, cuyo resultado no ofrecía la menor duda, Mons. Marre lo sintió mucho porque tenía la responsabilidad delante de Dios por este nuevo título, que, por otro lado, no comportaba carga pastoral particular alguna ⁵³. La reacción es muy típica de su talante espiritual.

dicho: “Si el General no puede ya visitar las casas, que gobierne la Orden desde su sillón” y Pío xi: “Habráis pecado si hubieseis insistido en que aceptaran vuestra dimisión” y, sin embargo, estaba tan seguro de salirse con la suya que había pedido y obtenido una delegación para que el nuevo elegido fuera confirmado al punto por el Vicario y pudiese presidir inmediatamente los trabajos del Capítulo.

51 Comienza el proceso el 20 de julio de 1920 y la instalación continuará hasta noviembre.

52 Dom Fabián va a fortalecerse en un ambiente monástico, en Gethsemani, desde mediados de octubre de 1921 hasta comienzos de mayo de 1922. Se reunirá con Mons. Marre en Roma y permanecerá allí hasta mediados de julio.

53 “Estoy aplastado por esta distinción totalmente imprevista y que me espanta. ¿Es que el buen Dios quiere que sea recompensado aquí abajo del poco bien que haya podido hacer, reservándose el hacer la justicia sobre mí en

No pierde de vista la reconstrucción de Igny, contando con las indemnizaciones de los daños de guerra. En 1926, éstas se pueden percibir con la condición de reconstruir. Hay que aprovechar la ocasión. Desde 1921, en vano había intentado obtener un refuerzo de personal. Incluso había aceptado la idea de que otro abad hiciese una nueva fundación en Igny. Pero ante el fracaso de sus tentativas se volvió a la comunidad de Laval que aceptó suceder a los monjes en Igny. Dom Marre se ocupa de los primeros trabajos, se interesa por el plano de la nueva construcción y se hace ayudar por el P. Hypolite Verrier, capellán de las monjas de Laval, a quien nombra su sucesor a la cabeza de la sociedad civil de Igny, nunca disuelta. El nuevo Igny será ciertamente la obra de Mons. Marre, aun cuando la obra no se concluirá sino después de su muerte y con otra comunidad. Es, en efecto, un poco tarde para su propia comunidad que no se pudo reclutar en el lugar donde estaba confinada y que se iba haciendo mayor. Lamentando que la reconstrucción de Igny no hubiera podido hacerse antes, tomando nota de la imposibilidad en la cual se encontraban, “inclinándose ante la decisión que consagrará la muerte de su comunidad”, los supervivientes dan su acuerdo en julio de 1926 para que todos los bienes de Igny sean destinados a la comunidad de Laval⁵⁴. La “muerte” de Igny como comunidad masculina fue confirmada por un acta del Capítulo General de 1927 y un decreto de la Santa Sede. Mons. Marre no era ya de este mundo. Falleció unos días antes de la apertura del Capítulo General, de una manera un tanto precipitada: en el curso de una operación, de suyo bastante benigna, pero que ocultaba una infección que debía estar generalizada y le había hecho guardar cama desde los últimos días de agosto. Era el 6 de septiembre de 1927. Tenía 74 años. Los funerales tuvieron lugar en Cîteaux el 9 de septiembre bajo la presidencia de un obispo auxiliar de Reims, en representación del Cardenal-arzobispo, cuya asistencia no fue posible, y en presencia del Abad General y de muchos abades que llegaban a Cîteaux para el Capítulo General.

el otro mundo? Me lo pregunto con terror... Acepto la cruz, pidiendo humildemente perdón por mis pecados” (Carta del 23 de diciembre de 1922 a dom Ollitrault).

⁵⁴ Con la reserva de una dotación anual otorgada a cada antiguo religioso de Igny, según el estatuto de 1924, dotación fijada en 1000 fr- oro por el Capítulo de 1927.

RECAPITUACIÓN

Año	Fecha	Mons. Agustín Marre	Acontecimientos externos
1853	16 noviembre	Nacimiento en Aveyron (Francia)	
1872	26 diciembre	Entra en Sta. María del Desierto	
1876	Enero 25 de marzo 21 septiembre	Entre los fundadores de Igny Profesión simple (perpetua) * Subdiácono, durante la consagr. Iglesia	
1877		Diácono; sacerdote el 18 noviembre	
1879	22 mayo	Profesión solemne	
1880		Amenazas de expulsión	Leyes contra Congregaciones
1881	25 de febrero	Prior (superior) de Igny	
1886	28 de agosto 6 de setiembre	Igny erigido en abadía Dom Marre abad de Igny hasta su muerte	Mons. Langénieux de Reims hecho cardenal en junio
1892	Octubre	Cap. unión 3 Congregaciones Trapenses	
1893		Al congreso eucarístico de Jerusalén	
1900	19 de agosto	Consagrado obispo (auxiliar de Reims)	
1901	Julio		Ley exigiendo autorización para las Congregaciones
1902	30 de julio	Carta <i>Non mediocri</i> de Leon XIII	Gobierno de Emile Combes
1903	20 de julio 4 de agosto		Muerte de León XIII Elección de Pío X
1904	18 de agosto 8 de octubre	Muerte de dom Wyart Elección de Mons. Marre Abad General.	
1909		Viaje a América del Norte (USA y Canadá) Mariannahill se separa de la Orden	
1911	Abril	Primeras crisis cardiacas graves	
1914	2 de agosto 20 de agosto 3 de septiembre	Mayo-octubre a Igny; octubre-abril 1915 Roma	Comienzo I Guerra Mundial Muerte de Pío X Elección de Benedicto XV
1915		Fille-Dieu, Igny, Cîteaux	
1916		Abril-mayo en Roma y después en Igny	Batalla de Verdún
1917		Desde la primavera, en Laval	27 de mayo: Código de Derecho Canónico
1918		3 de agosto, destrucción de Igny	11 de noviembre, armisticio
1920	28 de mayo 5 de junio Noviembre	Apertura del Capítulo General después de la guerra Mons. Marre ofrece su dimisión El Capitulo la rechaza Los monjes de Igny se instalan en Cîteaux	
1922	22 de enero 6 de febrero 18 septiembre		Muerte de Benedicto XV Elección de Pío XI
1923	16 de agosto	Se acepta la dimisión como Abad General Arzobispo titular de Mélitène	
1926		Los Monjes de Igny ceden su propiedad a Laval	
1927	6 septiembre	Muerte de mons. Marre a los 74 años.	

2.4 ALGUNAS FIGURAS DE ABADES DE LOS CUARENTA PRIMEROS AÑOS DE LA ORDEN

2.4.1 Dom Vital Lehodey (1857-1948). Abad de Bricquebec (1893-1929)

Dom Vital Lehodey nació el 17 de diciembre de 1857 en Normandía. Fue bautizado al día siguiente y recibió el nombre de Alcime. Era el 5º hijo de una familia de artesanos rurales; los dos mayores murieron en edad temprana con pocos días de diferencia, sin duda ambos de la misma enfermedad. Una hermanita nació tres años después de Alcime y murió a los dos años, poco después de su padre, muerto a la edad de 42 años en julio de 1862. Alcime sólo tiene 4 años y medio en ese momento. La situación en el hogar es crítica: la madre debe asegurar la subsistencia de todos, pero se empeña, por encima de todo, en hacer de sus hijos cristianos convencidos. Alcime con sus hermanos frecuenta una pequeña escuela comunal regida por un buen cristiano, cantor en la iglesia, que vela muy particularmente por los niños que aspiran al sacerdocio. Alcime, muy pronto, parece manifestar signos de una llamada de Dios a su servicio. Escribirá en su autobiografía: “Desde mi tierna edad, es hacia Él [Dios] que se han vuelto mis pensamientos y aspiraciones. No he deseado jamás otra cosa que ser todo para Él solo”. Hizo su primera comunión a los 11 años y medio y comulga en todas las fiestas. ¡Cómo le hubiera gustado haber aprovechado las disposiciones que dio, un poco más tarde, Pío X sobre la comunión anticipada y frecuente! Seis meses más tarde, el párroco empieza a enseñarle latín. Después acude al seminario menor, instalado en Mortain en los locales de la Abadía Blanca, una antigua abadía cisterciense de Normandía, abandonada desde la Revolución. De ahí pasa con toda naturalidad, en octubre de 1876, al seminario mayor de Coutances, regentado por los sacerdotes de S. Sulpicio, muy venerados en la diócesis. El subdiaconado le compromete con Dios definitivamente el 21 de diciembre de 1878; un año más tarde accede al diaconado y es sacerdote el 18 de diciembre de 1880⁵⁵. Dedicado al ministerio parroquial, cumple sus funciones como se las comprendía entonces: predicación en las misas, catecismo, confesiones, visitas a los enfermos, etc. Pero, al cabo de 9 años, siente una atracción por la vida monástica, queriendo consagrarse más profundamente a su santificación sujetándose a una disciplina más rigurosa y estimulante.

El obispo consiente en dejarle partir, a pesar de que lo sienta, por ser uno de los mejores teólogos de la diócesis. El 25 de julio de 1890 el sacerdote Lehodey llega

55 La edad canónica era, sin embargo, de 24 años, según los decretos del Concilio de Trento.

a Bricquebec. Esta trapa había sido fundada en 1824 por un sacerdote diocesano, Agustín Onfroy, con la ayuda de los monjes de Port-du-Salut. En la toma de hábito recibe un nuevo nombre, el de Vital, fundador de la Congregación normanda de Savigny, afiliada en 1147 a la Orden de Cîteaux en la fundación de Clairvaux. La *Abadía Blanca*, donde el joven Lehodey se forma durante cinco años, fue fundada por la hermana de San Vital.

Su padre maestro es más joven que él pero parece que eso no le molestó. Sin embargo el abad, dom Germain Furet, antes incluso del fin de su noviciado, lo emplea en la secretaría para iniciarle en la administración temporal. Está en contacto con un monje que parlotea y critica mucho y eso le turba: si eso es la vida monástica, ¿no vale la pena dejar el ministerio apostólico! Aprende en seguida a tener en cuenta todo y a “no tirar al niño con el agua de la palangana”. El 20 de agosto de 1892, hace sus votos simples ⁵⁶. Al día siguiente es nombrado prior de la comunidad, para ayudar al abad cuya salud era delicada desde hacia seis años.

De hecho, el abad muere repentinamente el 19 de octubre de 1893. Como el prior no ha hecho aún su profesión solemne, no puede ser elegido abad, pero es nombrado superior provisional por el Padre Inmediato. Sin duda, por falta de experiencia y por su formación en la austeridad, faltó de discreción en los comienzos, como confesará más tarde. Para que pudiese participar en el Capítulo General del 12 de septiembre en calidad de abad, un indulto le permite anticipar su profesión solemne en seis semanas: ésta tiene lugar el 7 de julio de 1895. Al día siguiente, se celebra la elección abacial. Participan once monjes sacerdotes y Dom Vital es elegido por unanimidad. Recibe la bendición abacial el 1º de agosto.

SÍNTESIS DE SU DOCTRINA ESPIRITUAL: DEL TEMOR A LA CONFIANZA Y AL AMOR: UN CAMINO QUE TORNA...

(por Yann Leroux, monje de Bricquebec)

En su autobiografía, dom Vital resume así su experiencia:

Busqué la santidad en un primer momento en las austeridades, y en verdad exigen un precio y debemos vivirlas con amor; más tarde, creí encontrarla en los caminos de la oración, en la unión más íntima del espíritu y del corazón con Dios, y esto era un progreso real; y ahora me esfuerzo en obtenerla por la santa pequeñez, por la obediencia filial y el abandono confiado. Con

⁵⁶ En aquel momento los primeros votos eran perpetuos, pero “simples”. Podían ser suspendidos por los superiores de la Orden. Eran seguidos, al cabo de algunos años – tres como mínimo – por los votos solemnes, de los que solo la Santa Sede podía dispensar por razones graves.

toda seguridad es mucho mejor. ¿Hay algo más elevado? Hasta este momento, creo que no.

Esta presentación significará las tres etapas de este camino que torna. Las citas son de su autobiografía, menos una, sacada de sus apuntes de retiro.

1. *“Los comienzos” : el temor, el deber y la búsqueda de austeridades*

Su madre, sola para educar en la pobreza a sus tres chicos, después de la muerte de su marido y de los otros tres niños, está demasiada ocupada para expresarle su ternura. ¿Los años del seminario menor? “Fueron los menos buenos de mi vida”. En el confesionario se encuentra con “justicieros”. Los escrúpulos se instalan en el fondo de su corazón. No pudiendo confiar en Dios, le tiene miedo, lo que marcará el resto de su vida. “Como tantos otros [...] era impulsado a ver a Dios como Señor y Justiciero más que como Padre y Salvador”. Sacerdote diocesano de 1880 a 1890, se siente fuertemente las responsabilidades de ese ministerio. Dios le atrae “por el deseo de una mayor seguridad y sobre todo por la esperanza de la santidad. [...] Muy pronto la trapa atrajo mis preferencias sobre todo por su vida de austeridad y por la observancia más integral de la Regla [...] Me acuerdo que al aproximarme al monasterio, pensaba lo bueno que sería vivir con aquellos santos y más aún trabajar para serlo yo mismo, y le decía al Señor que si me concedía cincuenta años de vida religiosa, esperaba conseguirlo”. Se lanza a las mortificaciones: castigar el cuerpo lo reafirma, porque así le demuestra a Dios lo que es capaz de hacer por Él. Es superior en 1893, a los tres años de su entrada, y así durante treinta y seis años. Intenta ser “el primero en todas partes” y siente “la ambición de ayudar al Señor a hacer a algunos santos”. Todos deben ser como él. Su inquietud le impulsa a hacer más, por miedo a hacer menos. Confunde el fin con los medios, la santidad con la búsqueda de austeridades. Esta huida hacia delante le conduce a depresiones nerviosas. Además, como nuevo superior se encuentra embarcado, a pesar suyo, en la aventura de las fundaciones en Japón. Su generosidad es contestada en un Capítulo General. Después de ocho años en Bricquebec, lo vemos encargado de tres monasterios, dos de ellos en el fin del mundo. La revisión del *Directorio Espiritual*, entre 1900 y 1909, le exige un gran esfuerzo.

2. *“Un progreso real”: la dulzura del Niño Jesús lo inicia en un método de oración más sencillo*

“Quiero ser dulce con este Dios severo, sonreír a ese Dios irritado, echarme en los brazos de ese Dios que me rechaza, hacerle mis caricias, adorar sus caprichos

divinos y bendecir sus aparentes crueldades” (Apuntes de retiro). ¿Cómo salir de tal imagen de Dios? “La gracia de las gracias” es la entrada del Niño Jesús en su vida en 1895: “Personalmente nunca lo he visto ni entendido. Entre nosotros todo ocurre a nivel de la fe. De un tiempo a otro, me hace sentir con más viveza su presencia y su acción; el velo que lo oculta se hace transparente; no es ciertamente la visión, tampoco es totalmente la oscuridad de la pura fe [...] Ordinariamente se contenta con atraer el corazón, y por el corazón, el espíritu y la voluntad, pero se mantiene oculto [...]. Se hace tan pequeño para que no me atemorice de vivir con Él”. Dom Vital descubre una de las expresiones del espíritu cisterciense primitivo. Todo lo que se encuentra como en miniatura en esta dulce infancia, es infinito en el Verbo. Y, puesto que el Verbo es el “Esplendor del Padre y la imagen de su Bondad”, “conociendo a mi Niño Jesús, conozco también a su Padre y al Espíritu Santo: los tres son una sola e infinita caridad. La dulce infancia de mi Niño Jesús es, pues, para mí como “la Puerta Hermosa” (Hechos 3,2) por la que me introduce un poco ¡y ay qué poco! en el santuario íntimo de su divinidad”. Una precisión interesante: “El Niño Jesús me atrae desde los cinco años”. Es la misma edad de cuando perdió a su padre... Se empeña en demostrar al Niño Jesús, el único del que nunca tuvo miedo, que lo quiere: “Paso mi vida haciendo multitud de actos de amor, de confianza y de abandono, sobre todo de amor [...] Para estimular mi buena voluntad, llevo cuenta con mi rosario de mis pequeños actos para no bajar de la medida que me había fijado y que iba siempre en aumento. Al presente, para cumplirla, me tengo que poner desde la primera hora del día, y no perder ninguno de los momentos libres”.

Es el Niño Jesús quien le enseña abandonar la oración discursiva: “Apenas entró en mi vida, encontró muy novato en el tema de la oración. Pero me atrajo, me hacía Sí por la suavidad de su presencia y de su acción. Me quitó la facilidad de tener pensamientos de amor variados y complicados y, dejando en mí una abundancia de consideraciones para el servicio de las almas, me redujo a la imposibilidad de meditar por propia cuenta. Me atraía hacia Sí con fuerza y suavidad dentro de mi alma o bien me hacía mirar largamente sus imágenes”. Sin embargo añade: “Nunca he sabido ponerme en su presencia en un profundo silencio [...], pero era Él, sin duda, quien me suministraba los sentimientos y las palabras. Por ello Él pacificaba mi corazón y lo unía más íntimamente a Sí”. Confundiendo una vez más los medios con el fin, Dom Vital se mete a fondo en la oración e incluso le dedica un denso volumen en 1906. Pero no era más que un “progreso real”; se percibirá de eso más tarde.

3. “Es seguramente mucho mejor: me esfuerzo... en el abandono confiado”

Si dom Vital amaba a Dios al revés, el Niño Jesús le lleva a amar al derecho. Percibe “cierta complacencia” en sí mismo “con ocasión de estas gracias”. El temor de no merecer los favores del Niño Jesús le incita a redoblar sus esfuerzos. Y cuando éste último le propone cambiar de método, dom Vital responde: “Todo lo que queráis con tal que no os ofenda”. El Niño Jesús le indica este nuevo giro para su bien, pero teme de tal modo ofenderle que no se fía. “Comienza de inmediato un nuevo periodo de veinte años. Las pruebas van a afluir con más gracias de abandono”. Con dulzura, el Niño Dios lo arrastra así a este mundo del Amor, en que todo es regalo de la ternura divina. ¡He aquí la razón del santo abandono! En efecto, ¿qué decir y qué hacer si el Amor de Dios por nosotros no tiene otra causa que la alegría que siente en hacernos felices? ¿Qué decir y qué hacer si por parte nuestra nada puede provocar ni justificar, ni necesitar un tal amor? Todo se pondrá en orden y se simplificará. Dom Vital descubre el sentido profundo de la Regla de san Benito: “A medida que maduraban mis ideas, subrayaba especialmente el capítulo de la humildad, que es la quintaesencia de la Regla, la obediencia que nos recomienda encarecidamente y la caridad fraterna con el soportarse mutuamente. [...] A medida que esta dichosa actitud del alma que constituye la infancia espiritual se va perfeccionando, se expandirá en el amor y la confianza, que dan tan grande encanto al niño, y como continuación, la obediencia filial y el Santo Abandono, que son el gran camino de la santidad. Pero todo esto no lo ví, ni comprendí sino más tarde”. Al final de los cincuenta años de vida monástica que él reclamaba para ser santo, le ataca la parálisis. No oculta nada del drama que supone para él esta prueba que dura cinco largos años. “Esta situación de enfermedad me deja sumido en una continua sujeción, en un estado de humillación y abyección que temía más que la misma muerte”. El temor le incita hasta el fin a dom Vital a preguntarse si el Niño Jesús le ama de verdad. Como trabajador de la santidad a destajo, se esfuerza por renunciar a contar consigo mismo: ¡es lo más difícil! “Hay que creer que el Santo Abandono no es fácil de aprender y que he sido un pobre escolar ya que Él [el Niño Jesús] ha juzgado necesario ejercitarme de tantas y tantas maneras”.

La larga vida de este “pequeño abad” (1,54 mts!), que supo corregir el espíritu pesimista y en demasía exclusivamente penitente del *Directorio espiritual*, irradia más allá de las comunidades cistercienses. Las personas voluntaristas admirarán su ascetismo heroico, otros se pararán en las modalidades de las intervenciones del Niño Jesús, pero la relación entre ellos durante más de cincuenta años demuestra, sobre todo, la obstinación divina en querer libres a los hombres. Dom Vital lo atestigua, no porque el santo abandono fuese una actitud espontánea en él, sino

todo lo contrario, porque ha recorrido un largo “*camino que torna*” particularmente significativo. No podemos ser fuente de amor por nosotros mismos, sino solamente espejos del amor divino, e incluso, espejos rotos. Con su psiquismo más que herido, dom Vital entró con pie firme en el Reino gracias al Niño Jesús. La edición de su Autobiografía, ahora terminada, permite a todos percibir mejor el trabajo paciente de la gracia en él... y en cada uno de nosotros para aprender el amor “al derecho”.

La acción de dom Vital en la Orden

Las fundaciones japonesas. Dom Bernard Favre, prior de Ntra. Sra. de la Consolación en China, creyendo estar autorizado de un permiso obtenido por el Capítulo General de 1891 de su Congregación, promete al Vicario apostólico de Hakodate el comienzo de una fundación en Japón en el Hokkaido, en octubre de 1896. Puesto ante hechos consumados, el Capítulo General de ese año acepta sin embargo el comienzo de la fundación, tanto de monjes como de monjas. Pero hay que encontrar fundadores y fundadoras. Por lo que respecta a los monjes, Dom Bernard obtiene 5, así como un novicio y un converso de diversas comunidades. Instala a toda su gente en Japón en octubre y después se vuelve a China... Antes del Capítulo General, pasa por Bricquebec y alumbra, sin duda, una lucecita misionera en el corazón del prior, el P. Gérard Peullier, quien revela a su abad su deseo de ir al país del Sol Naciente. Fue nombrado, por dom Wyart, superior del grupo que ya se encontraba allí y al que se unió en enero de 1897. Pero el resto de la historia es que en enero de 1898 se pide a Dom Vital de tomar la paternidad del nuevo monasterio. Después de algunas objeciones, el abad y la comunidad aceptan. La medida será ratificada en el Capítulo General siguiente, de abril de 1898. La paternidad de Bricquebec se extenderá también sobre las Hermanas trapenses, llegadas de Ubexy para instalarse a una treintena de kilómetros de Ntra. Sra. de Faro. Sin tardanza, dom Vital envía como refuerzo a dos sacerdotes y un tercero, como capellán de las trapenses, así como a un converso.

No es nuestro propósito hacer la historia de los monasterios del Japón, que no empezó verdaderamente sino después de uno o dos decenios. Digamos solamente que la entrega y el discernimiento de dom Vital Lehodey fueron decisivos para la buena marcha del monacato cisterciense en el Japón, incluso si la salud no le permitió llevar a cabo por sí mismo las Visitas Regulares, excepto las de 1900 y 1909 que le llevaron cada una varios meses, con algunas travesías espantosas del océano que estragaron por mucho tiempo su estómago. Estas fundaciones significaron para Bricquebec muchos sacrificios en términos de personal y de dinero. La salud de su abad es gravemente atacada en 1910-1912 a causa de un agotamiento excesivo.

vo, en el que no pudo guardar la justa medida, según nos confiesa. Las fuerzas las recuperó poco a poco, pero nunca del todo, lo que le llevaría a pasar por ciertos estados de depresión más o menos acentuada.

Entre las misiones que el Capítulo General le confía, está la **revisión del Directorio espiritual** de 1869, que no responde ya a la evolución de la Orden. Este trabajo se le confía a dom Vital en el año 1900, signo de la estima de que gozaba entre sus colegas.

El origen lejano de los Directorios se encuentra en las *Consuetudines* publicadas por diversas Órdenes monásticas para integrar y adaptar la Regla y los Usos. Se conocen los consuetudinarios (usos y costumbres) de los siglos VII–XII (*Consuetudines Farfenses, Cluniacenses, Cassinenses, Sublacenses, Vallombrosae* y demás) que contribuyeron de manera decisiva a promover la observancia y la uniformidad de la vida monástica a través de las diversas naciones europeas⁵⁷. Cîteaux publica también sus aplicaciones concretas de la Regla. Los documentos fundacionales comprenden, al lado de los relatos históricos y hagiográficos, las colecciones de los *Statuta-Institutiones-Capítula*, que relatan las observancias características de la Orden, según las decisiones tomadas progresivamente por los Capítulos Generales. En la época moderna, hasta el Vaticano II, la Orden ha formado un “corpus” jurídico y espiritual que comprende las Constituciones aprobadas por la Santa Sede, documento fundamental que establece las bases de la misma, así como otros libros: el ritual o ceremonial, el libro de los Usos, los libros de la Liturgia de las Horas... Pero el “Directorio” no es, propiamente hablando, un libro jurídico. Se presenta, más bien, como un modo de empleo de las normas: como vivirlas bien. Recordando esas normas, desarrolla los principios teológicos y espirituales que las motivan y las fundan. Es, en cierto modo, un documento privado, interno de un Instituto al que se refiere para su buen funcionamiento. En el s. XVII, los dos Directorios de este tipo más influyentes fueron los de S. Francisco de Sales y los de Sta. Juana de Chantal. Dom Agustín de Lestrangle compuso para los novicios de la Trapa un libro de Instrucciones que contenían “Consejos espirituales sacados de diferentes obras” (al estilo de los antiguos florilegios).

Solicitado por otros abades, dom Antoine Bernard de Melleray pidió en 1861 a su prior, P. Benoît Moyne, antiguo canónigo de Avignon, atraído a la Trapa por su gran espíritu de rigor y de austeridad, que preparara un proyecto de Directorio. La nueva obra se sometió en 1868 a una comisión que lo juzga como “un buen libro” y permite su impresión. Con ocasión de un Capítulo que reunía a las tres Congregaciones Trapenses en 1869, le fue ofrecido a cada uno de los participantes. Fue apreciado de diferente modo: algunos lo estimaron y lo utilizaron en la for-

57 Ambrogio Sanna, OFM Conv, *Direttorio*, Dizionario degli Istituti di Perfezione 3, EP, Roma, 1976, 524-530.

mación de los novicios; otros deploraron su excesiva severidad y su espíritu muy exclusivamente penitente. Éste era, sin duda, de desprecio y recelo del cuerpo: se le consideraba, más bien, como un enemigo o una trampa (p. 480). El recelo se extiende incluso a todo lo que es “natural”, ya que había que temer hasta el perfume de las flores (p. 262). Ciertamente, el Directorio sabe que toda observancia debe estar inspirada por la caridad, ya que es ella la que hace el yugo ligero y fácil de llevar y le confiere unción. Los trapenses son seres felices. Pero el amor se asimila muy rápidamente a la inmolación del sacrificio. El monje “viene del mundo a la soledad *únicamente* para sufrir” (p. 319) y la finalidad del Directorio, dice el prefacio, es “dar los medios más variados para hacer de una vida de trabajos una vida de sacrificios (p. 4). El monje “pelea con la naturaleza en todo para no concederle sino lo estrictamente necesario y hacerle encontrar una materia de sacrificio hasta en la satisfacción de las primeras necesidades” (p. 35). “Hacer de cada una de sus acciones una penitencia, es decir hacer todo con tanta perfección que haya siempre algo por lo cual sufrir” (p.341) hasta el punto, por ejemplo, de aconsejar a los religiosos demostrar su preferencia sobre los objetos tristes y lúgubres, las personas menos agradables y retirándose de todo lo que podría significar satisfacción (cf. p. 318). Desde la toma de hábito el novicio “se considerará como una víctima ya separada del mundo y lista para ser despojada e inmolada” (p. 62) y esto es aún más verdadero, se dice, para los conversos, cuyo color de hábito expresa que son: “hombres exclusivamente penitentes” (p.58).

El Capítulo General deseaba librarse de este espíritu y encargó a dom Lehodey revisar el Directorio en ese sentido⁵⁸. El Abad General, dom Sebastián Wyart, se hace el intérprete de ese deseo escribiéndole el 5 de abril de 1901: “Permítanme rogarles que nos den un día este Directorio no trapense (sic), sino absolutamente cisterciense”. Y precisa aún el 5 de junio siguiente:

No tema modificar su composición, suprimir capítulos, hacer unos nuevos. Redáctelo teniendo constantemente ante los ojos la Santa Regla, las Constituciones, los Usos, como si lo hubiesen compuesto nuestros primeros padres. Que sea un libro lleno del espíritu de S. Benito. Haga desaparecer el nombre de trapense y reemplácelo por el de cisterciense. Es importante si queremos obtener la uniformidad y la unidad en todo punto en nuestra Orden⁵⁹.

Este se puso en seguida manos a la obra, pero se retrasó por la enfermedad y

58 Al final del siglo, en ciertas comunidades, este Directorio había quedado un poco en desuso.

59 Cartas citadas por Bruno BRARD, *Dom Vital Lehodey*, Paris 1973, pp. 90-91.

las múltiples ocupaciones. La obra no se pudo presentar al examen de los censores hasta 1908-1909.

Dom Lehodey vuelve a tomar, sin modificarlo, el plan del antiguo Directorio, que sigue las etapas del compromiso monástico (postulantado, noviciado, profesión) y después de haber recordado los deberes generales de la vida monástica, se dedica a seguir su desarrollo a lo largo del día, de la semana, y después del año, para terminar en la hora de la enfermedad y de la muerte.

Ciertas paginas – poco menos del 30%, según lo que ha calculado ⁶⁰ – no se han cambiado, pero en muchas Dom Lehodey elimina las reflexiones del tipo que hemos citado más arriba y que manifiestan una concepción de la vida monástica obsesionada por la búsqueda del sufrimiento y de la penitencia, aun cuando sea por amor. Defiende a menudo la opinión contraria, diciendo por ejemplo, con S. Francisco de Sales, que no es una regla general el tener que hacer siempre lo que repugne ⁶¹. Centra más la atención sobre la oración y la contemplación y predica la confianza más que un cierto temor algo jansenista: el antiguo Directorio veía peligros por todos lados y exhortaba continuamente a ponerse en guardia y no caer... Dom Lehodey es más positivo en sus concepciones. No retoma el largo examen de conciencia (¡más de 11 páginas!) que el antiguo Directorio añadía como anejo al libro. Matiza su pensamiento sobre las humillaciones arbitrarias, suponiendo en el superior el deseo positivo de conducir a la abnegación. Es más prudente y moderado en la recomendación de las prácticas piadosas y ejercicios de devoción que corrían el riesgo de quitarle el tiempo a la *lectio*.

Dom Lehodey se sentía, sin duda, un poco frenado por el desarrollo del antiguo Directorio que seguía muy de cerca. Eligió dar curso libre a sus concepciones escribiendo una larga introducción en siete capítulos, que bosquejan una aproximación a la vida espiritual y sus etapas, hasta su “perfección” que es la santidad en el amor. Afirma allí que la contemplación es el fin primero, esencial e inmediato, a la que todas nuestras observancias están subordinadas. Ciertamente, el espíritu de penitencia es también un componente de la vida espiritual, pero no es la nota justa – dice – buscar siempre el sufrimiento y privarse de las satisfacciones permitidas.

En esta introducción se puede percibir un eco de la propia experiencia del autor, como ha sido evocada más arriba. Entregado de lleno a la austeridad en un primer tiempo, hasta a arruinar su salud (a ejemplo de san Bernardo), hizo en 1895 la célebre experiencia de la visita del Verbo-Infante: este “Verbo abreviado” entra silenciosamente en su vida, la modifica profundamente, haciéndola entrar

⁶⁰ Según Bruno Brard, op. cit. p. 98

⁶¹ Pero conserva el miedo del perfume de las flores, suprimiendo sin embargo la mención de la no conveniencia del cultivo de las flores, ni siquiera para adornar el altar.

en la contemplación y después en un espíritu de confianza y de abandono filial que nada quitaba a la austeridad de su vida.

El texto será de nuevo revisado en 1924 por el mismo dom Lehodey, afligido entonces por la enfermedad, para ajustarlo al nuevo Código de Derecho canónico de 1917. Después del Vaticano II la redacción de textos jurídicos nuevos se hace con un contenido más espiritual, que hace inútil un Directorio. Hay que reconocer que su estilo nos parece un poco anticuado. Preferimos evolucionar con mayor libertad de espíritu.

Los caminos de la oración mental

Aunque el Directorio habla de oración, lo hace de un modo demasiado sobrio al gusto de dom Lehodey, quien, al mismo tiempo que se aplica a su revisión, prepara lo que él llama un Directorio de la oración mental. El libro se dirige específicamente a los cistercienses y se divide en tres partes: Nociones generales-Métodos o equivalentes-Contemplación mística.

La primera redacción está lista en 1902 y sometida al censor de la Orden quien, en este caso, es dom Symphorien Bernigaud. El intercambio de puntos de vista con este conduce esencialmente a la cuestión de los métodos. Monje de Sept-Fons, fue elegido por dom Wyart, sin duda desde 1896, para secretario suyo, función que continuó desempeñando con su sucesor, Mons. Marre, hasta que su salud declina en 1907. Fue elegido definidor en 1898 y siguió siéndolo hasta su muerte en 1913, a la edad de 63 años. Autor de un comentario de la Regla aparecido en 1909, bastante curioso en su forma ⁶², se distinguió también por sus cartas escritas a su joven hermano, novicio en Sept-Fons, acerca de su “método” benedictino de oración, del que hará después un opúsculo ⁶³. Su gran principio es precisamente que no hay que apegarse demasiado a los métodos aparecidos a partir del s. XVI. La oración no es esencialmente un ejercicio particular de meditación que tiene lugar en un hueco de la jornada, sino que debe ser el estado habitual en el que vive el monje. A veces, ciertamente, la necesidad del corazón le empuja a ir a echarse a los pies del tabernáculo en lágrimas o en reconocimiento, pero es en todas sus actividades que aspira a vivir en presencia de Dios. Es algo de corazón a corazón, más que un ejercicio de la inteligencia. Lo que nutre esa relación de amor sencillo es el Oficio divino y la *lectio*. No comprende a esos maestros de novicios que

62 Se compone de 400 pequeños capítulos, que cada vez comentan con tres puntos citas de la Regla, siguiendo el orden de los capítulos.

63 Las cartas han sido publicadas en italiano en 1943 bajo los auspicios de dom León Erhard, abad de Tre Fontane. El opúsculo francés ha sido objeto de una publicación en la colección “Pain de Citeaux”, Chambarand 1963, 2ª edición en 1968.

compilan autores modernos para descubrir los mejores métodos posibles, aumentarlos, completarlos para hacer un pequeño tratado didáctico que, en su opinión, impide la oración más que facilitarla. No excluye totalmente el recurso a métodos en ciertas circunstancias (para reavivar una llama vacilante como consecuencia de sobrecarga o disipación...), pero se trata de un remedio para salir del paso, del que hay que librarse pronto.

¿Podía entonces comprender y apreciar los puntos de vista de Dom Lehodey? Encuentra la segunda parte del libro no cisterciense y demasiado complicada. Dom Vital está en la escuela de los jesuitas, sulpicianos y *tutti quanti*, más que en los autores monásticos de la Edad Media. Dom Symphorien se lo escribe sin ambages: sus despliegues no le agradan. Con su tenacidad normanda y formada como lo ha sido (en el seminario más que en el monasterio), Dom Lehodey se contentará con matizar su pensamiento, pero mantendrá su posición en la versión definitiva de su obra, que aparece en 1908, bajo el título de *Los caminos de la oración mental*. Después de todo, el ejercicio de la oración forma parte del horario monástico moderno.

En cuanto a la tercera parte sobre la oración mística, dom Symphorien reconoce humildemente que no sabe nada. Esta parte, le parece, va más allá del común de los religiosos. Será sobre todo con el P. Poulain, jesuita y autor de un manual que hace referencia sobre *Gracias de oración. Tratado de teología mística (1901)* con quien dom Vital se carteará. El jesuita aprobó la obra en su conjunto y le dio preciosos consejos. Dom Vital quiere oponerse a la desconfianza que existía contra lo que podía parecer prestar apoyo a la histeria o las exageraciones de los *alumbrados* españoles del s. XVI y de los quietistas franceses del XVII, desconfianza que se prolongó hasta casi el fin de los años 1930. Quiere popularizar de cualquier modo la mística y teme que ciertos confesores impidan a monjes o monjas que sigan su atracción por la contemplación y la mística. Pensaba que hay una cierta relación entre la santidad y el grado de oración. Finalmente se sale con la suya y dom Symphorien, con el consejo favorable de Dom Sebastián Wyart, reconoce que ha podido equivocarse en su apreciación:

Deseo de todo corazón que, entreviendo las gracias que Dios prepara para las almas de oración, haya de ellas un gran número en nuestra Orden, que deseen entrar en esta unión con Dios para encontrar allí la verdadera vida y la total purificación. Haga entonces, pues lo permite el muy Reverendo Abad General, como usted juzgue, en esta tercera parte ⁶⁴.

64 Citada por Bruno BRARD, op. cit. p.110

El libro de dom Vital recibirá las más altas aprobaciones y conocerá varias ediciones. Su valor reside sobretodo en lo que él habla fruto de la experiencia: “Todo lo que conozco de mejor en esto, como de todo el resto, lo debo a mi bienamado, Pequeño Maestro interior” (Autobiografía, p. 137).

En nuestros días, la conciencia cristiana tradicional retiene pacíficamente como un dato que la experiencia mística, como experiencia de unidad con el Señor Jesús, es el único término deseable y posible para todo bautizado en el progreso cristiano. Para que se convierta en una posibilidad de experiencia de fe en la vida cotidiana, hay que entrar en un camino de purificación y de liberación. Redescubrir la posibilidad de una relación constante de fe con el Señor, en la cotidianidad de la vida, es una de las tareas del monaquismo cisterciense. De hecho, la tradición monástica no habla de forma predominante de contemplación o de mística, como podemos constatarlo en la sobriedad, por ejemplo, de las actuales Constituciones 20 y 22:

“Los hermanos, fomentando constantemente el recuerdo de Dios, prolongan el *Opus Dei* a lo largo del día. Vele, pues, el Abad para que cada uno disponga ampliamente de tiempo libre para dedicarse a la lectura y a la oración. Procuren todos que los alrededores del monasterio favorezcan el silencio y la quietud”.

“Los monjes se aplican frecuentemente a la oración con ardiente deseo y espíritu de compunción. Estando en la tierra, viven con su espíritu en el cielo y desean la vida eterna con todo afán espiritual. Siempre deben tener presente en sus corazones a la Virgen María, Asunta al cielo, vida, dulzura y esperanza del que peregrina en la tierra”.

Para nuestro Abad General, Dom Bernardo Olivera, esta experiencia brota de la mística. Se trata de:

- Un saber, fruto de un morar en aquello que se ha acogido;
- Una vivencia humanamente integral y autenticada en una relación.

Lo dicho puede ser enriquecido con aquello de santo Tomás: “*Esa comprensión o connaturalidad con las cosas divinas proviene de la caridad que nos une a Dios*”; por eso se trata “*de una sabiduría, y de un don del Espíritu Santo, que permite la mutua habitación del amante en el amado*” (Suma Teológica II,II,45,2,c: cf. I,I,6, ad 3; I,II,28,2).

Así, continúa Dom Bernardo, “la experiencia mística cristiana es una modalidad de fe, un modo particular de vivir la fe. Está al servicio de la fe, es discernida

por la misma, da testimonio de ella. Sólo existe en el interior de la fe de la Iglesia, es decir, está ligada a la celebración sacramental de la fe y a la lectura creyente y eclesial de la Palabra de Dios”⁶⁵.

El Santo Abandono... hasta la muerte

Dom Vital Lehodey debía revelarse aún como un maestro espiritual por su libro sobre el *Santo Abandono*. En su correspondencia con el P. Poulain, tuvo ocasión de pronunciarse sobre el “Dejar hacer a Dios”. Diez años más tarde, conversando con un capuchino que había ido a predicar el retiro en Bricquebec, se decide a escribir sobre el abandono que le parecía ser una cumbre en la vida espiritual, al mismo tiempo que “el verdadero camino de santidad para nosotros religiosos contemplativos” (cf. Brard, o.c. p.164). Se trata de estar en el justo medio entre el activismo que usurpa a la Providencia, y la pasividad que deprecia el esfuerzo humano. La primera parte de la obra se esfuerza por definir bien y situar el Santo Abandono. El abandono se practica incluso con relación a las gracias místicas y a la contemplación. “No se busca aquí más que lo que Dios quiere para nosotros; se conserva así uno en el orden y la paz, y se evita, en caso de fracaso, la tristeza y el desaliento” (p.428). La obra, terminada en 1917, no aparece hasta el 1919. En enero de 1921, el cardenal Gasparri transmitía al autor las felicitaciones de Benedicto xv. Este libro es también el fruto de la experiencia de su autor: “No hay nada, dice, en este libro, que no conozca por experiencia”.

Pero dom Vital está agotado. En 1927 no ha podido asistir al Capítulo General. Piensa en su dimisión, aunque sólo tenga 70 años, pero hace ya 34 que soporta la carga de superior. La dificultad de encontrar un sucesor en la comunidad hace rechazar la medida. Sin embargo, en 1929 presenta de modo firme su dimisión en una carta al Capítulo General, el cual la acepta. Abad emérito durante casi 20 años, vivirá en Bricquebec, recibiendo a los que vienen a dirigirse con él, enseñando también teología a los hermanos jóvenes, hasta 1936... Los cinco últimos años de su vida serán penosos, pues queda paralizado, dependiendo en todas sus necesidades: ¡fue la dura prueba del abandono!

Un monje de Timadeuc, el P. Louis Kervingant, es propuesto al voto de la comunidad para sucederle como abad. Apenas cuatro años más tarde es víctima de un accidente de coche, el 3 de junio de 1933. El 7 de agosto, el cillerero del monasterio, el P. Raphaël Gouraud es elegido abad. Por la tarde se dirige a casa del obispo en compañía del Procurador General, dom Fabien Dutter, a quien lleva a la estación, y del abad emérito de Port-du-Salut, dom Berchmans Chauveau. Pero en

65 Bernardo Olivera, *Sol en la noche*, Burgos 2001, p. 83

un cruce se produce un nuevo accidente de coche: Dom Fabien muere en el acto y el abad electo tiene el tórax hundido: morirá al día siguiente ⁶⁶. Dura prueba para dom Vital y la comunidad. El P. Maur Daniel de Timadeuc tomará el relevo, pero sólo por seis años. Bajo el mandato de su cuarto sucesor, dom Joseph Marquis, elegido en 1940, Dom Vital muere el 6 de mayo de 1948, durante la misa conventual de la Ascensión, en el momento en que el celebrante entonaba el *paternóster*.

BIBLIOGRAFÍA:

- D. Vital Lehodey, *Les voies de l'oraison mentale*, Gabalda (1906, 10^e éd. 1934)
- D. Vital Lehodey, *Directoire Spirituel*, Abbaye de Bricquebec (1909, 1931)
- D. Vital Lehodey, *Le Saint Abandon*, Abbaye de Bricquebec (1918, 9^e édition 1976)
- D. Vital Lehodey, *Autobiographie* éditée par M. Niaussat, *Frère Vital ou le triomphe de la grâce*, DDB 2007, Deuxième partie, pp. 113-199.
- P. Irénée VALLERY-RADOT, *La mission de Dom Vital Lehodey*, Cerf (1956)
- P. Bruno BRARD, *Dom Vital Lehodey*, Gabalda (1973) – épuisé.
- D. René BONPAIN, *Il y a 100 ans... L'Enfant Jésus et Dom Vital Lehodey, abbé (1895) de Bricquebec*, *Collectanea Cisterciensia* 57 (1995) 5-46.

2.4.2. Dom Jean-Baptiste Chautard (1858 – 1935), abad desde 1897

(El texto siguiente se publicó en 1985 en las Collectanea Cisterciensia. Su autor es dom Patrick Olive, abad de Sept-Fons. Con su acuerdo, han sido añadidas algunas aclaraciones de carácter biográfico).

Estas reflexiones se fundan, naturalmente, sobre las biografías que han ido apareciendo sobre dom Chautard, pero también en los recuerdos personales recogidos de los mayores que han convivido con él y sobre documentos, especialmente fotográficos, conservados en el archivo del monasterio, en particular una larga carta de 1881 (referencia L.1881) de doce páginas bien aprovechadas, en la que el P. Jean-Baptiste, entonces subdiácono, intenta explicar a su padre su proceso espiritual.

Gustavo Chautard pertenece a la generación que, a caballo entre el siglo XIX y el XX – nace en pleno Segundo Imperio el 12 de marzo de 1858 y muere en vísperas del Frente Popular (1935) –, conoce verdaderas convulsiones sociales y culturales. Demasiado joven para participar en la Guerra de 1870 y demasiado mayor para la de 1914, se escapa de los peligros de la guerra. Contemporáneo de Lyautey, de Barrès, de Briand ⁶⁷, nace el mismo año que el Padre de Foucauld, y le toca vivir,

⁶⁶ Dom Berchmans, que se destrozó las dos piernas, solo sobrevivió tres meses.

⁶⁷ Lyautey (1854-1934), mariscal de Francia, pacificador de Marruecos (1912-1925). Barrès, escritor, guía intelectual de un movimiento patriótico y nacionalista durante la Guerra del 14-18. Briand (1862-1932), hombre político francés, socialista, responsable de la ley de julio de 1901 contra las Congregaciones: como ministro de AA. EE.

además, en un tiempo en que la misma Iglesia se plantea grandes interrogantes; de Pío IX a Pío XI, cinco papas diferentes y de gran altura comprenden su existencia.

Nacido en el seno de una familia burguesa de Briançon, vive su infancia junto a un padre sin fe, bien instruido, que ejercía el oficio de librero, y una madre de una gran fe que le asegura una educación religiosa enviándole al colegio de las religiosas trinitarias. Después de una experiencia de una fe profunda durante su infancia, parece que el joven Gustavo, quizá por la influencia de su padre que llega a ser preponderante a medida que él va creciendo, va abandonando su fe. Su talento, su personalidad ya muy fuerte -las fotos son muy reveladoras-, le orientan hacia la carrera comercial y entra en el Colegio de Comercio de Marsella.

...Este carácter fuerte, absoluto, no era por cierto una perfección, lo reconozco, pero como tú has observado, desde mi infancia, siempre me ha dominado bastante. (L.1881).

Parecía que su porvenir estaba muy claro: unas buenas relaciones le aseguraban una posición brillante. Pero una nueva experiencia de Dios le hizo cambiar radicalmente de vida:

... Con el carácter, el temperamento que tengo, era necesario que me orientase totalmente hacia el mundo o hacia Dios..., me falta algo más..., me falta la vida religiosa..., creo que, independientemente de las exigencias de mi carácter siempre inclinado a los extremos en todos los sentidos, por otros motivos más serios tengo verdadera necesidad de vida religiosa, y en especial de la vida monástica...” (L.1881)

Dejemos que él mismo nos cuente su caso:

...Desde el día en que la gracia de Dios se ha dignado tocar mi corazón e iluminar mi espíritu, me parece haber nacido de nuevo a otras aspiraciones, que ennoblecían todas aquellas que antes yo podía imaginar. Fue en la fiesta de Todos los Santos de 1875 cuando tuvo lugar el comienzo de esta nueva vida. Durante tres o cuatro semanas, en medio de una paz inexplicable, o más bien de un gozo íntimo, sosegado, que ya nunca más he vuelto a experimentar tan profundamente..., yo mismo me sentía sorprendido de tal cambio. Me gustaba pasear solo para gozar en pensar en las cosas del Cielo, con una facilidad desconocida hasta entonces, y que una semana antes apenas

intentó asentar la paz en un terreno sólido, pero no pudo conseguirlo. Recibió el premio Nóbel de la paz en 1926.

CAPÍTULO II: LA CONSOLIDACIÓN DE NUESTRA IDENTIDAD

me interesaban... Esta paz tan dichosa pasó casi tan súbitamente como había venido, y las pruebas interiores comenzaron para mí. Sólo que quedaba un deseo imperioso de entregarme a Dios... Durante casi dieciocho meses, es decir, casi hasta la misma entrada en Aiguebelle, pasé por sufrimientos interiores... y esto sin interrupción. Sin embargo, debo decir que estas penas, esta repugnante desgana, nunca me llevaron, ni por un instante, a arrepentirme de mi primera resolución de... buscar a Dios y darme a Él por encima de todo, de correr hacia la luz que había vislumbrado durante las tres o cuatro primeras semanas. Hoy me doy cuenta de que Dios, aunque insensiblemente, me sostenía también entonces con su gracia, para que no me desanimaran las dificultades del camino.” (L.1881)

En abril de 1877 entra en la trapa de Aiguebelle, rompiendo así con todas sus relaciones, lo mismo que con su padre.

Durante el primer mes de mi estancia en Aiguebelle, las pruebas habían dado lugar a un verdadero entusiasmo causado por la novedad de la vida del claustro a la que suspiraba desde hacía tiempo. Pero desde que empecé a sentir la monotonía de la vida de la Trapa, cuando ya nada nuevo se presentaba para descubrir y al ver que tenía que pasar esta existencia en la que los días se diferenciaban sólo por la duración más o menos larga de los oficios del día o de la noche, empezó a parecerme insoportable, y que ya no respondía para nada a lo que yo esperaba, incluso en lo que se refería a la ayuda para santificarme. Verdaderamente esto era una nueva prueba.

Mi noviciado lo pasé en esta incertidumbre... Mi profesión ⁶⁸ la hice sin vacilar en medio de esta perplejidad involuntaria, sin tenerla en cuenta... (L.1881)

En seguida fue necesario servirse de las cualidades del joven monje: en una época en la que la economía de nuestros monasterios no era muy brillante, no había que desperdiciar tales cualidades. Fue nombrado cillerero en 1883, siendo aún diácono. Él mismo tuvo que encontrar el equilibrio entre una actividad que no había buscado y la vida para Dios a la que aspiraba. El encuentro con un santo monje, dom Jean, abad de Fontfroide, le proporcionó la clave de su situación en una sentencia que le gustaba repetir: “¡no hacer nada, no dejar hacer nada, hacer todo hacer”!

Muy pronto será enviado a ayudar a otras comunidades en dificultad, y así,

68 Profesión simple el 8 de mayo de 1879. La solemne será el 21 de mayo de 1882.

toda su vida estará metido en una inimaginable red de relaciones que le tirarán por todos lados. Dom Wyart le encarga, en marzo de 1895, de tratar la cuestión de la compra de la abadía de Cîteaux ⁶⁹. Enviado para ayudar a la abadía de Chambarrand, cerca de Grenoble, ocupada entonces por monjes procedentes de Sept-Fons, será en él en quién pensarán estos monjes en el momento de elegir su abad el 1 de junio de 1897. La foto de la bendición abacial (1 de julio) muestra un hombre joven (39 años), voluntarioso y seguro de sí mismo, poco impresionado por el acontecimiento, con una mirada dirigida a lo lejos y, en sus ojos, una paz profunda ⁷⁰.

En este monasterio estará solamente de paso, pues a los dos años será elegido abad de Sept-Fons, casa madre de Chambarand. Durante tres meses, sin embargo, se resistirá a aceptar este cargo propuesto por el Papa León XIII. Sabía muy bien lo que le esperaba. Dom Sebastián Wyart, que desde 1892 acumulaba sobre sí la carga de Abad General y la de Sept-Fons, no podía atender como era debido a los intereses de su casa, en la que, entre otros males, la situación económica era desastrosa. Se contó con dom Jean-Baptiste para sanearla, y le fue necesario todo su largo abadiado de 36 años para llevar a término esta empresa, no exenta de sufrimientos, inquietudes, trabajos y preocupaciones que prácticamente llevó casi solo. Ante sus ojos, sobre su despacho, había guardado una breve carta de visita del cardenal Mazella, en la que le decía que el Santo Padre quería que el P. Jean-Baptista aceptase el abadiado de Sept-Fons, como testimonio de la obediencia con la que, con frecuencia, llevaba a cabo trabajos muy poco monásticos. Fue instalado el 22 de agosto de 1899.

De los años de abadiado en Sept-Fons se pueden sacar algunos rasgos de la semblanza de Dom Chautard. Poco dado a confidencias, es sobre todo de su vida misma de donde se pueden percibir.

Sin duda, fue un *hombre de su tiempo*. Es bastante excepcional, además de raro, dentro de “un medio eclesiástico”, para que haya que hacerlo notar.

Gran viajero por necesidad, funda dos casas en Brasil ⁷¹, visita sus filiaciones de China y de Palestina sin titubear ante sus prolongadas ausencias, a fin de asegurar el bien de aquellos que le habían sido confiados ⁷².

69 El problema terminará en octubre de 1898. Cf. § 1.5

70 Había sido ordenado presbítero el 3 de junio de 1884.

71 Maristella para los monjes en 1904 y Trémembé en 1909 para las monjas de Macon, como refugios posibles en caso de expulsión. Estas comunidades produjeron mucha preocupación a dom Chautard, hasta su repatriación en Europa en 1927.

72 Para llegar a China hacían falta seis semanas en barco y después tres días en mulos para llegar al monasterio. Pero, a veces, hacía falta prolongar la visita de la abadía china por las del Japón. Dom Chautard fue a China en 1906 y en 1929. El Capítulo General confió a dom Delauze, abad de Dombes, después de Aiguebelle, el trabajo de hacer algunas Visitas Regulares a China, antes de nombrar un Visitador Especial para las casas de Extremo Oriente, sin detrimento de los derechos de los Padres Inmediatos, sino para aliviarles. Este sistema terminará en 1947.

Contrariamente a los superiores de otras familias monásticas, en 1903 pensó que debía hacer frente a las leyes de expulsión y, por supuesto, fue designado para negociar el tema. Él mismo contaba con frecuencia sus relaciones con Georges Clémenceau, y sus alegatos delante de la comisión del Senado, de la cual Clémenceau era presidente, encargada de legislar sobre la suerte de los trapenses⁷³. Esta actitud frente a un poder que de ninguna manera era favorable a la Iglesia, manifiesta una gran clarividencia poco compartida por los eclesiásticos de su época que vacilaban en “comprometerse” con la República. Menos conocidas, pero en el mismo sentido, fueron sus relaciones con Joseph Caillaux, quien no fue precisamente un pilar de la Iglesia⁷⁴. Dom Chautard le será fiel incluso en el triste caso de *Le Figaro*.

Comprendiendo el valor de una doctrina sencilla y fácil de infundir, escribe en 1907 lo que, bajo su forma definitiva, se convertirá en 1913 en “El alma de todo apostolado”, cuya primera versión recibió el elogio incluso de Pío X. Y tampoco vacilará en facilitar la realización de una película sobre la vida monástica. En Sept-Fons, la Sociedad Pathé realizó así una de las primeras películas habladas en 1932. No todos participaban de la amplitud de miras del abad de Sept-Fons, pero el temor de ver representar un falso monasterio en estudio le llevó a su adhesión.

Anotemos finalmente lo que algunos dudarán tal vez en llamar una “acción social” y que, sin embargo, representaba en aquella época una preocupación muy importante para él: hizo de la chocolatería de Aiguebelle, cuando era cillerero, una fábrica modelo donde se puso en práctica la doctrina social de la Iglesia.

A lo largo de su abadiato, por más que estuvo constantemente preocupado por los asuntos materiales, fue reconocido como un verdadero maestro espiritual:

Dom Chautard se presentaba como un maestro muy sólido en lo esencial de la vida monástica: la oración. ‘Hijo mío, ¿haces oración?’, ésta era la inevitable entrada en materia cuando recibía a alguno de sus monjes. A través de esta insistencia, que respondía a su propia convicción, iba imprimiendo una impronta en nuestro espíritu; él nos daba un impulso para el resto de nuestra vida ya que, efectivamente, es competencia de un padre tener siempre claras las prioridades.

Dom Chautard amaba la Sagrada Escritura, sobre todo los Evangelios y las cartas de san Pablo. Él había sufrido la falta de formación espiritual

73 Dom J.B. Chautard, *L'Ame cistercienne*, D.R.A.C. 1931. Una traducción de la misma puede verse en El Duque de Maqueda, *Un Secreto de la Trapa*, 1944. Cf. § 2.2.

74 J.Caillaux (1863-1944), hombre político de izquierdas, ministro de finanzas en varias ocasiones e incluso jefe de Gobierno (1911-1912). Su mujer no pudo soportar la violenta campaña de prensa calumniosa con relación a él y fue a asesinar al director del periódico *Le Figaro* en 1914, lo que obligó al ministro a pedir la dimisión. Acusado de contactos con el enemigo, será condenado en 1917 y posteriormente amnistiado en 1925.

que se vivió a finales del siglo XIX y comienzos del XX. El abad Brémont no había despertado todavía el interés por los escritos espirituales. Sin embargo, dom Chautard supo detectar algunos escritores aceptables: Mons. Gay, Mons. de Ségur, el Padre Saudreau, dom Vital Lehodey y, más tarde, dom Marmion. Él valoraba el librito titulado: “L`esprit de sainte Thérèse de l`Enfant Jésus”⁷⁵. De entre los autores anteriores, supo escoger a los jesuitas Grou y Lallemand; de Bossuet citaba a menudo el pequeño tratado: “Manière courte et facile pour faire l`oraison en foi”; de San Francisco de Sales: “Entretiens Spirituels”; algunas cartas de santa Juana de Chantal sobre la oración. En un nivel más alto, le gustaban los escritos de Santa Teresa de Ávila, las “Conferencias” IX y X de Casiano, y, evidentemente, la Regla de nuestro Padre san Benito de donde, en toda ocasión, sacaba los principios de la vida espiritual...

Dom Chautard cultivaba la sabiduría espiritual, acogía cualquier tipo de preguntas, comprendía los problemas de cada uno. Y cuando él enseñaba, ¡qué importante era escucharle!... Dom Chautard sabía mostrarse terminante: “Por este camino, hijo mío, nunca llegarás a la unión con Dios”. Ya estaba dicho y era preciso sacar sus consecuencias.⁷⁶

No fue celoso de los valores de los demás, él sabía discernir y acoger todo lo que podía ayudar a sus hermanos:

Me atrevo a decir que Dom Chautard vivía en el corazón de la santa Regla. Antes de ser su intérprete por su cargo, se mostraba con sinceridad su servidor y admirador. Tanto para él como para nosotros, sus hijos, fue el broche de oro de sus enseñanzas y ejemplos cuando (me parece que fue en 1931) un monje todavía joven, prior del monasterio de Chimay, vino a darnos el retiro anual. Se llamaba Dom Godefroid Belorgey... Al término de la conferencia en la que había explicado el cuarto grado de la humildad, es decir, la aridez en la oración, su sentido, su valor como prueba y la necesidad de perseverar, dom Chautard esperó a que el predicador se hubiera retirado de la sala, luego se levantó y con una voz grave y llena de emoción, nos dijo a todos: “Esto es lo que esperaba desde hace tiempo. Hijos míos, ahí tenemos lo que es necesario tener presente y practicar. Todo el sentido de nuestra vida está en esto”⁷⁷.

⁷⁵ Esto fue el comienzo de un cambio de correspondencia con Céline, hermana de Sta. Teresa.

⁷⁶ P. Jérôme, *Ecrits monastiques*. Ed. Le Sarmant 2002, p.332

⁷⁷ *Ibidem*. p. 141 ss.

Pero, sobre todo, el rasgo dominante de su personalidad es que fue el padre de su comunidad y de otros tantos monjes y monjas. El ambiente entonces tan austero de la vida de nuestras comunidades no le permitió, sin duda alguna, manifestar su gran sensibilidad como él hubiera podido, pero han quedado o descubierto, sin embargo, cantidad de pequeños detalles que lo dejan entrever. Por ejemplo, cuando estaba ausente (y esto era frecuente) nunca dejaba de recordar la fiesta de sus monjes con algunas palabras; así mismo escribía regularmente a sus monjes ausentes. Alguno ha guardado una preciosa correspondencia suya, de cuando hizo el servicio militar, llena de delicadeza y siempre orientada a las realidades espirituales ⁷⁸.

Su predilección por los “pequeños” nos ha permitido encontrar entre las hermanas conversas estampas con algunas palabras escritas por él en el dorso, testimonio de su solicitud siempre atenta.

Con un sentido espiritual muy sólido sabía discernir la gente de valía más allá de las apariencias. A un hermano converso, a primera vista de pocas cualidades, le manifestó sus pensamientos más profundos: había visto en él una persona cercana a Dios.

Padre de sus monjes, lo fue también con su trabajo agotador para asegurarles una vida decorosa, y lo que él hizo por Sept-Fons, lo hizo también en beneficio de las demás casas ⁷⁹. Un sano realismo de las cosas le aseguraba que no había construido sobre arena y que una economía sana podía garantizar una mayor libertad para la vida en Dios. Él no llegó siempre a ver los frutos de sus esfuerzos: somos nosotros los que todavía hoy nos aprovechamos de sus fatigas en Sept Fons.

Para terminar no nos parece fuera de lugar citar esta pequeña anécdota que nos muestra otro rasgo de la personalidad de dom Jean-Baptiste, también bastante raro como para olvidarlo: tenía sentido del humor, lo cual le ahorró, sin duda alguna, hacerse ilusiones sobre sí mismo y muchos sufrimientos en sus relaciones:

“Un año, había sido delegado para hacer una Visita al monasterio de Tima-deuc, en Bretaña. Ahora bien, en los mismos días se celebraba la fiesta de ‘el gran perdón’ de los bretones, en Santa Ana d’Auray... Don Chautard se dejó convencer para asistir a esa celebración.

Después de la ceremonia, tuvo lugar una comida en la que se reunieron obispos, prelados, canónigos y sacerdotes participantes. Al final de la comida, le pi-

78 Durante la Guerra de 1914-18, en cuatro ocasiones, gracias a un título oficial de capellán o a un brazalete de la Cruz Roja, consiguió visitar, hasta las primeras líneas, a ciertos monjes movilizados. A petición del cardenal Sevin de Lyon, a quien había sugerido la creación de este periódico, escribió cada mes una carta en *Le prêtre aux armées*.

79 Sus competencias en materia económica hicieron a menudo que se le diese mandato para poner fin a situaciones embarazosas, fruto, a veces, de malas gestiones o incluso de faltas graves, como en Tilburg en 1909 o en la Gran Trapa en 1911. Tuvo que asumir la paternidad de Tilburg y de Belval durante una quincena de años...

dieron a dom Chautard que pronunciara un brindis. Él se levantó y dijo: ‘Antaño ponía en duda la leyenda según la cual la gran santa Ana habría venido a Bretaña. Hoy ya no lo dudo; y lo que me ha hecho cambiar de opinión es que ella misma se me ha aparecido durante esta magnífica ceremonia. Sí, en persona. Y se me ha aparecido para decirme lo siguiente: ‘Estoy conmovida por el honor que me has hecho uniéndote a mis devotos. Sin embargo, tú eres monje, y porque tú eres monje, mejor me habrías honrado y hubieras obrado mejor quedándote simplemente entre los muros de tu monasterio.’

El auditorio, del que la mayor parte eran bretones, debió apreciar el breve discurso; los bretones, en efecto, son hombres de mar y todos saben que bajo ningún pretexto un capitán de barco debe dejar su puesto. Dom Chautard se dio a sí mismo, y públicamente, tal lección ya que, si bien tuvo que viajar con frecuencia, siempre fue fiel, sin permitirse jamás entretenerse para descansar o por alguna curiosidad. Y, para evitar tomar gusto a las salidas, él mismo se las ingenió, para hacerlas discretamente incómodas ⁸⁰’.

Los tres últimos años de su vida fueron un período de grandes sufrimientos y al mismo tiempo de una actividad desbordante. No se hacía ilusión alguna, pues su enfermedad de corazón le ponía al borde de una muerte súbita. Estaba cada vez más extenuado. Después del Capítulo General de 1934, el Abad General le impone un mes de descanso. Solo se toma tres semanas. Pensando agradecerle le envían a Saboya, frente al Mont-Blanc. Pero como era en octubre, el hotel no estaba aún caliente y agarró un enfriamiento. Los síncope son cada vez más frecuentes en los primeros meses de 1935. Asiste, sin embargo, al Capítulo General de septiembre, que aprueba la erección de Orval en abadía. Preveía llevar él mismo la nueva a la comunidad de Bélgica, pero el Señor no le dio tiempo para ello. El 29 de septiembre tiene que dar el hábito de novicio a un *guía* del Creusot: hay 40 scouts presentes en el capítulo, también el canónigo Cornette, capellán general... Se espera en vano al Padre Abad... Yace en el claustro delante de la puerta. ¡Es el fin! Dom Anselme Le Bail, su amigo, pronuncia la homilía en sus funerales del 3 de octubre. Su biógrafo, en 1982, escribe: “Dom Chautard ha llevado una vida trepidante, en medio de situaciones a menudo trágicas. Se entregó generosamente a la misericordia de Dios y Dios no ha confundido su esperanza. Con virtudes a menudo heroicas y defectos innegables, en medio del éxito y del fracaso, siguió a Cristo paso a paso en compañía de Nuestra Señora y encontró la verdadera felicidad” ⁸¹.

80 P. Jérôme, o.c. p. 397

81 Marie-Bernard MARTELET, *Dom Chautard, abbé de Sept-Fons*, 1982, fin de la introducción.

2.4.3. Dom André Malet (1862-1936)

Frente a un mundo que intenta eliminar lo sobrenatural de la historia, se levanta una generación de hombres y mujeres cuya vida testimonia que ese sobrenatural, que es experimentado y que se hace cultura, es innegable. Tiene un nombre, el de Jesucristo, Hijo de Dios. Entre esos hombres se encuentra un joven beato, el P. Joseph Cassant⁸², representante de la más simple y anónima vida común de una trapa, a caballo entre los siglos XIX y XX, y su director espiritual, maestro de novicios, amigo, compañero, confesor, confidente, ángel guardián, el P. André Malet. Los dos son monjes de Santa María del Desierto.

Louis Malet nació en Espalion el 12 de noviembre de 1862⁸³. Su padre muere al año siguiente y deja una viuda de 21 años y un niño de siete meses. La viuda sube a París donde vuelve a casarse, pero el niño queda confiado a la familia de su padre durante varios años. Se le encuentra, en un momento dado, interno en Passy, en la región parisina, en un establecimiento dirigido por una Congregación de origen de la región de Aveyron. Estalla la guerra de 1870, la madre y el hijo de 8 años vuelven a Espalión, pero cuando llega la paz, solo la madre, al parecer, vuelve de nuevo a París⁸⁴. Louis no tuvo la suerte de poder aprovechar mucho de un cálido ambiente familiar. En 1873 lo encontramos en el seminario menor de Rodez, pero su currículum escolar no es brillante. Además no piensa en el sacerdocio; sin embargo, guiado por el P. Emmanuel de Aiguebelle, descubre la Trapa a través de las ruinas de Bonneval que acaba de ocupar un enjambre de monjas trapenses de las que el P. Emmanuel es capellán.

El 20 de febrero de 1877, miércoles de Ceniza, lo encontramos en la Trapa de Sainte-Marie-du-Désert, como “oblatillo”⁸⁵. El 8 de septiembre entra en el noviciado, antes de los 15 años de edad, recibiendo el nombre de André. Después de dos años de experiencia pronuncia los votos. Se le confía, en 1881, la redacción de las crónicas de la vida cotidiana de la comunidad. Su antiguo maestro de novicios (a partir de 1878), el P. Candido Albalat y Puigcerver, es elegido abad el 6 de octubre de 1881 y eso va a decidir su futuro; el 4 de abril fiesta de Ntra. Sra. de los Dolores, fray André comienza su retiro de preparación a la profesión solemne y escribe en un cuaderno sus reflexiones. Una de las diez páginas, se titula: “¡Viva

82 Beatificado el 3 de octubre de 2004.

83 Recibió en el bautismo los nombres de Jean, Louis, Henri; pero en la práctica fue Louis el que prevaleció.

84 Enviudará de nuevo hacia 1877, a los 36 años. Muere nonagenaria el 12 de febrero de 1932 en la hospedería de Blagnac.

85 La abadía, fundada en 1852, estaba gobernada por Dom Etienne Salasc que había tenido la idea de recibir a jóvenes de 12 a 15 años y de darle una instrucción, un poco al margen de la comunidad. Esperaba que fuera eso un vivero de vocaciones. Dom Etienne será elegido abad de la Gran-Trapa, en el Orne, el 6 de agosto de 1881.

Jesús Sacramentado!” Esta costumbre de poner por escrito sus sentimientos no lo abandonará jamás.

El 31 de enero de 1886 es ordenado sacerdote y su abad, dom Candido, le elige como su secretario particular. Llevándolo como acompañante, se dirige a España, para visitar a los monjes españoles de Divielle, expulsados de Francia por los decretos de 1880 e instalados cerca de Madrid ⁸⁶. Durante una peregrinación a Ávila recibe una luz reveladora sobre el papel único de Jesucristo en la vida del alma. A partir de este momento su vida quedará marcada por el carácter central de la figura de Cristo. Este encuentro con Cristo será el origen de poesías, oraciones, contemplación, reflexiones teológicas, tanto espirituales como conceptuales y finalmente experiencia pedagógica esclarecida: “Lo sabía por la teología, su afectividad lo había presentado, Ávila se lo hizo experimentar por una gracia de convicción que atribuyó a la intercesión de la gran carmelita. Desde ese momento mirará a Santa Teresa como a su madre espiritual. Tenemos la prueba de ello en dos páginas muy importantes redactadas probablemente a su regreso de España, el 7 y el 15 de octubre de 1886 ⁸⁷, y que son oraciones dirigidas al Jesús de Teresa. De ahora en adelante firmará añadiendo un jeroglífico que significa “André de Jesús”. El 13 de junio de 1890 redacta en poesía una consagración al Corazón de Jesús.

En los días que siguen a su ordenación comienza la revisión del Ritual de 1721, que el intentaba comparar con el de 1689. Estudia el origen y la causa de las modificaciones que habían sido introducidas en 1721 “con mucha negligencia y una despreocupación sin par”, con el fin de reencontrar, si fuera posible, la pureza de los Usos primitivos.

ESCRITOS SOBRE EL CARISMA CISTERCIENSE, CON VISTAS
A LA UNIÓN DE LOS TRAPENSES

Desde hacía algunos años se habían emprendido tentativas para reunir las dos “observancias” trapenses, representadas por las Congregaciones de Sept-Fons (Antigua Reforma) y Westmalle, que seguían los reglamentos de Rancé, y la de la Trapa (Nueva Reforma), que quería seguir la Regla y los Usos de Cîteaux. Cartas y documentos circulaban entre abades y el secretario de dom Candido las veía pasar. Lo importante era saber sobre qué base se haría la proyectada unión. La Nueva Reforma no quería oír ni hablar de los Reglamentos de Rancé, que los otros no querían abandonar, pues el horario de la Regla les parecía muy penoso para ser generalizado.

⁸⁶ En el Val-San-José. Después de muchos cambios terminaran en la Oliva en 1927.

⁸⁷ Dom M-Etienne CHENEVIÈRE, *Toi seul me suffis*, Westmalle 1970, pag. 27-28 (de ahora en adelante citado como “Chenevière”). Nuestra exposición debe mucho a este libro, que en parte resume.

En la correspondencia entre los Vicarios Generales de las dos observancias se habla de “volver a la tradición bien comprendida y sabiamente interpretada por la Orden”. En la respuesta de dom Candido a una carta de su Vicario General, el P. André añade sus propias observaciones sobre esta tradición y sobre los pasos que habría que seguir para llegar a la unión deseada. Interesado por estas observaciones, el Vicario, dom Eugène de Mellerey, pide a su autor una exposición de los principios de base para una unión válida, así como un estudio comparativo de los Usos actualmente practicados en las dos Observancias con los antiguos Usos de Cîteaux.

El 16 de julio de 1891, el P. André termina un trabajo de 200 páginas sobre la “Vida en Cîteaux”. Es un arsenal de documentos históricos que pueden servir eventualmente en la discusión. Pero no osa presentarlas, por miedo a complicar el trabajo de los negociadores. Teme que algunos confundan mucho fervor y austeridad y no vean sino relajo desde que disminuye la austeridad. Sin embargo, “¡Cuántas almas se sentirían atraídas por la vía cisterciense y se encuentran desalentadas por las austeridades de la Trapa! ¡Cuántos trapenses gimen por sentirse tan poco cistercienses! ¡Hagámonos pues cistercienses de corazón y de hecho, después de no haberlo sido tanto tiempo sino de boca! *Ad majorem Dei gloriam*”⁸⁸.

Dom Eugène, partidario de la austeridad trapense, parece no haber apreciado demasiado bien las conclusiones del P. André, que defiende vivamente sus posiciones como basadas sobre la práctica de los primitivos cistercienses. No se mueve un ápice y no duda tomar lo contrario de las posiciones del Vicario General. Paradójicamente, juzga que Rancé ha introducido una austeridad que va más lejos que la de la Regla y que hay que abandonar, mientras que el Vicario hace el reproche contrario a la Observancia que sigue los reglamentos de Rancé: la juzga muy poco austera, pues no respeta los ayunos tal como están prescritos por la Regla (una comida en invierno, después de Nona hasta Cuaresma y después de Vísperas en Cuaresma.) ¿Cómo entenderse?

El P. André siente, en particular, que dom Eugène haya distribuido a los abades sólo un extracto de las decisiones de la Edad Media, de los *Excerpta*: es hacer una elección arbitraria que puede falsear el pensamiento de nuestros Padres.

El Capítulo General, convocado por el Papa, se reúne el 1 de octubre de 1892 (cf. supra § 1.2). La unión fue votada por 47 votos contra 5, sin que se haya precisado bien sobre qué bases se hacía. La redacción de las Constituciones fue pospuesta al año siguiente. Se sobreentendía que la base sería la Regla y los Usos de Cîteaux, pero no sin alguna adaptación a nuestro tiempo, que habría que definir en las Constituciones.

88 Cit., Chenevière, p. 44

El P. André se alegró del resultado del Capítulo, pero temía que el nuevo Abad General, que era el antiguo vicario de la Observancia de Rancé, tuviera a mal distanciarse del espíritu ranceano... Sus miedos serán infundados, pues dom Sebastián Wyart no era precisamente un devoto de Rancé, cuyas obras no estimaba. Al no tener novicios de que ocuparse – fue nombrado maestro de novicios en 1892 – el P. Malet continúa sus intercambios epistolares con las autoridades de la Orden.

Los proyectos de Constituciones y de Usos están sometidos a las opiniones de los monasterios. El P. André reacciona muy vivamente en una memoria de 22 páginas. Advierte que se han seguido demasiado los reglamentos de Rancé, sin poner como base la Regla y sin modificar lo que le es contrario, mientras se añaden ciertas prácticas que ella ignora. Se diría que el proyecto de los definidores tenía por finalidad englobar la mayor cantidad de austeridades...

Uno de los resultados de este trabajo fue, quizá, el hecho de que dom Candido, abad del Désert, fuera nombrado por el Capítulo General de 1893 uno de los definidores que debía poner a punto estas Constituciones y preparar la redacción de los Usos.

MAESTRO DE NOVICIOS. LA VÍA DEL CORAZÓN DE JESÚS:
JOSEPH CASSANT, UN FRUTO MADURO DE ESTA VÍA

El 1 de febrero de 1893, el P. André estrena un cuadernillo donde anota sus reflexiones, con ocasión de sus retiros de los primeros viernes de mes, dedicados al Sagrado Corazón. Estos retiros están consagrados a la reflexión de sus deberes como maestro de novicios. Debe ejercitarse en el fervor, para suscitarlo en el novicio. Este fervor “establece en nosotros el Reino de Jesús”. La formación de los novicios, según el derecho de la época, hace del maestro un director espiritual y un confesor y concierne más al ministerio de sacerdote que el de profesor. Su resolución del 10 de enero de 1894 se formula así:

Me he puesto ante la necesidad, en que me encontraba, de abnegarme por completo a mí mismo, en mis relaciones con los novicios. No podría, en efecto, hacerme todo a todos, a ejemplo del Apóstol, sino entregándome como Jesús: *Tradidit semetipsum*. No me pertenezco, pues, a mí mismo, soy de Jesús; y por Jesús me debo a mis novicios.

5 de octubre de 1894:

Mi actuación con los novicios para atraerlos a Jesús no será eficaz sino en la

CAPÍTULO II: LA CONSOLIDACIÓN DE NUESTRA IDENTIDAD

medida en que sepa sacrificarme por ellos. El sacrificio de la entrega exigirá que me gaste por ellos; el sacrificio de la paciencia, que soporte sus imperfecciones con dulzura; el sacrificio del deber, que combata sus defectos.

Se interroga ¿cuál es la misión del padre maestro?

Toda paternidad implica efusión de sangre, pero al contrario de la paternidad carnal, en que la efusión tiene por principio el placer, la espiritual pide por principio el sufrimiento... Solamente el dolor puede dar al amor esa ternura y esa fuerza que se debe encontrar en la paternidad espiritual... Formación del corazón, asistencia continua, entrega sin límites... Nuestro Señor Jesucristo es el modelo perfecto de esta paternidad ⁸⁹.

La vida religiosa, escribe, es una unión más completa del alma con Dios, que supone una sumisión entera de nuestra voluntad a la de Dios. Pero el P. André sabía también que no se puede descuidar el tejido humano de quien se quiere unir a Dios: la voluntad debe actuar sobre todas las facultades del hombre, para que éstas actúen en el mismo sentido de la voluntad. Esto supone que se conozca su funcionamiento, de ahí la necesidad de obrar un poco con psicología. Nuestras facultades deben ser consagradas a Dios hasta en su ejercicio. La inteligencia debe buscar la verdad, es decir a Dios; nuestra voluntad debe adherirse a lo que es bueno, es decir a Dios y nuestro cuerpo, en sus movimientos y sus acciones, debe buscar también a Dios. Cuando todo nuestro ser está orientado así, estamos en la verdad, en la caridad y en la libertad. Sin saberlo, sin duda, el P. André se suma al pensamiento agustiniano de nuestros Padres: ¡nuestras facultades son imagen de Dios cuando se dirigen hacia Él!

La penitencia no es más que una condición negativa de esta orientación del alma: Es preciso que deseche lo que le es un obstáculo. Y queda subordinada a la contemplación, que es esta adhesión a Dios. No se trata de buscar aquella por sí misma, como ciertas corrientes que se prevalían del Abad de Rancé, por cierto equivocadamente ⁹⁰.

El 5 de diciembre de 1894 entra en comunidad un joven de apenas 16 años de edad, el Hermano Joseph Cassant. El P. André va a guiarlo por el camino del Corazón de Jesús, que no es otro que la donación a Dios sin reservas a través de una sumisión plena a su voluntad. El Sagrado Corazón significa para él el Amor de Dios y su ley, que es sacrificio y don de sí. Toda la ascesis y la mística de esta

⁸⁹ Estos tres textos están citados en Chenevière, pp. 59-61

⁹⁰ Por muy penitente que fuera, Rancé sabía bien que lo esencial estaba en la adhesión del corazón. El Directorio de 1869 hace de la penitencia una característica del amor, hasta el punto de que hay que buscarla por sí misma.

vía se resume en esta frase: *todo por Jesús*. Cuando el P. Maestro descubre el papel único de Cristo y elabora una cristología teológica fundamentando en el dogma su divisa “Tiene que reinar”, el discípulo experimenta en el amor, bajo la inspiración del Espíritu Santo, lo que la intuición teológica ha manifestado a su maestro. A decir verdad, el joven Joseph Cassant, que había emitido sus primeros votos el 17 de enero de 1897 y los solemnes el 24 de mayo de 1900, no estaba dotado para el estudio especulativo, y tuvo muchas dificultades en sus años de teología, salvo en 1900-1901, cuando era profesor suyo el P. André, que sabía ponerse al nivel del estudiante.

En su enseñanza, en efecto, el P. André tenía la mira puesta no en formar eruditos, sino buscadores de Dios. Se había percatado de la inadecuación de los manuales corrientes y soñaba con un plan de estudios de teología en función de la vida interior: abrir a las almas las vías que les condujeran hasta el mismo corazón de la Trinidad.

Los sucesos políticos de 1901 y de los años siguientes hacen pesar sobre la comunidad una amenaza de expulsión y el maestro, para el caso de que fueran separados, da a su discípulo indicaciones preciosas que le impulsan en la vía del abandono amoroso en el Señor, aunque humanamente era propenso a los escrúpulos.

El Hermano Joseph deseaba ser sacerdote para estar seguro de poder comulgar cada día, pasase lo que pasase. La comunión era para él el momento más bello del día. Pero había que pasar satisfactoriamente los exámenes previos de teología y esa era su obsesión. Todo resultó satisfactoriamente y pudo ser ordenado subdiácono el 2 de marzo de 1901 y diácono el 22 de febrero de 1902 por el obispo de Montauban. Pero, después del diaconado, se hizo evidente que el joven monje desmejoraba y que un mal irremediable le estaba minando. Pareció necesaria una cura en su pueblo natal. Pasó, pues, dos meses con su familia, después de la ordenación sacerdotal, recibida el 12 de octubre de 1902 de manos de Mons. Marre, que estaba de paso en Sainte-Marie-du-Désert. Esta estancia no le hizo recuperar la salud como se esperaba, la cual declinó rápidamente. Entró en la enfermería a comienzos de 1903, y en la mañana del 17 de junio de 1903 Joseph murió, en el momento en que el P. Malet celebraba la misa por su intención. En menos de 9 años su padre maestro y confesor le condujo a la santidad por las vías del amor al Corazón de Jesús y el abandono en Dios.

DOM ANDRÉ ABAD – LA VÍA DEL REINO DE CRISTO, JEFE DE LA IGLESIA:

OPORTET ILLUM REGNARE

En 1892, el P. André une a sus funciones de maestro de novicios y de secretario las de bibliotecario y maestro de ceremonias. Profesor durante el año escolar 1900-

1901, enseña de nuevo en 1910-1911. Sin dejar de ser padre maestro, es prior a partir del 9 de abril de 1905. Elegido como prior titular de la fundación de Val San José, en España, en julio de 1906, rehúsa a causa de su desconocimiento de la lengua y sobre todo porque el Desierto tiene necesidad de él. No solamente desempeñó numerosas funciones en comunidad, sino que fue además el representante legal de la misma, dado que el abad era español. La situación política crea muchas dificultades a la abadía, a causa de las maquinaciones de los anticlericales en el departamento. En cada período electoral hay fricciones con las autoridades comunales, hasta el punto de que los monjes renuncian a utilizar su derecho de voto, para que haya paz.

En septiembre de 1911, dom Cándido, gravemente enfermo, no puede asistir al Capítulo General, y envía una carta pidiendo que se acepte su dimisión. No se siente ya capacitado para gobernar la comunidad a la que ha servido como abad durante 30 años. Por carta, escrita desde Lourdes, anuncia a la comunidad estupefacta la aceptación de la dimisión por el Capítulo General: no tuvo el valor de decirselo a viva voz ⁹¹. La elección queda fijada para el 23 de octubre. Ya en la primera vuelta, el P. André es elegido por 10 votos entre 15 votantes. La bendición abacial le será conferida por Mons. Marre, Abad General, que había comenzado su vida monástica en Désert y que había quedado como abad de Igny, casa hija de esta comunidad... Era el 12 de noviembre, 49 aniversario de su nacimiento y de su bautismo.

Definió su papel de abad a partir de sus concepciones centradas en Cristo: el abad es el vicario de Cristo. Es, por ese título, la piedra angular de la comunidad, el pastor y el doctor de la misma. No se trata de reducir la autoridad del abad al nivel puramente sociológico: es el Padre espiritual. “El abad debe ser un hombre de reflexión, de prudencia y de deber, un hombre de vida espiritual... , un hombre que en el ejercicio de su cargo aprovecha para santificarse personalmente”. Como vicario de Cristo, no transige en el respeto que le es debido, según los Usos de la época, ⁹² y no admite la crítica inconsiderada de sus decisiones, llegando incluso a infligir la disciplina en capítulo a un Hermano que parecía no respetar una medida que él había tomado...

Un grafólogo notará que es un hombre que toma los problemas desde la cumbre. Da menos importancia a las formas que al valor de las metas a seguir. “Las acciones complicadas, los cuadros mezquinos no le convienen. Considera las cosas tanto en su estado actual como en la perspectiva en que las sitúa su imagina-

91 Pensaba retirarse primero a San Isidro; pero se dio cuenta en seguida de que su presencia podría traer problemas, así que volvió al Desierto el 19 de octubre.

92 Se le tenía que hablar de rodillas en su despacho.

ción”⁹³. Proclive a cierta exaltación y combatividad, corre el riesgo, a veces, de ser llevado al exclusivismo...

Su divisa de abad es acorde con el sentido de su espiritualidad: *oportet illum regnare* (“tiene que reinar”) y sitúa en sus armas el Sagrado Corazón y la cruz de S. Andrés. “Los intereses del Corazón de Jesús en las almas”, he ahí, dice, la preocupación del superior y la luz en la que le hace asumir sus responsabilidades. El 1 de enero de 1912 formula un deseo a la comunidad: que el espíritu de familia se desarrolle para la búsqueda de Jesús, y para llegar a ello decide que el año sea consagrado al Sagrado Corazón. Durante su priorato tuvo ocasión de justificar esta devoción al Sagrado Corazón: hasta finales del s. XVI, dice, el estandarte que reagrupa a los discípulos de Jesús era la Cruz, pero esta perdió su fuerza de atracción; Jesús, en tiempos modernos, quiso renovar esta potencia de la Cruz plantándola en su Corazón, para mostrar que era el amor el que le había clavado al madero: El amor de un Dios-amigo, que fue también amor humano, cuyo símbolo es el Corazón de carne del Cristo. La devoción al Sagrado Corazón tiene que tener por efecto el dejarnos subyugar por el amor de Jesús; estar atado con los lazos de su amor es hacerse “cautivo de Jesús”. Puesto que ahí está el ideal del cristiano, no es lícito que un monje no lo quiera. El reino de Jesús sobre nosotros debe ser universal y extenderse sobre nuestro espíritu, nuestro corazón y nuestros sentidos. Así podremos decir con el Apóstol: “No soy yo quien vive, es Cristo que vive en mí”.

Delante de las monjas, en Maubec, el 14 de julio de 1926, hará esta profesión de fe, que subraya lo que se podría llamar su teología de la dependencia:

Toda la ciencia de la santidad cisterciense está condensada en estos dos pensamientos maestros: Jesús, Rey, dueño de todo mi ser; yo, el dependiente de Jesús. El ejercicio de la dependencia de la autoridad de Jesús forma el acto propio de la virtud de la humildad: he ahí por qué la humildad es el sólido fundamento de las virtudes monásticas.

Y el 20 de junio de 1929 lanza a los monjes de Bonnetcombe lo siguiente: “Jesús mendiga el amor, porque ha amado mucho”⁹⁴.

Después de haber consagrado el primer año de su abadiato al Sagrado Corazón, quiso comentar las tres invocaciones dogmáticas de las letanías del Sagrado Corazón: Corazón de Jesús, Hijo del Padre Eterno; Corazón de Jesús, formado por el Espíritu Santo en el seno de la Virgen María; Corazón de Jesús, substancialmente unido al Verbo de Dios. Basando su enseñanza sobre la invocación del

93 Citado Chenevière, p.124.

94 Cit. Chenevière, p.136.

Sagrado Corazón, dom Malet no pensaba separarse de la Regla de san Benito, ya que el Patriarca de los monjes les pide no tener nada preferible a Cristo. Por eso, en nombre del amor de Jesús exige de todos las más costosas renunciaciones y enrola a los monjes en la escuela de su servicio bajo la autoridad del “Señor Jesús, verdadero rey” (Pról.). La vida del monje se convierte así, hace notar dom Malet, “en una fiesta cotidiana de Cristo Rey” (28 de octubre de 1934).

Es también el fundamento de una teología de obediencia absoluta, en la que el abad de Desierto jamás transigirá. Así como el Cuerpo Místico recibe la vida de su cabeza, que es Cristo, la comunidad monástica alimenta su vida religiosa a partir de su unión con la cabeza, que es el abad: “La vida religiosa informa nuestra vida en la medida en que, por nuestra obediencia, entramos en contacto con la autoridad”, una autoridad que es la de Cristo, que deriva en el superior, sin cesar por ser de Cristo ⁹⁵.

Al fin de su vida tuvo ocasión de leer la tesis doctoral de un monje de Westmalle, sostenida en Roma en 1934: *De la formación de Cristo en nosotros según el beato Guerrico de Igny* ⁹⁶. La tesis le entusiasma y sacará de ésta una docena de charlas que dará al capítulo. La idea que más le impresionó fue aquella de que nuestra alma puede ser llamada madre de Cristo, pues concibe en ella a Cristo. Descubre así el patrimonio cisterciense que parece no haber frecuentado antes. Casi no cita a san Bernardo. En realidad, de la tradición monástica sólo conocía la Regla.

En 1933, publica su obra *La vida sobrenatural. Sus elementos. Su ejercicio*. Se trata de una antropología teológica que une los elementos dogmáticos a la práctica: la vida de la gracia supone la de la naturaleza a la que anima y que hay que conocer para conducirse bien y dejar crecer en nosotros la vida de la gracia. Esto implica que se ocupe uno igualmente de la higiene del cuerpo, que es una forma de mortificación, pues no se trata de agradar al cuerpo, sino de regularlo. No deja de ser bastante original en una Orden célebre por su austeridad. El libro retoma, en 239 preguntas y respuestas, la enseñanza de dom Malet a los novicios, seguida después en sus capítulos diarios de abad. Desgraciadamente eran leídos con un tono de voz bastante débil y monocorde, que no dejaba percibir el entusiasmo interior del abad y que mantenía difícilmente la atención de sus oyentes.

Es claro: para él, la primera tarea del abad no es, como para su predecesor, según la confesión que hizo en el momento de su dimisión ⁹⁷, hacer observar meticulosamente los Usos, sino la de suscitar un espacio interior de amor, de

⁹⁵ A las monjas de Blagnac, el 19 de julio de 1919, cit. Chenevière, p.139.

⁹⁶ El P. Déodat De Wilde, que será abad de su comunidad de marzo de 1967 a abril del 75.

⁹⁷ Dom Cándido, el 29 de octubre de 1911, se alegra de no haber cambiado ni una jota de la observancia regular durante sus treinta años de abadiato y añade: “En cuanto a la santificación de las almas, esta debe ser la segunda preocupación del abad”....Dom Malet cambia el orden de las prioridades, cf. Chenevière, p.146.

favorecer la eclosión de la vida sobrenatural. El simple respeto exterior de una prescripción reglamentaria no es suficiente, hace falta una fidelidad animada por el amor. Comprendida de ese modo, el respeto a la ley puede ser una forma de santidad: reconoce en la prescripción una manifestación de la voluntad de Dios sobre nosotros en el momento presente y nos la hace cumplir por Jesús, con Él y en Él...⁹⁸ Pero el abad cuida de la salud de cada uno. No duda en tomar medidas que vayan contra los Usos, si es necesario: el café con leche aparece en el desayuno de la mañana, dispensa a veces del canto en ciertos oficios, o de estar descalzos en el Viernes Santo, incluso de la recitación del salterio en dicho día... ¡Ciertas solemnidades vieron el menú adornarse con una tortilla!

AL SERVICIO DE LA ORDEN.

LA REGLA: VÍA MONÁSTICA HACIA EL CORAZÓN Y EL REINO DE CRISTO.

LA LITURGIA: EJERCICIO DEL SACERDOCIO DE CRISTO

Con ocasión del octavo centenario de la entrada de S. Bernardo en Cîteaux, dom Norbert Sauvage, abad de Scourmont, propuso a Mons. Marre, Abad General, hacer preceder el Capítulo General por un congreso o un retiro de superiores. Estaba empujado a ello por su maestro de novicios, a quien en abril de 1813 toma como prior: el P. Anselme Le Bail. La idea fue aceptada y dom Norbert quedó encargado de organizarla. Solicitó para ello el concurso de dom Vital Lehodey y de dom André Malet. Estaba previsto que un dominico de Toulouse daría las instrucciones del retiro sobre el tema tan querido al abad del Désert y que el mismo, por otra parte, había indicado: el reino de Cristo en las almas. Después algunos abades eran invitados a comentar los medios que juzgaban como los más eficaces para hacer florecer en las comunidades la vida interior. Además de los tres abades organizadores – pero dom Norbert comunicó los trabajos de su prior – otros nueve tomaron así la palabra, entre ellos dom Chautard, dom Emmanuel Fléché, prior de Viaceli, dom Herman Smets y dom Pierre Wacker, estos dos últimos antiguos definidores.

Dom André se debió sentir feliz al oír los informes de dom Anselme Le Bail, que se unían completamente a su pensamiento sobre la comunidad Cuerpo de Cristo, unido a su cabeza, del que el abad es el representante, así como sobre el aspecto cristológico de la espiritualidad de la Regla. Prolonga él mismo el discurso del abad de Scourmont, mostrando cómo hablar de Jesús cuando el abad explica la Regla. En una primera conferencia había expuesto los principios de la vida

98 Ver lo que decía a las monjas de Bonneval y de Blagnac, cf. Chenevière, p. 159.

sobrenatural: es el primer esbozo del libro que aparecerá veinte años más tarde, aunque es lo que ya enseña desde hace diez.

Este retiro de 1913 tiene una continuación: es en este sentido que muchos abades han expresado el voto, en 1919, que el Capítulo General se ocupe cada año del modo en que se pueda incrementar el espíritu sobrenatural en nuestros monasterios. El Capítulo de 1920 enumera ocho medios prácticos para llegar a este fin. La petición es reiterada en el Capítulo del año siguiente y se decide que cada superior enviará un memorando al Procurador, quien a su vez presentará una síntesis en 1922. El Procurador no es otro que dom Norbert Sauvage, elegido para este cargo al final del Capítulo de 1913. El informe que presenta a los capitulares de 1922 se imprime, con una carta de introducción de dom Vital Lehodey. No hay duda alguna que dom André ha enviado al Procurador sus propias sugerencias. Muchas de las ideas emitidas corresponden a las suyas, especialmente sobre la obediencia.

LA LITURGIA

El Capítulo General de 1899 encargó a dom Candido, abad del Desierto, hacer redactar por algunos de sus religiosos un proyecto de ceremonial. Un primer boceto del que el P. Robert Trilhe, entonces monje del Désert, es el principal autor, es examinado por una comisión en 1904, pero no resultó conveniente. Es más bien un estudio sobre el ceremonial, que un ceremonial. Se acepta en principio un segundo proyecto en 1906: debe ser examinado por dom Candido y el P. André del Désert, así como por el P. Bernard de Igny. Una vez enmendado, se imprime en 1908 y es puesto en período de prueba en 1909. Pero no resulta fácil conciliar Ritual, Misal, Usos, y Ceremonial. Por otro lado ciertos religiosos pusieron en duda la legitimidad de nuestras prácticas litúrgicas, hasta el punto de que parece necesario que se haga un recurso a la Santa Sede. Un decreto de la Congregación de Ritos, el 8 de marzo de 1913, reconoce esta legitimidad, pidiendo que los trapenses se basen en el Ritual de 1689, para poner de acuerdo todos nuestros diversos libros litúrgicos. Se nombra una comisión a este efecto, de la que forma parte dom André, ahora abad de Désert. Este está igualmente encargado de poner los Usos en concordancia con el ceremonial. Redacta un primer informe-memoria, editado en Westmalle en 1913, para responder a las observaciones enviadas por los monasterios.

La guerra de 1914-1918 va a retrasar los trabajos de la comisión de liturgia. Pero en el ínterin, en 1917, se publica un nuevo Código de Derecho Canónico. En 1922 la comisión encargada de llevar las correcciones a nuestros libros litúrgicos está formada por dom André, dom Herman Smets, abad de Westmalle, y dom Fabien,

definidor y secretario de Mons Marre. El año precedente dom André había publicado un opúsculo de unas cincuenta páginas, editado por la tipografía de la Orden en Westmalle: “La liturgia cisterciense. Sus orígenes, su constitución, su transformación y su restauración”, donde defiende enérgicamente las posiciones tenidas por los miembros de diversas comisiones encargadas de la puesta a punto de nuestros libros litúrgicos. Las rúbricas del Misal son aprobadas por la Santa Sede en 1924.

Dom André tenía como objetivo volver a la liturgia y a las prácticas del S. XII, pero no lo consigue. Pronto se le escapará la preparación del ceremonial: la enfermedad será una de las causas. En 1934 se encarga a dom Alexis Presse, abad de Tamié, la preparación del *Manuale Caeremoniarum*.

Muchos abades consultaban en privado a dom André, sobre tal o cual rúbrica, tal o cual punto de los Usos y este respondía siempre minuciosamente. Era un “experto” a los ojos de todos. Evidentemente las perspectivas actuales no son las de antaño. Entonces se trataba de evitar lo que podría ser una “romanización” de nuestra liturgia y de intentar volver a los Usos de la Edad Media. Dom André no podía sino suscribir las tentativas de dom Alexis Presse, su amigo, sin por otra parte adoptar su forma. (cf. § 3.2.3). En nuestros días esos esfuerzos nos parecen teñidos de arqueologismo. Nuestros esfuerzos hoy tienden a una comprensión más espiritual de la acción litúrgica. Pero incluso dom André se interesó por los preludios del Movimiento litúrgico moderno, como se ve por los resúmenes que hizo de artículos de dom Lambert Baudouin.

LOS ÚLTIMOS AÑOS

El 29 de abril de 1927 se abre para dom Malet la era de los grandes jubileos: se festejaba el 50 aniversario de su entrada al noviciado, con dos obispos, siete padres abades, otros prelados y laicos distinguidos, entre los que se encontraba el cónsul de España. Se habían puesto una centena de cubiertos en el refectorio...Curiosamente, dos años más tarde, su aniversario de profesión se celebró sin nadie de fuera, el 8 de septiembre de 1929. Algunas semanas más tarde, el 31 de octubre, Mons. Saliège, arzobispo de Toulouse desde febrero de 1928, hacía su primera visita al monasterio.

Dom André hizo proceder a la exhumación de los restos del P. Cassant el 23 de junio de 1931: el esqueleto apareció entero, yaciendo en medio de los restos de los vestidos. Había sido siempre muy discreto por pudor espiritual, con relación a su antiguo dirigido, al que le unían lazos profundos de amistad e incluso de afecto. Hay que reconocer que dom Candido era intransigente: un monje no debía hacer hablar de sí mismo, incluso después de su muerte. Una vez hecho abad, dom

André hizo aparecer, en el *Mensajero del Corazón de Jesús*, una relación de los últimos días del P. Joseph. Gente de fuera invoca al pequeño monje del Désert y obtienen favores. El abad no dice nada de ello a la comunidad. A pesar de todo, en 1926, un folleto presenta a dos jóvenes monjes ejemplares de la abadía, el P. Joseph Cassant (1878-1903) y el P. Ange (1895-1920) bajo el título de *Deux fleurs du Désert*. La reseña sobre el P. Cassant dormía en los archivos desde 1903, se escribe en las páginas preliminares. La piedad popular se manifiesta sobre todo para con él, hasta el punto de que la reedición del folleto en 1931 no conservó más que esta sola flor del desierto.

La salud del abad declina a partir de 1932. Es entonces septuagenario. Debe resignarse a no participar en el Capítulo General de dicho año, ni en el de 1933. Sin embargo una mejora le permite asistir a los Capítulos de 1934 y de 1935. En este último obtiene la autorización de empezar el proceso informativo diocesano de beatificación del P. Cassant. El 22 de abril anterior se había producido una curación inexplicable: un niño de diez años y medio se estaba muriendo de una otitis con síntomas de una inflamación de las meninges. Su padre angustiado había venido a rezar sobre la tumba del P. Cassant en la abadía, y a esa misma hora el niño salía del coma. ¡Estaba curado! Este hecho decidió a dom André a salir de su silencio. Al año siguiente, el 30 de mayo, se produjo otro “milagro”, por intercesión también del P. Cassant, en favor de Jean Delibes, un niño de 9 años atacado por una meningitis intensa, cuyo final debía ser rápidamente fatal según los médicos. Este milagro será tenido en cuenta en la beatificación, que tendrá lugar el 3 de octubre de 2004. Otras curaciones se habían ya producido y otras se producirán.

El año 1936 será crucial en la vida de dom Malet. El 29 de abril, fiesta de S. Roberto, se solemnizan a la vez sus 60 años de vida monástica, sus 50 años de sacerdocio y 25 de abadiado. Las primeras felicitaciones le vienen del Carmelo de Lisieux: Madre Inés de Jesús le hace notar que ese 29 de abril es el 13 aniversario de la beatificación de Teresa, su hermana. Está rodeado, ese día, de mons. Saliège, de varios obispos, abades y superiores religiosos, así como de numerosos sacerdotes y laicos, personalidades y amigos. Cuatro días antes había presentado al arzobispo de Toulouse la demanda de apertura del proceso de beatificación del P. Cassant, que se abriría efectivamente el 2 de mayo siguiente. Confiesa no haber jamás cesado de invocarle cada día, después de su muerte, y en particular cada vez que tenía que hablar a la comunidad.

Pero la fatiga se hizo más pesada. El verano fue muy caluroso y la Revolución en España le produjo mucha angustia por las dos casas hijas que tenía en ese país. El 11 de septiembre expresa su deseo de recibir la unción de los enfermos y el viático en la iglesia. Allí entrega a sus hijos su testamento: “Amemos a Jesús presente y vivo en todos los actos de voluntad divina que nos conciernan”. Al día siguiente

DE 1892 A LA CONCLUSIÓN DEL CONCILIO VATICANO II

se abre el Capítulo General en Cîteaux; el Abad General le envía su bendición, asegurándole la oración de los capitulares. Las crisis cardíacas se multiplican. El día 21, la comunidad se reúne para rezar la recomendación del alma. Conoce con dolor la dispersión de la comunidad de Viaceli. El 13 de octubre puede oír desde su habitación de enfermo los cánticos de la procesión que conduce las reliquias del P. Cassant a la capilla de la enfermería. El 24 de octubre, al día siguiente de su 25 aniversario de abadiato, recibe la información de una primera conclusión del proceso informativo de la causa del P. Cassant. Con esta buena noticia, se extingue súbitamente con toda placidez hacia la una de la tarde. Es un sábado, víspera de Cristo Rey, cuyo reinado en las almas fue siempre su única ambición. Según su deseo es enterrado, no en el lugar de los abades, sino al pie de la primera tumba del P. Cassant. Más tarde, en 1961, sus restos serán depositados en la cripta de la capilla de la enfermería donde, en 2006, serán transportadas también, para ser veneradas, las reliquias del P. Cassant.

OBRAS DE DOM MALET

(con excepción de sus cuadernos de notas personales y sus capítulos)

Fecha	Objeto	Estado
1886	Estudio comparativo de los rituales de 1721 y 1689	Inédito
14 julio 1891	Estudios sobre las observancias del primer Cîteaux	Enviado al Vicario General
16 de julio 1891	La vida en Cîteaux. Estudio de 200 páginas.	Inédito
Desp. oct. 1892	Estudios sobre las observancias cistercienses	Enviado a dom Wyart
1893	Observaciones sobre el proyecto de los Usos. Memoria de 22 páginas	Enviado a dom Wyart
A partir de 1908	Encargado oficialmente de la revisión del ceremonial	
Junio de 1912	Relación de los últimos días del P. Cassant	Mensajero del Corazón de Jesús
1913	Intervenciones en el retiro de los superiores de 1913	Westmalle 1914
7 marzo 1913	Informe-memoria sobre las observaciones hechas con relación al Manuale Caeremoniarum	Westmalle 1913
1921	Soluciones cistercienses sobre diversos puntos de las rúbricas o Usos.	Westmalle 1921
Mayo 1921	La liturgia cisterciense. Sus orígenes, constitución, transformación y restauración	Westmalle 1921
Junio 1933	La vida sobrenatural. Sus elementos y su ejercicio.	Salvador-Casterman 1933 Nueva edición aumentada 1934

En 1926 aparece, sin nombre de autor, el libro: *Deux Fleurs du Désert*. El capítulo sobre los últimos días del P. Cassant retoma las páginas aparecidas en el *Mensajero del Corazón de Jesús*. Es difícil creer que dom Malet no haya redactado o al menos supervisado esta primera biografía espiritual del P. Cassant.

2.4.4. Dom Norbert Sauvage (1876-1923)

(El arte de preparar al sucesor. Artículo de Collectanea Cisterciensia 63 (2001) pp. 213-223. Aparecido con la firma de Armand Veilleux, con algunos añadidos de orden biográfico).⁹⁹

Cuando dom Godefroid Bouillon, segundo abad de Scourmont, muere en 1901, la comunidad elige para sucederle a dom Norbert Sauvage, de 25 años de edad. Scourmont era entonces una comunidad relativamente numerosa donde no faltaban otros candidatos de edad más avanzada y contando con más años de vida monástica. Si fue elegido el joven P. Norbert no fue porque hubiera mostrado talentos particulares de administrador o porque fuera intelectualmente más brillante, sino, simplemente, porque era un hombre profundamente espiritual, que encarnaba la bondad.

MONJE EN SCOURMONT

Léon-Parfait Sauvage entró en Scourmont a los 18 años, en 1894, después de pasar algunos años en el seminario menor de Cambrai, en Francia¹⁰⁰. Quiso ser converso, pero fue recibido en el coro y allí permaneció a pesar de su deseo en contra, expresado en diversas ocasiones¹⁰¹. Incluso antes de su entrada había recibido la gracia de una intensa vida de oración y de un gran amor por Jesús. En el monasterio manifestó una gran bondad para con todos, de manera que dom Godefroid Bouillon, gran conocedor de las personas, no dejó de percibirlo muy pronto como don de Dios para la comunidad.

El día de su profesión simple fue nombrado submaestro de novicios y diez meses más tarde le nombraban enfermero, puesto importante en una gran comunidad. Ahí reveló las cualidades de un monje que sabía combinar una vida de oración intensa con una gran dedicación a sus hermanos. Poco tiempo después, dom Godefroid le hizo miembro del Consejo.

No llevaba mucho tiempo ejerciendo su trabajo de enfermero cuando tuvo la sorpresa de encontrar muerto en la cama, en octubre de 1901, al subprior, que era

⁹⁹ Dom Armand Veilleux es abad de Scourmont desde 1999, después de haber sido abad de Mistassini (Canadá) de 1969 a 1976, de Conyers(USA) de 1984 a 1990, Procurador de la Orden de 1990 a 1998.

¹⁰⁰ Nació el 3 de julio de 1876 en el norte de Francia, en Avesnes-le-Sec. Perdió a su madre antes de los 11 años, cuando hizo su primera comunión. Desde los 14 años quiso ser sacerdote, pero a los 17 se orienta hacia la Trapa, practicando ya una severa austeridad de vida.

¹⁰¹ Tomó el hábito el 27 de septiembre de 1894, con el nombre de Norbert; hizo la profesión simple el 4 de octubre de 1896 y la solemne el 29 de octubre de 1899.

también maestro de novicios. Algunos días después, el joven padre Norbert era nombrado subprior y padre maestro ¹⁰².

Dom Godefroid, atacado por una enfermedad que le llevaría a la muerte rápidamente, predijo al P. Norbert que la comunidad le elegiría como abad y le aconsejó que aceptara. dom Godefroid muere el 18 de diciembre de 1901. Su predicción se cumplió el 15 de enero de 1902, cuando la comunidad eligió al Padre Norbert como su tercer abad. Suplicó que le evitaran esa carga, invocando con justo título su joven edad y su falta de experiencia. Explicó que eligiéndole tan joven corrían el riesgo de tenerle mucho tiempo como abad, impidiendo así a otras personas, mucho más capacitadas que él, acceder a dicha responsabilidad. La comunidad no quiso oír nada. Propuso, entonces, que le nombraran más bien superior provisional. No hubo manera. Tuvo que aceptar. ¹⁰³

ABAD DE SCOURMONT (1902-1913)

Sus once años y medio de abadiato fueron capitales para Scourmont e incluso se podría decir que para la Orden. Se consagró primeramente a ser apóstol de la vida interior y a enseñar a sus monjes la intimidad con Jesús. Le confiaron algunas misiones importantes en la Orden, en particular en Tilburg en 1909. Pero, consciente de las lagunas inherentes a su joven edad y a su incompetencia en muchos campos ¹⁰⁴, trabajó de todo corazón para encontrar y formar un sucesor. Cuando este estuvo listo, renunció a su cargo. Entre las numerosas personas que recibió en el noviciado se encuentra Anselme Le Bail, que entró en 1904 y Godefroid Bélorgey, en 1910.

Después de su elección abacial tuvo que nombrar un padre maestro, pues era el abad mismo el que desempeñaba dicho cargo. Escogió al P. Alphonse Bernigaud, quien retuvo esta función hasta 1907. Nada preparado para esta responsabilidad, el P. Alphonse tanteó durante un cierto tiempo el modo de encontrar otro método

¹⁰² Fue ordenado subdiácono el 31 de diciembre de 1899 y diácono el 23 de mayo de 1900. Sacerdote lo fue el 3 de octubre de 1900.

¹⁰³ En vista de su edad fue necesaria la postulación. Obtuvo la dispensa el 11 de febrero de 1902 y fue bendecido el 7 de abril.

¹⁰⁴ Tenía un gran espíritu de fe. Como dirá más tarde: "No podía ser más que un abad mediocre, pero creo haber sido siempre, al menos, sobrenatural, no buscándome jamás a mi mismo, tratando de edificar, de llevar, preocupándome ante todo de los intereses de mi casa, queriendo sobre todo desarrollar la vida interior. No tuve grandes pruebas, aunque a veces he tenido que sufrir. Pero fui a menudo humillado a causa de mi incapacidad que apareció por todos lados. Puse mi confianza en Jesús, en María y en san José, patrón de la Casa. Decía todos los viernes una misa al Sagrado Corazón, el sábado una en honor de la Sta. Virgen, el miércoles otra en honor de S. José, para que todos ellos me ayudasen en el gobierno de la comunidad. Me han ayudado mucho y me han impedido a menudo comprometer intereses importantes como lo he señalado después. No hacía nada de importancia sin rezarles antes mucho. Les debo mucho, pues es un milagro que con un superior tan joven, tan incapaz y tan inepto, la comunidad más bien haya progresado de todas maneras."

que el manual del P. Rodríguez, utilizado en la mayor parte de los noviciados de la época. Después de haber dado una serie de enseñanzas sobre las devociones y sobre diversos temas, en 1905 tuvo la idea, original en ese momento, de utilizar la Regla de san Benito como manual de formación. Como él mismo no tenía un gran conocimiento de ella, hizo hacer a sus novicios deberes y trabajos sobre ella. Entre ellos se encontraba el joven Hermano Anselme Le Bail. Desde el comienzo del noviciado estuvo seducido por la Regla e hizo sus “deberes” con mucho entusiasmo. Llenó un grueso cuaderno que terminó el 21 de mayo de 1906. El Hno. Anselme estaba ya en posesión de una vasta síntesis sobre la Regla de san Benito, que no dejará de ampliar desde entonces, a lo largo de toda su vida de monje y abad.

En efecto, así como dom Godefroid había percibido rápidamente las cualidades espirituales del Hno. Norbert, así percibió éste las del Hno. Anselme. Le confió en seguida funciones importantes. En 1909 le confió el cargo de maestro de los Hnos. conversos; el Hno. Anselme hizo un curso completo de liturgia y escribió un pequeño tratado, titulado: *El Oficio Divino del Hermano converso cisterciense*, presentando la oración de los *Pater* y des las *Ave* como “oración de la Iglesia”. El año siguiente se le nombró maestro de los novicios de coro y tuvo como novicio al Hno. Godefroid Bélorgey.

El año en que el Hno. Anselme fue nombrado padre maestro, la Santa Sede publicaba un importante documento sobre los estudios eclesiásticos. Dom Norbert, que había conocido en su formación el sistema del profesor único para todas las materias, obedeció sin la menor duda a las exigencias de la Santa Sede y confió al P. Joseph Canivez la tarea de organizar los estudios. Era buen teólogo, a pesar de ser conocido sobre todo como canonista.

Preocupado por ganar corazones para Jesús, no sólo en su comunidad sino en toda la Orden, dom Norbert propuso al Padre General, con ocasión del Capítulo General de 1913, que coincidía con el 8º centenario de la entrada de san Bernardo en Cîteaux, una especie de congreso de varios días para examinar “que medidas se podían adoptar para aumentar en nuestras casas el conocimiento y el amor de Jesús”. Contra todo pronóstico, el proyecto fue aceptado y se decidió que dicho congreso tuviera lugar inmediatamente antes del Capítulo General. Dom Norbert fue el encargado de organizarlo. Este acontecimiento, que permitió a los capitulares conocer mejor las cualidades de dom Norbert, influyó en la marcha de los acontecimientos que iban a tener lugar ¹⁰⁵.

Desde su elección en Scourmont, dom Norbert, cumpliendo perfectamente su

¹⁰⁵ Habiendo marchado a Bélgica a los 18 años, no se pudo presentar para hacer el servicio militar; se encontraba, pues, impedido de entrar en Francia antes de los 30 años, si no quería caer bajo el peso de la ley. Eso es por lo que no apareció en los Capítulos Generales sino a partir de 1906.

servicio abacial, no había desistido jamás de su intención de dejar el cargo a otro cuando llegase el momento. Leamos sus propias reflexiones al respecto:

Estaba resuelto a hacer todo lo que estuviese en mi poder para ceder el puesto a alguien más capacitado apenas se presentara con las cualidades necesarias. Lo haría a pesar de cualquier humillación que se me pudiera presentar. Más tarde, he oído decir que se está siempre dispuesto a dimitir cuando se es joven, pero cuando se es viejo, no se quiere oír hablar ya de ello. Me sentí asustado de mí mismo y quise protegerme contra peligro tan grande. Se me ocurrió hacer un voto bajo pena de pecado mortal. Después de haber reflexionado durante varios años, un día de Viernes Santo, durante la oración, hice el voto bajo pecado mortal de presentar mi dimisión, en seguida, sin hacer ninguna objeción, sin pedir ninguna explicación, el día en que una autoridad de la Orden, Capítulo General, Abad General o Padre Inmediato, me dijera sería bueno para mí o para la comunidad, presentase mi dimisión. Pero para que me lo pudiesen decir más libremente en su momento, me comprometí por ese mismo voto a informar de él y de mis disposiciones al Abad General, al Padre Inmediato en la Visita regular y al Capítulo General. Así se lo dije, pues, a los dos primeros e incluso a la comunidad en capítulo algunos meses más tarde ¹⁰⁶.

Estas líneas son de una limpieza que evita todo comentario. Su sinceridad quedaría manifiesta algunos años más tarde. Dom Norbert continuó sirviendo a su comunidad en su papel de abad con toda su energía, y la comunidad prosperaba. A nadie le vino la idea de sugerirle su dimisión. Pero en 1913 él mismo, delante de Dios, juzgó que había llegado el momento de hacerlo. Este gesto no fue ni fácil ni improvisado. He aquí lo que escribió al respecto:

No me he hecho nunca ilusión sobre lo que soy. Jesús me ha conservado bastante sentido común para comprender que no estaba en mi lugar como abad de S. Joseph (de Scourmont). Tenía un excelente prior y un padre-maestro más capaz que yo y que hubiera podido hacer mucho bien en el monasterio. En agosto de 1913 creí que había llegado el momento de hacer todo lo que estuviese de mi mano para ceder el puesto. No era fácil, pero deseaba hacer lo que juzgaba que era deseo de Jesús. Después de haber rezado y reflexionado mucho, creí que la voluntad de Dios era que fuese a decir al Abad General que ya podía ser ventajosamente reemplazado en

106 Esta cita y todas las siguientes están sacadas de los archivos de la abadía de Scourmont.

CAPÍTULO II: LA CONSOLIDACIÓN DE NUESTRA IDENTIDAD

S. Joseph y, consecuentemente, que estaba dispuesto a prestarme a cualquier combinación que tuviera por finalidad el bien mayor de mi abadía. El paso era importante, pues me exponía no solo a quedar como dimisionario de Chimay..., sino a que el General, aprovechando estas disposiciones, me mandase a otra abadía, donde la situación podría ser más difícil y más penosa. No tenía nada que ganar en un cambio de este género, todo lo contrario. Sin embargo, creí que debía seguir adelante, abandonándome a la sabiduría y al amor de Jesús, que quería eso de mí. Jesús me pedía un acto de fe, de confianza, de abandono como nunca lo había hecho. Quise darle esta prueba de amor y de confianza y partí para Laval, donde se encontraba el Abad General. De paso por París, estuve dos horas delante del Santísimo en Montmartre, diciendo a Jesús con lágrimas que estaba dispuesto a todo por amor a Él, que no quería sino lo que Él quisiese y que el paso grave que iba a dar era algo entre Él y yo. El Rvmo. Padre general no juzgó darle ninguna importancia a mi decisión y me respondió que de ninguna manera podía reemplazarme en la abadía de Forges. Sin embargo, el paso estaba dado y quedaba hecho y podía esperar cualquier cosa.

En el Capítulo General posterior a este paso, se buscaba un Procurador General para representar los intereses de la Orden cerca de la Santa Sede. El Abad General, que conocía sus disposiciones, sugirió al Padre abad de Scourmont; y después de un momento de sorpresa, la petición fue aceptada. Desde el 4 de octubre de 1913 dom Anselme Le Bail era elegido abad de Scourmont y una nueva etapa, no menos importante que la precedente, iba a comenzar para dom Norbert Sauvage ¹⁰⁷.

ROMA: PROCURADOR GENERAL Y DIRECTOR ESPIRITUAL (1913-1923)

Durante los diez años que pasó en Roma como Procurador General, es decir hasta su muerte en 1923, además de los expedientes diversos con la Santa Sede, que pertenecían a su condición de Procurador, dom Norbert desempeñó numerosos servicios en la Orden. Ejerció, sin duda, una benéfica influencia sobre los estudiantes que se alojaban en la casa generalicia. El mismo constata: “Durante mi primer año pasado en Roma, he notado que algunos de nuestros estudiantes tienen ideas erróneas sobre su vocación y sobre el espíritu de nuestra Orden... El estudio de las obras de S. Bernardo y las decisiones del Capítulo General pueden ayudar a

¹⁰⁷ A pesar de su disponibilidad y resolución interior, no fue sin tristeza y sufrimiento que tuvo que dejar el abadiato y su querida comunidad.

ver más claro”¹⁰⁸. Cada verano, cuando todos los despachos en la Ciudad Eterna estaban cerrados, él predicaba retiros en los monasterios de la Orden. Volvía a Roma en septiembre, después del Capítulo General que siempre se celebraba en Cîteaux.

Fue un director espiritual solicitado y dispensó ampliamente su enseñanza espiritual a diversas comunidades de Roma y sus alrededores. Dos comunidades fueron objeto de una atención muy particular de su parte, y eso fue el origen de una red bastante extraordinaria de relaciones. Fueron las comunidades de monjas trapenses de Grottaferrata, más tarde mudadas a Vitorchiano, y la de las Hermanitas de la Asunción de la calle Bixio en Roma.

a) *Grottaferrata*

La comunidad de Grottaferrata tuvo orígenes bastante atípicos como, por otro lado, un gran número de fundaciones de esta época. Hacia el año 1870, Julia Astoin, hija de un senador de Lyon, entraba en la abadía de Vaise, cerca de Lyon, como novicia. Como ella no tenía la salud necesaria para hacer la profesión, quedó como oblata. Poseía unas propiedades en Italia, cerca de Turín, y persuadió a la comunidad de Vaise para que le permitieran hacer allí una fundación. Con seis compañeras, dos profesas de coro, dos conversas y dos novicias, Julia, superiora del grupo, fundó la comunidad de San Vito. Dado que ella no había hecho los votos, tenía el monasterio en posesión y lo administraba libremente. Finalmente pronunció sus votos, se convirtió en Madre Teresa y fue instalada canónicamente como superiora de la comunidad. Como nunca había hecho el noviciado, se mostró como una superiora difícil. Eso no impidió que numerosas paisanas del Piamonte y de la Lombardía entrasen en comunidad.

Cuando la mayor parte de las hermanas venidas de Vaise volvieron allí, el carácter cisterciense de la comunidad de San Vito se perdió rápidamente y en 1886, once años después de la apertura de la fundación, el arzobispo de Turín tuvo que retirar el permiso para recibir postulantes y aceptar profesiones. Estas sanciones fueron levantadas por el nuevo arzobispo en 1892. Sin embargo, M. Teresa tuvo nuevas dificultades con el P. Inmediato, dom Ignazio, abad de las Catacumbas

108 Entre los estudiantes de 1913-1914 se encontraba el P. Columba Tewes, futuro abad de Achel, quien dio más tarde este testimonio: “Dom Norbert se hizo pronto notar por su maravilloso espíritu monástico y el amor por la vida contemplativa, incluidos sus sacrificios y mortificaciones, tal como se practican en nuestra Orden. Durante la semana santa de 1914, predicó el retiro anual a los estudiantes... Se le notaba lleno de entusiasmo por el magnífico ideal que perseguía. ¿Por qué no confesarlo? Este retiro fue, gracias a él, un momento decisivo en mi vida. Lleno de fervor, nos propuso a Cristo como ideal, tal y como san Benito lo hubiera hecho a sus monjes... Con ocasión de una excursión a Subiaco... (con) los estudiantes... nos dirigió en la Grotta unas palabras inflamadas”. El P. Alexis Presse, que había coronado sus tres años de estudios romanos en junio de 1913 con el doctorado en derecho canónico, se había quedado en la Procuraduría como maestro de los estudiantes en 1913-1914.

(actualmente Frattocchie). El Capítulo General de 1898 ordenó la disolución de la comunidad, antes de ceder a la petición de 31 Hermanas que querían continuar en la sumisión y la obediencia. Se decidió que la comunidad se transfiriese a Grottaferrata, cerca de Roma, donde las Catacumbas poseían una propiedad. Era un antiguo centro de espiritualidad ortodoxa y de cultura griega, donde se había fundado un monasterio en 1004 por S. Nilo. La M. Teresa quedó, con dos oblatas, en San Vito y allí murió.

Cuando dom Norbert llegó a Roma como Procurador General, comenzó en seguida a ocuparse de esta comunidad de Grottaferrata, consagrándose a su formación espiritual. Iba allí como confesor y reemplazó al Padre Inmediato que estaba en el ejército, en el momento de la Primera Guerra Mundial. Cada sábado por la tarde y la víspera de cada fiesta, iba a Grottaferrata y quedaba allí hasta el día siguiente, predicando, confesando y dando conferencias. Quería formar a las monjas en una espiritualidad sólida, en la Escritura, en las fuentes de la espiritualidad cistercienses. Daba también cursos a las novicias, a los cuales toda la comunidad decidió asistir. Trabajaba en estrecha colaboración con la abadesa, M. Agnese, una santa mujer, muy inteligente, que era una de las Hermanas venidas de S. Vito.

b) Madre Pía (María Elena Gullini)

Al mismo tiempo dom Norbert asistía también a la comunidad de Hermanitas de la Asunción. Un día se presentó en casa de las monjas una candidata bastante especial. Se llamaba María Elena Gullini. Su padre era un brillante ingeniero que había desarrollado el sistema ferroviario italiano y había hecho una carrera ministerial en el gobierno. María Elena, nacida en 1892, había recibido su primera comunión de manos del patriarca Sarto, futuro Pío x. Era una joven muy inteligente y muy elegante, que había seguido estudios con las Hermanas francesas del Sagrado Corazón en Venecia. Había acabado el colegio con título en lenguas, música y pintura, y se fue a Roma para reunirse con su padre.

Cuando en 1919, con 25 años, quiso entrar en las Hermanitas de la Asunción en Roma, la Madre General se preguntó si una persona de tal calidad y tanto atractivo podría adaptarse al género de vida simple junto a los pobres. Le aconsejó, pues, hacer un retiro de discernimiento bajo la dirección del P. Norbert Sauvage, confesor de su comunidad.

Dom Norbert obtuvo los permisos para que María Elena hiciese un retiro en comunidad en Grottaferrata. Al final de dicho retiro, le dijo que creía que había una auténtica vocación de darse a los demás por amor, pero que pensaba que po-

dría llevar a cabo esta vocación en la vida contemplativa tanto como en la activa, y la invitó a hacerse cisterciense.

Entró seis meses más tarde – el 28 de junio de 1917 – no en Grottaferrata, sino en Laval, en Francia. Dom Norbert había discernido que una persona de semejante temple y calidad humana y espiritual sería muy valiosa para Grottaferrata, pero que debía recibir primero una sólida formación. Por eso, de acuerdo con la abadesa Madre Agnese, la orientó hacia Laval, donde la muchacha recibió el nombre de Pía.

Dom Norbert tenía una gran estima por la abadesa de Laval, M. Lutgarde Hémerly, quien dirigió durante 40 años (1900-1944) una comunidad floreciente contando con más de 115 miembros y donde la vida era muy austera. Sin que sor Pía lo supiera, los superiores se habían puesto de acuerdo en que se formara en Laval, pero *para* Grottaferrata. En ambos sitios la exhuberancia de esta joven, llena de vida, produjo al principio cierto reparo. Sin embargo, fue admitida a la profesión el 16 de julio de 1919. Para darle una experiencia pastoral se la nombró en seguida maestra de profesas conversas.

Diez años después de su entrada en Laval, volvió a Grottaferrata e hizo allí su estabilidad al año siguiente. Desde entonces fue el brazo derecho de M. Agnese. Después de algunos años, en 1931, era nombrada abadesa por la Santa Sede. Luego de tres años fue elegida unánimemente por la comunidad.

c) Madre Tecla (María Fontana)

Más o menos en el momento en que María Elena Gullini era enviada a Laval, otra novicia, María Fontana, entraba en Grottaferrata. Era una mujer de edad madura, de cerca de 45 años, que había sido Asistente General de la Congregación de Misioneras Franciscanas del Corazón Inmaculado de María. Había cuidado a pobres de todas las religiones en las calles del Cairo, en Egipto, durante 25 años, antes de presentarse en el noviciado de Grottaferrata. Durante todo su noviciado recibió dirección espiritual de dom Norbert. Cuando se le rehusó la profesión – oficialmente porque tenía una voz débil y una salud delicada, pero, sin duda, más bien porque no se sabía bien cómo integrar una persona de semejante experiencia –, dom Norbert la envió a Chimay, donde fue recibida e hizo la profesión el 8 de septiembre de 1921 con el nombre de sor Tecla. Durante los 17 años que vivió en Chimay tuvo como capellanes a dom Anselme Le Bail y a dom Godefroid Bélorgey.

Desde que M. Pía fue nombrada abadesa de Grottaferrata, el 30 de diciembre de 1931, hizo volver a sor Tecla de Chimay para asistirle como maestra de novicias. La comunidad de Grottaferrata quedó desde entonces, y por mucho tiempo, entre

las manos de dos mujeres excepcionales: M. Pía como abadesa ¹⁰⁹ y sor Tecla como maestra de novicias. Ellas fueron la abadesa y la maestra de novicias de la beata Gabriella Sagheddu, que llegó a Grottaferrata en 1935. Se maravilla uno ante esta extraordinaria red de relaciones en que dom Norbert jugó un papel muy activo y por la que la Providencia preparaba la formación de una futura beata.

Estas pocas líneas sobre el papel de Norbert Sauvage en la vocación de M. Pía y de M. Tecla, nos permiten entrever lo que fue una larga parte de su ministerio en la Orden en el curso de la última etapa de su vida monástica. Fue un gran director espiritual. Mantuvo contactos con M. Pía hasta el fin de su vida. Cuando ella estaba en Laval, la visitaba cada año con motivo de su ida a Francia para el Capítulo General. Con ella, como con varias otras mujeres a las que había orientado a la vida monástica, mantuvo una correspondencia seguida, que revela a la vez profundidad de discernimiento, enseñanza espiritual sólida y una delicadeza de sentimientos, testimonio de un gran equilibrio afectivo y espiritual.

d) Sor Marie-Joseph (Anne-Marie Granger)

Una de estas personas era una joven muchacha de Guéret, Anne-Marie Granger, que fue a visitarle para discernir su vocación, cuando estaba allí estacionado en servicio militar, al comienzo de la guerra ¹¹⁰. Al final del discernimiento le había dicho:

Si fuera una joven, si tuviera 20 años y fuese Anne-Marie, entraría mañana en la trapa, y en la trapa en Laval... Conozco una Rev. Madre que si supiese que os envió a Laval, me arrancaría los ojos. En Laval no hay falta de vocaciones, pero os hablo en interés de vuestra alma y no en el de la Orden. Orad y pedid... las gracias necesarias para fijar vuestra elección según su voluntad...

Esta joven entró en Laval en 1915 y tomó el nombre de Sor Marie-Joseph y llegó a ser una de las fundadoras de Igny en 1929 ¹¹¹.

¹⁰⁹ No sin muchos momentos de fatiga, oscuridad y pruebas, incluso por parte de la Orden: dos veces se verá en situación de tener que dimitir de su carga abacial. La primera vez, en 1940: será entonces reemplazada por sor Tecla, que la nombra maestra de novicias. Reelegida en 1946 y 1949 deberá de nuevo dimitir en 1951 y será enviada en exilio a la Fille-Dieu, en Suiza. La sustituye de nuevo la M. Tecla durante dos años. M. Pía, vuelta a llamar en 1959, como rehabilitación, pero ya enferma de cáncer, muere en Roma en el camino de retorno el 27 de abril.

¹¹⁰ Aunque no hizo servicio militar, dom Norbert se presentó en la Embajada de Francia en 1914, para ser movilizad. Fue enviado al depósito militar de Condé y después a Rouen y Reims. Pero cae gravemente enfermo y es admitido en el hospital de Saint-Maur-des-Fossés, en el Val-de-Marne, hasta el 21 de febrero de 1915. Parte en convalecencia a Champigny, luego a Guéret, para terminarla en Maubec. Es finalmente desmovilizado por falta de salud en marzo de 1915 y vuelve a Roma en junio.

¹¹¹ Fue la abadesa de este monasterio, M. Alphonse Gastineau, la que introdujo a M. Pía, entonces abadesa de

Sor Marie-Joseph escribe, en sus memorias, sobre dom Norbert:

Entré en Laval el 2 de octubre de 1915. Dom Norbert no dejó ya de seguirme hasta su muerte y participó en todas mis alegrías. En junio de 1917 nos envió de Roma a M. Pía, hoy priora de Grotta. Vino él mismo a la abadía después de la guerra y predicó en su profesión temporal el 16 de julio de 1919; tomó como texto “¿Quién es esa que sube del desierto apoyada sobre su Bienamado?”. Cada año, durante sus vacaciones, pasaba algunos días en la capellanía de La Coudre y se convertía para nosotras dos en el padre Norbert “un pobre pequeño abad sin abadía ni autoridad”. En octubre de 1921 nos predicó el retiro anual ¹¹².

Estas pocas líneas servirán, al menos, para mostrar hasta qué punto podría ser interesante y útil escribir la vida de este monje de calidad excepcional. Dudamos si enumerar o no las lecciones que se pueden sacar de esta vida relativamente breve, pero muy llena. Quedémonos, sin embargo, con tres aspectos que hacen referencia al abad, al director espiritual y al predicador.

Dom Norbert tenía un sentido comunitario muy agudo. Concibió, pues, siempre *su papel de abad* como un servicio a la comunidad. Ese servicio consistía, ante todo, en hacer amar a Cristo, en conducir a los monjes de la comunidad a una profunda vida de oración y a un desarrollo de las cualidades espirituales e intelectuales de cada uno. Este servicio estaba totalmente subordinado a las necesidades de la comunidad, de suerte que le parecía del todo normal, no sólo dejar el sitio a otro cuando llegase el momento, sino incluso preparar lo mejor y más rápidamente posible al que podría reemplazarle. Esta concepción de abadiato correspondía a la de los grandes siglos del desarrollo del monacato, donde se veía a abades permanecer en sus funciones durante muchos años e incluso hasta su muerte, pero

Grottaferrata, a una amiga del P. Christophe Dumont, dominico, director del centro de estudios ecuménicos Istina de París. El P. Dumont presentó a esta amiga, Henriette Ferrari, al abad Couturier. Así, el monasterio de Grottaferrata fue inscrito en la lista de 1500 direcciones a donde fue enviado, en enero de 1937, el folleto para la Semana de la unidad, que M. Pía comenta a la comunidad y que será la circunstancia que animó a sor Maria Gabriella a ofrecer su vida por la unidad de los cristianos.

112 Este retiro fue muy notable. Poseemos, en el archivo de Scourmont, el texto completo de 20 sermones. Será suficiente dar el título de cada uno para hacer entrever la riqueza de contenido de su enseñanza, en una época en que la predicación tendía a ser muy moralizante: 1) Necesidad de estudiar a Cristo para conocerle, amarle, para vivir en su intimidad y hacerle vivir en nosotros. 2) Las 5 disposiciones que producirá en nosotros el conocimiento de Dios: admiración, adoración, respeto, sumisión y confianza. 3) La divinidad de Jesucristo. 4) La maternidad divina. 5) El misterio de Cristo crucificado. 6) Las características de Salvador en Jesús. 7) María corredentora de los hombres. 8) Jesús, el amigo divino. 9) Jesús, esposo divino. 10) La Eucaristía. 11) Nuestra incorporación a Cristo según S. Pablo. 12) Ídem (continuación). 13) Nuestra vida divina es nuestra santificación. 14) La mortificación. 15) Medidas a tomar para trabajar en nuestra santificación. 16) La maternidad de María. 17) La humildad de Jesús. 18) La caridad de Jesús. 19) La Comunión. 20) Conclusión: la vida de oración.

donde no era raro ver también a abades dimitir después de algunos años de abadiato, cuando parecía que, por una u otra razón, el bien de la comunidad sugería un cambio. La idea de que el abadiato fuera, por su naturaleza, “de por vida” nació en la época de la restauración del monacato europeo en un contexto de nostalgia monárquica.

Dom Norbert, así como al llegar a abad había asumido una gran responsabilidad respecto a los miembros de su comunidad, también manifestó un sentido de responsabilidad igualmente grande con respecto a personas que le habían pedido que les *guiara* en la búsqueda de la voluntad de Dios. Esta responsabilidad se transformó, en más de un caso, en una verdadera amistad, marcada por un sentido profundo de las exigencias evangélicas y por una gran humanidad que no carecía de un toque de ternura. He aquí, por ejemplo, lo que escribía a Marie-Joseph de Laval (Anne-Marie Granger):

Querría que os hicierais bien a la siguiente idea: que soy vuestro padre espiritual, el padre de vuestra alma y que a dicho título debo buscar, ante todo, el bien de vuestra alma más que las alegrías de vuestro corazón. Jesús me ha confiado a vos para revelarlo a vuestra alma y ganarle, cada vez más profundamente, vuestro corazón.

Hacerle gozar de vos y haceros gozar de Él. Esta es una bella y honorable misión, muy agradable incluso, pero no puedo jamás olvidar su carácter totalmente sobrenatural. Debo buscar, pues, todo lo que os haga disfrutar más de Jesús y le haga gozar a Él más plenamente. Si para ello hay que hacer sacrificios, Jesús sabe que soy suyo y para Él hasta el sacrificio. Más aún, si para hacerle gozar de vos y haceros gozar de Él, hubiera que mortificar vuestra naturaleza y lo que es en vuestra naturaleza más sensible: vuestro corazón, espero ser lo bastante sobrenatural para hacerlo por amor a Jesús, por amor a vuestra alma.

Predicar retiros en los monasterios de la Orden, se había convertido para dom Norbert no solamente en un servicio a Dios y a las comunidades, sino en una forma de ejercer la paternidad espiritual. A ello se consagró con mucho ardor, sobre todo durante la guerra y en los años que la siguieron. El último año de su vida predicó cuatro retiros, uno detrás de otro, sin tener en cuenta un fuerte catarro que parecía más bien una bronquitis. El agotamiento y el esfuerzo fatigaron su corazón. Murió el 8 de julio de 1923, después de una corta enfermedad, y su cuerpo reposa en el cementerio de Tre Fontane.

Después de haber ejercido su paternidad espiritual en su comunidad de Scourmont, la ejerció en la Orden, así como fuera de ella, a través del ministerio

de la dirección espiritual. Finalmente ejerció una verdadera paternidad espiritual de un nuevo género sobre un gran número de comunidades a través de un ministerio de retiro, donde suscitó el amor de Cristo y la atracción por la vida interior.

Dom Norbert Sauvage es una de esas personas humildes cuya vida, toda simplicidad, marcó profundamente la de numerosas personas.

2.5. LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL, 1914-1918

CONTEXTO INTERNACIONAL

El comienzo del siglo xx conoce fuertes tensiones internacionales en Europa, debidas a las rivalidades germano-eslavas en la península de los Balcanes, que se libera de la tutela de los Turcos, y debidas también a la carrera de armamentos entre la Triple Alianza (Alemania, Austria-Hungría e Italia) por un lado, y por otro la Triple Entente (Francia, Gran Bretaña y Rusia). Al abrir el Capítulo General de 1911, Mons. Marre decía que “No es necesario ser un observador perspicaz para percibir que la sociedad atraviesa una crisis que deberá hallar en seguida un desenlace”. A decir verdad, hacía alusión sobre todo a los ataques contra la Iglesia y no sólo a la situación internacional. Pero los destinos están unidos, como lo decía León XIII en 1900: “El destino de los Estados no es tan diferente del de los individuos; ellos también corren hacia su perdición si se alejan del ‘Camino’, el Hijo de Dios, que es el creador y redentor del género humano, el soberano de toda la tierra, que tiene poder sobre todos los hombres, tomados individualmente o reunidos en sociedad”.

Una chispa pone fuego a la pólvora: el asesinato del heredero al trono de Austria-Hungría por un estudiante bosnio, el 28 de junio de 1914, en Sarajevo. Austria declara la guerra a Serbia a finales de julio de 1914. En unos días, el juego de las alianzas sume en la guerra a casi toda Europa ¹¹³. El 2 de agosto Alemania declara la guerra a Francia.

Violando la neutralidad belga, los alemanes invaden Francia a través de Bélgica. Piensan ganar una guerra rápida y de hecho, durante el verano de 1914, los ejércitos franceses, belgas y británicos retroceden. Los alemanes están a solo algunas decenas de kilómetros de París. Son parados en la “batalla del Marne” en septiembre de 1914. Se establece un frente de 750 Km. entre el mar del Norte y Suiza. Pero

¹¹³ A las naciones de la Triple Entente se le unieron Bélgica y Serbia por ser atacadas, así como el Japón; se hablará entonces de los “aliados”. Italia quedará en principio en la neutralidad, antes de cambiarse de campo y de unirse a los aliados. Otros seguirían.

los departamentos franceses del Norte y del Este, (de yacimientos siderúrgicos y hulleros) son ocupados: se da un fuerte golpe a la economía francesa.

El año 1915 es indeciso. En el Oeste los ejércitos se atrincheran. En ese año sus ataques son parejos, pero mortíferos y sangrientos. En el mes de abril en Ypres (Bélgica), los alemanes utilizan por vez primera las armas químicas: el cloro que ma los ojos y las vías respiratorias de los soldados que no van protegidos. Las operaciones en los frentes del Este (Rusia) y en los Balcanes no dan la victoria a nadie.

El año 1916 es célebre, sobre todo, por la “batalla de Verdún”, de febrero a diciembre. Los alemanes intentan desgastar al ejército francés: 1250 piezas de artillería están en acción en un frente de 20 km., ¡algunos sectores reciben 10.000 obuses por hora! ¡Cada día muere un promedio de 3000 hombres! A veces, los combates son cuerpo a cuerpo. De febrero a junio los alemanes avanzan... 5 Km. Después, de octubre a diciembre, los aliados recuperan el terreno perdido... Hay que organizar un relevo permanente para compensar las pérdidas y sobre la “Vía Sacra”, que une Verdún con la retaguardia, hay un desfile ininterrumpido de convoyes. Casi todos los “poilus” (veteranos franceses) participaron algún día en la batalla de Verdún. Al principio de 1917, los mandos franceses y británicos quieren forzar los frentes para ganar la guerra, pero es el fracaso estrepitoso del “Camino de las Damas”, que supone una grave crisis en el ejército y en el país. ¿Para que servía esta gran carnicería que decidía el Estado Mayor? ¿Sólo para el propio prestigio? Unidades enteras se niegan a ir al frente... Se llama a Clemenceau a dirigir el gobierno.

En Rusia, en 1917, el imperio zarista atraviesa una grave crisis política y económica. Desorganizado y arruinado, separado de sus proveedores occidentales, sufre grandes huelgas. En febrero, en la capital San Petersburgo, el ejército se une a los obreros en huelga obligando al Zar a abdicar en marzo. Se instala un gobierno provisional, que caerá en octubre debido a la agitación permanente provocada por los bolcheviques. Trotsky, militante bolchevique, es elegido presidente del soviets; Lenin, llegado clandestinamente del exilio, impone el cese de las hostilidades. Las negociaciones culminan con el armisticio en diciembre de 1917 y después con el tratado de Brest-Litovsk en febrero del 18, que da lugar a una guerra civil entre “rojos y blancos”.

Los alemanes, que pueden retirar 700.000 hombres del frente oriental, quieren volverse contra Francia antes de que las tropas americanas vengan en su ayuda. Los Estados Unidos, en efecto, exacerbados por los ataques de los submarinos alemanes contra sus convoyes, deciden entrar en guerra. La ofensiva alemana se inicia en la Picardía el 21 de marzo de 1918, fiesta de san Benito. El avance alemán, a pesar de la resistencia de los aliados, parece decisivo (fue entonces cuando

Mont-des-Cats sufre bombardeos por parte de la artillería y los monjes de Igny tuvieron que abandonar su monasterio). Pero la llegada de las tropas americanas y la instauración de un mando único, con Foch, hace posible el restablecimiento de la situación: los alemanes deben retroceder (en su repliegue hacen volar el monasterio de Igny el 3 de agosto). Se encaminan ahora rápidamente al armisticio del 11 de noviembre de 1918, seguido por otros sobre el frente de los Balcanes y en el Próximo Oriente. Los diferentes tratados de paz serán negociados con dificultad, desde el de Versailles el 28 de junio de 1919 hasta los de Riga (1921) y Lausanne (1923) después de las guerras polaco-soviéticas (1920) y greco-turca (1921-1922).

La guerra termina pero deja huellas. Es una catástrofe histórica sin precedentes. Las pérdidas humanas son enormes, unos diez millones entre militares y civiles, la mayoría de 25 a 40 años, sobre todo de varones, lo que se paga con secuelas demográficas profundas. Europa tardará años en rehacerse. La economía está arruinada. Cuatro grandes imperios son vencidos y algunos desmantelados; aparecen muchos estados independientes. Por otro lado, la guerra va a engendrar indirectamente los dos sistemas dictatoriales que harán tanto daño y producirán tantas víctimas en Europa e incluso en el mundo entero: el comunismo y el nazismo, que, 20 años más tarde, harán que estalle la Segunda Guerra Mundial.

- Se ha visto que el comunismo bolchevique se aprovechó del fracaso económico del imperio ruso durante la guerra, para tomar el poder.
- En cuanto al nacional-socialismo de Hitler, hay que decir que consiguió dominar sobre el país a consecuencia de los resentimientos que ocasionaron la derrota y el malestar a que fueron sometidos los vencidos: una décima parte del territorio de antes de la guerra le fue sustraída a Alemania. El ejército alemán debía ser reducido y, sobretodo, fueron impuestas reparaciones económicas enormes que gravaron sobre la recuperación económica y social de la nación (132 millardos de marcos-oro).

LOS TRAPENSES EN LA GUERRA

Cuando en julio de 1914 el gobierno proyectaba retomar una política sectaria contra las Congregaciones y una amenaza de cierre pesaba sobre ciertas comunidades de la Orden, la declaración de guerra del 2 de agosto tuvo, como primer efecto, alejar todo peligro: el mismo día el ministro Malvy suspendió hasta nueva orden todas las medidas consecutivas a las leyes de 1901 y 1904.

Pero la movilización general desorganizó las comunidades masculinas de los países beligerantes: los jóvenes se van a la guerra. Para ellos supone el comienzo de un período de prueba. Muchos estarán en sanidad o en las capellanías; otros

combatirán. Algunos tratan de conservar una cierta disciplina interior. Dom Le Bail, abad de Scourmont, movilizado en una ambulancia, escribe a su padre:

Para mi la obligación de dejar el claustro no ha sido infructuosa. La movilización y el cambio de monje a soldado me han hecho más humilde, abandonado a la voluntad de Dios. Estaba tan atado a la calma de la vida monástica, tenía un cierto regusto por mi cargo de abad, soñaba con poner en práctica mis planes y proyectos para un buen monasterio... Ahora aprendo a estar más abandonado a la voluntad de Dios... La guerra tiene además para nosotros, monjes, la ventaja de forzarnos a practicar lo esencial de nuestra vida en un medio que no es el nuestro... Es la vida interior que debe continuar sea en la trinchera sea en el hospital... Todos estos monjes, por otro lado, hacen un fecundo apostolado ¹¹⁴.

Dom Le Bail quedó constantemente en contacto con los miembros movilizadas de su comunidad y continuó sosteniéndolos y formándolos mediante una revista que publicaba regularmente con el título de *El monje soldado*. Otros abades se preocupan, igualmente, de sus monjes movilizadas, como dom Chautard que consigue visitarlos en cuatro ocasiones en las líneas del frente, gracias a su título oficial de capellán o al brazalete de la Cruz Roja. A petición del cardenal Sevin, arzobispo de Lyon, a quien había sugerido la creación del dicho periódico, escribió cada mes una carta en *El sacerdote en los ejércitos*. Vuelve a tomar, en esta perspectiva, su tratado de *El alma de todo apostolado*. A pesar de todo, la condición de los monjes soldados no es fácil. En una circular del 23 de mayo de 1918, Mons. Marre les encomienda a las oraciones de las comunidades femeninas: “Nuestros religiosos movilizadas soportan valientemente la situación que el destino les ha impuesto: pero qué de sacrificios y privaciones, ¡para aquellos, sobre todo, que se encuentran lanzados al fuego! Nuestras oraciones les ayudarán a conservar el ideal y la llama ardiente de su vocación, en medio de peligros de toda suerte”.

Uno de ellos nos ha dejado notas y cartas que han podido ser recogidas luego de su muerte, y que forman un bello testimonio de lo que han vivido algunos de estos monjes movilizadas. Se trata del Hno. Maxime Carlier de Scourmont ¹¹⁵, joven monje que hizo la profesión simple el 8 de diciembre de 1913. Bajo la sabia dirección de dom Le Bail, pasó de una espiritualidad marcada por el temor a una actitud de confianza y de amor, a la escuela de Santa Gertrudis. Movilizado, parte para el frente ya a los primeros días. Dominaba el invasor alemán y el Hno. Maxi-

¹¹⁴ D. Dufrasne, *Un moine, un abbé, une communauté : Dom Anselme Le Bail*, Cahiers Scourmontois 1, 1999, p. 89.

¹¹⁵ Cf. J. Duculot, *Une âme contemplative*, Gembloux 1920. Ver también lo que dice Thomas MERTON en el Cap.xi de *The Waters of Siloe*.

me se dio cuenta que los alemanes pasaban por las tierras de Scourmont, durante el repliegue de las fuerzas aliadas. Él fue herido dos veces, condecorado con la cruz de guerra: su correspondencia deja entrever un alma fuerte, bien equilibrada. Su amistad tuvo una bienhechora influencia sobre camaradas alejados de la fe, que pasaban del desprecio al respeto, es decir, se convertían. La fuerza la sacaba de su fe total en la presencia de Dios, incluso en medio de los obuses o de las balas que estallaban cerca de él; las órdenes de sus jefes eran para él voluntad de Dios. Una noche, echado por tierra, mientras estaba en guardia para impedir que se acercase el enemigo, salieron unos disparos de las trincheras alemanas: silbaron y cayeron las balas a unos centímetros de su cabeza, dejando un reguero de fuego al tocar suelo. Pero no tuvo miedo y quedó inmóvil, pensando en los que rezaban por él e invocando, como ellos, al Señor: "Señor, ven en mi auxilio". No siempre tuvo esa suerte. En el momento en que iba a partir de permiso, el 14 de septiembre de 1917, comenzó un bombardeo y uno de los primeros obuses cayó en el refugio donde se encontraba. Lo mató al instante. A decir verdad, había previsto este resultado fatal -¿qué soldado no lo presiente?- y había hecho libremente el sacrificio de su vida, como cumplimiento de su vocación cisterciense, en unión con el Señor Jesús:

Veo con una gran claridad que mi vida de antes en el monasterio y la del presente son, las dos, queridas por la Providencia y que el soldado puede glorificar a Dios tan bien como el monje, pues el único fin que debemos perseguir en todas partes es la unión con Jesús, mediador y reparador, sometido al Padre, buscando sólo los intereses de Dios.

En abril de 1919 se publicaron estadísticas referentes a los monjes enrolados en los ejércitos aliados. Habría que completarlas a partir de los archivos de las comunidades alemanas o austriacas, si es que existen. Treinta y una de nuestras comunidades tuvieron, en conjunto, 386 miembros bajo las armas, de los cuales 348 en el ejército francés. De ellos, 59 fueron muertos, la mayoría en el campo de batalla. Se pronunciaron 131 citaciones en la orden del día, 80 cruces de guerra, una medalla de la legión de honor, 5 medallas militares y se entregaron otras 14. De los 142 sacerdotes movilizados, 20 cumplieron funciones de capellanes.

Estos años de guerra, sin embargo, minaron la moral de muchos miembros del clero; los monjes pagaron también su parte en estas consecuencias desventuradas: muchos tuvieron dificultades a la hora de retomar la vida monástica. Haciéndose eco de los pesares de Benedicto xv, Mons. Marre hace notar en el Capítulo General de mayo-junio de 1920, que las secularizaciones, exclaustaciones o dispensas de votos fueron muy numerosas de 1913 a 1920.

En cuanto a las comunidades que se veían de golpe amputadas de su juventud,

no les fue siempre fácil vivir esos años de guerra, en la penuria y la desorganización. También ellas se enrolaron en el servicio al país. Varias albergaron ambulancias u hospitales de campaña, como Cîteaux, Mont-des-Cats o Igny, que dejó la fabricación de su chocolate no sólo porque los obreros estaban movilizados, sino también para poner locales a disposición de los cuerpos de sanidad del ejército. Una circular de Mons. Marre del 18 de enero de 1916 anima a los monasterios a ocuparse de los soldados inválidos, enseñándoles un oficio adaptado a su situación, ayudando a los mutilados a reeducarse en vistas a trabajos agrícolas o enseñando a los ciegos (a consecuencia de los gases tóxicos) un oficio que pudieran ejercer una vez vueltos a la vida civil.

Algunas comunidades sufrieron más por estar situadas por donde pasaban los soldados. Muchos monjes tuvieron que dejar el monasterio por algún tiempo. En la invasión de Bélgica en 1914, Westmalle tuvo que refugiarse en dos monasterios holandeses. El cuerpo de ingenieros belga, en la defensa de Amberes, tuvo que hacer saltar el campanario, causando también daños en la iglesia. Una parte de la comunidad de Achel, con el P. Abad, se encuentra en Diepenveen y Tegelen. En Oelenberg y Altbronn, las comunidades tienen que dejar el monasterio durante dos o tres meses.

Otras comunidades se encuentran amenazadas en 1918. Dom Chautard, que ejercía entonces la paternidad de Belval, tuvo que hacer evacuar la comunidad a Gardes en abril; permanecieron allí hasta octubre. Solamente cinco comunidades quedan en su sitio. Once Hermanos de Saint-Sixte fueron a Sept-Fonts. Mont-des-Cats había quedado intacto en octubre de 1914¹¹⁶, pero es tomado en el ataque alemán desde abril de 1918: en el asalto pereció, en brazos del P. Abad, el sobrino del emperador alemán, el joven príncipe Maximiliano de Hesse; desde el día 15 de abril los primeros obuses caen sobre el monasterio. La comunidad se refugia cerca de la frontera belga, en Watou, pero el 27 de abril 14 Hermanos ancianos, guiados por el prior, se dirigen a la Gran Trapa, donde se instalaran hasta la muerte del abad de Mont-des-Cats, el 1 de marzo de 1919. Volverán para la elección de su sucesor, a pesar de la destrucción de la abadía. Esta queda destruida por combates encarnizados, que se escalonan de abril a septiembre. De la iglesia, que había sido inaugurada veinte años antes, sólo quedan los muros. Los claustros, la sala capitular, la puerta de entrada y la cervecería son destrozadas. A partir del 6 de septiembre los monjes reconstruyen la parte que había quedado en pie: el refectorio se convierte en capilla y el dormitorio se traslada al sótano, donde se curaban

¹¹⁶ El general Foch, futuro generalísimo y mariscal, tuvo su cuartel a unos cuantos Km. de Mont-des-Cats, desde octubre de 1914 a junio de 1915. Venía a menudo a la abadía, a pedir oraciones a los monjes y mantuvo una relación epistolar con el abad.

los quesos. La reconstrucción terminará en 1926, con un proyecto más simple que el de 1898.

Igný – esto ya ha sido referido al hablar de Mons. Marre, § 2.3.2. – será dinamitado el 3 de agosto de 1918, durante la retirada de los alemanes. Los 6 monjes aún presentes habían dejado el lugar el 28 de mayo y habían partido a su casa madre, el Desierto. Pero la comunidad era de edad avanzada y demasiado reducida para poder ocupar nuevamente Igný. Se instalan a disgusto – ellos pensaban que provisionalmente – en un rincón de Cîteaux. La reconstrucción de la abadía se emprenderá de 1926 a 1929, pero para las monjas llegadas de Laval.

Latroun, en Palestina, tuvo que sufrir algunos daños en sus edificios, así como Oelenberg, cuya iglesia consagrada en 1906 fue demolida y tuvo que reconstruirse: será consagrada de nuevo en 1927. Esta comunidad tuvo que padecer más profundamente la derrota de Alemania: los miembros alemanes de la comunidad, que eran la mayoría, tuvieron que dejar la Alsacia, entregada a Francia. El P. abad, dom Pierre Wacker, el único alemán que pudo quedarse, abrió para sus hijos el refugio de Banz, en Baviera, que el Capítulo General de 1921 transformó en fundación. Pero el lugar, elegido a toda prisa al fin de la guerra, presentó dificultades materiales y la comunidad se cambió en 1925 al antiguo monasterio de Engelszell, a orillas del Danubio, en Austria.

En Bosnia, la comunidad de Mariastern contaba con 123 alemanes y sólo 8 eslavos... A decir verdad, en 1919 el abad, dom Dominique Assfalg, adquirió la abadía de Himmerode, además de un refugio en el Tirol y una fundación en Zemoniko en Dalmacia. Ocho religiosos alemanes de Mariastern, en el momento de su desmovilización, habían partido directamente a esta abadía en lugar de regresar a su monasterio. La situación se complica, pues no tienen ni la autorización de su abad, dom Bonaventure Diamant, que sucedió a dom Assfalg, ni la de la Santa Sede, a la que habían pedido pasar a la Común Observancia. El Capítulo General de 1921 estaba tentado de readquirir este antiguo monasterio fundado por san Bernardo, pero era necesario que los ocho rebeldes dejasen el lugar. Finalmente, no se pudo hacer y el monasterio quedó en la Común Observancia.

SEGUNDA SECCIÓN: EL ARRAIGO (1922-1939)

El arraigo en la tradición

3.1. LOS ABADES GENERALES ENTRE LAS DOS GUERRAS

3.1.1. Dom Ollitrault de Kéryvallon (1862-1929), Abad General (1922-1929)

El Capítulo General de 1922, que aceptó la dimisión de Mons. Marre, fijó la elección de su sucesor el 13 de noviembre siguiente. Resultó elegido para el cargo de Abad General el abad de Melleray, dom Jean-Baptiste Ollitrault de Kéryvallon.

Había nacido el 13 de abril de 1862 en Quintin, una pequeña localidad de la Bretaña, en una familia golpeada muy pronto por la muerte: cuando el padre murió en 1867, a consecuencia del cólera, ya habían muerto cinco de sus hijos. En esta situación, Jean-Baptiste, con su hermana, fueron confiados a los cuidados de los abuelos. En la escuela del pueblo, y después en el seminario menor, dio muestras de una inteligencia precoz y vio que sus esfuerzos eran coronados por el éxito. Experimentando una atracción a la vida religiosa ya desde la edad de seis años, entró en el seminario mayor de Saint-Brieuc, dirigido por los padres maristas. Su salud, no obstante, era delicada. Por ello debió interrumpir sus estudios de filosofía, a causa de enfermedades sucesivas que le forzaron a un descanso. Después de un tiempo como profesor en un colegio marista, fue enviado al noviciado de Paington, en el Devon, en Inglaterra, al finalizar el año 1884. Sin embargo, después de cinco o seis meses, experimenta otra llamada interior hacia la vida monástica, vocación que fue confirmada por su maestro de novicios y su provincial.

Fue así que llamó a Melleray el 1 de junio de 1885, cuyo abad era, en aquel momento, dom Eugène Vachette, Vicario General de la Congregación llamada de la Trapa. Comenzó su noviciado el 14 de junio. Unos meses más tarde, dom Eugène lo toma como secretario, lo cual demuestra la estima de que era objeto. Hizo la profesión simple el día de su fiesta, el 24 de junio de 1887; y recibe, el mismo día, las órdenes menores. Tres meses después, el subdiaconado. Al año siguiente, el 17

de marzo, ya es diácono; y el 18 de noviembre es ordenado sacerdote. Es admitido a la profesión solemne el 2 de julio de 1890. Pronto, su abad le nombra subprior y maestro de novicios. Sólo tiene 28 años.

SUPERIOR DE WOOD-BARTON

Al igual que muchas otras comunidades, debido a la ley de julio de 1901 que hace temer una expulsión de Francia, Melleray trata de encontrar un lugar como posible refugio. Dom Eugéne piensa en Inglaterra y viaja para gestionar el proyecto, acompañado de su subprior. Compran una propiedad de 150 hectáreas en Wood-Barton, en la diócesis de Plymouth: está en total abandono y sin las mínimas condiciones para ser habitada. El abad envía una expedición de 11 monjes, con el P. Jean-Baptiste al frente de la misma. El primer grupo de cuatro monjes abandona Melleray el 19 de marzo de 1902, y debe afrontar una gran tormenta. Después de una escala en el noviciado de Plaignton, bien conocido por el P. Jean-Baptiste, los monjes toman posesión de su nuevo lugar de residencia. Era preciso construir un monasterio capaz de recibir, en caso de éxito, a la comunidad entera de Melleray. Se colocó la primera piedra el 10 de diciembre de 1902. El edificio levantado fue bendecido por el obispo de la diócesis, el 30 de agosto de 1905. La hermana mayor del P. Jean-Baptiste era religiosa de las Damas de Santo Tomás de Villanueva, y estaba de superiora de la comunidad que residía en la población cabeza del distrito ¡donde se encontraban los trapenses! No hay que decir que las Hermanas encontraron en ellos ayuda y apoyo, tanto material como espiritual: ¡el P. Jean-Baptiste sería su capellán!

La agricultura y la ganadería, particularmente de ovejas, constituyeron la economía de la pequeña comunidad. Pero la prosperidad no llegó enseguida. Los primeros meses fueron difíciles. Sin embargo, los esfuerzos de los monjes transformaron pronto la explotación en una propiedad modelo, que conseguía los mejores premios en las exposiciones agrícolas.

Hacia fines de noviembre de 1918, cuando Francia se alegraba de la victoria y curaba sus heridas, la salud del P. Jean-Baptiste se vino abajo. Habiéndose declarado un intenso dolor interno, fue llevado al hospital, y el cirujano no diagnosticaba nada bueno: al enfermo le quedan tan sólo unas semanas de vida. Con todo, sufrió varias operaciones. Una tarde, la situación parecía desesperada: hacía una semana que las piernas estaban paralizadas y comenzaban a enfriarse, la respiración se hacía difícil. Los dos monjes que estaban junto a la cama rezaron por él las últimas oraciones. La enfermera jefe preparó todo lo necesario para la atención fúnebre, pero no encontraba lo preciso. Con gran presencia de espíritu y con voz entrecortada, le dice el P. Jean-Baptiste: “¡Las medias están en tal lugar!” Al día

siguiente, 8 de diciembre a las 2 de la mañana, cuando la comunidad y otras personas terminaban una novena, se dio milagrosamente una sensible mejoría y el P. Jean-Baptiste recuperó poco a poco la sensibilidad en las piernas. La mejoría iba en aumento. Dio gracias a la Virgen mas le pidió que la mejoría fuera lenta, a fin de que no se atribuyera a un milagro. Fue escuchado, ya que fueron necesarios 105 días, más de tres meses de cama. ¡Hubo tiempo para contar las moscas del techo! Pero la Orden precisaba todavía de él ¡y esto se sabía allí arriba!

ABAD DE MELLERAY

En Melleray, la salud del P. Abad no es ya la de antes desde hace unos años. Hay que decir que tiene 88 años y se encorva bajo el cargo abacial de casi 44 años. Entrega finalmente su alma a Dios el 25 de abril de 1919, rodeado del cariño de sus monjes. Hay que pensar en su reemplazo: el 5 de agosto de 1919, la preferencia de los electores se ha fijado en el superior de Wood-Barton. La bendición abacial tiene lugar el 28 de octubre y dom Jean-Baptiste toma por primera vez parte en el Capítulo General en mayo de 1920. Este Capítulo se negó – lo sabemos – a aceptar la dimisión de Mons. Marre. Quien debía sucederle era aún nuevo por completo en la venerable asamblea: ¡la hora de Dios no podía sonar todavía!

La situación política de Francia, después de la Guerra de 1914-1918, no daba ya que temer demasiado a expulsiones: la mayor parte de los refugios establecidos fuera de las fronteras se fueron cerrando poco a poco a partir del año 1920. Es la decisión que tomó dom Ollitrault con respecto a Wood-Barton. Era preciso, por otra parte, consolidar la fundación de Divielle, en la Landas: ésta fue instaurada para acoger a los monjes españoles procedentes de Santa Susana, refugiados al principio en Melleray luego de la supresión estatal en 1835. Dichos españoles aprovecharon las expulsiones francesas de 1880 para regresar a su país, dejando exangüe a la comunidad de Divielle.

Dom Jean-Baptiste no tardó mucho en hacerse querer de sus compañeros. En cada Capítulo General, se nombra un Abad Vicario para ocuparse de la Orden en caso de impedimento o muerte del Abad General: dom Eugène Vachette era el elegido regularmente desde 1893. Después de su muerte, fue elegido en su puesto en el Capítulo de 1920 el abad de la Gran Trapa; pero, ya anciano y enfermo, presentó la renuncia al inicio del Capítulo de 1922: el elegido para reemplazarle fue dom Ollitrault, en el tercer Capítulo General al que asistía. ¡Y he aquí que, al acabar el Capítulo, Mons. Marre le entrega su carta de dimisión, para que la lea en la asamblea! Le correspondió al abad de Melleray presidir el Capítulo de la elección del sucesor el 13 de noviembre siguiente. Adivinando que su título de Vicario le designaría en los sufragios de muchos y sintiéndose fatigado luego de sus enfer-

medades de 1918 y los veinte años de su mandato abacial y no sintiéndose con talla para ejercer dicho cargo, obtiene una audiencia del Santo Padre, pensando poder apoyarse en una palabra del Papa para rehusar la elección. Pero Pío XI no entró en sus puntos de vista, y dom Jean-Baptiste hubo de aceptar lo que él llamaba su triste elección, como consecuencia de una “distracción del Espíritu Santo”.

ABAD GENERAL

Desde el principio, las molestias en la salud resurgieron. Luego de una breve estancia en Roma, en diciembre de 1922, donde intentó en vano influenciar a Mons. Marre ¹, regresó a Melleray, para la elección de su sucesor el 22 de enero. Visita algunas casas del Oeste, después retoma el camino de Cîteaux, del mediodía y de Italia. Pero en febrero se detuvo en Maguzzano a causa de una herida misteriosa en el pie. La tenía desde hacía algunos días, cuando he aquí que el 22 de febrero, al levantarse, comprueba una gran inflamación y una herida grande en la parte superior del pie. El médico ordena reposo absoluto con la pierna extendida. No deja de proseguir la Visita Regular, sentado en la cama. El estado del pie mejora, pero no está curado del todo cuando termina la Visita. Tendido sobre un asiento, vuelve a Roma. A decir verdad, el pie no ha cesado de molestarle, ya que quedará inmovilizado en Melleray ² en febrero de 1928, hasta el punto de que, dos meses antes de su muerte, deberá ser hospitalizado de nuevo en la clínica Bizet, de París, para unas sesiones de rayos ultravioletas.

En 1927, la alarma será más seria ³. En abril, sufre un grande quiste en la garganta que le ahoga. Se empieza por aplicarle, tres veces al día, grandes compresas empapadas en agua hirviendo... “Imaginaos las muecas”, escribe, ¡se trata de una preparación para el purgatorio! Al final será necesario utilizar el bisturí, en la clínica Bizet, a principios de mayo. Pero las cuerdas vocales, junto a la cicatriz, quedan lesionadas y paralizadas. Serán necesarios varios meses para recuperar el uso correcto de la voz, lo que, evidentemente, le va a crear molestias en su ministerio, y particularmente, en la presidencia del Capítulo General de septiembre de

1 Este le dará en diciembre de 1923 algunos consejos: que siga el régimen que le prescriba el médico por sus problemas de intestino ¡y que no se fie de la comida de la Casa Generalicia! Que no tenga reparo en usar, para sus desplazamientos por la Ciudad eterna, un vehículo normal, tal como él mismo lo ha hecho: Tre Fontane puede facilitar caballo y cochero... Se habría dado cuenta de la manera de comportarse de dom Jean-Baptiste, que nunca buscaba sus comodidades, sino todo lo contrario: lo que podía mortificarle.

2 Escribe el 20 de febrero: *Llevo ya doce días tendido, además del breve desplazamiento casi diario que realizo para estar con nuestro Doctor en Joué sur Esdre para ser sometido, durante una media hora, a corrientes eléctricas muy eficaces, al parecer.*

3 Erróneamente, Henri Charrier habla de fines de 1925, principios de 1926, en el panegírico sobre dom Ollitraul (Westmalle 1930, p. 42). Este autor, en las distintas noticias sobre nuestros Abades Generales, no siempre es de fiar en cuanto a las fechas.

1927⁴ : manda leer sus intervenciones más importantes. En octubre, escribe que va de doctor en doctor: ¡le siguen poniendo todavía compresas ardientes! La voz progresa pero debe cuidarla. Él mismo no se cuida que, digamos, como de costumbre... Ya el Capítulo General de 1925 tuvo que mandarle formalmente tomarse, lo antes posible, tres semanas de descanso absoluto y de seguir rigurosamente un régimen apropiado. Al inicio del Capítulo de 1928, todavía se lamenta de que aún tiene paralizada una cuerda vocal: los médicos le recomiendan no hablar en público.

Todos estos sinsabores no le impiden, a pesar de todo, cumplir el programa de visitas que tiene fijado, aunque a veces se impongan algunos retrasos. Curado apenas del pie, a principios de mayo de 1923, va a Bélgica, baja luego hacia Melleray para la bendición abacial de su sucesor, el 10 de junio, haciendo una parada a su paso por Mont-des-Cats y Belval. Le acompaña dom Fabián Dutter que sigue desempeñando su función de Definidor-secretario, que asumía ya en tiempos de Mons. Marre, desde 1908. Prosiguiendo sus visitas por el oeste de Francia, se entera de la muerte prematura del Procurador dom Norbert Sauvage, a los 47 años, el 8 de julio de 1923. Dom Fabián regresa a la Casa Generalicia; y deja al Reverendísimo quien prosigue, solo, sus visitas. El Capítulo General de 1923 nombra como Procurador a dom Robert Lescand, Abad Auxiliar de Cîteaux, desde hace 25 años. Dimite, por consiguiente, de este último cargo. Dom Jean-Baptiste escogió como auxiliar de la abadía madre, de la cual era el abad, a dom Fabián Dutter, que – en 1925 – recibirá el título de abad del Verger⁵. En adelante será el secretario particular. Ello acrecienta el número de sus ocupaciones y... los méritos de sus destinatarios, dado que su letra, demasiado rápida, resulta a veces muy relajada y algunas de sus letras son verdaderas marañas⁶.

ALGUNOS ASUNTOS IMPORTANTES

El traslado del Monasterio de las Catacumbas

Se ha tratado de la fundación de esta comunidad en el capítulo dedicado a dom Wyart. Después de unos comienzos difíciles, los acuerdos con la Santa Sede permitieron a la comunidad sacar alguna ventaja de la custodia de las catacumbas; hasta el punto de que, con las rentas de la chocolatería, se pudo ayudar a las nece-

4 Este Capítulo quedará marcado por la muerte de Mons. Marre, pocos días antes de su apertura.

5 Recibirá la bendición abacial durante el Capítulo General, el 14 de septiembre. Dom Ollitrault dio pruebas de mucho humor en el “toast” que pronunció durante la comida, al igual que el mismo dom Fabián.

6 Él lo sabe. Cuando está en cama en Melleray, febrero de 1928, dicta una carta que hace firmar “Fr. Marie Jean-Baptiste, quien debe a su pie el ver su nombre tan bien escrito, ¡al menos una vez!”

sidades no sólo de la comunidad, sino también de las monjas de Grottaferrata. En 1912, el Vaticano piensa confiar a otros esta custodia de las catacumbas, dejando totalmente la propiedad en alquiler a los trapenses. La situación de estos resulta precaria y el Capítulo General de ese año cree que es mejor tomar la delantera y prever una salida. Mas parece que las cosas se normalizan y no se volverá a plantear el tema hasta pasada la guerra: el arrendamiento y el convenio con la Comisión de Arqueología Sacra expiran en noviembre de 1922. A pesar de las dificultades presentadas casi de continuo por la Comisión vaticana de Arqueología, el arrendamiento es renovado por 29 años. Sin embargo, en 1927 es roto de modo arbitrario por la administración de los Bienes de la Santa Sede, sin que fuera posible recurrir contra semejante decisión, cuyo fundamento y las razones expuestas la Orden critica. También el Capítulo General de este año autoriza a la comunidad a buscar un lugar para establecerse. La Santa Sede le da dos años para encontrar una nueva casa. Se tratará de Frattocchie en 1929, si bien el lugar donde se encuentra la propiedad no responde a los deseos del Abad General ni a los del Capítulo General ni a los del Definitorio, con todo, es el único lugar aceptable que encontró la comunidad –asegura ella misma- antes de que expirara el plazo impuesto por las Santa Sede.

Congo

Leopoldo II, rey de Bélgica, al final del s. XIX, quiso que los trapenses se instalaran en el Congo, y se dirigió al abad de Westmalle, dom Benedictus Wuyts. Este rehusó en distintas ocasiones, so pretexto de carecer de candidatos para una fundación. Su Majestad se dirigió, entonces, directamente a León XIII quien vio la petición con buenos ojos, hasta el punto de hacer que la Congregación de Propaganda ofreciera una buena cantidad de dinero. No había otra salida que obedecer y el Capítulo General de 1893 aprobó la fundación, que se llamó de Ntra. Sra. de San José. Al año siguiente, el 17 de marzo, el Superior es elevado a la dignidad abacial por dom Wyart, y traslada la fundación a Bamania, pero muere a los 48 años, el 1 de febrero de 1899. Es sustituido sólo por superiores que relajaron la observancia, estricta en exceso, impuesta por el fundador. En 1900, se plantea el tema de la evangelización de los pueblos circunvecinos y la educación de los niños. A decir verdad, no hay intención de construir una abadía tradicional y, sin Visita Regular, los monjes quedan abandonados a sí mismos: un centro de misión queda erigido a 10 horas de piragua de Bamania. Bajo la presión del gobierno y del Vicario Apostólico, se funda un segundo centro misionero en 1901, en Coquilhatville, a 9 kms de Bamania. ¡Se metió el dedo en la rueda! Hay que decir que los monjes se instalaron en una región cuyos límites eran de 660 por 250 kms, en la que no había

ningún sacerdote católico: ¿cómo no ceder a la presión de hacer apostolado? ⁷. Finalmente, les será encomendado todo el sector. Con el fin de reclutar candidatos para el Congo, se erige una casa de formación en 1904, en Charneux (Val-Sainte-Marie), fundación de Tilburg. De hecho, ella no funcionó como tal más que unas pocas semanas ⁸. Además una revista, de 1904 a 1914, *Het Missiewerk*, intenta despertar vocaciones misioneras entre la juventud ⁹.

La Santa Sede sigue de cerca la situación y señala al Abad General, y por su mediación, al Capítulo General de 1905, las anomalías de la vida de los religiosos: no han sido enviados al Congo para ser dispensados de la vida monástica y de la observancia de las Constituciones. Mons Marre, a su paso por Westmalle, manda tomar las medidas necesarias, ratificadas por el Capítulo General: será levantado un pequeño monasterio céntrico, donde todos pasarán un tiempo de tanto en tanto; se limita a sólo tres los centros de misión. ¿No se trata de querer salvar, a la vez, la cabra y la col? ¿Cómo serán aplicadas estas medidas en el Congo? En 1907 es nombrado un nuevo superior, el P. Grégoire Kaptein, quien desea recuperar algo la disciplina monástica; pero no logra imponerse y resulta poco apreciado por los demás. En 1920, quema la mecha entre el superior y un monje, en particular, que se comporta de forma inadmisiblemente hacia él y acaba por independizarse, actitud que será calificada de apostasía. Por lo que toca al superior, no podrá ocupar de nuevo su cargo después del Capítulo de ese año, al que participó: deberá esperar en Leopoldville. Dom Herman Smets, abad de Westmalle, poco tenido en cuenta en el Congo debido a su apoyo al P. Grégoire, encarga a dom Le Bail, en 1921, hacer una Visita Regular, detenida, que será la primera desde la fundación. El Visitador pasa en el Congo varios meses ¹⁰; regresa convencido de que la misión, ya muy extendida ¹¹, es ineluctable: sugiere apoyarles, aunque la vida no sea tan estrictamente cisterciense. La Visita concluye pidiendo la dimisión del P. Grégoire y sugiriendo algunas medidas que conservarían una nota cisterciense dentro de un estilo de vida misionera. No obstante, el Capítulo de 1922 siguió otra dirección y decide que se continúe en la estricta línea cisterciense: reunir a todos los religiosos en

7 Sabemos que dom Wyart tenía un alma misionera y era su deseo que nuestros monasterios desarrollaran algún apostolado. Alababa Mariannahill y Bamanía...

8 En un principio, prevista como posible refugio para un monasterio francés, dicha fundación fue ofrecida a Westmalle en febrero de 1904, como noviciado para Bamanía; pero, por causa desconocida, el abad llamó de nuevo a Westmalle a todos sus ocupantes, el siguiente 8 de abril.

9 El P. Herman Smets, futuro Abad General, fue durante un tiempo su jefe de redacción.

10 La visita canónica durará del 31 de mayo de 1921 al 4 de enero de 1922: siete meses, a los que hay que añadir ¡dos meses de viaje para ir al Alto Congo y volver! En el lugar, el Visitador ha recorrido más de 2000 kms. en piragua o en caravana por tierra, para visitar todos los centros.

11 Ella cuenta en este momento con cinco centros, cada uno con un superior. Ciento noventa y nueve catequistas, en granjas-capillas, ayudan a 14 Padres y a 10 Hermanos trapenses, para atender a 23.000 cristianos y a 10.000 catecúmenos.

un único monasterio, en el que se seguiría la observancia monástica tradicional, con sólo algunas dispensas, por motivos del calor. Por lo que se refiere a la misión, será confiada a los misioneros de Issoudun, excepto una parroquia y una escuela situadas a las puertas del monasterio ¹². Pero ya es demasiado tarde, y resulta imposible: los religiosos, descontentos, quieren abandonar la Orden. Roma decidió una Visita Apostólica, realizada en 1924 por el abad de Tilburg. La Santa Sede no esperó las conclusiones de la Visita y concedió a los monjes su secularización. Seis conversos, que decidieron no dejar la Orden, regresaron a Westmalle ¹³. Es, prácticamente, el final de la comunidad cisterciense, decidido por un decreto de la Congregación de Religiosos del 23 de marzo de 1926.

Las Constituciones de las monjas de la Orden

Hasta este momento las monjas seguían las antiguas Constituciones del 1883. Pero la aparición del Código de 1917 pedía una renovación de las mismas. Se pensó en aprovechar esta ocasión para conseguir la exención de las monjas, perdida después del decreto de 1834. La Orden no tenía, con respecto a las monjas, más que una “cura spiritualis”. Mas los contactos tenidos con el canonista que debía estudiar el tema en la Congregación, el P. Vermeersch, no hacían esperar que el asunto llegara a feliz término. Como máximo, este canonista sugería la distinción entre “poder dominativo” de la Orden (para la disciplina y observancia monástica) y “jurisdicción” de los obispos. Con el fin de reducir al máximo el recurso a los obispos, se refuerzan los poderes de los Padres Inmediatos, hasta el punto de convertirlos en verdaderos superiores, con el peligro de limitar indebidamente la autonomía de las comunidades de monjas.

El proyecto de Constituciones prevé que las monjas puedan profesar votos solemnes. La Santa Sede los aceptará para los monasterios que los deseen, pero en este caso, las monjas quedarán obligadas a la clausura papal. En las comunidades con sólo votos simples, la clausura será “de derecho común bajo la vigilancia de los obispos”.

Las Constituciones fueron aprobadas el 22 de junio de 1926.

12 Al animar a dom Anselme Le Bail a que acepte la misión que le quiere confiar el abad de Westmalle, Mons Marre le recordaba que “el rey Leopoldo no nos había pedido fundar una misión, sino crear un monasterio de trapenses. En su lugar, nuestros religiosos se han convertido en misioneros, y en ese momento nos hemos desviado: estamos realizando un apostolado al que no hemos sido llamados y que no responde a nuestra vocación”. Es lo que recuerda el Capítulo General de 1922, en contra de las conclusiones de dom Le Bail, el único que conocía personalmente la situación.

13 Dom Grégoire volvió a su comunidad en 1921, después de haber dimitido. Con todo, acompañó al abad de Tilburg en la Visita de 1924.

Refundición del libro de los Usos de los monjes

Después de la aprobación, en 1924, de las correcciones referentes a las rúbricas del Misal, conforme al rescripto de 1913, y la referente a las Constituciones de los monjes del 26 de enero de 1925, se pudo pensar en la revisión del libro de los Usos. La decisión se tomó en el Capítulo de 1924, y el trabajo se confió al Definitorio. Se editó en 1926. Dom Vital Lehodey fue invitado a adaptar también el Directorio espiritual al Código.

La Obra de oraciones para el Extremo Oriente

La iniciativa de una cruzada de oraciones para la conversión de China y del Extremo Oriente la tomó dom Maur Veychard, abad de Ntra. Sra. de la Consolación ¹⁴, en 1914. Dirigiéndose a los obispos de China, confiaba en que su apoyo y sus recomendaciones permitirían recoger los donativos suficientes para que pudiera celebrarse una Misa todos los días, en la que comulgaran tres hermanos, por la conversión de China, en la capilla edificada a este fin.

Su sucesor, dom Luís Brun, elegido el 16 de febrero de 1921, misionero en China antes de ser monje, quiso ampliar esta iniciativa y transformarla en una especie de cruzada de misas y oraciones para la conversión de los paganos del Extremo Oriente. Evidentemente, era necesario tocar el corazón de Occidente: pidió el apoyo del Capítulo General, el cual aprobó su proyecto en 1921. Es más, consiguió una audiencia de Pío XI, el 5 de abril de 1923, y consiguió sin dificultad ganar para su causa al Soberano Pontífice, quien se inscribió como primer cruzado, prometiendo celebrar para esta intención el 15 de cada mes. Pío XI concede indulgencia plenaria a quien rece por dicha intención durante veinte minutos delante del Santísimo Sacramento expuesto. Los que se adhieran se comprometerán a celebrar una misa al año, o a comulgar doce veces al año por esta intención.

Según el deseo de dom Brun, el Capítulo General acepta que el centro de la Obra sea fijado en Cîteaux: el director general será el Abad General, pero con un suplente y, en cada nación, un promotor; el conjunto de promotores formará una comisión especial. Dom Dominique Nogues, abad de Timadec, acepta ser el suplente del Abad General y compromete activamente los monasterios en la Obra. Da cuenta a cada Capítulo General hasta la segunda Guerra Mundial. Desde 1923,

¹⁴ Llegado a China en 1891, era prior al morir el abad dom Bernard Favre, el 5 de julio de 1900, pocas semanas antes del ataque al monasterio, que los Boxers tenían proyectado para el 15 de agosto siguiente (pero que, milagrosamente, no se realizó). Gobernó a la comunidad en el interin y resultó elegido abad el 2 de julio de 1904. Seguirá en el cargo hasta su muerte, el 30 de abril de 1919.

la Santa Sede manifiesta su apoyo a la Obra erigiéndola en *Pium Opus*. En 1924, ésta se fusiona con una obra semejante que un jesuita había iniciado tres años antes. A partir de este momento, creció rápidamente mediante una propaganda bastante intensa, sostenida pronto por un boletín trimestral impreso por la Orden y una hoja mensual ¹⁵. El concilio de Shanghai, este mismo año, la recomienda a todos. Dom Ollitrault aprueba, sin duda, que se ore según la intención de esta obra, pero le parece que la propaganda a la que se entregan los monasterios no está de acuerdo con nuestra vida de silencio y clausura. No ve la razón para “sacudir el mundo mediante trombones, tambores y trompetas...” (14 de enero 1924, al Procurador). Mientras tanto, vienen felicitaciones y ánimos de parte del Papa... El 31 de agosto de 1925, los suscriptores ya llegan a 350.000, entre ellos 11 cardenales y 112 obispos; tres años más tarde estamos ya en 800.000 y en 1930, dom Nogues anuncia que, al finalizar el año, se alcanzará el millón.

De todos modos, la Obra resulta financieramente pesada ¹⁶ y necesitada de tiempo para el envío a los suscriptores; de ahí que, a partir de 1931 el abad de Timadeuc prepara un largo informe a favor de renunciar a ella por parte de la Orden, lo que suscita una fuerte reacción por parte de dom Louis Brun. Las actas del Capítulo General de 1931 no lo reflejan: a dom Dominique se le pidió, sin duda, retirar su informe... Pero en 1946, después de la guerra, el Capítulo General aceptará la decisión de abandonar la Obra ¹⁷.

CALDEY

Un grupo de anglicanos restablecieron la vida benedictina en la Alta Iglesia de Inglaterra y se instalaron en la isla de Caldey, tierra de antigua tradición monástica en el país de Gales. Pudieron adquirirla en 1906 gracias a la generosidad de fieles protestantes. Su influjo era importante, gracias a la propia revista “Pax”. Pero, debido a ciertas dificultades con su jerarquía, que les veía demasiado católicos y dentro de una razonable evolución, decidieron, en 1913, separarse de la comunión anglicana y adherirse al catolicismo. El acontecimiento causó ruido y, en el ambiente de la época que nada tenía de pacífico en el campo ecuménico, suscitó, a la vez, cierto triunfalismo de una parte y la cólera de la otra. No solamente cesó

15 La publicación de un boletín fue decidida en el Capítulo General de 1924. Su tirada más alta parece haber sido de 12.000 ejemplares difundidos por los monasterios. Dom Anselme Le Bail se comprometerá en la redacción.

16 Dom Louis Brun quería que fuera totalmente gratuita, a fin de favorecer las adhesiones. Sin embargo, el Capítulo General de 1924 habla de suscripciones al boletín y de donativos.

17 Dado que no ha sido posible encontrar a quien trasmitirla, el P. Abad de Timadeuc, en el Capítulo General de 1948, aceptó seguir ocupándose de la misma. Pero el contexto religioso ya no era el mismo y el Capítulo General de 1954 juzgó que ya no era conveniente retomar y amplificar la propaganda a favor de la Obra; recomienda solamente a las comunidades seguir orando por esta intención.

la generosidad, sino que algunos bienhechores exigieron el reintegro del dinero adelantado para la compra de la propiedad. Dado, por otra parte, que la gestión material de la comunidad no era de las mejores –estos benedictinos no eran buenos paisanos-, la comunidad, diez años más tarde, se encontró con una catástrofe financiera. Fue necesario vender la propiedad e irse a otro lugar.

La Santa Sede temía que este contratiempo pudiera dañar su prestigio en tierra anglicana. Dom Ollitrault, que conocía Caldey y la había visitado varias veces desde 1913, cuando era superior de Wood-Barton, fue requerido por Pío XI para que viera de encontrar una solución honrosa para todos ¹⁸. A partir de la conclusión del Capítulo de 1924, dom Jean-Baptiste visitó Caldey, pero no era pensable que la comunidad se convirtiera en cisterciense, como era el deseo de la Santa Sede –su ritmo de vida era muy diferente del nuestro- y dom Ollitrault creyó que el asunto estaba cerrado. Con todo, la Santa Sede insistió y propuso que la Orden comprara la isla sin más. En abril de 1925, después de una visita en compañía de abades irlandeses e ingleses y de los de Timadeuc y Sept-Fons, dom Ollitrault propone que la Orden, por medio de un préstamo, asuma las deudas de los benedictinos, permitiéndoles permanecer en el lugar todavía por tres años. En aquel momento no se veía quién podría sustituirles. Dejarían el lugar si nuestras casas de Francia fueran amenazadas de expulsión. El pago de las deudas nos convertiría en propietarios. Seguidamente se vería qué hacer. Este arreglo nos mereció el agradecimiento de la Santa Sede, si bien motivó serias preocupaciones a dom Jean-Baptiste.

Fue necesario actuar con presteza para satisfacer a los acreedores, que amenazaban recuperar la isla. Negociaciones, bastante difíciles, gestionaron el asunto con el fundador de Caldey, en ese momento en América, como propietario legal. Las primeras deudas fueron satisfechas y se pudo esperar el Capítulo de 1925 para dar algún paso más. En dicho Capítulo, muchas casas colaboraron y se formó un grupo financiero. La Orden pudo así levantar la hipoteca que pesaba sobre la isla y convertirse en propietaria, permitiendo de esta manera que continuara como lugar católico. Se compraron también la granja y el ganado, y tres monjes de Timadeuc ¹⁹ fueron a fines de año para ayudar a los benedictinos a gestionar la propiedad, para que no se devaluara. Cuando los benedictinos se fueran, serían ayudados económicamente.

En noviembre de 1926, el Abad General y el de Timadeuc visitan la comunidad que se ha bastante incrementado, con nuevos miembros, hasta el punto de

¹⁸ La petición se hizo oficial mediante una carta del Cardenal Prefecto de la Congregación de Religiosos con fecha del 6 de abril de 1925. De hecho, dom Ollitrault había sido contactado a partir de abril de 1924, pero respondió que le era preciso esperar la luz verde del Capítulo General de septiembre para comenzar las gestiones.

¹⁹ Los PP. Coentin y Gérard, y el Hno. François. El P. Coentin Gudayer será elegido abad de Melleray el 28 de septiembre de 1928

que piensa ahora volver a comprar la isla! Un año más tarde, dom Anselme Le Bail, busca un lugar para hacer una fundación, pues su comunidad ya no cabe en Scourmont: es necesario o ampliar o fundar. Piensa en Inglaterra a fin de que pudiera servir, ocasionalmente, de refugio a su comunidad en el caso de un exilio. ¿Sería Caldey el lugar soñado? Una carta del 18 de febrero deja entrever una duda por parte del Abad General, quien, sin embargo, invita al abad de Scourmont a acompañarle en un viaje a la isla. Este viaje fue decisivo: se allanaron las dificultades económicas gracias a la generosidad de un insigne bienhechor, quien, resultó ser nada menos que el abad de Tre Fontane. La comunidad de Scourmont aceptó, a partir de marzo de 1928, el comienzo de una fundación en Caldey. Tres monjes fueron a reemplazar a los de Timadeuc, en julio; pero los benedictinos soñaban aún poder comprar de nuevo la isla. Finalmente, a falta de bienhechores, resolvieron abandonarla en diciembre de 1928 al fin de los tres años previstos, no sin antes reclamar el cobro de algunas deudas recientes, lo que obligó a dom Jean-Baptiste a viajar a Londres precisamente cuando sentía dolores en el pie, por lo que fue hospitalizado. La vida cisterciense comenzó con regularidad en Caldey el 6 de enero de 1929²⁰. Unas semanas más tarde, dom Ollitrault falleció: Scourmont le consideraba como el verdadero fundador de Caldey.

VIAJE A AMÉRICA

Debido a su enfermedad en el pie, dom Jean-Baptiste quedó inmovilizado en Melleray en febrero de 1928. Con todo, lo hemos visto, viaja a Caldey en marzo con dom Anselme Le Bail. A su regreso se embarca para Estados Unidos en abril. Hacía 19 años que nuestras casas trasatlánticas no recibían visitas del Abad General. Dom Obrecht, abad de Getsemaní, le había ya invitado para el triple jubileo de 1924²¹; pero dom Jean-Baptiste no podía emprender tan largo viaje en aquel momento. Lo inicia, pues, en la primavera de 1928, con dom Fabián Dutter, Abad Auxiliar de Cîteaux. Dom Obrecht le recibe en Nueva York y le lleva a Getsemaní. Después de la Visita Regular de la comunidad, sigue su camino hacia New Melleray, acompañado de dom Vital Klinsky, ex abad de Achel, que se había retirado a Gethsemaní después de su dimisión en 1927. En Prairies, a Winnipeg, donde llega el 8 de mayo, se encuentra con dom Pacôme, abad de Lac (Oka), que había venido a su encuentro: dom Jean-Baptiste le ha pedido que le acompañe para visitar las abadías canadienses. En todas partes, dirá este último, dejaba paz y nunca se iba

20 Cuando el obispo Mons. Vaughan pide a Pío XI, en octubre de 1928, una bendición para los trapenses que iba a recibir en Caldey, el Papa contestó: "No sólo les mando una bendición, sino tres".

21 Forzando un poco las fechas: los 75 años de la fundación, los 50 años de la profesión del abad y sus 25 años de abadiato.

de una casa sin antes dejar resueltas todas las pequeñas dificultades. Desde Oka irá cruzando Canadá; después de la Visita Regular a esta comunidad, del 15 al 20 de mayo, realiza las de Mistassini, San Romualdo (donde celebra los 25 años de su fundación) y Calvario: el monasterio está levantando sus paredes y, días más tarde, el abad de Bonnecombe, Padre Inmediato, vendrá a presidir la elección del primer prior. De regreso a Oka, el 7 de junio, se despide de la comunidad y regresa a Estados Unidos para la Visita Regular de El Valle, del 11 al 14 de junio. Dom Obrecht ha venido a su encuentro: le presenta su gran amigo, el cardenal Dougherty, de Filadelfia, y le acompaña al barco, a Nueva York.

LOS ÚLTIMOS MESES

En el momento de embarcar para Francia, le llega la noticia que golpea Melleray y le afecta muy hondamente: la muerte de dom Ambroise Bec, su sucesor, ocurrida en circunstancias más que preocupantes y dolorosas, la tarde del sábado 16 de junio de 1928²². Desde el momento de su llegada a tierra francesa, pasará unos días con su antigua comunidad, para confortarlos con su presencia. El 5 de julio se encuentra en París con algunos abades y viaja con ellos a Roma. A principios de agosto hace la Visita Regular a Westmalle, después de pasar por la Fille-Dieu y Oelemberg. Lo sucedido en Melleray acrecienta en él las preocupaciones y el cansancio. Durante el Capítulo General de septiembre sugiere su dimisión en tres ocasiones: el asunto de Caldey y su viaje por América serían, a sus ojos, un buen epílogo de su mandato de Abad General²³. Pero las reacciones de los capitulares hicieron que renunciara a tal idea. Permanecerá en el cargo, porque dice que “un religioso debe darse también con su incapacidad y sus enfermedades”. De todos modos, el Capítulo le pide de forma categórica que se tome un descanso. Pío XI, poco después, el 25 de octubre, durante una audiencia concedida a dom León, abad de Tre Fontane, le sugiere que trate de hacerse ayudar algo más, a fin de evitar un exceso de trabajo: hacerlo todo uno mismo no es buen método, le dijo. Pero, ¿cómo hacer? Terminado el Capítulo, dom Jean-Baptiste va a Tamié, sigue hasta Orval, va a presidir él mismo la elección de Melleray, y espera el consenti-

22 La causa de la muerte no ha sido manifestada nunca oficialmente. Parece ser que tuvo lugar una intoxicación o envenenamiento y que la muerte que siguió, horas más tarde, no fue natural. Indicios serios permiten sospechar que un familiar habría sido el responsable, y que habría obrado creyendo satisfacer al prior. El médico legal y el Procurador de la República (a quien contactó el prior) obraron como si quisieran ocultar el caso antes de que se hiciera público el escándalo. Pero el rumor de una muerte violenta se divulgó con fuerza y empañó la reputación del monasterio durante largo tiempo, particularmente entre el clero. Testimonios escritos de ancianos contemporáneos, recogidos en su momento, fueron deliberadamente destruidos. Sin duda que dom Ollitrault tuvo conocimiento de lo sucedido, pero hoy, por nuestra parte, no podemos cruzar los límites de meras hipótesis.

23 Había sugerido ya una posible dimisión en el Capítulo precedente, cuando estaba afónico y se recuperaba lentamente de la operación de un quiste en la garganta.

miento del que ha sido elegido, dado que se encuentra en Caldey. Se llega hasta Cîteaux, y regresa a Melleray el 10 de octubre, retomando las funciones de abad, trabajando incluso en recoger las patatas junto con los Hermanos, para “retomar” la comunidad y no dejarla sin superior hasta que llegue dom Corentin ²⁴. “He aquí”, escribe desde Melleray el 2 de octubre al Procurador, “he aquí el descanso que el Capítulo General me impone. ¡Con esto resulta fácil cumplirlo!... Descanse Vd. en mi lugar todo lo que pueda!” ²⁵. El 18 de octubre le escribe de nuevo: “Con dos oficios, tengo poco tiempo para distraerme! Viva el descanso mandado por el Capítulo General!” El Señor se encargará de darle, lastimosamente, ¡un molesto descanso!

Después de haber guiado los primeros pasos de dom Corentin en Melleray, se propone ir a Bricquebec a mediados de noviembre, visitando, de paso, a su hermana mayor, religiosa, enferma, retirada en Saint-James, a quien no había visto desde hacía tres años, para después tomar el camino de Cîteaux y Roma. Pero este bello programa se altera: desde Melleray, va directamente a la clínica Bizet, de París, para que le cuiden el pie, cuyo estado se ha vuelto a complicar: esta vez el diagnóstico es claro: diabetes ²⁶. Según escribirá a su hermana, hacía tiempo que la herida daba señales de infección y se podía temer una gangrena. Estará detenido como cinco semanas, por lo menos. Confía que las sesiones de rayos ultravioletas hagan pronto su efecto. El médico, por su parte, exige reposo. El enfermo consigue un permiso de 48 horas para tomar parte en la bendición abacial de dom Corentin, el 12 de diciembre. También le será autorizado, poco más tarde, dar un salto hasta Londres a fin de encontrar un arreglo a las diferencias con los benedictinos de Caldey, después de realizar, justo en los últimos días del año, la visita paternal a Bricquebec pedida por dom Vital. Esta visita, por lo demás, no produjo de inmediato la paz en la comunidad, y será ocasión de un intercambio de cartas que le darán preocupación a lo largo de las primeras semanas de 1929. Dom Vital trasluce en ellas su cansancio.

Llega a Roma el 10 de enero 1929, bien fatigado. ¡Le esperan 135 cartas! Y si mejora su pie, luego están los intestinos que le acosan. El 16 de febrero se acatarrá en Tre Fontane; los días siguientes, aparece con fiebre y se siente sin fuerzas. Llamado el día 22, el médico diagnostica una bronconeumonía y, constatada la debilidad del corazón, juzga grave su estado. El enfermo no se hace ilusiones; se está preparando a la muerte desde hace un mes. Al día siguiente, sábado, a las 14 horas,

24 El no dejará Caldey hasta el 5 de noviembre. Dom Jean-Baptiste le espera en Timadeuc y le lleva a Melleray el 10 de noviembre.

25 Por añadidura, se encontrará con el enojoso recurso ante la Santa Sede, por parte de un monje de Melleray, contra la elección: el presidente habría obrado mal, ¡de manera que el resultado proclamado sería, según el acusador, inválido!

26 Dice con humor que sentía venir “¡una ola de pereza que amenazaba echarme a tierra!”

el abad de Tre Fontane administra a dom Jean-Baptiste los últimos sacramentos. A las 22 horas parece entrar en agonía, pero se manifiesta cierta mejoría, hasta el punto de dar la impresión de que está fuera de peligro. Pío XI, avisado del estado de salud del Reverendísimo, convoca a dom León, el domingo a las 11h., y le encarga transmitir al enfermo una bendición suya muy especial. La noche del lunes 25 de febrero, hacia las cuatro de la madrugada, fallece a los 67 años, consumido prematuramente. Las exequias se celebraron en la capilla de las Hermanas de la Preciosa Sangre, donde ya se habían celebrado las de dom Wyart en 1904; y junto a él es sepultado el cuerpo de dom Ollitrault en el cementerio de Tre Fontane.

Para mucha gente la noticia fue una sorpresa; tanto más que la última enfermedad fue corta e ignorada por muchos. Hacía poco más de seis años que había sido elegido Abad General. Su predecesor había fallecido cinco meses antes. Pero, si se piensa, esta muerte rápida no sorprendió a quienes le eran más cercanos. Dom Dominique, abad de Timadeuc lo expresa bien: “¡¡Qué sacudida para toda la Orden!! Comprendo bien que nuestro General no haya podido resistir la neumonía; desde hacía un año había desmejorado mucho y me di cuenta, en la bendición de dom Coentin, que estaba muy fatigado. El Buen Dios se le llevó en buen momento, dado que los graves asuntos de Melleray y Caldey ya estaban resueltos; pero no se esperaba un desenlace tan trágico”. Sin duda que los viajes, los problemas de salud, las preocupaciones eran de tal naturaleza como para un desgaste prematuro; tanto más que ni tenía secretario particular desde 1923. Pero todo esto se ha agravado por el hecho de querer mantener un estilo de vida marcado por la pobreza y la ascesis, signos distintivos, a su entender, de la vocación cisterciense. El abad de Oka, que le acompañó durante un mes en su gira por Canadá, lo había observado. No consiguió que cambiara su viejo talego o su valija descompuesta y sin cerradura; ni que aceptara el confort que ofrecían los bien equipados trenes canadienses: pasaba la noche sentado en una banqueta, rehusando compartimiento particular, estando, como estaba, necesitado de descanso. El viaje de Prairies a Oka era de 48 horas; ¡dos noches consecutivas en tren!

Los testimonios de simpatía llegan a la Casa Generalicia no solamente de parte de abades y abadesas, sino también de superiores y superiores religiosas de todas las congregaciones, de obispos y cardenales. Todos ellos son prueba de que dom Ollitrault ha dejado fama de hombre de grandes virtudes monásticas, es decir de un santo, dotado de cualidades en todos los aspectos.

(Véase la recapitulación en la página siguiente)

RECAPITULACIÓN

Año	Fecha	Dom Ollitrault y la Orden Cisterciense	Acontecimientos exteriores
1862	13 Abril	Nacimiento en Bretaña (Francia)	
1884		Noviciado con los maristas, en Inglaterra (Paington)	
1885	1 Junio	Entrada en Melleray. Novicio el 14 de jun.	
1887	24 Junio	Profesión simple (perpetua). Subdiácono.	
1888		Diácono (17 de Marzo) y presbítero (18 de noviembre).	
1890	2 Julio	Profesión solemne. Subprior, maestro de novicios.	
1892	Octubre	Capítulo de unión de las tres congregaciones trapenses.	
1901	Julio		Ley exigiendo autorización a las Congregaciones.
1902	19 Marzo	Superior, fundador de Wood-Barton, refugio de Melleray en Inglaterra.	Gobierno Emile Combes. 20 Julio: muerte de León XIII 4 Agosto: elección de Pío X.
1914	2 Agosto		Comienzo de la Primera Guerra Mundial.
	20 Agosto		Muerte de Pío X.
	3 Septiembre		Elección de Benedicto XV.
1918	Noviembre	Enfermedad de dom Ollitrault (durante más de tres meses).	11 Noviembre: armisticio
1919	25 Abril	Muerte de dom Eugène Vachette, abad de Melleray.	
	5 Agosto	Dom Ollitrault elegido abad de Melleray	
1922	13 Septiembre	Elegido Abad Vicario por el Capítulo General.	22 Enero: muerte de Benedicto XV.
	18 Septiembre	Aceptación de la dimisión de Mons. Marre	
	13 Noviembre	Dom Ollitrault elegido Abad General.	6 Febrero: elección de Pío XI
1923	Fin de Febrero-Marzo	Tiene enfermo un pie.	
	8 Julio	Erección de la Obra de Oriente en <i>Pium Opus</i> . Muerte del procurador Dom N. Sauvage, a los 47 años.	
1924	Septiembre	Principio de las gestiones referentes a Caldey	
1925	26 Enero	Aprobación de las Constituciones de los monjes.	
1926	22 Junio	Aprobación de las Constituciones de las monjas.	
1927	Abril y sig.	Sufre un quiste en la garganta del que será operado.	
1928	Febrero	Inmovilizado en Melleray, a causa del pie.	
	Marzo	Viaje a Caldey con dom A. Le Bail	
	abril / junio	Viaje a América del Norte (USA y Canadá).	
	Mediados de nov./ fin de diciembre	Hospitalizado cinco semanas a causa del pie. Visita a Caldey y Bricquebec. Regreso a Roma.	
1929	25 Febrero	Muerte en Roma de bronconeumonía.	

3.1.2. Dom Herman-Joseph Smets (1875-1943), Abad General (1929-1943)

(Las citas entre comillas, sin referencia, remiten al homenaje anónimo aparecido con la primera entrega de Collectanea, después de la Guerra 1939-1945, en las páginas 1-11*)*

“Dom Herman-Joseph (Georges-Joseph) Smets nació el 29 de marzo de 1875 en Amberes, donde su familia, de grandes comerciantes, tenía una posición privilegiada en la alta sociedad católica; era el tercer hijo de un hogar de ocho, cuya atmósfera era de una piedad muy sólida. Cursó sus estudios con los padres jesuitas del Colegio Notre-Dame, estudios que fueron brillantes: llegó a ser, sobre todo, un latinista muy destacado. En su jubileo abacial de 1936, un profesor suyo de retórica, el P. Verest, ilustre por sus estudios humanísticos en Bélgica, dio testimonio público de los éxitos de su antiguo alumno. Principalmente, ya de joven, cultivó la piedad que le habían inculcado sus padres; pronto nació en su alma el gusto por la vida consagrada a Dios. Él mismo lo ha manifestado en su último escrito dirigido, en julio de 1942, a los Hermanos conversos y a las Hermanas conversas: “Me es grato recordar que en mis vacaciones, siendo joven estudiante, me gustaba tomar parte (con una buena dosis de aprendiz), en los trabajos de los queridos Hermanos conversos (de Westmalle), a colarme entre ellos cuando, en dos largas hileras, rezaban juntos su Oficio en el campo; y buscar otros pequeños contactos por el estilo” (p. 4). Durante sus últimos años de colegio, consigue del reverendo Padre Abad de Westmalle el privilegio de volver al monasterio durante las vacaciones. Terminadas las humanidades, el 16 de octubre de 1893, a los 18 años, ingresó en el noviciado. Hizo la profesión simple el 21 de octubre de 1895; la profesión solemne, el 1 de noviembre de 1898, y el 23 de septiembre de 1899 fue ordenado sacerdote ²⁷. Sus trabajos de secretario del reverendo Padre Abad, de director de la imprenta, de confesor de religiosos y de seglares motivaron la estima del joven monje. El 16 de septiembre de 1907, el Capítulo General le eligió como definidor en Roma para la lengua neerlandesa, ejerciendo este cargo durante cuatro años, hasta el 30 de octubre de 1911, fecha en que sus Hermanos de Westmalle le eligieron abad. El 21 de noviembre siguiente tuvo lugar la bendición abacial, realizada por el Cardenal Mercier. Tenía treinta y seis años. Cuando en 1922 dom Jean-Baptiste Ollitrault de Kéryvallan sucedió en la Orden a Monseñor Marre, el abad de Westmalle fue nombrado Vicario del Reverendísimo Padre General. Fallecido el Rev. Padre dom

²⁷ Había sido ordenado subdiácono el 17 de septiembre de 1898 y diácono el 27 de mayo de 1899. Fue el cardenal Goosens quien le ordenó sacerdote.

Jean-Baptiste, el Capítulo General eligió a dom Herman-Joseph Smets abad de Cîteaux y Abad General el 16 de julio de 1929”.²⁸

ABAD GENERAL

La acogida en su abadía de Westmalle, a su regreso a primeros de agosto de 1929, fue triunfal. La municipalidad, el clero local y la población le recibieron a la entrada de la avenida que lleva a la abadía: discursos, fanfarrias, petardos, arco de triunfo. Siguió la acogida litúrgica por parte de la comunidad. Muchos abades, principalmente de Bélgica y Holanda, fueron a acompañarle. Los 300 telegramas recibidos demostraron cuán querido era el abad de Westmalle. “La divina Providencia le había preparado notablemente para su nueva misión. Su juventud y sus excelentes estudios en Amberes, metrópoli cosmopolita donde se tenía relación con todos los países, le habían educado en una cultura de vastos horizontes que le hacían interesantes todos los acontecimientos religiosos y estar atento a todos los ecos religiosos. Consecuencia de su abadiato de Westmalle, antigua abadía cabeza de Congregación, madre o abuela de la mayor parte de los monasterios belgas y holandeses, había conocido la vida, no de una sola casa, sino de toda una provincia monástica. Le eran familiares la lengua francesa, neerlandesa, alemana, inglesa e italiana”.

Antes de abandonar Westmalle, escribió su primera circular del 8 de septiembre de 1929, en la que comenta su divisa abacial *Facere et docere* (hacer y enseñar), que se refiere a la actitud de Jesús que Lucas resume al inicio de los Hechos de los Apóstoles (Act 1,1) y a la plegaria litúrgica por el papa, “verbo et exemplo quibus preest proficere”²⁹: el oficio de un Abad General es el de preservar en la Orden la paz y la unión, mantener la observancia en el fervor, promover una vida interior cada vez más intensa. Y para ello disponer a los monjes contra el gran elemento destructivo de la santificación, a saber el espíritu moderno. Al igual que el profeta Jeremías, ha sido instituido *para arrancar y remover, destruir y derrocar, construir y plantar* (1,9-10). “Por su temperamento de hombre del Norte, se inclinaba por la necesaria autoridad, el sentido del orden y de la disciplina, convencido de que para un ideal colectivo, propio de una gran Orden religiosa, era necesaria la ayuda del control y de la firmeza.”

Al abrir el Capítulo General de 1931, hace un diagnóstico de la Orden, unos cuarenta años después de la fusión de 1892. Al lado de los elementos positivos, fácilmente constatables, presta atención a ciertos defectos o desviaciones: el modo

28 Uno de los capitulares participa por cuarta vez en la elección de Abad General: dom Jean-Marie Chouteau, abad de Bellefontaine ¡desde el 5 de diciembre de 1866 al 28 de diciembre de 1929! ¡Ya había participado en la elección de los dos últimos Vicarios de la Congregación de la Trapa!

29 “Servir mediante la palabra y el ejemplo a quienes preside”.

superficial, a veces, de hacer las Visitas Regulares, la falta de respeto por lo que toca a las decisiones de los Capítulos Generales; la tendencia en algunos a atenuar el carácter “trapense” de la Orden: ésta no es solamente benedictina o cisterciense. ¿Por qué es necesario levantar las espaldas ante la obra del abad de Rancé? ¿Se es todavía trapense si no se toman a la letra las austeridades de la Regla, la clausura, el silencio o si se piensa que hay que entregarse al apostolado? ¿En quien pensaba con estas recomendaciones? ¿Era, quizás, en los esfuerzos de dom Le Bail por hacer estudiar los autores cistercienses y la Regla? ¿Eran las ideas de dom Alexis Presse que, en Tamié, quería dejar de lado todo lo que se había añadido a la Regla a lo largo de los siglos ³⁰? Sin embargo, al inicio del Capítulo de 1933, propone estos dos nombres entre los miembros de la comisión encargada de estudiar la creación de una revista, que será *Collectanea*: es señal de que les mantiene su confianza.

Uno de sus modos de acción es la ayuda que puede prestar a cada abad en su ministerio, mediante sus consejos y a la vez apoyando su autoridad. “Tenía en gran aprecio la labor de los superiores; es el tema de una de sus mejores cartas circulares a todos los miembros de la Orden, la de 1 de enero de 1933: *de este culto*, escribía, *se derivan para vosotros deberes que os agradará, sin duda, escuchar sean recordados por vuestro Abad General, puesto que es algo delicado para vuestros superiores, el mencionarlos ellos mismos*. En este firme apoyo dado a la autoridad incluía, también, la propia.” Esta ayuda a los padres abades se concreta en los comentarios que da cada mañana durante el Capítulo General, año tras año, a partir de 1931, sobre distintos aspectos de la labor abacial, a modo de largo comentario del capítulo segundo de la Regla. El discurso de apertura no le ofrece, a este respecto, una tribuna suficiente: trata más bien los temas que deberá abordar el Capítulo ³¹.

LAS VISITAS A LAS COMUNIDADES

Otro modo de reafirmar su paternidad con respecto de la Orden son las visitas a las comunidades. El 12 de octubre de 1929, puede escribir que ha visitado ya 12 casas en tres semanas, lo que significa que son 19 las visitadas después de su elección el 16 de julio. Esperó, en Westmalle, la bendición de su sucesor al frente de dicha abadía; después va a Cîteaux para la fiesta de Todos los Santos. Nombra al P. Etienne Klein, de Rochefort, como secretario particular. Estas visitas, de 4 a 5 días, en general, ocuparán la parte más importante de su tiempo. “Visita, no solamente los

30 ¿No publicó, este mismo año, en la Revue Mabillon, T. XXI, pp. 49-60, un artículo provocador que el mismo dom Le Bail consideró excesivo: *El Abad de Rancé ¿ha querido fundar una observancia particular?*

31 Publicados aparte y unidos a otras circulares, especialmente las del 1 de enero, estos comentarios publicados en Westmalle, forman una serie de volúmenes, con paginación continua, formando un conjunto de 580 páginas. El comentario preparado para el Capítulo de 1939, que no se celebrará, será leído en el Capítulo de 1946, después de su muerte.

países próximos: Francia, Bélgica, Holanda; también Estados Unidos, Canadá, Inglaterra, Irlanda, Suiza, Yugoslavia, Palestina. Toma la costumbre de estar presente en las manifestaciones importantes de la vida de la Orden. Si le era imposible su presencia personal, lo hacía mediante testimonios afectuosos de simpatía.”

Pronto se resintió su salud. En abril de 1930, visitando la Fille-Dieu, experimenta cierta rigidez en el brazo derecho, que perdura, a pesar de las fricciones que le practica su secretario; le es necesario dictar sus cartas o escribir a máquina... En visita a Laval, debido a un malentendido, nadie les espera en la estación, lo que les obliga a tomar un taxi y despertar a las torneras con gran contratiempo. Allí experimenta una opresión cardíaca que le provoca fuerte transpiración. Son los primeros síntomas de la enfermedad que le causará la muerte, doce años más tarde. Todavía hace la Visita Regular a Igny, pero desde el 28 de mayo debe tomarse dos semanas de descanso en San Sixto. El médico le impone un severo régimen: ¡ni carne, ni huevos, ni vino, ni cerveza, ni café, ni licores! Sólo leche, legumbres, fruta, agua... Broouu, dice el General. Mejor, añade el secretario, que comenzaba a cansarse de las copiosas comidas servidas en la hospedería o en la capellanía de los monasterios visitados... Con todo, a mitad de junio reemprenden los viajes: Caldey, Cîteaux, Roma, Aiguebelle, Oelenberg, Westmalle, antes del Capítulo General de septiembre; después, Saint-Sixte, Mont-des-Cats, Soleilmont y muchas comunidades de Holanda: Todos los Santos lo celebra en Cîteaux y el 6 de noviembre parte para Roma donde pasa el invierno.

El 22 de abril de 1931, embarca para América, acompañado de dom Fabián Dutter y sigue, poco más o menos, el mismo recorrido que sus dos predecesores : Getsemaní, New Melleray, Prairies, Oka (después de dos días y dos noches de tren), St-Romuald, Mistassini, Calvaire, Assomption, después regresa a Oka y a Notre-Dame de la Vallée. El 16 de junio, luego de visitar Nueva York, es el día de regreso a Francia en el *La Fayette* que le deja en el Havre el viernes 24 de junio, por la tarde. ¡Se ha encontrado, escribe, con 605 personas de la Orden a lo largo de los dos meses!

Estos encuentros son su alegría, dado que se siente animado de un gran amor para con todos los miembros de la Orden. Ellos son, escribe en la circular del 1 de enero de 1930, *momentos de profunda e indescriptible felicidad*. Habla, también de *horas de plenitud espiritual*, que son como *bálsamo misterioso* que llena su alma de *inmensa tranquilidad y de dulce paz*.

El año 1933 le trae una dolorosa prueba. El Capítulo General de 1932 había aceptado la dimisión del procurador dom Robert Lescand, de 70 años³², y ha-

32 Dom Robert Lescand, al igual que sus dos predecesores, archivaban todas las cartas de viaje que recibía del Abad General, para gran utilidad de los historiadores que pueden seguir paso a paso al Abad General. Lástima que sus sucesores no harán lo mismo; por eso quedamos privados de una correspondencia muy valiosa. Por otra parte,

bía elegido en su lugar a dom Fabián Dutter, Abad Auxiliar de Cîteaux, antiguo Definidor y secretario de Mons. Marre. Dom Fabián había asistido, en calidad de “notario”, a la elección del abad de Bricquebec el 7 de agosto de 1933. El recién elegido, dom Raphaël Gouraud, al ir a saludar al obispo de la diócesis, la tarde de la elección, llevó a dom Fabián a la estación. Pero he aquí que el automóvil volcó debido al choque con un camión, que salía bruscamente de una carretera transversal sin respetar la prioridad. Dom Fabián murió del impacto y dom Raphael falleció el día siguiente³³. “Con voz entrecortada por la emoción, nota la crónica del Capítulo General del 12 de septiembre siguiente, el Rvmo. Padre Presidente evoca la terrible catástrofe que embarga la Orden con la pérdida de su venerado y distinguido Procurador General, y que ha causado tan fuerte conmoción en todos nuestros monasterios”.

LAS CARTAS A LAS COMUNIDADES

Dom Herman-Joseph estaba persuadido de que “las almas monásticas tienen una intensa necesidad de ser instruidas en las cosas de Dios; en la forma muy peculiar de su vocación les es más necesario recibir una formación propia a su estado; más todavía, además del conocimiento de los medios privilegiados de perfección que conforman el estado religioso en general, es necesario un conocimiento de los elementos particulares, los propios de la Orden, que manifiestan su espíritu”. Es tarea de los abades y de los maestros de novicios en cada monasterio. Mas el Abad General “quiso contribuir a ello con toda su fuerza, puesto que no existía mayor empeño que el suyo para que las almas fueran iluminadas y fortalecidas en su santa vocación. Dio comienzo a una enseñanza regular como Abad General mediante una carta circular dirigida, al inicio de cada año, a todas las comunidades, que llamaba sus *aguinaldos paternos*. En un lenguaje sencillo, intencionalmente, al alcance de todos, con un tono paternal muy acentuado, recordaba y comentaba alguna de las orientaciones esenciales, imprescindibles a todo espíritu cisterciense. Muy cuidadosamente preparadas, acompañadas de muchas citas en que se manifiesta el más puro espíritu de san Benito, de nuestros Fundadores, de san Bernardo, de los primeros escritores de Cîteaux; estas cartas circulares constituyen una doctrina firme y sólida, exponiendo con plena claridad los puntos fundamentales de adoctrinamiento. Quedarán como documentos en los que las

las propias cartas de dom Robert al Abad General, quien –según su propio testimonio- dice de ellas que son alegres, parece que no se han conservado.

³³ Sucedió a dom Louis Kervingant, víctima, también él, de un accidente de coche el 3 de junio precedente. Uno puede imaginarse el impacto que causaron estos dos accidentes sucesivos, en la comunidad de Bricquebec. El 7 de agosto se encontraba también en el coche el antiguo abad de Port-du-Salut, dom Berchmans Chauveau, que falleció tres meses después debido a las heridas.

almas encontrarán siempre la luz y orientación del verdadero espíritu cisterciense. Citemos, por ejemplo, las cartas sobre la vida interior, la humildad y la obediencia, sobre la auténtico espíritu de la Orden, sobre la vida de familia cisterciense, sobre el respeto a los superiores, sobre la generosidad, etc...”

Entre sus cartas, podemos subrayar la que escribió sobre el sacerdocio de los monjes, en ocasión de cuadragésimo aniversario de su ordenación en 1939. Está escrita, lamentablemente, en latín, lo que dificulta su lectura a algunos, en nuestro tiempo. Redactó, también, en 1942 dos cuadernos, “uno con el título *Introducción a la vida de La Trapa*; el otro *A nuestros queridos hermanos conversos y hermanas conversas, amor y fidelidad en su vocación*. La primera con tres partes: Estudio de la vocación, el noviciado en general, el noviciado del trapense; es un precioso vademecum (como dice el venerado autor) para los postulantes y los novicios de coro. La obra le ha sido *inspirada*, escribe, *por la preocupación de fortalecer en nuestra familia religiosa el espíritu de nuestros Fundadores..., de perpetuar en la Orden el depósito de las santas tradiciones, y de asegurar su constante esfuerzo hacia el más puro ideal cisterciense*”. A los conversos y conversas, les recuerda “la gloria y las riquezas espirituales de su vocación, la perfección puesta a su alcance, los derechos y deberes de su estado”. Son páginas de una caridad y piedad exquisitas; tiernamente emotivas son aquellas en las que escribe que la Virgen Santa es, de modo especial, la tierna Madre de los Hermanos y Hermanas cistercienses.”

Queriendo ayudar a comprender la Regla, realizó el esfuerzo de publicar en 1938, un *Repertorium summae artis spiritualis prout in Regula monachis exercenda proponitur*.

COLLECTANEA ³⁴

“Pensando, ante todo, en la caridad dentro de la familia, fundó *Collectanea*. De-seaba el fortalecimiento de los lazos de fraternidad entre las comunidades, en un interés común por la espiritualidad, la historia, la liturgia, las crónicas locales cistercienses, para ayudar a conservar entre nosotros la unión de los corazones y de voluntades tan recomendada por la maravillosa Carta de Caridad. Conviene recordar que el proyecto y, luego de la aprobación del Capítulo General, la realización práctica de la Revista, fueron, sin duda, obra del Reverendísimo Padre General: el trabajo completo del proyecto, de la organización, de obtener los artículos, de su adaptación, de la selección de los caracteres (competencia del antiguo director de la imprenta monástica de Westmalle), la misma corrección de las pruebas: todo el primer número de la Revista lo asumió él y fue obra suya. Sus cuidados llenos de celo por la publicación familiar (§ 13.1.), nunca cesaron: *mediante la cual nos*

³⁴ Ver en la 3ª parte, el capítulo dedicado a *Collectanea*.

conoceremos mejor y nos amaremos más. Su satisfacción era desbordante, después que el Sumo Pontífice le aseguró que recibía con gusto la Revista y que la leía con interés.” El Capítulo General de 1933 decidió la creación de la Revista y nombró un comité doctrinal de lectura formado por siete abades, entre los cuales estaban dom Chautard, dom Le Bail y dom Presse.

ACONTECIMIENTOS PARTICULARES DURANTE EL GENERALATO DE DOM SMETS

a) *El primer centenario de la proclamación de san Bernardo como Doctor de la Iglesia*

Este jubileo es anunciado mediante una carta circular de dom Herman-Joseph, de fecha 30 marzo 1930, en la que pregunta a los monjes: ¿conocéis bastante el magisterio de este doctor? ¿Aspiráis los perfumes que exhalan su vida y sus ejemplos? Antes de ser doctor de la Iglesia es doctor de monjes. Unos días antes el Abad General había asegurado al Santo Padre el deseo de los monjes de aprovechar este centenario para cumplir mejor su misión de contemplativos en la Iglesia; siendo, no solamente depósitos, sino canales de santidad; lo que Pío XI les agradeció con una carta del cardenal Pacelli del 1 de abril, y otra carta pontificia dirigida a los dos Abades Generales cistercienses, el 20 de julio.

Al igual que el Capítulo General de 1913 se inauguró con un triduo con motivo del octavo centenario de la llegada de Bernardo a Cîteaux, el de 1930 fue precedido también por un triduo organizado por Fabián Dutter, Abad Auxiliar de Cîteaux. Se abrió el 9 de septiembre, presidido por el cardenal Maurin, arzobispo de Lyon,. Cada día, el sermón-instrucción de la misa pontifical es predicado por el obispo de Moulins, Mons. Gonon, sobre el tema: “San Bernardo y la vida religiosa”. Por la tarde, terminadas las Vísperas pontificales, un abad da una conferencia: dom Anselme Le Bail (Chimay), dom Tarcise Van Der Kamp (Westmalle), dom Dominique Nogues (Timadeuc) desarrollan diversos puntos de la doctrina de san Bernardo. El último día, Mons. Ruch, de Estrasburgo, habla de la devoción al Papa en san Bernardo ³⁵.

En la serie de centenarios, señalemos que el octavo de la muerte de san Esteban ha sido celebrado durante el Capítulo de 1934, mediante dos conferencias magistrales de dom Chautard y de dom Nogues. El de la fundación de Aiguebelle, en 1937, fue un acontecimiento de relieve: fue presidido por un legado pontificio, el cardenal Verdier, rodeado de unos veinte obispos y otros tantos abades, que acababan de concluir su Capítulo General. Tuvo como fruto la elevación de la Iglesia al rango de basílica menor, acompañada de un congreso mariano.

³⁵ Una publicación, debida a H. Charrier, se editó en Cîteaux el año 1932. Cuenta “las fiestas del centenario” y publica las intervenciones de NN.SS. Gonon y Ruch, así como la de dom Anselme Le Bail.

b) *El asunto de dom Alexis Presse*

De este asunto, complejo y delicado, se habla en un párrafo particular (§ 3.2.3.). Dom Alexis tenía su propia visión de la vida cisterciense, que no coincidía con la de la mayor parte del Capítulo General y que no podía realizarse permaneciendo en la Orden. Es lo que trató de hacer, por lo menos en un primer tiempo, no sin chocar con dom Smets, cuya autoridad procuraba reducir, contando con el apoyo de la Santa Sede, que no llegó. Fue, quizás, en esta ocasión cuando se manifestó con mayor fuerza uno de los rasgos de carácter de dom Herman-Joseph, subrayado por el redactor del elogio *post mortem* publicado en *Collectanea* cuando ésta reapareció, terminada la Guerra. Después de haber recordado la firmeza de su carácter, el redactor añade: “El rescate de este espíritu de autoridad es que a veces le resultaba difícil aceptar la contradicción, interpretada como oposición; de todos modos, uno se daba cuenta muy bien que semejante susceptibilidad era la otra cara de una donación total, para la que solamente contaba la Orden. Por añadidura, las pequeñeces, los descontentos y las mezquindades a las que estaba expuesto, al igual que todo aquel que ocupa cargos elevados, si le afligían el corazón de padre por la mediocridad de espíritu que se revelaba en sus autores, eran perdonadas de inmediato. Consejero valorado, desconfiaba de las prisas temerarias, y a veces eso era interpretado como lentitud en tomar decisiones. Le gustaba reflexionar, consultar y orar antes de tomar una decisión definitiva. La sabiduría y la exactitud no podían faltar nunca cuando se hallaban comprometidas las responsabilidades de la autoridad”.

Conviene notar que el Capítulo de 1936, que depuso a dom Alexis de su cargo de abad de Tamié, depuso también al prior titular de Prairies. Pero el caso hizo menos ruido.

c) *La construcción de la Casa Generalicia del Aventino*

Dentro de sus proyectos de urbanismo, en 1932 el gobierno italiano prevé la supresión de la Avenida de S. Juan de Letrán, donde está situada la Procuraduría General. La Orden corre el peligro de expropiación y busca otro lugar donde levantar su Casa Generalicia. Se encuentra un terreno de 4000 m² en el Aventino, plaza de Sta. Prisca: durante el Capítulo de 1932, dom Obrecht, abad de Getsemaní, ofrece generosamente las 700.000 libras necesarias para la compra ³⁶. A la verdad, a raíz

³⁶ En esta ocasión dom Smets revela el nombre del donante que ofrece los 2.500.000 francos necesarios para concluir el caso de Caldey, lo cual permitirá que la comunidad de Chimay pueda hacer allá una fundación. Cf. el párrafo sobre dom Ollitrault, 3.1.1.

de la devaluación del dólar y otras exigencias del propietario, la cantidad resulta insuficiente; será completada por el abad de Westmalle, que ofrece 500.000 francos belgas, y por otros donantes. Pero hay que construir. Se confía en que las indemnizaciones de la expropiación cubran los gastos. Los capitulares se comprometen a completar lo que sea necesario. A la espera, se pedirá un préstamo, cuyos vencimientos serán pagados por adelantado por la abadía de Tre Fontane.

En 1936, en su discurso de apertura del Capítulo General, dom Herman-Joseph puede presentar muy satisfecho la nueva Casa Generalicia, ocupada desde octubre del año anterior: “Todo, dice, ya sea lo que se refiere al estilo, como a los detalles de su arquitectura, de sobria decoración, al igual que la disposición de los locales, contribuye a satisfacer plenamente las exigencias del gusto cisterciense y a favorecer la práctica de nuestros usos monásticos en la medida que los hace posibles el género de vida particular de quienes están llamados a habitarlo”. ¡El ve allí a la vez el camino y el símbolo de la unión de corazones -que ha posibilitado su construcción-, de la salvaguarda de nuestras tradiciones e igualmente de la pureza de nuestras observancias! La estatua de san Roberto preside el jardín central como una invitación a mantener el espíritu.

Habría deseado construir un monasterio completo, pero las normas de urbanismo dictadas por la municipalidad de Roma sólo permitían edificios de tres alas, propios de una gran capital. Con todo, él mismo diseñó el proyecto, a fin de que todo fuera según el estilo monástico que había establecido: fue para él un éxito personal ³⁷.

d) *El interés por el Extremo Oriente. Un Visitador Especial*

Las primeras fundaciones en China y Japón datan del final del s. XIX. Han necesitado cierto tiempo para desarrollarse. La Guerra de los Boxers, al inicio del s. XX, estuvo a punto de ser fatal para la joven comunidad china. En Japón, los primeros 25 años fueron difíciles; las vocaciones locales no se consolidaron hasta pasada la Primera Guerra Mundial: en 1919 se creyó urgente enviar todavía refuerzos desde Europa. La de las Trapenses de Tenshien precisó también tiempo para crecer: las primeras profesiones tuvieron lugar en mayo de 1915 ³⁸. La incul-

³⁷ Finalmente, la antigua casa no sería expropiada. Su venta debería permitir a Cîteaux comprar una gran propiedad rural, vecina a la abadía, cuya producción sirviera para cubrir los gastos de la Casa Generalicia. Así lo decidió el Capítulo General de 1952. Pero esta venta no la realizó el defensor hasta 1962; y ha servido, en parte, para cubrir los gastos de la construcción de *Monte Cistello*.

³⁸ La maestra de novicias, M. Berchmans Piguët, proveniente de Laval en 1902, ya estaba afectada de tuberculosis; murió en olor de santidad el 24 de septiembre siguiente, con menos de 40 años. ¿Fue este sacrificio semilla de vocaciones? Entre las profesas de entonces, se encontraba la futura primera abadesa japonesa, en 1942, M. Cecilia Hirata. Cf. la biografía de M. Berchmans escrita por Thomas Merton, *Exile ends in glory*, ed. francesa en 1955, por DDB: *L'exil s'achève dans la gloire*.

turación fue lenta (la iglesia de Ntra. Sra. de la Consolación fue construida según el modelo romano del s. XIII), e incluso pareció irrealizable a algunos PP. abades, algo escépticos. El chino, lo mismo que el japonés, resultaba difícil de aprender a los fundadores; pero, ¿cómo hacer para dar una formación completa a las nuevas vocaciones sin conocer su lengua y sin que tengan libros aptos?

Las Visitas Regulares, en condiciones difíciles y largos viajes (seis semanas de barco), no podían, evidentemente, tener lugar todos los años; ni la participación de los superiores a los Capítulos Generales. Por regla general, el Visitador de China se encarga de visitar, también, Japón y viceversa ³⁹. Dom Vital Lehodey, Padre Inmediato de las dos comunidades japonesas, sólo pudo viajar al Japón dos veces: en 1900 y en 1909: la primera visita –sin que le fuera posible llegar a Ntra. Sra. de la Consolación por causa de las agitaciones políticas– duró cinco meses y afectó a su salud. En China, la comunidad fundada en 1883 no recibió la primera visita de dom Chautard hasta mayo de 1906; la segunda siguió en diciembre de 1912, por dom Obrecht, que llegó al Japón en enero de 1913; luego habría que esperar las visitas de dom Bernard Delauze, abad de Dombes, después de Aiguebelle, delegado a este fin en 1921 y en 1926. El abad de Sept-Fons fue personalmente en 1929 con el deseo de ver por última vez a sus hijos de China. El Capítulo General de 1923 confió al abad de China la administración de los dos monasterios japoneses: estos poderes pasaron pronto a dom Bernard Delauze, en 1925. En el quincuagésimo aniversario de Consolación, en 1933, ya había en el cementerio 41 tumbas, siendo 95 el efectivo de la comunidad en aquel momento. Los Padres Inmediatos no podían prestar a sus hijas todo el tiempo y la dedicación que hubiera sido necesaria; ni toda la ayuda requerida en personal y recursos materiales.

Si bien el sucesor de dom Vital viajó dos veces al Japón, en mayo de 1930 y noviembre de 1931, el Capítulo General de 1933, al que asistían los dos superiores de China y del Japón, juzgó útil nombrar un Visitador especial y permanente para los monasterios del Extremo Oriente: este Visitador, que estaría revestido de la dignidad abacial, haría la visita cada dos años y pasaría el tiempo restante en buscar en los monasterios de Occidente monjes capaces de ir a ayudar a dichas casas. Sería el delegado titular de los Padres Inmediatos, que conservarían todos sus derechos, pero con el compromiso de no delegar a otra persona en el caso de que no pudieran viajar ellos mismos a Oriente. El prior de Mont-des-Cats, dom Gérard Haverbèque, fue nombrado para este cargo y, emprendiendo su primer viaje, partió a Oriente a fines del verano de 1934. Dom Herman-Joseph creyó conveniente escribir una carta a las comunidades de Extremo Oriente para comuni-

39 Las monjas de Tenshien pudieron tener Visitas Regulares a cargo de los superiores de Faro (1899) o de China (1916 y 1924).

carles la decisión del Capítulo General. La carta está fechada en Saint-Sixte, el 30 de octubre de 1933.

Recuerda en ella la importancia que Pío XI daba a la evangelización del Extremo Oriente y el lugar de la vida monástica. ¿No alababa, en su encíclica sobre las Misiones, *Rerum Ecclesiae*, del 28 de febrero de 1926, la existencia de un monasterio en China? Este comenzaba ya a crecer, hasta el punto de poder convertir en fundación la casa anexa creada en 1923 en un lugar más accesible: se trató de Ntra. Sra. de Liesse, en 1928. Por su parte, Tenshien funda Seiboen en 1935. Por otro lado, en Europa, *l'Oeuvre des prières* para la conversión del Extremo Oriente ⁴⁰, con la bendición del Papa, atraía la atención de Occidente hacia estos países.

Acontecimientos trágicos no tardaron en llegar. En China, tropas nacionalistas y comunistas se enfrentaban, después de que Tchang-Kai-chek tomó el poder en 1925. Mao-Zedong instauró una república soviética en el Kiang-si, en 1931. El Japón declara la guerra a China en 1937, tras haber invadido la Manchuria. Ntra. Sra. de Liesse se encuentra en la zona de combates. Algunos religiosos, enfermos y ancianos, habían sido hospedados en los edificios de misión de la vecina población de Chang-Ting-Fu, bajo la responsabilidad del P. Manuel Robial. ⁴¹. Pero soldados japoneses ladrones invadieron la misión, la tarde del 9 de octubre de 1937 y se llevaron a los europeos, entre ellos al obispo del lugar, Mons. Schraven, y al P. Manuel. No lejos de allí, se encontraron poco más tarde sus restos y algunos de sus objetos, medio calcinados: Primicias del camino de la cruz que conocerán los monjes de China, diez años más tarde.

e) *La actividad de la Comisión de Liturgia*

Después del decreto de la Sagrada Congregación de Ritos del 8 de marzo de 1913, legitimando el Ritual de 1689 y permitiendo revisar nuestros libros litúrgicos de acuerdo a dicho ritual, la Comisión de liturgia fue encargada de dicho trabajo, ya comenzado con la aparición de un proyecto de ceremonial en 1906. La Guerra de 1914-1918 impidió comenzar el trabajo. Dom Malet había redactado una primera comunicación-memoria, en 1913; éste, en 1921, se convirtió en un estudio de fondo acerca de los principios para una liturgia cisterciense ⁴². La puesta al día de las Rúbricas del Misal fue aprobada en 1924.

En 1928, la comisión encargada de examinar el Manual de Ceremonias está compuesta por dom A. Malet, dom A. Le Bail y dom A. Presse. El texto corregido

⁴⁰ Cf. § 3.1.1., el párrafo dedicado a esta Obra.

⁴¹ Llegado de la Gran Trapa a Ntra. Sra. de la Consolación en 1923, fue enviado a Ntra. Sra. de Liesse en agosto de 1928. Sobre estos acontecimientos, cf. P. Beltrame Quattrochi, *Monaci nella Tormenta*, pp. 80-98.

⁴² *La Liturgie cistercienne. Ses origines, sa constitution, sa transformation, sa restauration*. Westmalle 1921.

fue publicado – como prueba – en 1931. Dom Malet, enfermo, tuvo que pasar el relevo a dom Alexis Presse. La comisión fue completada en 1932, quedando formada por una docena de miembros y prepara, al mismo tiempo, un “Pontifical” para uso de los abades un Ritual para la toma de hábito y profesión de las monjas (1935). La salida de la Orden de dom Alexis Presse, luego de su deposición como abad de Tamié, va a alterar los trabajos de la comisión. Pero, en 1938, todo está a punto para algunas aprobaciones. El discurso de apertura del Capítulo General tiene como único tema cuestiones litúrgicas. Recuerda el trabajo de corrección de nuestros libros litúrgicos, llevado a cabo para recuperar nuestras antiguas tradiciones y nuestros respetables privilegios, a fin de hacer realidad la autenticidad y uniformidad de nuestros ritos. Evoca, también, – para felicitarse de ello – el uso más frecuente de los salmos feriales en Laudes y Vísperas, decidido en 1932 y hecho realidad por los indultos de 4 diciembre 1933 y 23 junio 1934 y evoca, finalmente, la publicación del ceremonial de la recepción de las Hermanas. “Y he aquí, añade, que este cuadragésimo Capítulo General acoge con repetido reconocimiento un nuevo libro esperado en nuestros monasterios desde largo tiempo, puesto que él pondrá punto final a lamentables diferencias. En dicho libro hallamos: el Pontifical y el Ceremonial de los abades, así como el trabajo preparatorio del nuevo Menologio. Todo ello completado por la solución de cuestiones suplementarias, que vemos figurar en el programa”. Dom Herman-Joseph desarrolla seguidamente el rol de la liturgia –y lógicamente, de la vida monástica a ella dedicada- en la misión de la Iglesia católica y la legitimidad de nuestros ritos propios en el seno de esta Iglesia. Aprovecha también la oportunidad para apoyar la actividad de la comisión de liturgia, la cual, mediante un trabajo continuo y las sesiones intercapitulares, llega a proposiciones bien documentadas e irrefutables.

f) La persecución en España

El 6 de octubre de 1936, dom Herman-Joseph dirige una circular a la Orden para informar sobre los acontecimientos trágicos que acaban de suceder en Viaceli: el asalto al monasterio, el cierre del mismo, la cárcel y la dispersión de los monjes después. ¡Qué dolor! Lo peor no había llegado todavía. Ya en años anteriores, se había informado de la situación precaria de los monasterios españoles. Muchos abades habían ofrecido la hospitalidad de sus casas, en el caso de que comunidades de España, atrapadas en la turbulencia de la guerra civil, tuvieran que exiliarse. De hecho, sólo la comunidad de Viaceli tuvo que sufrir a causa de la situación, dado que otras regiones fueron ocupadas rápidamente por las fuerzas de Franco. A comienzos de diciembre, varios monjes de Viaceli, reagrupados según les fue

posible, fueron encarcelados y muertos ⁴³. Siguieron otras ejecuciones. Se cuentan, en total, 16 mártires de la fe.

MUERTE

La declaración de la guerra en 1939 “fue una prueba dolorosa más que ninguna para el Reverendísimo Padre Abad General. La suspensión de las asambleas del Capítulo General, el triste aislamiento al que estuvo sometido, bien pronto la imposibilidad de contacto con la mayor parte de las Casas, la situación difícil de varios monasterios a consecuencia de la movilización de parte de los religiosos o como resultado de hechos de guerra, le afectaron profundamente al corazón. Dándose cuenta de que su vida se iba debilitando, manifestó varias veces el deseo, que Dios escuchó, de que se lo llevara consigo. Se acordaba de su tan querida abadía de Westmalle, a la que se sentía particularmente unido de corazón: *Ad Centrum*, según la divisa de su querida Casa. El Señor quiso más bien que falleciera en su lugar de trabajo. El 28 de octubre experimentó una crisis de angina de pecho, a consecuencia de una enfermedad que le molestaba desde hacía doce años. Durante unas semanas, pareció que su estado mejoraba. Fue una ilusión. Se agravó a partir del 24 de diciembre: el corazón iba debilitándose y se declaró una neumonía ⁴⁴. El primero de enero conversó todavía un poco con Su Eminencia el cardenal Tisserant y otros amigos que vinieron a visitarle. El 2, el Reverendo Padre Procurador General le administró los últimos sacramentos: muy tranquilo, el venerable enfermo se unía visiblemente a las oraciones y se confiaba a la misericordia de Dios y a la protección de la Bienaventurada Reina de Cîteaux. Entretanto, Su Santidad Pío XII le había enviado una bendición especial; esta expresión de simpatía y afecto del Santo Padre fue su última gran alegría: más que nadie, profesaba un amor filial hacia el Vicario de Cristo. Se había ganado la simpatía, la estima y la confianza de los Soberanos Pontífices Pío XI y Pío XII y de sus ayudantes en el gobierno de la Iglesia. En este ambiente, particularmente reservado, se apreciaba mucho la discreción del Reverendísimo Padre dom Herman-Joseph, quien practicaba de modo eminente esta virtud muy trapense de salir muy poco y no amar de aparecer. Su vida se apagó dulcemente el 4 de enero de 1943, en las primeras horas de la mañana. Las exequias se celebraron en la capilla de la Casa Generalicia, ante una asamblea numerosa y selecta de embajadores, obispos,

43 Ver más adelante, el capítulo consagrado a los mártires del siglo xx. De hecho, tres monjes habían sido asesinados cuando dom Herman-Joseph escribía su carta. Mas ello era ignorado por quien le informó: un monje de Viaceli huido a Irlanda.

44 Le era necesario beber con frecuencia y, dado que quería estar en ayunas para recibir la santa comunión, se le administró poco después de media noche...

DE 1892 A LA CONCLUSIÓN DEL CONCILIO VATICANO II

abades, superiores generales, prelados, etc. Las presidió el Reverendo Padre Procurador general, acompañado por los Reverendos Padres Abades de Tre-Fontane y Frattocchie. Después, el cadáver fue llevado a Tre-Fontane para el sepelio, que tuvo lugar junto a su predecesor inmediato, dom Jean-Baptiste Ollitrault de Kéryvallan. Un profundo homenaje se eleva a la nobleza de esta existencia, dedicada toda ella enteramente a la vida monástica, y cuya divisa abacial, *Facere et Docere*, la vivió en el constante cumplimiento del deber.”

RECAPITULACIÓN

Año	Fecha	Dom Smets y la Orden Cist.	Acontecimientos exteriores
1875	29 Marzo	Nacimiento en Amberes (Bélgica)	
1893	16 Octubre	Ingreso en Westmalle	
1895	21 Octubre	Primera profesión	
1898	1 Noviembre	Profesión solemne	
1899	23 Sep.	Ordenación sacerdotal	
1900			En China, Guerra de los Boxers
1902	20 Julio 4 Agosto		Muerte de León XIII Elección de Pío X
1907	16 Sept.	Elegido Definidor	
1911	30 Octubre	Elegido abad de Westmalle	
1914	2 Agosto 20 Agosto 3 Sept.		Primera Guerra Mundial Muerte de Pío X Elección de Benedicto XV
1918	11 Nov.		Armisticio
1922	13 Noviembre	Dom Ollitrault elegido Abad General Dom Smets elegido Abad Vicario	22 Enero: muerte de Benedicto XV 6 Febrero: elección de Pío XI
1929	25 Febrero 16 Julio	Muerte de Dom Ollitrault Dom Smets elegido Abad General	Acuerdos de Letrán
1930	Abril-Mayo 27 Julio	Primeras preocupaciones de su salud 100 años: S. Bernardo, Doctor de la Iglesia.	
1931	22 Abri-24 Junio	Visitas Regulares en América del Norte	
1932	Septiembre	Dom Dutter, Procurador Dom Belorgey Abad Auxiliar de Cîteaux	
1933	7 Agosto Septiembre	Muerte del Procurador, en accidente. Designación de un Visitador para el Oriente Creación de Collectanea	Hitler, Canciller del Reich
1934		VIII centenario de S. Esteban Harding	Hitler, Reichführer
1935	29 Sep. Octubre	Muerte de dom J.-B. Chautard Nueva Casa Generalicia (Aventino)	
1936	Septiembre	Primeros mártires de Viaceli Destitución del abad de Tamié, Dom Presse	Guerra Civil en España
1937		Asesinado en China el P. Emmanuel Robial	Guerra entre Japón y China
1939	10 Febrero 2 Marzo 1 Septiembre		Muerte de Pío XI Elección de Pío XII Comienzo de la II Guerra Mundial
1943	4 Enero	Muere	

3.2.1. Dom Anselme Le Bail (1878-1956) Abad de Scourmont (1913-1956)

(Artículo aparecido en Collectanea Cisterciensia 63 (2001) 224-233 bajo la firma de D. Armand Veilleux⁴⁵. Reproducido aquí con algunos añadidos y modificaciones para incluirlo en el contexto de este capítulo).

CONTEXTO HISTÓRICO

Los años de 1892 a 1914 fueron años de gran vitalidad espiritual. Fue la época de grandes conversiones en el mundo de las letras: Verlaine, Bloy, Huysmans, Claudel, Péguy, Psichari, Massignon. Fueron también los años en los que Bergson, en el Colegio de Francia, redescubrió el conocimiento amoroso de los místicos y donde Blondel, retornando al paso de la ontología agustiniana, enseñaba que la deificación era la trascendencia lógica de toda acción humana.

En este mismo período, algunos grandes abades marcaron profundamente la orientación de nuestra Orden, redescubriendo, si no el espíritu auténticamente cisterciense, al menos la dimensión espiritual e incluso contemplativa de la vida monástica. Hemos presentado algunos de ellos en los capítulos precedentes, principalmente dom Lehodey (§ 2.4.1.) y dom Chautard (§ 2.4.2.), que estuvieron personalmente implicados en un movimiento de fundaciones en países lejanos, el cual anunciaba la gran expansión de nuestra Orden algunos años más tarde. Sin embargo, si estos grandes maestros se habían nutrido de una lectura personal de la Regla de San Benito y tenían un cierto conocimiento de San Bernardo, su contacto con la tradición propiamente cisterciense era limitada.

Entre las dos Guerras Mundiales hubo, no solamente un período de gran crecimiento numérico de la Orden, sino también aquel en el que se redescubrió el espíritu cisterciense y toda la riqueza espiritual de los grandes maestros de la espiritualidad cisterciense, comenzando por el abad de Claraval. Desde este punto de vista, nadie tuvo más influencia sobre la Orden que dom Anselme Le Bail y todo el movimiento – espiritual primero e intelectual después – que él suscitó.

FORMACIÓN

Emmanuel Le Bail nació el 31 de diciembre de 1878, en una Bretaña que daría a la Orden dos Abades Generales: dom Ollitrault de Kéryvallon y dom Dominique Nogues. Su madre murió dos años más tarde, trayendo al mundo a un niño que

⁴⁵ D. Armand Veilleux es abad de Scourmont desde 1999, después de haber sido abad de Mistassini (Canadá) de 1969 a 1976, de Conyers (USA) desde 1984 a 1990 y Procurador de la Orden desde 1990 a 1998.

no sobrevivirá. Privado de la ternura de una madre, no se vió, sin embargo, privado de afecto. Después de la escuela primaria, comenzó sus “humanidades” greco-latinas en el seminario menor de Sta. Ana de Auray, en 1892. Seis años más tarde, queriendo ser misionero, solicitó su admisión en el noviciado de los padres espirituanos. Vistió la sotana el 29 de septiembre de 1898 y emitió sus primeros votos, por tres años, el 10 de octubre de 1899. Pero debió hacer entonces el servicio militar y fue llamado para servir en Lorient, en su Bretaña natal. Cuando regresó, reemprendió sus estudios de filosofía en el escolasticado de Chevilly, en la región de París, pasando un examen en la Sorbona, y después, los estudios de teología. Recibió las órdenes menores en julio de 1903; tres meses más tarde, debiendo renovar sus votos por un período de cinco años y prepararse para el subdiaconado, duda. El 26 de enero de 1904, por causa de sus dudas, el Superior General, Mons. Leroy, le despide de la Congregación. Después de un retiro en Timadecuc, decide ir a Scourmont, sin decir siquiera adiós a su familia. ¿Será su espíritu misionero de ir a lejanas tierras el motivo por el que prefirió ir a Bélgica en vez de quedarse en Bretaña? No lo sabremos jamás.

Llamó a la puerta de Scourmont, el 21 de mayo de 1904, a la edad de 26 años y fue admitido al noviciado con el nombre de Fr. Anselme. Su maestro de novicios fue el Padre Alphonse Bernigaud, que ejerció esta función hasta el 1907. Éste tuvo, en 1905, la idea, original en la época, de utilizar la Regla de san Benito como manual de formación. No teniendo él mismo un gran conocimiento, decidió que los novicios trabajaran sobre la Regla. Fr. Anselme quedó seducido por la Regla e hizo sus “deberes” con gran ardor. Llenó un gran cuaderno terminado el 10 de mayo de 1906. Llegó a hacer una gran síntesis que no dejará de desarrollar después a lo largo de su vida de monje y de abad.

Fue ordenado sacerdote el 24 de agosto de 1909. Su abad dom, Norbert Sauvage, que había percibido los talentos innatos del P. Anselme como formador, le nombró maestro de conversos y también de novicios conversos (el noviciado era entonces distinto del de los novicios coristas). Les enseñó no solamente la Regla, sino también liturgia, que había llegado a ser uno de los principales alimentos de su vida espiritual. Nadie, en aquella época, habría pensado enseñar liturgia a los conversos, que no fuera entendida como mero curso de rúbricas. El joven P. Anselme les explicaba los ciclos litúrgicos, a la manera de dom Guéranger y el sacrificio de la misa. El compuso, a tal fin, un pequeño trabajo titulado “*El Oficio divino de los hermanos conversos cistercienses*” (1910), donde presentaba el Oficio de padrenuestros y avemarías como verdadera “oración de la Iglesia”.

En 1911, fue nombrado maestro de novicios coristas. Retoma entonces sus notas del noviciado e inicia una exposición completa de la doctrina de san Benito a partir del texto mismo de la Regla. En una época en la que casi todo el mundo, incluidos

los monasterios, utilizaba el manual del P. Rodríguez para la formación religiosa, Anselme Le Bail adopta la Regla como manual de formación del monje. Les forma también en la liturgia, en la oración contemplativa y en la vida interior. Dom Godfroid Bélorgey, que fue novicio suyo durante la segunda parte de su noviciado, se gozará en decir que él debe toda su formación monástica, toda su doctrina y su gran atractivo por la oración y la vida interior a dom Anselme Le Bail.

Durante sus dos años como maestro de novicios, puso a punto un programa completo del noviciado y redactó dos artículos sobre “La Regla de san Benito, manual de espiritualidad” y “La Liturgia en la formación de los novicios”, que fueron presentados por dom Norbert Sauvage al Capítulo General de 1913, durante el retiro de superiores en Cîteaux.

Pero este Capítulo General de 1913 eligió a dom Norbert como Procurador de la Orden, lo que le llevó a dar su dimisión como abad de Scourmont. El 4 de octubre de 1913, dom Anselme fue llamado a sucederle en el cargo abacial.

LAS DIFÍCILES CIRCUNSTANCIAS DE SU ABADIATO

Para apreciar bien lo que Anselme Le Bail pudo realizar en su comunidad de Scourmont y en toda la Orden, es necesario tener en la memoria las circunstancias difíciles en las que él tuvo que ejercer su servicio abacial.

Recién elegido abad, fue movilizado antes de un año, para servir como capellán militar durante la Primera Guerra Mundial, hasta abril de 1919. Durante todo este período, permaneció constantemente en contacto con los miembros de su comunidad, de la que varios servían también en el ejército; él continuaba su formación a través de una revista que publicaba regularmente bajo el título “*El monje soldado*”. Dos años después de su retorno a Scourmont, la Orden le confió una misión muy difícil en el Congo, donde la abadía de Westmalle había fundado en 1894 el monasterio de Bamanía, que, más que un monasterio cisterciense, se convirtió gradualmente en una Congregación misionera. Esta misión le ocupó un año ⁴⁶.

Presente o ausente de Scourmont, Anselme Le Bail era el alma de su comunidad, que no cesaba de desarrollarse durante todo este período, en la línea espiritual que le trazaba su abad, fiel a su divisa: “*Abba Pater*”. Bajo su dirección, la comunidad de Scourmont desarrollaba un espíritu propio, que, al mismo tiempo, suscitaba admiración y desconfianza en la Orden. Si bien es cierto que el Capítulo General utilizaba en gran manera los talentos y la experiencia de dom Anselme, no dejó de asestarle, de vez en cuando, algún golpe de báculo. En el Capítulo de 1930 se le prohibió formalmente predicar retiros fuera de los monasterios cister-

46 Cf. § 3.1.1., el párrafo dedicado a esta fundación del Congo.

cienses, – había predicado en diversos monasterios benedictinos – y se le prohibió, igualmente, ausentarse más de 24 horas de su monasterio sin el permiso escrito, renovado para cada viaje, de su Padre Inmediato. En 1937 se le ordena quitar los lavabos que había hecho poner en las celdas del dormitorio “contra la tradición de la Orden”. Pero, en general, prevaleció la confianza. Fue también pieza clave en todas las comisiones que creó el Capítulo General con el paso de los años. En 1920, fue miembro de la comisión encargada de ayudar al definitorio a poner las Constituciones en consonancia con el Derecho Canónico. A partir de 1922 fue por largo tiempo miembro de la comisión de arquitectura, que debía aprobar los proyectos de construcción en la Orden. En 1922 fue miembro de la comisión encargada de encontrar la solución final a la cuestión de la fundación de Westmalle en el Congo. En 1933, fue miembro de la comisión especial para *Collectanea*, que llevaba muy a pecho y de la que se puede decir, con verdad, que fue el padre. A partir de 1932 fue secretario de la comisión de Liturgia y en 1937 fue miembro de una comisión encargada de revisar los Usos de las monjas.

Con el tiempo, el número de monjes crecía en Scourmont y D. Anselme pensó en una fundación. Hizo un viaje a España en 1926 para buscar un lugar propicio que no llegó a encontrar. Pero en 1928 aceptó retomar Caldey, isla monástica desde el siglo sexto, que debió abandonar una comunidad monástica anglicana convertida al catolicismo. Dom Anselme condujo allí al grupo de fundadores en enero de 1929⁴⁷.

Después vino la Segunda Guerra Mundial. En 1939, luego de la declaración de guerra de Inglaterra y Francia contra Alemania, veinticuatro monjes fueron movilizados. En mayo de 1940, después de la invasión de Bélgica y del fracaso de las hostilidades en el frente oeste, fueron movilizados todos los religiosos con menos de treinta y cinco años de edad. Dom Anselme permaneció estoicamente en su sitio con cerca de un tercio de la comunidad que, finalmente, debió abandonar el monasterio, ocupado por los Alemanes hasta el fin de la guerra. De nuevo lanzó su revista “*El monje soldado*”, para continuar su actividad pastoral cerca de los monjes que estaban en el frente.

Justamente antes de la Segunda Guerra Mundial, dom Anselme Le Bail había percibido la necesidad de toda la Orden de abrirse al diálogo con las tradiciones religiosas no cristianas del Extremo Oriente, en relación con las iniciativas de los PP. Le Saux y Monchanin. Este último, preparándose para ir a Las Indias, había venido a dar una conferencia a la comunidad de Scourmont en el otoño de 1938. Dom Anselme había hablado largamente con él, invitando al P. Albert Derzelle a unirse a este diálogo. Se pusieron de acuerdo en que el P. Albert se encontraría con

47 Cf. § 3.1.1, el párrafo dedicado a la gestión para la Orden del monasterio anglicano.

Monchanin en Tamil Nadu al año siguiente, después de seis meses de sánscrito en París, para ayudarle a preparar una fundación monástica. Siendo británica la isla de Caldey, D. Anselme había pensado en ella como una etapa hacia una fundación en la India; pero la guerra puso fin a ese proyecto que, en alguna manera, fue suplantado, en los años 1950, por la gran oleada de fundaciones en Africa, fundando Scourmont la comunidad de Mokoto. Pero un discípulo de dom Anselme, el P. Francis Mahieu (Acharya), que entró en Scourmont precisamente en vistas a una fundación en la India, realizó por su cuenta dicha fundación que, como D. Anselme lo había previsto, tuvo que hacerse fuera de la Orden. Finalmente fue incorporada a la Orden en 1998, y así se cerró el círculo.

Todas estas actividades no impedirían a D. Anselme publicar, desde 1924, *La Orden de Cister – La Trapa*, en Ediciones Letouzey-Ané, así como muchos artículos sobre espiritualidad cisterciense, entre ellos el artículo más importante sobre san Bernardo en el *Diccionario de Espiritualidad*.

ANTE TODO... UN FORMADOR

Esta actividad, tan importante para la Orden, era secundaria para dom Anselme Le Bail. Por otra parte, no era más que una especie de reflejo al exterior de su acción en el seno de la propia comunidad. Él se sentía el “padre” de la misma, en el sentido más conforme posible a la gran tradición cristiana. El era, ante todo, un eminente formador, siempre cuidadoso de hacer nacer y crecer a Cristo en la comunidad y en cada uno de sus miembros.

En una relación inédita sobre *La formación en Scourmont*, en el capítulo consagrado al período de dom Anselme Le Bail, el P. Colomban Bock enumera las siguientes características del abadiato de dom Anselme:

- 1 Retorno a la espiritualidad benedictina y cisterciense mediante la enseñanza de la Regla de san Benito.
- 2 Retorno a la pureza del ideal monástico del primer Cister mediante la enseñanza de la espiritualidad cisterciense.
- 3 Reforma de los estudios e introducción de un humanismo monástico.
- 4 Restauración de la liturgia mediante la enseñanza del espíritu de la liturgia y el estudio de la liturgia cisterciense.
- 5 Institución de un programa de formación monástica y sacerdotal.
- 6 Instauración de una biblioteca monástica adaptada a esos diferentes objetivos.
- 7 Constitución de maestros espirituales y de un cuerpo de profesores cualificados.
- 8 Introducción del equilibrio entre las exigencias de la obediencia y la santa libertad de los hijos de Dios.

- 9 Llamada al sentido de la responsabilidad personal, respeto de la personalidad y estímulo de las iniciativas individuales.

LA FORMACIÓN DE LA COMUNIDAD

Durante los años de la Primera Guerra Mundial, se sucedieron diversos padres maestros. Después, dom Anselme nombró para esta función al P. Godefroid Belorgey, que estuvo en el cargo desde 1919 a 1928. Con ese tándem extraordinario, fueron unos años de oro para la formación en Scourmont. Dom Anselme continuaba ocupándose activamente de la formación de los novicios, como del resto de la comunidad. Él, después de la Regla y la liturgia, había “descubierto” los Padres Cistercienses, y en particular, san Bernardo. Además, a partir de 1923, inauguró un curso de espiritualidad cisterciense y dio él mismo una exposición de una hora, cada semana, a los novicios. En adelante, su gran preocupación fue, sin embargo, la formación monástica del conjunto de la comunidad.

La expresión “humanismo monástico”⁴⁸ expresa muy bien la actitud y la aspiración de dom Anselme. Quería hacer de todos los monjes de su comunidad, hombres capaces de conducirse como adultos, preocupados por desarrollar su personalidad. Quería enseñarles el arte de la reflexión, habituarles a pensar por ellos mismos, penetrar el sentido de la vida cristiana y monástica y las exigencias de su estado. Quería que ellos abrazaran libremente la rectitud de vida; no por temor, sino con toda libertad, por amor de Dios. Quería ser el abad que enseña, anima y esclarece, y no el gendarme que vigila y corrige.

Su enseñanza estaba enraizada en la tradición, de modo particular, la tradición cisterciense, por la que sentía un profundo respeto. Pero eso no le impedía repensar constantemente la tradición, de poner las cuestiones bajo una mirada nueva, de estimular la curiosidad intelectual y el trabajo personal. Su gran rigor intelectual le obligaba a analizar a fondo y en todos los detalles una cuestión o una situación antes de comenzar a evaluar en ella los diversos elementos y a construir una síntesis. Igualmente, se esforzaba por desarrollar, entre los monjes de su comunidad, un gran sentido crítico. Envió a bastantes de ellos a graduarse en estudios universitarios: en Sagrada Escritura, en teología y en derecho canónico. No se trataba, en modo alguno, de puro intelectualismo, sino, más bien, del establecimiento de una base sobre la que poder construir una vida espiritual luminosa y alegre.

El estudiaba a fondo todas las cuestiones que abordaba. Así, comentando la Regla durante unos treinta años en sus capítulos diarios, pasó dos años y medio

⁴⁸ Expresión usada por el padre Colombar Bock, véase más arriba.

con el capítulo VII, y mucho tiempo también con el tema de la oración. Sus sermones para las profesiones solemnes de monjes (no se hablaba de homilías en aquella época) son verdaderos tratados de espiritualidad y toman fácilmente como punto de partida una cuestión de actualidad. Así es como en 1940, unos días antes de la invasión de Bélgica, definió públicamente, con ocasión de una profesión solemne, la línea de conducta a seguir en caso de guerra. El sermón que pronunció cuando la comunidad fue expulsada de Scourmont en 1942, sin saber si ella podría retornar, es una verdadera obra maestra.

Una formación intelectual seria es imposible sin una buena biblioteca. Dom Anselme dedicó muchos esfuerzos a la creación de una de las más bellas bibliotecas monásticas de la Orden, que contó con todas las grandes colecciones, como la de Patrología griega y de Patrología latina; la colección de los Concilios de Mansi; los grandes diccionarios, como el de Espiritualidad; las *Acta Sanctorum* de los Bollandistas. Sabiendo hacerse ayudar en este campo, como en todos los otros, confió la constitución de diversos sectores de la biblioteca a varias personas competentes: El P. José Canivez montó la sección de derecho canónico; el de Sagrada Escritura dependía del P. Alphonse Bernigaud y del P. Benoît Attout; el de filosofía dependía del P. Ignace Van Vlasselaer y el de teología del P. Thomas Litt.

Dom Anselme estimuló la publicación de las obras de los religiosos más competentes, en particular la de las *Acta Capituli Generalis* del P. Canivez, una obra básica utilizada después por todos los historiadores de la Orden, que todavía no ha sido reemplazada, a pesar que es un poco vieja.

Desde 1923, dom Anselme había imaginado y propuesto la publicación de una colección de escritos de los autores cistercienses desde los primeros siglos de la Orden. Él había hecho un plan detallado y preciso de lo que sería un cuerpo cisterciense completo, del que numerosos elementos no fueron siempre publicados. Lo único que se asemeja en nuestros días a su proyecto es la gran colección de *Cistercian Fathers* publicada después de treinta años por *Cistercian Publications*, una editorial creada por la Conferencia Regional cisterciense de Estados Unidos; y la colección *Pain de Cîteaux* iniciada por el P. Robert Thomas⁴⁹. Este proyecto se presentó al Capítulo General de 1924, pero no fue aceptado, al ser considerado entonces como demasiado intelectual. La revista *Collectanea*, cuya publicación fue aprobada diez años más tarde en el Capítulo General de 1933, constituyó, en cierta manera, una solución de repliegue. Gracias a su primer redactor en jefe, el P. Camille Hontoir, monje de Scourmont y a toda la atención que le prestó el mismo

49 La gran colección de *Sources Chrétiennes* incluyó en su programa, a iniciativa de los monjes de Francia, la publicación de obras de la Edad Media Cisterciense. En 1990 ha sido terminada la traducción completa de las obras de san Bernardo.

dom Le Bail, la revista sirvió, ya desde el punto de partida, para hacer conocer los Padres Cistercienses y estimular el gusto de leerles.

Una información tan breve sobre la actividad formadora de dom Anselme Le Bail no sería completa si no se mencionara su actividad infatigable en la formación de las monjas, en los monasterios que él tenía a su cargo: Soleilmont y Nuestra Señora de la Paz. Se ocupó personalmente del traslado de esta última comunidad de Fourbechies a Chimay, en 1919. Y entre 1928 y 1937, se ocupó de la formación de las cincuenta jóvenes que dom Simon Dubuisson, abad de Tilburg y antiguo monje de Scourmont, envió a Chimay para formarse. Partieron todas juntas el 15 de julio de 1937 para fundar Berkel, en los Países Bajos. Predicó, además, numerosos retiros en otros monasterios de monjas.

Durante los últimos años de su vida, pasados en silla de ruedas, después de un accidente cerebral, continuó formando a su comunidad con su presencia silenciosa y orante, incluso cuando el cuidado de la comunidad había sido confiado a un administrador apostólico, dom Gueric Baudet, que llegó a ser su sucesor en 1956.

LA HERENCIA DE DOM ANSELME LE BAIL

En Scourmont, la presencia y la influencia de dom Anselme se perciben en todos los rincones del claustro. ¿Pero cual fue su influencia en la Orden?

A él la Orden le debe todo el movimiento y redescubrimiento de nuestros Padres Cistercienses a lo largo de los tres últimos cuartos del siglo xx. Sin embargo, se puede preguntar si este movimiento ha conservado siempre la orientación que dom Anselme le había dado y el espíritu que le había infundido. Don Anselme había sabido conjugar un gran rigor científico con similar libertad espiritual y un profundo espíritu de oración. No se puede decir que las sesiones de estudio sobre nuestros Padres cistercienses, que no cesaron de multiplicarse a lo largo de unos cuarenta de años, hayan tenido siempre las mismas características. En nuestros días, los escritos de los autores del siglo xii son fácilmente utilizados como *lectio divina*, frecuentemente sin el esfuerzo previo que permitiría entender su verdadero sentido. Esto llevó a utilizar dichos textos, un poco esotéricos para un lector moderno, a fin de suscitar en él sentimientos religiosos agradables. Además, si los escritos de algunos de nuestros Padres han conocido ediciones críticas de un sólido valor científico, no todas las publicaciones sobre los autores cistercienses tienen el mismo rigor; una buena parte revela, más que nada, un tipo de *fervorín*, que habría desagradado a dom Anselme en gran manera.

El método de dom Anselme era diferente y mucho más exigente. La primera etapa era un análisis tan serio -e incluso técnico- como exigente, del texto, a fin de percibir el mensaje del autor, colocándolo en su contexto histórico y espiritual.

La segunda etapa consistía en un esfuerzo de reflexión personal y de asimilación de su mensaje, en una actitud de oración. Finalmente, la tercera etapa consistía, no en una inculturación en el pasado (gran tentación de la formación monástica de hoy), sino en asimilar la savia espiritual recibida a través del contacto con los Padres cistercienses para reinventar sin cesar una espiritualidad cisterciense enraizada (hoy se diría inculturada) en el mundo en que vivimos. Los capítulos de dom Anselme, con ocasión de las profesiones solemnes, son bellos ejemplos de una doctrina monástica sólidamente enraizada en la tradición, pero también son la manifestación de un espíritu muy libre, que sabe y se atreve a repensar continuamente esta tradición en función del contexto inmediato de la vida.

Dom Anselme Le Bail no publicó muchas cosas. Sin embargo, escribió abundantemente, no en vistas a publicaciones ulteriores, sino para asimilar a la vez todo lo que él había aprendido de la Regla y de los Padres; y para preparar su enseñanza a la comunidad de Scourmont. Si no dudó en escribir el artículo del *Diccionario de Espiritualidad* sobre san Bernardo, en una época en la que él mismo era muy poco conocido, y algunos otros estudios sobre la vida cisterciense, él jamás se reconoció con vocación de escritor. Era, sobre todo, un formador. Toda su actividad estaba orientada a la formación de los monjes de la comunidad, que él quería como hombres adultos, impregnados del Evangelio, de la Regla de san Benito y de los Padres Cistercienses, que viven libre y lucidamente en el mundo de hoy la tradición recibida.

BIBLIOGRAFÍA (Por orden cronológico)

- *La Règle de saint Benoît. Manuel de vie spirituelle*, en *Compte-rendu de la retraite des Supérieurs à Cîteaux*, Westmalle, 1914, pp. 16-42.
- *Formation du moine à la liturgie*, en *Compte-rendu...*, o. cit., pp. 92-115.
- *Les Trappistines*, Scourmont, 1924, librito en -12,16 pp.
- *Mémoire sur la publication d'une Collection cistercienne*, 1925, 10 pp.
- *La spiritualité cistercienne*, en *Les cahiers du cercle thomiste féminin*, 1927, pp. 388-413; 463-491.
- *L'influence de saint Bernard sur les auteurs spirituels de son temps*, en *Saint Bernard et son temps*, t.I, Dijon, 1929, pp. 205-215.
- *La Règle de saint Benoît dans l'Ordre de Cîteaux*, en *Revue liturgique et monastique*, Maredsous, 1929, pp. 134-154.
- *Saint Bernard, docteur de la vie liturgique*, en *Revue liturgique et monastique*, Maredsous, 1930, pp. 26-35.
- *Saint Bernard, docteur de la dévotion à Notre Seigneur Jésus Christ*, Gembloux, 1931, librito en-12, 53 pp.
- *Note sur l'excommunication dans l'Ordre de Cîteaux*, Scourmont, 1934.
- *Ordo commendationis animae*, en *Actes de la Commission de liturgie*, Westmalle, 1937, pp. 1-3.
- *Benedictionale ad usum monachorum*, dans *Actes...*, o. cit., pp. 15-27.
- *Cérémonial de la manière de recevoir les Sœurs*, Westmalle, 1937.
- *Coeremoniale Abbatum*, Westmalle, 1939.
- *L'Ordre de Cîteaux. La Trappe*, Paris, Letouzey, 1924; 17^e edición, 1947.
- *Les exercices spirituels de saint Benoît dans l'Ordre de Cîteaux*, en *Revue d'Ascétique et de Mystique*, Mélanges Marcel Viller, Toulouse, 1949, pp. 164-173.

COLABORACIÓN en *Dictionnaire de Spiritualité*:

Adam de Perseigne, t. 1, col. 198-201.

Aelred de Rielvaux, t. 1, col. 225-234.

Bernard de Clairvaux, t. 1, col. 1454-1499.

COLABORACIÓN en *Collectanea*:

La bibliographie de saint Etienne Harding, 1.1, 1934, pp. 56-64.

La célébration du VIII^e centenaire de la mort de saint Etienne Harding, t. 1, 1934, pp. 154-158.

Introduction au VIII^e centenaire de la mort de saint Bernard, t. VIII, 1946, pp. 91-97.

La paternité de saint Benoît dans l'Ordre de Cîteaux, t. IX, 1947, pp. 110-130.

3.2.2. Dom Edmond Obrecht y Dom Frederic Dunne Abades de Getsemaní (USA)

DOM EDMOND OBRECHT

Reproducimos aquí las páginas que Thomas Merton dedica a dom Obrecht y a su sucesor, en Las aguas de Siloé. Hemos agregado solamente: primero un párrafo para precisar algunas fechas del inicio de la vida monástica de dom Obrecht; luego, las misiones que desempeñó en el sur de África y en Asia; se han hecho precisiones de fechas y de nombres.

Dom Edmond nació el 13 de noviembre de 1852 en Alsacia en la villa de Stotzheim, donde nacerá igualmente, veinte años más tarde, uno de sus primos, el futuro dom Fabián Dutter. Siendo seminarista, pidió su entrada en la abadía de la Gran Trapa, donde fue admitido como novicio en febrero de 1875 y donde emitió sus votos simples el 19 de marzo de 1877, recibiendo poco después las órdenes menores. Después de una estancia en Aiguebelle, fue ordenado sacerdote en la Trapa el 19 de septiembre de 1879. El joven primo, de siete años, que participó en su primera Misa, sin duda recogió en aquel momento los primeros gérmenes de su futura vocación. El P. Edmond fue enviado pronto a ayudar a Tre Fontane, fundación de la Trapa. Fue allí donde él pronunció sus votos solemnes, el 28 de mayo de 1882. Aseguró un servicio a la Procuraduría de su Congregación en Roma, antes de volver a Tre Fontane, en 1888. Desde allí fue enviado, diez años más tarde, a Getsemaní, para ejercer el servicio de superior, en un momento de los más sombríos de la historia de esta comunidad americana, compuesta por dos tercios de hermanos conversos.

Dom Edmond poseía las cualidades que reclamaba su nueva tarea. (...) Sabía lo que significaban la Regla y la espiritualidad de la Orden, y conocía el derecho ca-

nónico; no se le escapaba el sentido del canto llano y de las ceremonias litúrgicas. Era un buen lingüista, cosmopolita, diplomático y al mismo tiempo un amante de los libros. Su inteligencia era clara y potente; él unía la dignidad a la autoridad, sabía tomar decisiones y hacerlas ejecutar. Era un abad, un jefe, un organizador nato: aquel que restablecería el orden en Getsemaní.

Difícilmente se pueden evaluar los cambios que dom Edmond llevó a cabo en su monasterio. Apenas entró en la gran ciudadela de silencio de Kentucky, hizo penetrar allí un aire nuevo y se puso a quitar el polvo de los espíritus que se había acumulado allí después de dos generaciones. La frescura de una concepción más sensible, más vivificante, en una palabra más cisterciense, sucedió a aquella atmósfera sofocante que provenía del sistema de penitencias de dom Benoît Berger, que fue abad desde 1861 a 1869. No es que dom Edmond rechazara castigar las faltas: sus súbditos le encontrarían tan severo como dom Benoît, cuando las circunstancias lo exigían. Pero en él había algo de más humano; su visión se extendía más allá de los límites de una espiritualidad cuyo objetivo fuera reprimir la naturaleza humana, como si la mortificación no comportara más que un elemento negativo.

La comunidad debilitada, desunida, al final del abadiato de dom Edouard Chaix-Bourban, que sucedió a dom Benoît Berger en 1869 y presentó su dimisión en 1896, no tardó en formar un todo sólido y vivo, bajo la tutela de su superior provisional enviado de Italia; por eso, su primer acto de gratitud fue el de elegirle, por unanimidad, como abad, el 11 de octubre de 1898. El monasterio entró en contacto más directo con lo que constituía la Iglesia de América, y las relaciones tan tensas en tiempo de dom Benoît fueron reanudadas y mejoradas por un abad que tenía facilidad para hacer amigos.

Un año después, cuando tuvieron la celebración del jubileo, las puertas se abrieron para hombres que, en tiempos pasados, no habrían jamás osado arriesgarse a entrar en aquellos lugares. Muy pronto se expandió la noticia de que los trapenses eran personas muy llenas de humanidad, y el monasterio mucho mejor que una cárcel para sacerdotes castigados. Además, un pequeño libro sobre el monasterio, que el abad tuvo la buena idea de publicar, pudo convencer a los americanos que la felicidad no era incompatible con la vocación trapense.

Dom Obrecht era un monje de largos proyectos; su espíritu abrazaba el universo. Fue precisamente en razón de su personalidad que se le envió a América y siempre se le testimonió más consideración que al simple abad de una comunidad perdida en los bosques de Kentucky. Muchas misiones le fueron confiadas. Cuando el Capítulo General se preocupó por la evolución del monaquismo implantado en África del Sur, en torno a Mariannahill, fue a dom Obrecht a quien envió para darse cuenta de la situación e intentar poner las cosas en buen orden. Su conocimiento del alemán no era más que un sólo título a esa carga. Dom Obrecht que se

hizo asistir por su sobrino, P. Fabián Dutter, asumió durante tres años la administración de la colonia, pero la situación era irremediable, desde el punto de vista “trapense” y, por Mariannahill, se saldó con la separación de la Orden en 1909. En diciembre de 1912, está en China para efectuar la Visita Regular a Nuestra Señora de la Consolación, antes de hacer el mismo servicio, en enero de 1913, a las comunidades japonesas ⁵⁰.

Pasados los años, dom Edmond logró instalar en su monasterio una de las bibliotecas más bellas de Estados Unidos. Cuarenta mil volúmenes legados por Mons. Leonard Batz, de Milwaukee fueron su núcleo; los Padres griegos y latinos de Migne, con la vecindad de las obras completas de san Bernardo, de santo Tomás y de Duns Scoto. De su parte, dom Edmond adquirió numerosos incunables, textos litúrgicos cistercienses, y la mayor parte de los antifonarios del siglo XII, e incluso manuscritos de san Bernardo. A este conjunto vinieron a añadirse las obras de benedictinos célebres, como aquellos de dom Martène y de dom Mabillon.

Por otra parte, dom Edmond buscaba hacer a Getsemaní más acogedor. Los muros de ladrillos fueron cubiertos de una materia que les hizo aparecer de piedra, suavizando ciertamente el aspecto exterior del edificio. Se construyó un claustro nuevo y la iglesia fue transformada y embellecida con vidrieras. Aunque esto era contrario a la tradición cisterciense (porque, en el siglo XII, los abades que habían embellecido sus vidrieras recibían como penitencia del Capítulo General varios días de ayuno a pan y agua), para Getsemaní eran casi una necesidad. Hasta entonces, al inicio de cada verano, los monjes se veían obligados a blanquear las vidrieras a fin de protegerse del cruel sol de Kentucky; esta realidad hacía, de la pobreza, algo feo y deprimente a la vez.

Recién comenzado el año 1912, se produjo en Getsemaní un acontecimiento que, a pesar de su carácter trágico, tuvo unas consecuencias felices. En un tranquilo mediodía de invierno, en el momento en que los monjes iban a realizar su trabajo, se percibió en el techo del colegio una columna de humo. Una vez dada la alarma, los monjes y estudiantes lucharon rápidamente contra el fuego, pero sin ningún éxito. A la noche, de los edificios no quedaban más que un montón de materiales calcinados, coronados de un humo áspero.

Cuando amaneció y vino el día, los monjes se dieron cuenta de que cuatro bloques de muro se separaban siniestros y negros sobre el cielo del invierno; y nadie se lamentó de ello. Incluso pareció que el hecho fue aceptado con satisfacción; los monjes comprendieron que Dios les hacía una gracia, liberando su vida monástica de un elemento que iba tomando casi las proporciones de un cáncer. Después

⁵⁰ Ese párrafo es añadido al texto de Merton: que retoma algunas expresiones de la página 172 de su obra. Sobre Mariannahill, cf. § 2.3.2.

de todo, la historia del colegio no había sido para ellos más que una larga cadena fastidiosa e incluso peligrosa espiritualmente.

El establecimiento gozaba de una gran popularidad; los antiguos alumnos, en un gesto de solidaridad, se pusieron rápidamente a buscar el dinero necesario para la reconstrucción, pero dom Edmond se apresuró en devolverles sus donativos, estimando que la escuela no tenía más utilidad, ni los monjes excusa para continuar su tarea de educadores. Lo que había sido necesario después de la Guerra Civil, ya no lo era en el siglo veinte: al momento presente en Kentucky no faltaban buenas escuelas. Para los monjes era suficiente vivir su Regla y realizar su vocación, y no entendían más encargarse de deberes que incumben a otras Órdenes.

Los muros inseguros fueron derribados, quitados los escombros; y en la cima de la colina, donde se elevaba el colegio, se puso sobre un sólido pedestal una estatua de san José, con el Niño Jesús en sus brazos. Parecía querer impedir que se reconstruyera jamás el colegio. ¿No es San José el patrono de la vida interior...?

El año 1920 vio el apogeo de dom Edmond Obrecht en Getsemaní, y del triple jubileo en 1924, fecha inolvidable en la historia de la abadía; fue el triunfo de dom Edmond. Era el jubileo de diamante de la fundación de Getsemaní, que debía haber tenido lugar el año anterior y se encontró junto a dos fiestas personales del abad: el cincuentenario de su profesión y el veinticinco aniversario como abad de Getsemaní ⁵¹.

El expansivo dom Obrecht no esperaba ni quería otra cosa que una ceremonia solemne “a todo color”. En este sentido, era ciertamente un hombre de su tiempo, y el triple jubileo, más que ninguna otra cosa, manifestó que también los trapenses deseaban expresar un poco de aquel sonado optimismo que sumergía a los Estados Unidos en 1920.

Getsemaní, en 1924, había llegado al número ideal para una comunidad cisterciense. Sus ochenta y un miembros estaban compuestos, en partes iguales, de monjes profesos y de hermanos conversos. Es verdad que no había más que un puñado de novicios, pero la comunidad era lo suficientemente numerosa como para cumplir normalmente sus tareas, permitiendo al abad tenerla enteramente bajo su mirada. Era en el presente una comunidad “americana” completamente homogénea, si bien se encontraban en ella todavía algunos monjes venidos de tierras lejanas, para terminar allí sus días. Era, sobre todo, una comunidad regular, activa y responsable, de hombres que colaboraban de buen grado con un abad que les hacía trabajar duro; todos juntos se entregaban a la búsqueda, oscura y agotadora, de la santidad en el silencio, la pobreza y entre todas las vicisitudes de la vida trapense.

⁵¹ De hecho, dom Obrecht había emitido sus primeros votos 47 años antes y se encontraba en el 26º año de su abadiato (Nota añadida al texto de Merton).

En el orden espiritual, la obra más duradera del régimen de dom Edmond puede que sea el haber puesto a Getsemaní bajo la tutela de Santa Teresa de Lisieux, y de su “Pequeño Camino”.

Bastante antes de la Primera Guerra Mundial, la “Pequeña Flor” ya había tenido sus devotos en el monasterio. El submaestro de novicios de coro, el P. Antonio, había nacido en una familia católica de la aristocracia holandesa. Su padre, el senador Jacques de Bruyn, había sido camarero del papa León XIII; y su hermana era religiosa en un convento de contemplativas de Italia. Por ella se envió uno de los primeros ejemplares del libro *“Historia de un alma”*, que hizo su entrada en aquella “fortaleza”, de implacable severidad, como era la trapa de Getsemaní. Desde ese momento, la espiritualidad de la pequeña santa Carmelita, que ha ejercido una influencia tan prodigiosa en la Iglesia de nuestro tiempo, impregnó la élite espiritual del monasterio y, muy especialmente, su prior. La admiración que le tenía dom Edmond se convirtió en entusiasmo cuando la nueva santa le curó en 1925 de una peligrosa enfermedad.

De ida al Capítulo General, sufrió una crisis cardiaca, y con dificultad consiguió llegar a su casa familiar de Alsacia, donde permaneció en cama varios meses, incapaz de decir la misa. Su enfermedad causó la consternación en toda la Orden; abades y dignatarios fueron en gran número a visitarle a su villa natal, y el obispo de Estrasburgo llegó a rendirle homenaje nombrándole canónigo honorario de la catedral. Los aldeanos del lugar le cantaban serenatas bajo su ventana. ¡Obsequio que no llegó a causar la muerte de dom Edmond!

Como él no tenía ni siquiera fuerza para saludar a sus visitantes, puso toda su confianza en una reliquia de la Pequeña Flor -un rizo de sus cabellos- que guardaba en la cabecera de la cama. Además, en cuanto fue curado, su primer viaje fue una peregrinación a Lisieux.

Poco después, se embarcó para América y llegó a Getsemaní, donde sus monjes habían llegado a pensar que no le verían más. Ignoraban aún cuán grande era su suerte porque la dimisión, que dom Edmond había presentado al Abad General, no fue aceptada. En 1927 y en 1928, dom Edmond Obrecht volvía de nuevo a Lisieux, y no como peregrino ordinario. Había obtenido un permiso especial de Roma para entrar en la clausura del Carmelo, donde habló con las tres hermanas de Santa Teresa, estableciendo una amistad fervorosa y duradera. No sólo llegó a ser su amigo personal, sino, oficialmente, parte de la familia. De este modo, los cistercienses de Getsemaní y las carmelitas de Lisieux llegaron a ser hermanos y hermanas. Las distintas fiestas del año brindaban la ocasión para un intercambio de augurios y presentes con la cortesía propia de las hijas de santa Teresa. Esa cordialidad, llena de jovialidad y finura, con la que las carmelitas tienen la costumbre de suavizar su austeridad, en modo alguno perjudicó a Getsemaní; todo lo con-

trario, el calor humano del otro lado del océano, hizo fundir los restos de frialdad que se escondía todavía en algunos rincones de esta vasta y desnuda abadía. Pero viene lo más importante: apenas santa Teresa fue designada de oficio Maestra de novicios de Getsemaní, los postulantes se presentaron en cantidad.

La curación de dom Edmond no había sido el último favor de la santa del Carmelo. Ocho años más tarde, víctima de un accidente de automóvil cerca de Getsemaní, en el que todos podrían haber muerto, dom Edmond sufre de una gangrena en el pie. La situación se agravó tan rápidamente que el médico creía tener que amputarlo, pero, entre otras cosas, el abad tenía diabetes, lo que hacía imposible la operación. La comunidad inició una novena a la Pequeña Flor y el padre prior metió una de sus reliquias en la venda que envolvía el pie del abad. Al día siguiente, al entrar en la habitación del enfermo, encontró al médico perplejo, que no llegaba a explicarse por qué el anciano abad se hallaba de pronto fuera de peligro. Esto ocurrió en 1933.

La carrera de dom Edmond iba hacia su fin. Noches sin dormir y un cuerpo lleno de dolores dejaban al viejo trapense sin reposo y sin fuerzas. Sin embargo, quiso ir al Capítulo General e hizo una visita imprevista a Nuestra Señora del Valle, donde dom Jean O'Connor, prior titular, estaba enfermo y en peligro.

Muy poco después, ya en Getsemaní, no le fue posible abandonar la habitación. Su última aparición entre los monjes le describe muy bien. Era el primero de noviembre, fiesta de Todos los Santos. Dom Edmond se presentó en el capítulo por la mañana, cosa que hacía muy raramente, y procedió a un cambio importante de cargos en la comunidad, y por la tarde se presentó en el coro por última vez. En esa ocasión entró revestido de "*capa magna*" violeta que le había regalado Pío XI en 1929, con motivo del jubileo de sus bodas de oro sacerdotales. En las segundas Vísperas de Todos los Santos, ocupó su lugar en el coro de los enfermos, pero consiguió llegar a su silla para dar la bendición luego del *Benedicamus Domino*. Después cantó las Vísperas de la solemne conmemoración de Todos los Difuntos.

Dos semanas más tarde, recibió la extremaunción en su habitación de manos del prior. Sobrevivió hasta Navidad y Año nuevo, pero el 4 de enero, a las cinco y media de la mañana, cuando los monjes entraban al coro para Prima, el prior les hizo una señal de que fueran rápidamente junto al abad. Nuestro gran hombre murió rodeado de sus hijos que recitaban las oraciones por los agonizantes.

Numerosas personalidades eclesíásticas, que habían aplaudido al discurso lleno de espíritu de dom Edmond durante el banquete del triple jubileo, se reencontrarían en Getsemaní en un día frío y lluvioso de enero. Su cuerpo fue inhumado en un rincón del ábside de la iglesia abacial, detrás de la capilla de Nuestra Señora de las Victorias, donde tenía la costumbre de celebrar la Misa.

Cuando en la prensa católica de los dos continentes se apaciguaba la emo-

ción causada por la triste noticia, los monjes de Getsemaní se preparaban para la elección de su quinto abad. El Padre Inmediato, dom Corentin Guyader llegó de Melleray a primeros de febrero, y la elección se realizó según las formalidades prescritas. No fueron necesarios muchos turnos de escrutinios para que la elección se fijara sobre el hombre que había sido durante más de treinta años el prior de dom Edmond, dom Frederic Dunne.

DOM FREDERIC DUNNE, PRIMER ABAD AMERICANO

Como ya hemos dicho, dom Frederic Dunne fue el primer abad trapense americano. Había sido, también, el primer estadounidense que llegó a ser monje de coro en Getsemaní. Permanecerá aquí hasta su muerte, y vio enterrar a muchos de aquellos que habían entrado en el noviciado después de él. Antes de terminar su vida, llena de años y méritos, el 4 de agosto de 1948, vivió cincuenta años de la existencia de Getsemaní y jugó un rol preponderante en la historia de la abadía.

Dom Frederic había venido al monasterio en 1894, a la edad de veinte años. Físicamente ofrecía pocas esperanzas: su constitución parecía débil y no era ni grande ni vigoroso. Pero dom Edouard Chaix-Bourban, entonces abad, reconoció inmediatamente la inteligencia y el fervor del nuevo postulante que los anales del monasterio nos presentan como impresor y encuadernador de libros, oficio que su padre había ejercido ya en Zanesville y en Ironton, Ohio, después en Atlanta, Georgia, y en Jacksonville, Florida. Cuando el Hno. Frederic era todavía un joven monje, su padre le siguió en Getsemaní y pasó los últimos años de su vida bajo el hábito de oblato converso. Mr. Dunne había traído una pequeña prensa manual, algunos elementos tipográficos y todo lo necesario para encuadernar. En el curso de su larga carrera monástica, tan sobrecargada, el P. Frederic encontró tiempo para encuadernar gran cantidad de libros de la biblioteca.

Decir vida sobrecargada es decir poco. La cantidad de trabajo realizado por dom Frederic es inestimable. La generosidad de su alma y la intensa actividad nerviosa de su frágil estructura no bastan para explicar suficientemente cómo pudo, durante tantos años y, a veces, sin ayuda alguna, dirigir Getsemaní con tal eficacia. Entró en el monasterio en un momento crucial. Los monjes, desconocedores de la lengua inglesa, expuestos a las astucias del mundo, divididos entre sí en el seno de una comunidad sin equilibrio, estaban más cerca de la ruina de lo que ellos pudieran imaginar. Dom Edouard Chaix-Bourban discernió pronto aquella bendición para su monasterio, bendición que le venía en la persona de aquel trabajador inteligente y de buena voluntad; no tardó en sacar provecho de él, y antes incluso de que el pobre muchacho entrara en el ritmo del noviciado, le nombró sacristán.

Apenas el Hno. Frederic hizo su profesión, la abadía fue sobresaltada por los

acontecimientos del colegio: el escándalo llevó al arresto del principal, a la dimisión de dom Edouard y a la confusión que se siguió⁵². Fue él quien se encargó de examinar los libros y de evaluar a cuánto se elevaba la malversación de fondos; tuvo que poner las cosas en orden y se esforzó por llevar la escuela con equilibrio y habilidad, lo mismo en el plano espiritual que en el económico. No era mal aprendizaje para un joven de veintidós años, pero comportaba sus riesgos. El joven monje tenía salidas de comunidad antes de estar formado; viviendo en el colegio, no venía al monasterio más que en raros intervalos. No era contemplativo más que de deseo; pero ese deseo era tan ferviente y tan poderoso que logró preservar la integridad de su vida interior. Aunque fue uno de los religiosos más jóvenes y más recargados, el Hno. Frederic era también uno de los más ricos en espiritualidad.

Dotado de coraje natural, que una voluntad de hierro podía impulsar hasta los límites del heroísmo, el Hno. Frederic se abrasaba en profundos ardores sobrenaturales: en él se encontraba esa unión de la gracia y la naturaleza, que produce a los santos trapenses. Era trapense en todo el ardor de su amor por la Regla y sus austeridades, pero era más que trapense en su amor a Jesucristo, un amor que poseía un poco de aquel fuego del que san Bernardo y santa Gertrudis la Magna habían sido abrazados. Ese amor era la fuente de su abnegación incansable por Getsemaní y por aquellos que, durante sus últimos cincuenta años, vivieron en el monasterio o experimentaron su influencia. Además su amor abrazaba al mundo entero, porque ese contemplativo tenía, como santa Teresa de Ávila y santa Teresa de Lisieux, el alma de un gran apóstol.

Su vida estuvo totalmente centrada en el altar y en el Cristo del sagrario. La Sagrada Eucaristía, el Sagrado Corazón eran el objeto de su contemplación; sus pensamientos se dirigían en cada instante hacia Cristo en la cruz, para volver en seguida a aquella inmolación sin fin en el trabajo, que iba a consumir su vida. El P. Frederic amaba los libros y amaba la oración; no tenía gusto ni por el mundo ni por las actividades de los hombres. Sin duda, poca gente comprendió lo que a él le costaba sacrificar tantas horas y días en ocupaciones materiales, de contacto con el mundo, de conversaciones con los visitantes y de viajes lejos del monasterio.

Dom Edmond le estimaba particularmente. Cuando el tiempo requerido lo permitió, le hizo ordenarse sacerdote, y le nombró prior. Desde entonces, fue el P. Frederic quien dirigió Getsemaní durante las largas ausencias de dom Edmond en Europa, África y Asia. Esta tarea la cumplió con eficacia, tranquilamente, ateniéndose humildemente al juicio de su abad cuando la ocasión le venía dada; encontró

52 El principal del colegio le había llevado al desastre económico y había creado dificultades sin número a los monjes. El abad, dom Edouard Chaix-Bourbon, consciente de que no tenía la "prudencia de la serpiente" necesaria para enfrentarse a la situación, presentó su dimisión en 1895 [Nota añadida al texto de Merton].

el secreto de ejercer perfectamente gran número de cargos, dejando el mérito a otros.

De esta manera, cuando fue elegido abad estaba preparado no solamente para dicho oficio, sino para todos los otros. Así es como asumió durante largo tiempo parte de las funciones del cillerero. Sabía bien qué penoso es dejar la clausura para ocuparse en asuntos profanos. Con su generosidad acostumbrada, quiso ahorrar, de este modo, una prueba a cada uno de sus monjes.

El primer abad cisterciense americano entró en su cargo a la vigilia de grandes tribulaciones: con toda evidencia, la Providencia le preparaba, así como a su comunidad, a unos años de duro trabajo, que iba a ser el período de expansión. El 7 de febrero de 1935, al día siguiente de su elección, varios religiosos fueron atacados de gripe española. A pesar de los esfuerzos del médico del lugar, el contagio se extendió rápidamente; en pocos días el P. Jacques Fox, enfermero, vio la mitad de la comunidad invadir la pequeña enfermería construida por dom Edmond. Pero los monjes no comprendieron la gravedad de la situación hasta el momento en que el P. Columban y el Hno. Placido murieron los dos el día 15 de febrero. Al día siguiente, durante el momento del entierro, el P. Anselmo, un irlandés de ochenta y seis años, moría también. El número de enfermos pronto se hizo tal que no quedaron más que veinte monjes para llevar la vida regular y dar a sus hermanos los cuidados necesarios. La enfermería se asemejaba, cada vez más, a un hospital de apestados; y no se percibía el momento final de aquellas miserias. El P. Anthony moría el 18 de febrero y, dos días después, el Hno Michael. Con el paso de los días, la noticia de la epidemia se había extendido en la comarca y fue el obispo de Louisville, Mons. Floersht, quien decidió llevar una ayuda a Getsemaní. Se dirigió al hospital de Chicago que, sin demora, envió a dos de sus Hermanos Alexiens para ocuparse de los trapenses enfermos. Estos habían sido trasladados al piso de la hospedería donde, después de haberse llevado al Hermano Matías, la gripe terminó, quedando fuera de peligro. Pero morirían aún dos monjes más, de neumonía.

Las Misas de requiem fueron cantadas por dom Corentin Le Guyader, abad de Melleray: duro deber para un Padre Inmediato, que había venido a instalar al nuevo abad. El había procedido a su Visita Regular y recibió de Cîteaux la confirmación de la elección. Y el 12 de febrero, en la sala capitular, los más fuertes se arrodillaron delante de su nuevo superior y, renovándole sus votos, le prometieron obediencia hasta la muerte. Con todo, las semanas iban pasando y los monjes pronto se encontraron en condiciones de terminar la Cuaresma con todo el rigor habitual. El primero de mayo, tuvo lugar la bendición abacial de dom Frederic, y en septiembre asistía al Capítulo General (...)

Dom Frederic tenía una concepción de la vida trágica y optimista a la vez. Optimista porque la realidad central de su vida -una realidad más real que toda otra

cosa- era el amor infinito de Dios y su misericordia hacia los hombres. Trágica, porque experimentó, con una angustia tan aguda que llegaba a ser física, esta terrible verdad: la mayor parte de los hombres han rechazado este amor para preferir la confusión y la miseria del egoísmo, cuyo fruto no es más que el sufrimiento, la crueldad, el odio y la guerra. Opinión trágica, si se considera la época trágica en la que se vivía y optimista, ya que él consagraba su existencia entera a una fe que se afana por descubrir el amor de Dios en todas las cosas, incluso en lo peor, y nos recuerda sin cesar que el amor de Dios cambia el mal en bien. “*Omnia cooperantur in bonum iis qui diligunt Deum*” (Rom 8,28).

El hecho de encontrarse con estas dos tendencias llevó a dom Frederic a darse sin reserva a la tarea de oponer el bien al mal, el amor al odio, el sacrificio al egoísmo y la reparación al pecado. Su concepción de la vida cisterciense estaba finalmente dominada por este último carácter. La necesidad de una penitencia reparadora terminó por llegar a ser, poco a poco, el único tema de sus instrucciones. Con todo lo modesto y discreto que él fue, enemigo del énfasis y de la exaltación, dom Frederic vibraba de emoción cuando hablaba de la vida del monje *crucificado con Cristo*, clavado en la Cruz con Cristo, completando con sus propios sufrimientos lo que falta a la pasión del *Christus totus*.

Si bien detestaba dejar la clausura, y de hecho apenas se ausentaba, tenía una visión muy clara de las necesidades de la Iglesia en Estados Unidos. En el curso de los años de guerra y de trastornos, la correspondencia del abad de Getsemaní alcanzaba unas proporciones sorprendentes: sacerdotes y laicos le hacían saber cómo era la vida en el mundo, abyecto y miserable, y pedían a los monjes una parte en sus mortificaciones y en sus oraciones. Cuando dom Frederic Dunne entró en el monasterio, es decir, cincuenta años atrás, encontró poca gente con quien poder compartir su convicción de que las Órdenes contemplativas tienen en la Iglesia un papel importante. Después se produjo un cambio considerable: incluso personas que no eran católicas comenzaban a darse cuenta de que la oración y la penitencia podrían ser más útiles a la Iglesia y al mundo que las obras exteriores de apostolado.

Este primer abad trapense americano había asumido una misión de posibilidades inmensas. Desde que aceptó el báculo y la mitra, deseó que la Regla y los Usos fueran observados lo más completamente posible en Getsemaní. La austeridad allí había sido siempre grande y, sin ninguna duda, dom Edmond Obrecht no habría concedido ninguna atenuación si no era justificada, de verdad, por los rigores del clima. Dom Frederic Dunne comenzó por suprimir algunas de ellas; poco a poco y de año en año, la comida se reduciría a lo estrictamente necesario. Los dos huevos fritos que habían hecho de la comida de Pascua un banquete de lujo inusual fueron decididamente suprimidos y las porciones ligeramente mezcladas con

papilla de maíz y de avena, que en tiempos de ayuno hacía la colación de la tarde un poco más sustanciosa, disminuyeron gradualmente hasta no tener más que un mendrugo de pan negro acompañado de compote de manzanas. Incluso el vino o la sidra, permitido por todas partes en la Orden, desapareció para siempre de la mesa de Getsemaní y fue suplido por un extraño cocido de cebada o de soja, que recibió el nombre de “café”.

Lejos de irritarse por estos cambios, la mayoría de los monjes se mostraron deseosos de que se intensificaran y muchos recordaron a dom Frederic que los Usos cistercienses del siglo XII no autorizaban la colación: una sola comida en tiempos de ayuno y ningún suplemento durante las veinticuatro horas, ni un bocado de pan seco. Dom Frederic les respondió que le habría gustado hacer observar los antiguos ayunos si el Capítulo General los hubiera puesto en vigor, con la aprobación de la Santa Sede; pero, por el momento, él no podía más que reforzar los usos existentes.

Se tenía la impresión que, en su desnudez, el refectorio de Getsemaní era el orgullo de dom Frederic. Los abades europeos que venían de visita se extrañaban de encontrar allí viejas jarras de estaño en las que los monjes recibían su café de cebada y comentaban entre ellos que aquellos ricos estadounidenses debieron hacer un esfuerzo muy grande para practicar la pobreza. [...]

El hecho sorprendente es que aquella austeridad tuvo por efecto atraer un gran número de vocaciones. Dom Frederic no llevaba un año de abad y ya afluían los novicios. Cuando se les preguntaba por qué habían venido a Getsemaní, la mayor parte respondía que buscaban el modo de vida monástica más duro; ellos deseaban despojarse de todo, renunciando a todos los placeres y a todas las facilidades del mundo, a fin de dar a Dios una prueba de su amor. Muchos, incluso, no encontraban suficientemente austera la vida trapense. Era necesario que se les pusiera un freno y se les enseñaba la moderación. Ellos debían buscar, ante todo, la ascesis interior en la obediencia perfecta, la humildad benedictina y la aceptación de las pruebas mortificadoras y secretas de las que Dios se sirve para purificar el alma de aquellos que Él destina para la contemplación infusa.

El entusiasmo y el gozo de tantos jóvenes monjes en el primer fervor de la vida monástica daban a la abadía de Getsemaní una atmósfera de vitalidad y de felicidad que no había conocido jamás, a lo largo de sus noventa y cinco años de existencia. Este ambiente de alegría y el contraste que ofrecía con la melancolía del mundo exterior impresionaba profundamente a los visitantes. Si un novicio llegaba a olvidar por un momento sus resoluciones tomando de nuevo el traje de seglar, pronto lamentaba su decisión, entrando en otros monasterios o regresando lo antes posible a Getsemaní.

Cuando pareció a dom Frederic que no era necesario ampliar más los edificios

para acoger a aquella avalancha de postulantes, comprendió que el sueño que jamás había creído posible estaba a punto de realizarse. Había llegado el tiempo de que los trapenses americanos se desarrollaran: momento de edificar monasterios y extender su oculto apostolado a todas las llanuras, montañas y valles del Nuevo Mundo.

Comenzó la era de las fundaciones en los Estados Unidos... Antes de la muerte de dom Frederic fueron las siguientes: Nuestra Señora del Espíritu Santo en Georgia y Nuestra Señora de la Trinidad en Utah, mientras que El Valle fundaba en Nuevo Méjico.

3.2.3. El caso de dom Alexis Presse ⁵³

Mathurin Presse, bretón de Plougenast, entró en Timadeuc a los 19 años, en enero de 1903, después de un año en el seminario mayor de Saint-Brieuc. Había recibido el nombre de Alexis, frecuente en su familia (así se llamaban también su hermano, su padre y su abuelo). En el noviciado coincidió con el Hno. Dominique Nogues, que le superaba por algunos años. Fue admitido a los primeros votos el 11 de febrero de 1905 y a los solemnes el 16 de febrero de 1908; recibió sucesivamente, poco después, las tres órdenes sagradas ⁵⁴. Fue nombrado sacristán y maestro de ceremonias, teniendo la oportunidad de manifestar, ya entonces, su gusto por las antiguas tradiciones, prefiriendo el uso de los ornamentos llamados góticos a los llamados “cajas de violón” de la época. Fue también chantre y maestro de conversos. En 1910 su abad, dom Bernard Chevalier, le mandó a Roma a estudiar. Sacó el doctorado en derecho canónico en 1913, y se quedó en la Casa Generalicia como maestro de estudiantes.

Es la época en la que un rescripto de la Santa Sede, del 8 de marzo de 1913, nos permite poner al día las rúbricas del Misal, inspiradas en el antiguo misal cisterciense. Dom Malet le nombra colaborador y trabaja conjuntamente con el P. Robert Trilhe, con el que permanecerá siempre en contacto, incluso cuando hubo ya abandonado la Orden, para poder dedicarse mejor a sus investigaciones, en las diversas bibliotecas de Europa ⁵⁵. El P. Alexis, desde el inicio de su vida religiosa, se interesa por los orígenes de la Orden. Sus estudios serán muy apreciados por

53 Lo esencial de los acontecimientos, a pesar de algunos errores en particular, ya ha sido expuesto por X. H. de Villeneuve, *Boquen. Dom Alexis Presse*, en septiembre de 1996, y ha dejado de ser materia reservada. Por otra parte, fallecidos ya todos sus protagonistas, no hay temor a despertar pasiones mal apagadas. En el marco de esta presentación de la Orden en el siglo XX, era conveniente dar una visión precisa y objetiva de los hechos, ciertamente dolorosos en su tiempo.

54 Subdiaconado el 4 de abril, diaconado el 28 de junio, sacerdote el 10 de julio.

55 Al morir el P. Trilhe, el 3 de mayo de 1930, su hermano hereda su biblioteca y la pone a disposición de dom Alexis, en Tamié. Esta biblioteca fue enviada a Boquen en febrero de 1940, a petición de Edmond Trilhe y de dom Alexis.

la Orden, particularmente cuando se trate de redactar las Constituciones para las monjas, en los años 1920. Pero no es sólo como historiador: sueña en lograr que su Orden vuelva a las prácticas de sus orígenes, barriendo todo lo que ha sido añadido después, sobre todo, después de Rancé y LeStrange. Sin duda que la unificación de las tres Congregaciones en 1892 ya llevó a un equilibrio más cisterciense. Pero queda todavía mucho por hacer para conseguir la línea de pureza del s. XII. Se le argumenta, a veces: ¿no hemos profesado según las Constituciones de 1893 y no, según las del siglo XII?

La declaración de guerra, en agosto de 1914, le pilla durante las vacaciones escolares. Tiene el dolor de saber que su hermano ha muerto entre los primeros, en el campo de honor. Debe regresar a Timadeuc para tapan los agujeros de los movilizados y desempeñar los oficios de cillerero y de secretario, sino que él mismo es movilizado, si bien sólo cuenta con un ojo en buen estado ⁵⁶; es destinado como enfermero a Loudéac, a unos kilómetros de Timadeuc. En noviembre de 1917, haciendo valer su cargo de maestro de estudiantes en Roma, consigue pasar a la reserva a título de ¡“*Director de Hautes Études Internationales*”! Regresa, pues, a Roma, aun si la guerra impide a las comunidades enviar estudiantes a la Ciudad Eterna.

Llamado definitivamente a Timadeuc por su abad, durante las vacaciones de 1919 –dom Briec, que ha sucedido a dom Bernard, ahora abad de la Trapa, teme que el P. Alexis cultive ideas demasiado subversivas-, se reencuentra con la vida común, con el trabajo manual en el campo, lo cual le deprime un poco y se siente puesto en cuarentena. Mons. Marre le llama a Cîteaux en julio de 1920, para organizar la instalación de los monjes de Igny en las dependencias de la abadía. Tres meses más tarde, en octubre, es prestado a Bonnetcombe, que necesita un profesor: el abad de esta comunidad le nombra subprior.

SUPERIOR, DESPUÉS ABAD DE TAMIÉ

El 29 de septiembre de 1921, el abad de Tamié, dom Agustín Dupic, dimite por razones de salud, dejando una comunidad en una situación más que precaria. Nunca ha reclutado con buenos resultados ⁵⁷, debatiéndose largo tiempo en medio de dificultades materiales, de las que no se salió hasta 1919. El repliegue en Tamié de los monjes de la Graâce-Dieu y el cierre del refugio de Rueglo, en Italia, habían permitido a la comunidad reforzarse, pero después de la dimisión de Agustín Dupic parecía imposible una elección abacial. No hay más que 7 electores. Incluso se

⁵⁶ En 1894, al caerse en un campo recién segado, una punta de paja se le clavó en el ojo izquierdo.

⁵⁷ De 1861 a 1923, llamaron a la puerta 119 postulantes, pero sólo 7 llegaron a ser profesos simples y 4 a profesos solemnes; ninguno de estos perseveró excepto dos..., ¡que murieron poco después de su profesión!

llega a pensar si no sería mejor unir la comunidad a otra más floreciente. El prior asegura el ínterin, pero no se puede seguir así. A sugerencia de un monje de la comunidad que había estudiado en Roma, el Padre Inmediato, dom Chautard, que tenía entonces 65 años, propuso al P. Alexis como superior, al menos, provisional: aceptó y fue instalado el 8 de marzo de 1923.

Por lo que toca al aspecto material, escribe un mes más tarde al Abad General, la situación es buena relativamente. Podría ser muy buena con hábito de orden, de economía, con espíritu de pobreza: cosas todas, poco valoradas aquí, desde tiempo... La regularidad, así como el espíritu religioso y el nivel espiritual se resienten, naturalmente, de las condiciones poco favorables en las que se halla la comunidad y de la falta de formación de sus miembros: resulta evidente que ha faltado una buena formación inicial, en todo o en parte, a la mayoría de los monjes.

Ciertas personalidades, independientes en exceso, deberían sujetarse a la norma... o ser enviadas a otra parte. ¡Es lo que se hace!

Dom Alexis estaba convencido de que la renovación de Tamié era posible. Para lograrla, convenía permanecer varios años en el cargo. Insistió, pues, desde el principio, en que la comunidad pudiera proceder a una elección que, además, daría al superior cierta autoridad. La comunidad entró en sus puntos de vista, no sin insistir ante el Abad General en sus derechos, incluso advirtiéndole que recurriría a la Santa Sede, llegado el caso. Pero las altas instancias tenían sus reservas, no sólo con respecto al estado de la comunidad y el chantaje, siempre desagradable, que hacía; sino también con respecto a la personalidad de dom Alexis. Se sabía que era muy firme en sus ideas, que, bien conocidas, no gozaban de estima general.⁵⁸ Por su parte, el arzobispo de Chambéry insiste. El Capítulo General cree, curiosamente, que la comunidad ha perdido su derecho de voto, visto que no lo ha usado desde hace tiempo: pero ¿es por su culpa? Sería necesario un indulto de Roma y se pide, mas la Sagrada Congregación contesta el 27 de noviembre que autoriza a elegir a dom Alexis como superior solamente por un tiempo que no exceda dos años.

Al final de estos dos primeros años, dom Alexis se plantea si no será mejor que lo deje. El P. Inmediato, al acercarse la fecha fijada por la Santa Sede, tiene dudas y se pregunta si no convendría proponer la prolongación del mandato provisional, insinuando la posibilidad de la fusión de Tamié con Acey. A causa de un malentendido, la posibilidad de dicha fusión no fue propuesta al Capítulo General de sep-

⁵⁸ Dom Alexis no es persona que se deje engañar, escribe a dom Ollitrault el 17 de julio de 1923.

tiembre de 1925 y dom Chautard creyó que había que proceder a una elección, que fue fijada para el 25 de noviembre. Dom Alexis fue elegido por unanimidad de los seis votantes. La bendición abacial tuvo lugar el 15 de diciembre por el arzobispo de Chambéry. El abad elegido estaba acompañado por dom Dominique Nogues y dom Anselme Le Bail: ¡dos bretones! El Abad General se había excusado, al igual que el Procurador ⁵⁹. La ceremonia resultó bella, pero a la tarde, algunos invitados tuvieron que retroceder: la nieve, que cayó en abundancia, ¡hacía imposible el descenso al coche que habían alquilado! Ello motivó, escribe dom Alexis, una alegre velada de divertidas anécdotas ¡con abundantes pipas, puros y cigarrillos!

EL ÉXITO DE TAMIÉ

El arzobispo de Chambéry escribía al Abad General que la bendición abacial marcaba la resurrección de Tamié. Ciertamente se puede afirmar esto. Llegan novicios y dom Alexis asume su formación. Es muy favorable a los estudios y se preocupa de enriquecer la biblioteca con libros básicos. “Los libreros de París y Dijon conocen bien la dirección del abad de Tamié: siempre al acecho de compras interesantes, consiguió adquirir muchos manuscritos de gran valor y numerosos libros antiguos considerados rarísimos... Gracias a su abad, el monasterio recuperó todo su esplendor: esto se pudo comprobar en el otoño de 1932. Ese año era el octavo centenario de la abadía. Se programaron solemnes fiestas a lo largo de tres días... Fue invitado todo un mundo de grandes personajes y fieles amigos. Las ceremonias tuvieron lugar al aire libre, en el lugar del antiguo monasterio, donde varias procesiones muy originales, llevaron, de un lugar a otro, reliquias insignes del fundador, san Pedro de Tarantasia. Con su pluma, siempre a punto, dom Alexis escribió la crónica y publicó un álbum recuerdo, con abundantes fotografías” ⁶⁰.

La irradiación de la abadía en Saboya es importante. Los lugares restaurados son más acogedores. Se llevó la electricidad en 1926, lo que hace que la vida monástica sea menos rural con la instalación de maquinaria. Daniel-Rops, futuro miembro de la Academia Francesa, en aquel momento profesor de historia en el liceo de Chambéry, frecuenta la abadía y reconoce que debe su “conversión” a dom Alexis; hasta su muerte le manifestará aprecio y su apoyo. El 20 de septiembre 1928 es consagrada solemnemente la iglesia, con la asistencia de 300 invitados.

Dom Alexis prosigue sus personales investigaciones sobre nuestra tradición cisterciense; no renuncia a sus ideas sobre la evolución de la Orden que sería conveniente asumir. El Capítulo General le permitió reeditar el antiguo breviario cis-

⁵⁹ Como regalo, le hará enviar la cruz pectoral de dom Bernard Chevalier, el abad que le había recibido en Timadeuc.

⁶⁰ Bruno-Jean Martin, *Histoire des moines de Tamié et de quelques autres*, St-Etienne 1991, pp. 138-139.

terciense: en la intención de los capitulares, el motivo es su valor histórico; pero, para dom Alexis, es proponerlo a las comunidades que quieran volver a usarlo. Queda dolorido al comprobar que nadie lo acepta y manifiesta su contrariedad al nuevo Abad General, dom Smets, suplicándole recuperar su uso, por lo menos, en Tamié; autorización que el Abad General está muy lejos de conceder. Dom Alexis no solamente desea que se restablezcan los usos antiguos, sino que recomienda suprimir aquellas prácticas que fueron añadidas a lo largo de los siglos ⁶¹. Se permite suprimir algunas en su comunidad, como las bendiciones con el Santísimo Sacramento, por ejemplo, en las fiestas de sermón; lo que motiva una llamada de atención del Capítulo General de 1930: toda derogación referida a los Usos – de los que se acaba de promulgar una nueva redacción – debe estar debidamente autorizada. Escribe artículos en revistas por propia iniciativa, sin someterlos a la censura obligatoria en la Orden. Uno, principalmente, pone nerviosos a algunos, sobre *Las observancias adventicias de la Orden de Cister* ⁶². Escribe un artículo: *El abad de Rancé ¿quiso establecer una observancia particular?* ⁶³, que provocará la reacción de dom Smets al comienzo del Capítulo General siguiente.

MALESTAR EN TAMIÉ. CRISIS DE 1930

En la comunidad, algunos empiezan a darse cuenta de que su abad les quiere llevar por senderos peligrosos. Por otra parte, su temperamento testarudo va acompañado de cierta dureza y de actitudes molestas que pueden traducirse en violentas. “Tratad de no contrariarle, había advertido dom Dominique Nogues, de lo contrario le pondréis enfermo”. Se dan cuenta de ello.

Una primera crisis se abre en la Visita Regular de mayo de 1930. Dom Jean-Baptiste Chautard se atreve a hacer algunas observaciones al Padre Abad, como consecuencia de algunas quejas escuchadas en el escrutinio. Dom Alexis lo toma muy mal. Se enoja con la comunidad y cesa al prior, al que envía durante siete meses a otra comunidad. Un joven religioso que tuvo el valor de manifestarle las quejas de algunos, es colocado en el último lugar. Se cree que sería bueno ir a pedir perdón al P. Abad por el disgusto causado, pero algo se quiebra entre los monjes ancianos y el abad que se ha sentido traicionado. Este, por su parte, sigue hablando bien de su Padre Inmediato y del Capítulo General, que ha ratificado las observaciones del Visitador de septiembre de 1930.

61 Hasta el punto de prohibir a los novicios hacer visitas al Santísimo.

62 Rev. Mabillon XX (1930) 225-241

63 Rev. Mabillon XXI (1931) 49-60. Dom Le Bail le manifiesta confidencialmente: “Lo que habéis escrito sobre Rancé no me gustó, en absoluto. Por lo demás, sabéis que no simpatizo con Rancé; pero, cuando oigo hablar de él en términos tan burlones, se reaviva en mí el aprecio por él”.

Dom Alexis pasa por un momento de depresión: sus ilusiones se derrumban. Dom Anselme Le Bail, su amigo, intenta reconfortarlo: un abad debe gobernar en medio de las contradicciones, respetando siempre a las personas ⁶⁴. Pero, próximo el Capítulo General siguiente, al concluir una nueva Visita Regular que no ha podido hacer otra cosa que constatar el malestar existente (12-31 julio), manda leer, el 15 de agosto de 1931, por el prior y delante de los 4 profesos más jóvenes, una larga declaración en la que, de una parte, hace una apología de su gestión en Tamié y de otra parte manifiesta su desánimo, anunciando su intención de dimitir. Hace la siguiente confidencia, bien reveladora de sus ideas y de su propósito, como también de su desilusión:

Yo no pensaba entonces [al llegar en 1923] más que hacer de Tamié una casa observante, fervorosa, y sin ninguna pretensión. Mis ideas sobre este particular se concretaron y tomaron otra orientación cuando pensé que Dios me enviaba candidatos más capaces, creyéndoles aptos para poner por obra grandes proyectos. Desde hacía mucho tiempo, casi desde mi ingreso como religioso, soñaba en una restauración de la Orden:

- Restauración disciplinar mediante la vuelta al antiguo programa cisterciense: la Regla de san Benito completa, y ella sola.
- Restauración ascética mediante la eliminación de métodos modernos introducidos muy legítimamente en la Iglesia, pero aptos, más a las necesidades y conveniencias de los Institutos religiosos modernos que a las necesidades y aspiraciones de las antiguas Órdenes, tan diferentes en costumbres y espíritu.
- Restauración litúrgica, en fin, aceptando de nuevo el Rito Cisterciense antiguo.

Todo esto yo lo he acariciado, estudiado, una y otra vez a lo largo de varios años: ¡había rezado tanto, consultado tanto, averiguado tanto, aquí y allá, para precisar el fin y los medios! Situado en circunstancias totalmente independientes de mi voluntad, en una situación excepcional...; obligado a palpar cada día la acción clara de Dios, ¿cómo no podía estar tentado de pensar que Dios me había puesto ahí para intentar realizar el gran designio?; ¿por qué no podía creer que Él mismo había dispuesto todo para darme los medios y que, llegado el momento, me daría los materiales escogidos para el edificio enviándome selectas vocaciones?”

La decepción fue grande al constatar que no solamente el contingente principal de la comunidad, la parte que él creía la mejor dispuesta, no le seguía sino que

⁶⁴ Le recomienda abandonar su tono jocosos y su estilo cáustico que envenena y no convence; y que trate de no dejar en ridículo a sus predecesores en la Orden, como si todos hubieran sido ciegos o sordos.

el mismo Visitador estaba de acuerdo con los contestatarios, en lugar de apoyarle a él, según los planes de Dios. Al principio, creía que eran sólo dos o tres que habían manipulado a la oposición; de ahí su fuerte reacción contra ellos, pero fue necesario rendirse a la evidencia. Sin embargo, ya no le interesa someterse a las prácticas de la observancia, tal como se acostumbra en la Orden, dice en el manifiesto del 15 de agosto. Piensa, por consiguiente, retirarse. Sin guía, muchos monjes, entre ellos el antiguo y el nuevo prior, escriben al Abad General y a los capitulares informes alarmistas y desaprobatorios, pidiéndoles que intervengan. Por su parte, dom Alexis busca apoyos de parte del clero. El arzobispo de Chambery escribe una carta al Abad General al inicio del Capítulo General, elogiando la actuación del abad de Tamié y deseando que el Capítulo no tenga en cuenta “los informes de un Visitador que se opuso, desde un principio, a su elección y se sabe que le era poco simpático”.

Habiendo tenido conocimiento del dossier y, según información del P. Inmediato, de que dom Alexis no tiene intención de dimitir, la comisión de vigilancia sugiere al Capítulo General enviar dos Visitadores extraordinarios para tratar de poner paz en la comunidad. Dom Alexis firma una hoja que se le presenta: “Yo declaro que lamento lo que ha podido haber de excesivo en las manifestaciones de mi celo por restablecer las observancias y los ritos primitivos de nuestra Orden. Me duele, en particular, haber escrito en la *Revue Mabillon* el artículo titulado: “Las observancias adventicias en la Orden de Cîteaux”. Declaro delante de Dios estar dispuesto a obedecer todo lo que el Capítulo General ha decidido y decidirá”.

Los dos Visitadores, los abades de Tilburg y de Port-du-Salut, llegan a Tamié terminado el Capítulo. Comprueban que todos quieren la paz y aman a su abad ¡incluso los que testimoniaron contra él y que han venido a abrazarlo delante de los Visitadores! Pero, sería necesario que dom Alexis deje de criticar en público a las autoridades de la Orden y sea un poco más cordial en sus reacciones. Él lo promete y los Visitadores toman acta de ello, preguntándose, a la vez, si él ha comprendido suficientemente todo lo ocurrido; y si de verdad ha cambiado en sus convicciones. Todo parece, pues, que marcha en buena dirección. Al finalizar el año, el prior puede asegurar al abad de Port-du-Salut, uno de los Visitadores de septiembre: “El cambio, verdaderamente milagroso, perdura y se fortalece cada día más”. Ello parece mantenerse a lo largo de los años siguientes, si bien en junio de 1932, dom Alexis ha cesado de su cargo al prior, el P. Alphonse Denis. El 16 de diciembre de 1931 es recibido en la Academia de Ciencias, Artes y Bellas Letras de Dijon. Tuvo el discurso de recepción sobre los orígenes de Cîteaux, que no agradó a algunos abades cuando tuvieron conocimiento del mismo, pero ellos reciben, en el Capítulo de 1932, una réplica del conferenciante, un poco exasperado de las críticas sistemáticas de algunos. No obstante, a raíz de un artículo publicado en

Vie spirituelle en 1932⁶⁵, debe firmar el compromiso de no publicar nada en adelante sin las autorizaciones determinadas por el Capítulo General. No ha perdido la confianza de la mayor parte de los abades; sigue todavía como miembro de la comisión de liturgia y, en el Capítulo de 1933, se le pide un estudio profundo sobre la corona monacal; es nombrado miembro de la comisión encargada de poner en marcha una revista de la Orden – *Collectanea* –, y responsable de la censura.

Por lo que toca a la vida de la comunidad, ésta sigue en paz. En sus informes de las Visitas Regulares, dom Chautard constata lo mejor: “Hay paz, ánimo, celo...” (1933), “Comunidad fervorosa: ánimo, generosidad, celo por el Oficio divino, admirable generosidad, perfecta obediencia...” (1934), “¡Gran entusiasmo en el coro y en el trabajo de esta comunidad! Ella obedece al impulso que le da el R.P. Abad en todos los campos. En resumen: fervor general. Un poco más de formación, por lo que toca a la oración mental y a la guarda del corazón, no vendría mal”. (1935) Ante el Capítulo General se siente obligado a reconocer un triple milagro en Tamié: la abadía se ha fortalecido en el plano material, en el de las vocaciones y en el espiritual.

NUEVO DESARROLLO EN 1935. EL DILEMA DE DOM ALEXIS

Pero ¿ha abandonado dom Alexis sus proyectos? No, sin duda. En muchos aspectos está en lo cierto y, después del Concilio Vaticano II, algunas de sus ideas serán puestas en práctica en la Orden, incluso cuando, al eliminar sin matices todo lo que se introdujo a lo largo de los siglos, dom Alexis no esté desprovisto totalmente de “arqueologismo”. ¿El Espíritu Santo no habría tenido nada nuevo que inspirar a la Iglesia después del siglo VI? Nuestros Padres del s. XII, también ellos han introducido nuevas prácticas. Pero en el período de 1920-1940 todavía no se ha realizado el Concilio a fin de cambiar la mentalidad del tiempo y en la Orden se pone mucho cuidado en la uniformidad entre los distintos monasterios; y, por consiguiente, hay mucho respeto por la autoridad del Capítulo General, cuando se trata de salvaguardar esta uniformidad. Dom Alexis ha debido darse cuenta claramente que su punto de vista no era compartido por la asamblea del Capítulo General; con mayor razón por sus formas, algo despectivas, al juzgar a los demás abades desde su situación privilegiada en materia de derecho y de historia; ¡todo ello no disponía, ni mucho menos, a la *captatio benevolentiae*! ¡No conseguía unir tampoco a su propia comunidad! ¿Qué hacer, pues, si le resultaba imposible aban-

65 *Une école de sainteté chez les Cisterciens*, *Vie Spirituelle*, Supplement, 1er. Septembre 1932, pp. [94]-[106]. La forma especial de la espiritualidad cisterciense “parece ser la de usar íntegramente todos los medios de santificación, todo el método de perfección dado por la Regla de san Benito y de sujetarse únicamente a estos medios, a este método”.

donar sus deseos de reforma, sino preparar y hacer su experimento fuera de la Orden?

Finalmente, esto será lo que decidirá. Mas, por una parte, no podrá contar más que con algunos jóvenes que le son totalmente adictos, pero que, lamentablemente, no están a la altura de sus esperanzas; y por otra parte, dado que no conviene alarmar a la comunidad, ni a las autoridades de la Orden, deberá proceder con la máxima discreción posible. Para una mayor seguridad, quiere contar con el apoyo de la Santa Sede, que busca desde 1933. Finalmente, no podrá contar con él, pues será acusado de disimulo y desobediencia, al querer obrar al margen de la Orden y contra la misma. Por otra parte, como se cree seguro del apoyo de la Santa Sede, se mostrará tozudo sin querer dar marcha atrás. Será tarde cuando se dé cuenta de que el apoyo esperado no es seguro. Todo le impedirá tomar una solución honrosa y pacífica.

El 23 diciembre 1935 pide al Abad General poder pasar dos o tres meses a Frattocchie para descansar, por razones de salud, y aprovechar para algunas investigaciones en bibliotecas... El Abad General no tiene la menor sospecha y da el permiso. Pero recibe una carta de dom Dominique Nogues, abad de Timadeuc desde 1922, diciéndole que se ha hecho público que dom Alexis se dispone a instalarse en las ruinas de Boquen, que su familia compró hace cuatro años... El rumor es confirmado por el obispo de Saint-Brieuc. Si dom Alexis quiere ir a Roma, es para tener contacto con las Congregaciones romanas y conseguir el permiso del Santo Padre. La sorpresa es grande en la Casa Generalicia: dom Smets se informa y consulta a la Congregación de Religiosos, que desaprueba la fundación y, si bien acepta que dom Alexis vaya a Italia para fortalecer su salud, le prohíbe dar nuevos pasos para llevar adelante su proyecto.

Dom Alexis, un poco dudoso, contesta que precisamente tenía la intención de hablar de todo con el Abad General, durante su permanencia en Roma. No comprende verse condenado antes de haber podido explicarse... Y explica que, efectivamente, teniendo en Tamié algunos profesos temporales que no desean continuar, dado que tienen otro ideal: el de monjes-misioneros, como el P. Foucauld, le pareció bueno ayudarles facilitándoles instalarse en Boquen. Pero, en una carta a su amigo, el abad del Desierto, dom Malet, que le ha invitado a su triple jubileo del 29 de abril de 1936, le precisa que el proyecto de sus jóvenes es practicar la Regla en su pureza, siguiendo el Rito Cisterciense: demasiado coincidente con las ideas de dom Alexis, para no pensar que es él el instigador de la llamada iniciativa de los jóvenes y que es su propio proyecto el que trata de realizar por su medio.

EL EPÍLOGO DE 1936

A pesar de este incidente, dom Alexis prosigue su camino. La Congregación de Propaganda Fide ha recibido una petición de algunos monjes de Tamié de fundar un seminario, bajo su dependencia, con el fin de formar monjes para los países de misión. Ella consulta a dom Smets el 3 de marzo de 1936, quien contesta con un largo informe... Y la Congregación pasa el asunto a la Congregación de Religiosos. Dom Alexis se dirige a la misma con una extensa carta privada – para evitar tener que hacerlo a través del Procurador – el 10 de julio, manifestando sus puntos de vista sobre la sobrecarga que suponen las observancias añadidas en la Orden y sobre la necesidad de volver a la pureza de la Regla. Pide: o bien poder reformar su abadía en la dirección deseada, o unirse él mismo al grupo de jóvenes que quieren seguirle; o, si ello no es posible, terminar su vida como eremita en algún lugar. La Congregación, en una conversación con un definidor, dom León, manifiesta haber recibido la carta y añade que toca a la Orden dar la respuesta: si la Orden no acepta esta fundación y dom Alexis persiste en la intención de fundar algo nuevo, ¡está bien! ¡Que pida la dispensa de sus votos!

Habría sido mejor, sin duda, que todo se hubiera realizado amigablemente. Dado que dom Alexis quería hacer su fundación ¿por qué no seguir el camino indicado por la Congregación? Dom Alexis habría salido por propia voluntad; ello no habría provocado el consiguiente escándalo. Pero ¡qué lástima! Él no tuvo conocimiento de esta respuesta oral de la Congregación ⁶⁶. Esperando que la Santa Sede autorizara que su proyecto se realizara en Tamié, o cuando menos con su bendición, dom Alexis mantuvo sus pretensiones hasta el final, mientras las autoridades de la Orden sabían que la Santa Sede no le apoyaba.

En Tamié, fuera de los cuatro jóvenes preparados por el abad, nadie sospecha nada ⁶⁷. También el Visitador, el nuevo P. abad que ha sucedido en febrero 1936 a dom Chautard, fallecido en este entretiempos, nada ha dicho en su Carta de Visita. Pero en el Capítulo General se está al corriente de lo que se planea y las cosas hay que aclararlas. Dom Alexis se da cuenta de ello, hasta el punto de pedir a la Santa Sede que le dispense de ir a Cîteaux. La petición fue rechazada; dom

66 Dado que la petición de dom Alexis no había pasado por la curia de la Orden, ésta dejó a la Congregación la iniciativa de la respuesta, sin afectarle la conversación entre el Secretario y dom León. La respuesta escrita está datada el 31 de agosto, dirigida al Procurador: no fue notificada a dom Alexis sino durante el mismo Capítulo General de 1936, cuando se le cita, por tercera vez, a presentarse en sesión plenaria. Dom Alexis no tendrá tiempo para reaccionar y optar por la buena solución : el *processus* de su deposición ya estaba en marcha... Ver en anejo el relato de su nuevo Padre Inmediato, dom Marie Godefroy, abad de Sept-Fons.

67 Nadie se da cuenta de que se acumulan cajas en una habitación, cerca del despacho abacial, donde se amontonan ornamentos, candeleros, libros de canto... El Padre Inmediato lo descubre después de la partida de dom Alexis, el 16 de septiembre de 1936.

Alexis, pues, fue convocado por telegrama y llega ya comenzado el Capítulo. Se queda en la habitación. Todos los capítulos del dossier han sido leídos en sesión plenaria y se llama a dom Alexis para que pueda presentar su defensa, mas él rehúsa, prefiriendo ser escuchado, primero, por una pequeña comisión. El Capítulo reitera inútilmente su petición de comparecencia otras dos veces⁶⁸, después de lo cual, por 34 votos, de los 37, declara la deposición de dom Alexis de su cargo abacial. Este anuncia su decisión de apelar la sentencia ante la Santa Sede. Queriendo evitar que, a la vuelta de dom Alexis a Tamié, convenza a los más jóvenes para partir con él, el Capítulo le prohíbe volver a Tamié y le prescribe ir a otra casa de la Orden. Pero él insiste que debe ordenar su despacho y recoger papeles de los que tiene necesidad para preparar su apelación a Roma. Y afirma, por otra parte, que esta apelación deja en suspenso las condenas y defensas que han tenido lugar en el Capítulo. Por otra parte, el 20 se debe celebrar el 75 aniversario de la restauración de Tamié, con la asistencia de obispos de la región: ¿no se le puede dejar presidir esta celebración? Promete partir inmediatamente, sin ruido, el 25 de septiembre. Espera en vano la respuesta a su propuesta: los dos enviados por el Capítulo a la comunidad de Tamié, el Padre Inmediato y el abad de Tilbourg ya están en camino.

Aquella tarde anuncian a los monjes, con emoción, que su abad ha sido depuesto. Dom Alexis llega a la mañana siguiente, entra en la Abadía en el momento en que la comunidad está a punto de celebrar la misa conventual; pero no puede entrar en su despacho por estar clausurada la puerta... Se le juntan los dos abades quienes, finalmente, aceptan que recoja sus papeles del despacho. Le permiten tomar 5.000 francos y le invitan a comer, pero dom Alexis tiene poco apetito; rehúsa y se va, pero se instala en una comunidad de bernardinias cerca de Annecy. El 28 de septiembre, retirada su apelación a Roma, pide el indulto de secularización con incardinación en la diócesis de Annecy; lo que se le concede rápidamente. Sabe que el obispo le dejará ir a Boquen: va el 11 de octubre. Pero, está solo. Se le unirá, poco después, el H. Benoît Niogret, profeso temporal desde el 8 diciembre 1932, quien le ayudará cerca de 25 años⁶⁹.

Los obispos de Annecy, poco interesados en las cuestiones de observancias y disciplina de la Orden, están indignados por la catástrofe, cuando Tamié resplan-

68 El Capítulo, en esta época, no duraba más que unos pocos días, y si se aceptaba la petición de dom Alexis, la asamblea no habría tenido tiempo –se pensaba– de concluir el asunto. Y ¿qué habría traído de más el pequeño comité? Parecía que ya estaba todo dicho y sabido; y se sabía que dom Alexis era poco dado a cambiar de idea, ja pesar de sus buenas palabras! Era llegado el tiempo de usar el bisturí.

69 No ha hecho, pues, su profesión solemne al final de 1935, pensando ya en Boquen. Nacido el 6 de junio de 1899, era ingeniero cuando entró en Tamié a los 31 años. Ayudará eficazmente a don Alexis, en Boquen, hasta el momento en que éste se retiró en 1960. Después de algún tiempo, P. Benoît irá a Boulaur como capellán de la comunidad.

decía tan maravillosamente. Dom Alexis aparece como la víctima de arreglos de cuentas entre personalidades que demuestran poca caridad. En Tamié se reacciona bien; nada hay que temer por parte de los ancianos, pero algunos profesos temporales están tentados de unirse al P. Alexis al terminar sus votos, lo que justifica las decisiones tomadas por el Capítulo General.

DESPUÉS...

Una vez secularizado dom Alexis, su obra ya no afectaba más a la Orden. No obstante el P. Inmediato de Tamié, para tratar de alejar de ella a los jóvenes, manifestó que tal obra no era querida por la Santa Sede: seguir a dom Alexis era desobedecer y no podía conducir más que a un callejón sin salida. Pero ¿qué decir si está claro que los obispos de Bretaña alientan la obra y la misma Santa Sede termina por bendecirla ⁷⁰? ¿No dirá la comunidad de Tamié que ha sido engañada? Ello explica, pero no justifica, la reacción que dom Smets creyó debía tomar ante los apoyos que dom Alexis recibía. Así, cuando el 29 de julio de 1937, tuvieron lugar grandes celebraciones en Boquen, con motivo del octavo centenario de su fundación, presididas por muchos obispos, entre los cuales estaban los de Saboya, dom Smets dirigió una queja a la Congregación de Religiosos. Con razón los obispos inculpados respondieron que ellos eran libres de aprobar y apoyar a quienes quisieran. Aprovecharon la ocasión para manifestar cómo les había indignado la medida tomada contra dom Alexis y más todavía, al parecer, por el rencor con que la Orden seguía los pasos de su proscrito. El obispo de Saint-Brieuc hace suyos todos los agravios de dom Alexis contra la actitud de la Orden hacia él. La Congregación recomienda a dom Smets de no entrar en el juego y de no insistir. Dom Alexis quiso, no obstante, que antes de la confirmación de las Actas de 1936 por el Capítulo de 1937, éste ratifique su reclamación contra el carácter no-canónico de las medidas tomadas a su respecto, lo que se hizo sin más. Dom Alexis afirma haber sido expulsado de la Orden –y otros lo afirmaron también– que el Capítulo no hizo otra cosa que deponerlo como abad, pero prohibiéndole realizar su proyecto dentro de la Orden. En la medida en que no renunciaba a ello, implícitamente, no tenía otra solución a su alcance que abandonar la Orden.

Más tarde, después de la guerra, algunos miembros de la Orden, principalmente los abades de Timadec, reanudaron los contactos con dom Alexis y se llegaron a Boquen. Él mismo visitó algunos monasterios. Incluso fue recibido en Tamié. Fue invitado a Cîteaux en 1953, en las fiestas del octavo centenario de la muerte de

⁷⁰ La Santa Sede desaprobaba el proyecto mientras dom Alexis estuviera en la Orden. Una vez fuera, ya no había razón para oponerse. La historia, es verdad, demostrará que la obra de dom Alexis no tendrá el desenlace que él daba por descontado.

san Bernardo y tuvo la ocasión, en diferentes oportunidades, de encontrarse con el Abad General, dom Gabriel Sortais. En Timadec celebró su jubileo monástico. Evidentemente, la Orden no se opuso a que Boquen fuera incorporado a la Orden Cisterciense de la Común Observancia en 1950; decisión que quedó ensombrecida por las acusaciones que dom Quatember, Procurador entonces de esta Orden, no dejó de dirigir a la Orden. En 1948, sin embargo, al tener conocimiento de que la Congregación para los Religiosos había reconocido Boquen como “cisterciense”, nuestro Procurador le ha manifestado la pena de la Orden ante este gesto que podía desacreditar la decisión del Capítulo General de 1936; y más tarde, dom Gabriel Sortais rehusó asociarse al libro de homenaje aparecido en 1958, *Message des moines de notre temps*⁷¹. Mas, en la consagración de la iglesia de Boquen, el 22 de agosto 1965, que marca la apoteosis de la restauración realizada por dom Alexis –éste estaba en este momento ya hemipléxico y morirá el 1 de noviembre siguiente-, el abad de Timadec estuvo presente y lo estará después, con el abad de Tamié, en las exequias de dom Alexis.

ANEXO

Tomado del testimonio de dom Marie-Godefroid, abad de Sept-Fons, sobre los acontecimientos del Capítulo de 1936 (Escrito enviado al Procurador de la Orden el 29 de septiembre de 1947).

“El informe del Capítulo General es absolutamente exacto. Añado simplemente los detalles siguientes:

El R. P. de Tamié había decidido, en principio, no asistir al Capítulo General. Había sido necesaria una convocatoria imperativa para que se decidiera viajar a Cîteaux, mas él no iba a las sesiones y se quedaba en su celda.

Nuestros dos primeros contactos con él toparon con un rechazo: no quería comparecer ante el Capítulo General, porque se vería obligado a decir unas verdades muy duras para algunos, y temía que la sesión perdiera la calma; quería que fuera nombrada una comisión ante la que respondería.

La tercera embajada *en la que yo debía darle a conocer la respuesta de Roma* le aplastó. Había pedido tres cosas: 1º, que le fuera permitido realizar su proyecto en la abadía de Tamié, aun si fuera necesario por eso separarla de la Orden; 2º, si la respuesta no era favorable, que se le autorizara a llevarse con él aquellos religiosos

⁷¹ La obra le fue enviada con una dedicatoria de Daniel-Rops. Dom Sortais se lo agradece, pero escribe a dom Alexis denunciando y refutando ciertas afirmaciones del académico a propósito de nuestra Orden. Dom Sortais quiso tener siempre una actitud respetuosa hacia la persona de dom Alexis, pero creyó deber suyo defender el honor de la Orden en lo acontecido en 1936.

que desearan seguirle y fundar con ellos una comunidad nueva fuera de la Orden; 3º, si tampoco se le concedía, que se le autorizara salir de la Orden. A estas peticiones, la S.C. había respondido solamente: “Haec petitio admitti nequit”.

Ante el fracaso de sus proyectos, el pobre A.P. quedó aterrado. Creí que había llegado el momento de apelar a su espíritu sobrenatural y le dije, con toda la fuerza que pude, que esta situación era para él un medio de crecer ante el Capítulo y obtener la bendición de Dios; que viniera a humillarse ante el Capítulo General, y manifestara que, dado que Roma lo desaprobaba, renunciaba a todo proyecto de reforma. A pesar de todo, rehusó y se obstinó en quedarse en su celda.

Fue entonces cuando el Capítulo pronunció contra él las sentencias que constan en el informe oficial. Conviene notar que la sentencia fue la deposición, y no, como él ha afirmado acto seguido, una expulsión de la Orden. Si salió de la Orden fue porque él, libremente, lo pidió y consiguió el indulto de secularización.

Recibimos entonces el mandato, dom Simón de Tilburg y yo, de ir a informar y, si era posible, salvar la comunidad de Tamié. Partimos cuanto antes. Era necesario llegar antes que dom Alexis: si hubiera llegado antes que nosotros, la pobre comunidad se habría perdido para la Orden; tan grande era el influjo que tenía sobre el sector joven de la comunidad [...]”.

TERCERA SECCIÓN: LA EXPLOSIÓN (1939-1951)

Los sufrimientos de la guerra y sus consecuencias

4.1. LA ORDEN EN LA PRUEBA DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

“Elaboramos proyectos de desarme, de inteligencia entre las naciones, y solamente cambia el género y los métodos de agresión. Los ricos tienen de todo menos felicidad, y los pobres son sacrificados por la desdicha de los ricos. Las dictaduras emplean sus políticas secretas para aplastar millones de hombres bajo un intolerable fardo de mentiras, injusticias y tiranías; y los que viven aún en democracia se olvidan de usar bien su libertad. Porque la libertad es cosa del espíritu, y nosotros sólo sabemos vivir para nuestro cuerpo. ¿Cómo podemos encontrar la paz, la verdadera paz, si olvidamos que no somos máquinas para ganar y gastar dinero, sino seres espirituales, hijos del Altísimo? [...]

Sin embargo, la paz existe en este mundo. ¿Dónde se la puede encontrar? En el corazón de los hombres y mujeres que son sabios porque son humildes, lo suficientemente humildes como para mantener la paz en el interior de la angustia, por aceptar los conflictos, la inseguridad y vencerlos con amor, porque comprenden lo que son y poseen, en consecuencia, la libertad, que es su verdadera herencia.” (Thomas MERTON, *Monastic Peace*).

La Segunda Guerra Mundial supuso una profunda y dolorosa prueba para todas las comunidades de la Orden; para las que sufrieron directamente los daños y para todas las que se vieron privadas de la comunicación con el cuerpo entero de la Orden. Las casas, dentro más o menos del embrollo de la guerra, vivieron durante años en la inseguridad, en la precariedad material bajo la angustia del miedo, las amenazas de evacuación, de registros o de expulsión. Para las que estuvieron al abrigo de la crudeza de la guerra, padecieron el racionamiento de víveres, de combustible y de otras cosas de primera necesidad.

Son bastante unánimes los testimonios de fidelidad en mantener el Oficio divino, celebrado a veces en los refugios, bajo los bombardeos, en monasterios poblados de refugiados y de soldados enemigos o aliados, por comunidades reducidas a los ancianos o, al contrario, aumentadas por monjes venidos de otros monasterios en mayores dificultades. Como dice san Pablo: “Somos atribulados en todo, mas no abatidos; perplejos, mas no desesperados; perseguidos, mas no abandonados; derribados, más no destruidos, llevamos siempre en nuestro cuerpo los padecimientos de Jesús en su muerte, a fin de que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo”. Los monasterios se convirtieron en lugares considerados por la gente como lugares de paz, de oración y de acogida fraterna, incluso en tiempos de guerra.

Resalta, en general, en los relatos redactados por las comunidades después de la guerra, el sentimiento de que gozaron de una protección particular. “Todo ha sucedido bajo la evidente protección de la Providencia”, anota Cîteaux. Cada monasterio tuvo su modo peculiar de sentir esta protección: para unos fue la Virgen medianera de todas las gracias, para otros Jesús-Niño (Maubec), san José (Grotta, Tegelen, Mont-de-Cats), los Ángeles Custodios (Ubexy); Aiguebelle se confió a la Sagrada Familia, que los protegió; Sept-Fons y La Trapa sintieron la protección de la Virgen y tallaron una estatua de Nuestra Señora de la Confianza, en acción de gracias. Achel hizo la promesa de erigir un monumento en honor de san Benito, su patrono, si la comunidad salía indemne de la guerra. Otras comunidades expresaron también su agradecimiento de la misma manera (Mont-des-Cats colocó una estatua de san José en el centro del claustro).

4.1.1. Ante la Alemania de Hitler y sus aliados

LA MOVILIZACIÓN Y SUS CONSECUENCIAS

El 3 de septiembre de 1939, en respuesta a la invasión de Polonia por Alemania, Francia e Inglaterra declaran la guerra a Alemania. Viene en seguida la movilización general, que afecta más en concreto a los monjes más jóvenes de nacionalidad francesa y belga (estos últimos a partir de 1940), alterando así la vida de sus comunidades. En algunas comunidades más numerosas hubo hasta 30 y 40 movilizados. Es fácil adivinar los trastornos sufridos en la vida comunitaria y en los cambios producidos en los empleos.

Dom Herman-Joseph Smets, Abad General escribió una carta a los movilizados, fechada en Westmalle, el segundo domingo de Adviento de 1939. Ofrece a sus hijos el apoyo moral y les da algunos consejos: seguir siendo hombres de oración, practicar la “guarda de los sentidos”, seleccionar bien a los amigos, ser apóstoles,

mantener en lo posible contacto con sus superiores y su comunidad. Con esta intención Cîteaux publicó un “Pequeño boletín” y dom Le Bail volvió a emitir la revista que había publicado ya durante la primera guerra: *El monje soldado*.

Se puede estimar alrededor de 350 los monjes movilizados en las tropas de los aliados. Otros fueron enrolados en la parte alemana (7 de Oelemborg y 2 de Achel; varios, sin duda, en los monasterios alemanes). De éstos, una quincena ya no volvieron, caídos en los campos de batalla. A las víctimas de los campos de batalla, hay que añadir las de los bombardeos (por lo menos 5) y los sacrificados en los campos de exterminio o de concentración (una quincena, entre ellos la familia Löb, de origen judío: tres hermanos y dos hermanas de Tilburg y de Berkel ¹) y los dos monjes de Dombes abatidos en un registro por la Gestapo. En total, casi 40 los muertos relacionados directamente con la guerra, sin hablar de quienes murieron prematuramente por enfermedad o por vejez, a consecuencia de las privaciones impuestas por las circunstancias.

El comienzo de las hostilidades fue bastante tranquilo. En vez de atacar a Alemania por el oeste y llevar así el socorro a Polonia – razón por la que declararon la guerra Inglaterra y Francia –, las tropas aliadas permanecieron prácticamente con las armas inactivas, detrás de la línea Maginot, sin osar oponerse a las baterías de la línea Siegfried. Pero el 10 de mayo, despreciando su neutralidad, las tropas alemanas invaden Bélgica, Luxemburgo y los Países Bajos. Después se lanzan contra Francia, que es rápidamente sometida y firma el armisticio el 17 de junio de 1940. Bélgica lo había hecho el 28 de mayo precedente.

SOBRE LA RUTA DE LOS INVASORES EN 1940: EVACUACIÓN Y BOMBARDEOS

Los monasterios fueron cogidos de sorpresa: algunos lograron evacuar, al menos provisionalmente, a sus miembros más frágiles, ancianos y enfermos. Se unieron a la caravana desordenada de tantos refugiados que llenaban los caminos. Las 60 monjas de Igny emplearon ocho días a pie o en carretas para reunirse con su comunidad fundadora de Laval, durmiendo a veces al borde del camino. Los monjes de Westmalle se dirigen a Saint-Sixte; luego, con sus huéspedes, se repliegan en Steembrugge. Las comunidades de acogida son las del oeste o sur de Francia, que parecen las más alejadas del frente. Por eso el Desierto acoge a monjes de diez comunidades y Aiguebelle de nueve. Neiges abre sus puertas a monjes de siete comunidades. Sept-Fons, Dombes, Timadec y otros ofrecen también hospitalidad. Las monjas de Chimay alcanzan Bonnégarde en Sainte-Anne-d'Auray.

Milagrosamente los monasterios sufrieron pocos daños en estos primeros

1 Cf. El capítulo sobre los mártires del siglo xx.

combates. Pero no ocurrirá así a Oelemberg y Tegelen en 1944-1945, volveremos sobre ello. Orval recibe una decena de obuses en mayo de 1940, pero sin graves consecuencias, mientras son destruidas las localidades próximas. Ubexy salió del paso únicamente con el miedo, al quedar la abadía entre dos fuegos, el 20 de junio de 1940. Lo mismo ocurrió en septiembre de 1944. En Mont-des-Cats, en mayo de 1940, un obús causa destrozos en la bóveda de la iglesia y también en el techo del noviciado. Pocos meses más tarde, un ciclón agranda el hueco de la bóveda y derriba una de las torres de la fachada. Se reparó el hueco de modo que se volvió a ocupar la iglesia el 15 de agosto de 1943.

LOS MONASTERIOS MÁS AFECTADOS POR LA OCUPACIÓN ALEMANA

En general, la evacuación de 1940 sólo duró unas semanas o lo más algunos meses. Cada cual volvió a su lugar de origen. A veces, como en Orval, se encontraron con el monasterio totalmente saqueado.

Sin embargo, algunas comunidades estuvieron fuera del monasterio durante toda la guerra: Scourmont, desde la primavera de 1942 hasta la liberación de septiembre de 1944, lo ocupó un destacamento de la *Luftwaffe* y tuvo que refugiarse en los Hermanos de las Escuelas Cristianas de Momignies. Echt tuvo que cerrar sus puertas en octubre de 1942: el monasterio se convirtió en una escuela de la Juventud hitleriana y se llevaron la biblioteca a Alemania; los monjes se refugiaron en diversos monasterios de los Países Bajos o en la fundación de Ockenheim (en concreto los alemanes); el P. Abad estuvo detenido como rehén durante 16 meses. Achel, donde se refugiaron una gran parte de los monjes de Echt, tuvo que abandonar el lugar en enero de 1943, en un nuevo éxodo; pero poco a poco algunos monjes vuelven ocupar las dependencias. La comunidad queda dividida prácticamente en cuatro grupos. Habrá otras amenazas y expulsiones más o menos parciales. En 1943 tres alas del monasterio de Achel serán presa de un incendio, salvándose sólo la biblioteca y la sacristía.

Los dos monasterios de Yugoslavia, Mariastern y La Délivrance, fueron ocupados por las tropas alemanas que invadieron el país en 1941. En Mariastern, vivieron la Semana Santa en los sótanos a causa de los bombardeos. Aunque el monasterio se convirtió más o menos en un cuartel y en un economato militar alemán y croata, los monjes pudieron quedarse y acoger a la comunidad de La Délivrance, expulsada por la Gestapo: las dos comunidades vivieron juntas hasta 1945. Hacia la Navidad de 1943, los guerrilleros que luchaban contra los alemanes invadieron el monasterio y lo saquearon; los monjes temieron por sus vidas y se refugiaron en un rincón de un desván techado. Durante este tiempo la batalla se hizo encarnizada alrededor de Banja-Luka; finalmente los tanques alemanes re-

chazaron a los guerrilleros, pero los pisos superiores del edificio central quedaron inhabitables. Fue necesario hacer frente a una nueva instalación militar; los monjes se recluyeron en la enfermería.

A Mariawald también la dispersaron los nazis desde el comienzo de las hostilidades: pasó a ser propiedad del Estado y hospital. Obligaron a algunos hermanos a permanecer allí para conservarlo. En cuanto a Engelszell, en Austria, a partir de julio de 1939 la Gestapo visitó el monasterio: varios religiosos son arrestados y cuatro monjes murieron en Dachau. El abad, dom Gregorio Eisvogel, estuvo encarcelado durante dos años en Linz, antes de ser expulsado del país; no retornará hasta la caída del Reich. El monasterio fue confiscado en noviembre de 1939 y se convirtió en un hospital de incurables, albergando hasta 200 enfermos.

LAS DISTINTAS OCUPACIONES EN LOS OTROS MONASTERIOS

En general, las hospederías de los monasterios fueron teatro de ocupación puntual de refugiados: en el momento del traslado de las tropas en 1940 y 1944 o cuando los bombardeos más intensos. Las tropas, la mayoría alemanas, se instalaron allí con mayor o menor duración (al menos en más de doce monasterios). En Bricquebec y Tegelen, invadieron poco a poco incluso los lugares regulares y esto durante toda la guerra. En el momento del desembarco y el avance de las tropas aliadas en 1944, ciertos monasterios sirvieron de hospitales de campaña.

A veces las comunidades tuvieron que ayudar a la población de sus alrededores durante toda la guerra. Westmalle alimentó a unas 1800 personas y gastó cada día 400 kilos de harina. Timadeuc alberga durante tres años de 90 a 100 personas. Tre Fontane abre las puertas a 300 civiles, entre los que había judíos. Más tarde Don León será declarado por el Estado de Israel "Justo entre las Naciones". También los monasterios de Francia ocultaron a judíos. Altbronn, destinada en los proyectos alemanes de una Alsacia nazi de post guerra a convertirse en una casa de retiro, tuvo la suerte de ver sus instalaciones modernizadas a costa de los invasores, pero tuvo que albergar a 70 ancianos y vivir continuamente bajo la amenaza de expulsión. Un día las monjas se enteran incluso de que habían requisados carros para llevarse las: felizmente la expedición prevista fue aplazada para más tarde y no se realizó.

En varios lugares, Melleray (durante un año), Laval (durante 4), Port-du-Salut (durante 6), Bellefontaine (en 1943-1944), la comunidad comparte su espacio vital con seminaristas que huyen de la ciudad donde el abastecimiento se hacía más difícil. Los Hermanos de Ploërmel y los capuchinos son también acogidos en Timadeuc y Bellefontaine.

LA CERCANÍA DE LA RESISTENCIA ANTE EL ENEMIGO. LOS REGISTROS

No pertenece a los monjes formar parte de la resistencia activa contra el invasor. Pero los monasterios se encuentran en lugares donde los grupos de Resistencia eran operativos. En ocasiones sus propiedades sirvieron, más o menos sin saberlo, de campos de entrenamiento de armas... Timadeuc llegó hasta ofrecer una de sus bodegas como campo de tiro, para probar las armas y confeccionar falsa documentación. El viejo molino de Dombes sirvió de escondite a equipos y armamentos. En muchos sitios, la resistencia vino a buscar provisiones al monasterio y a pedir que ocultaran durante un cierto tiempo a sus aviadores y paracaidistas infortunados... Los que se resistían a los trabajos forzados en Alemania (STO) también se escondieron entre las filas de la comunidad.

Esto no se hizo sin provocar las sospechas de la parte ocupante alemana e incluso con inspecciones más o menos graves y amenazadoras. Orval, que está al borde de la frontera, fue objeto de cuatro inspecciones; dos monjes fueron hechos prisioneros, un tercero tuvo echarse al monte y el P. Abad fue sometido varias veces a duros interrogatorios. El Desierto fue también muy hostigado. Se le suponía unido a los activistas de la región y en julio de 1944 los alemanes ametrallaron los muros de la abadía. Invaden el monasterio el 2 de agosto, acusan a los monjes, e incluso los golpean. Habían ideado una operación de castigo para el 18 de agosto. Pero aquel día abandonaron la región ante los americanos. En Timadeuc y en Dombes, que estaban más comprometidos, los registros tomaron un rumbo más trágico. En este último monasterio, el cillerero, cada vez más sospechoso, fue conducido al campo de concentración y allí pereció el 19 de mayo de 1944. Un centenar de SS invadieron el monasterio y durante tres horas amenazaron a los religiosos. Mataron a dos sacerdotes y arrestaron a varias personas: por suerte pudieron ser liberadas gracias a la valiente intervención de un amigo ante la Gestapo. En Timadeuc, el cillerero fue llevado también a un campo de concentración, de donde ya no volvió.

NUESTROS MONASTERIOS FUERA DE LA EUROPA CONTINENTAL

Los monjes de Mont-Saint-Bernard no fueron movilizados. Tuvieron que sufrir diversas privaciones y las molestias ocasionadas por los bombardeos frecuentes en los primeros años de guerra. Afortunadamente estos no dañaron la casa que ¡sólo sintió los temblores! Sin embargo, no recibió candidatos en todo el tiempo que duraron las hostilidades.

El Canadá entró en la coalición contra Alemania, como todos los dominios

del Imperio británico, pero Irlanda del Sur permaneció neutral. Sin embargo los monjes canadienses no fueron llamados a filas. Los monasterios sólo sufrieron las privaciones impuestas al país, y la disminución de reclutamiento, puesto que la juventud estaba movilizada. Sin embargo, Lac conocerá un crecimiento regular y podrá incluso testimoniar que estos años de guerra fueron años de bendiciones. Tuvieron que construir un ala para cobijar el noviciado.

Se puede decir lo mismo de los monasterios de Estados Unidos, que entró en guerra después del desastre de Pearl Harbor el 7 de diciembre de 1941. Incluso los postulantes y novicios estaban exentos del servicio militar y muchos se presentaron a las puertas de los monasterios. El reclutamiento de El Valle fue tan grande que pudo contar hasta 92 monjes al final de la guerra y Getsemaní, en plena guerra, tuvo que fundar Conyers, en Georgia, so pena de reventar. New-Melleray quiso participar en el aumento de producción que reclamaba el país, pero los caprichos de los fenómenos naturales no le permitieron cosechas record. En 1945 se tuvo incluso que anticipar la venta del ganado, por la escasez de alimentos y eso ocasionó una gran pérdida a la comunidad.

LOS ATAQUES AÉREOS Y LA LIBERACIÓN DEL FRENTE OCCIDENTAL EN 1944-1945

Tegelen, cerca de la frontera alemana, está situada junto a un campo de aviación y de varias fábricas, que fueron el blanco de tiro de la aviación aliada. El monasterio pasó por muchas situaciones de miedo y aprieto. Muchas veces tuvieron que bajar a media noche a la cripta de la Iglesia, pero las bombas sólo afectaron a la granja. Con todo, un incendio arrasó tres alas del monasterio el 21 de abril de 1943, sin que se conozca el origen. Belval tuvo la experiencia de que la cripta de la Iglesia no era un buen refugio: el 9 de febrero de 1944 una bomba cayó sobre el sótano y destruyó el muro que lo separaba de la cripta donde trabajaba una docena de hermanas. La onda expansiva lanzó a una hermana a varios metros y la mató; a consecuencia de este incidente y debido a que el monasterio se encontraba cerca de la rampa de lanzamiento de V1, la mitad de la comunidad pasó algunos meses con las bernardinias de Flines.

El 6 de junio de 1944 las tropas aliadas desembarcaron en las playas de Normandía. Los monasterios normandos fueron sus primeros alojamientos; pero, requisados para ser hospitales de campaña durante tres semanas, Briquebec y la Trapa son respetados. En la Trapa, el hospital que ocupa la mayor parte del monasterio, echó a los SS que se habían instalado en la hospedería. Éstos, al replegarse en Tourouvre, a 10 Km. de allí, matan a 18 civiles al abandonar el lugar, el 13 de agosto; unas cincuenta casas serán incendiadas.

Los últimos meses del avance de las tropas fueron los más angustiosos para al-

gunos monasterios. En Ubexy, la villa de Charmes muy cercana es bombardeada, 158 hombres fueron deportados, de los cuales 110 no volvieron más. La población se refugió en el monasterio, que tuvo que alimentar a 250 personas. Durante una semana hubo disparos casi incesantes de artillería y bombardeos sobre los tejados del monasterio, que, por dicha, no fue tocado.

Tegelen y Oelenberg tuvieron que sufrir mucho más. En noviembre de 1944, los bombardeos en los alrededores de Tegelen hicieron huir a la población, que encontró su refugio en el monasterio. Todos los sótanos se convirtieron en dormitorios. La detención de los británicos en el Mosa y la contraofensiva alemana retrasaron la liberación. Ésta llegó el 1 de marzo de 1945. Comenzaron de nuevo los bombardeos: en un solo día se lanzaron 60.000 obuses. Varios edificios quedaron dañados; un obús cayó en el transepto y las ráfagas de metrallata lanzadas desde un avión cayeron sobre el refectorio, vacío, por suerte, en ese momento. Berkel, en marzo de 1945, recibió también una última bomba pesada: las puertas fueron arrancadas y los cristales quedaron rotos por la onda expansiva de la explosión. La abadía estuvo en la línea del frente en octubre de 1944 y tuvo que vivir varios días en el subsuelo. En enero acogió al cuartel general, las ambulancias de las tropas polacas y, después, las canadienses.

Fue al fin de noviembre de 1944 cuando Oelenberg comenzó su agonía. Ciertamente, la comunidad había soportado ya su lote de sufrimientos durante la ocupación, especialmente al ver que la Wehrmacht se llevaba a 4 monjes jóvenes y 3 conversos; pero fue peor cuando el primer ejército francés, después de la toma de Mulhouse acampó en el Doller que pasa a lo largo de la abadía. Los alemanes instalaron un puesto de observación en la torre de la Iglesia que la artillería francesa tomó como blanco, desde el 10 de diciembre. La mitad del heno y luego toda la cosecha almacenada se perdió en los incendios causados por los obuses. Un tiempo hubo que alimentar a más de 400 refugiados que buscaban protección en el monasterio, pero al fin éste tuvo que ser evacuado en enero de 1945; solamente se quedaron un Padre, un Hermano y tres obreros; éstos acogieron a los primeros soldados franceses. Los alemanes, antes de huir, liquidaron todo el ganado y sembraron de minas el jardín y los campos. Todos los aperos y los edificios de la granja quedaron dañados, llenos de agujeros y con grandes brechas. Hubo que reconstruir el monasterio por segunda vez en menos de 30 años. La estatua de la Virgen del altar mayor permaneció en pie, como en 1914-1918, signo de la protección de Nuestra Señora, que a pesar de todo ¡nunca falló!

LA SITUACIÓN EN EXTREMO ORIENTE

La guerra comenzó antes que en Europa, cuando Japón invadió la Manchuria en 1931 y penetró más en el interior de China a partir de 1937, encontrando la resistencia de los ejércitos tanto nacionalistas como comunistas. Pero, aparte del asesinato del P. Emmanuel Robial, de Liesse, en 1937², nuestros monasterios de China no sufrieron por su situación hasta 1945, a pesar de que Ntra. Sra. de Liesse se encontraba cerca de una línea de ferrocarril muy importante y en el centro de una zona de fuego. Los daños fueron insignificantes.

Con todo, desde 1939 Ntra. Sra. de la Consolación vivió momentos muy alarmantes con ocasión de inspecciones acompañadas de malos tratos a algunos monjes por parte de los comunistas de la región, que expoliaron el monasterio. Los soldados japoneses, que no estaban muy lejos, hacían de vez en cuando incursiones y correrías. Una noche de marzo de 1940 fue necesario albergar a un millar de soldados sorprendidos por la caída de la tarde... Además, el abastecimiento se hizo difícil y las gentes de alrededor se dirigían al monasterio, que recibía ayuda de un comité de ingleses y americanos, pero la situación fue crítica a veces. En estas circunstancias dom Luis Brun, agotado, sufrió un ataque de apoplejía en mayo de 1941. Su dimisión ya había sido aceptada por el Abad General el año anterior, pero aún no era efectiva. Lo fue en 1941, mientras que Liesse ya había sido erigida en priorato y había elegido a un chino como prior, dom Paulino Ly. Un monje francés, llegado a China en 1938, fue elegido cuarto abad de Consolación, dom Alexis Baillon.

En Japón, las dos comunidades fueron privadas de sus superiores en 1942, cuando los franceses tuvieron que abandonar la región fortificada de Hakodate. El abad de Faro, dom Benito Morvan, y los otros expulsados alcanzaron la casa aneja, fundada en la diócesis de Nagasaki en 1925 (N. Sra de la Sagrada Familia). En cuanto a la abadesa de Tenshien, se embarcó con ocho monjas y el capellán, movilizado para hacer de intérprete en Indochina. Todas fueron acogidas por el almirante Decoux en Saigon y pudieron establecerse en el Alto Tonkin, en Taphing. En marzo de 1945, los japoneses, que ocuparon Indochina, las obligaron a integrarse en un campo de concentración, cerca de Hanoi. Se dirigieron a Francia en 1946, algunas después pudieron retornar al Japón.

La firma del armisticio con Alemania el 8 de mayo de 1945 no marcó el fin de la guerra para el Japón. Como corrían los rumores de que los americanos atacarían el Japón por el sur y el centro, los refugiados afluían a Hokkaido. Las monjas de Seiboen tuvieron que abandonar el monasterio, pues estaba rodeado de un

2 Cf. § 3.1.2. en el apartado dedicado a dom Herman-Joseph Smets.

campo de aviación y servía de campamento a los militares. Llegaron en junio y julio a Tenshien, muy fatigadas de un viaje difícil, pensando que la pesadilla de las bombas había terminado. Pero iban a continuar; las sirenas comenzaron a sonar a mediados de julio y tuvieron que esconderse entre las altas hierbas, bajo los árboles, durante los bombardeos de Hakodate. Aquello duró unos quince días, hasta el lanzamiento de la primera bomba atómica sobre Hiroshima a finales de agosto. Al fin del mes, la abadesa y algunas conversas de Seiboen retornaron. Fue como una segunda fundación, porque había que instalarlo todo de nuevo. Las últimas monjas salieron de Tenshien en diciembre.

LA RESTAURACIÓN DE LA VIDA MONÁSTICA EN ALEMANIA-AUSTRIA
BAJO LA OCUPACIÓN DE LOS ALIADOS

Maria-Veen y Ockenheim sufrieron pocos daños como consecuencia de la guerra. Fueron el refugio de los monjes alemanes de Mariawald, Echt y Engelszell, y eso les dio, por otra parte, un poco más de vida. El prior de Engelszell ejerció las funciones de superior en Maria-Veen; pero eran los nazis quienes administraban el patrimonio. Desde septiembre de 1944, Maria-Veen recibe a los monjes alemanes de Mariastern con su abad, pero éstos, por decisión del Capítulo General, fueron a Engelszell en noviembre de 1951. Maria-Veen se queda vacío y se cierra el monasterio. Ockenheim, se cerró en 1950 por otras razones³. En 1948, la comunidad aún no tiene noticias de dos movilizados en la guerra; un tercero estaba retenido en Rusia.

Mariawald se ocupó cuando fue posible, pero los edificios sufrieron mucho; fueron destruidos en gran parte en el momento de la derrota. El superior, nombrado en 1939, falleció en julio de 1943; es otro superior quien se esfuerza por levantar la comunidad. El monasterio se restaura poco a poco según las posibilidades económicas.

En Engelszell, el abad exiliado volvió en julio de 1945 con un pequeño número de religiosos. Los demás tardaron más tiempo. En 1948, había aún un Padre prisionero en Rusia. La frontera estaba cerrada, vigilada y era difícil obtener el visado. Los candidatos alemanes no pueden venir y los austriacos sienten poco atractivo por la vida puramente contemplativa. Se reconstruye poco a poco la biblioteca con la vuelta de los libros diseminados. Un tercio de los enfermos incurables permanecen aún en la casa. Dom Gregorio Eisvogel murió el 15 de noviembre de 1950. En ese momento la comunidad sólo cuenta con 4 sacerdotes, 2 profesos temporales, un oblatos sacerdote y 20 conversos. Afortunadamente, como

3 Sobre estas dos comunidades ver el Capítulo VI sobre la expansión de la Orden entre 1892 y 1965.

acabamos de decir, los monjes de Mariastern refugiados en Maria-Veen vinieron a Engelszel con su abad, dom Buenaventura Diamant, que fue nombrado superior de la nueva comunidad. Esto refuerza la comunidad, pero dom Diamant presentó su dimisión en el Capítulo de 1952 y se nombró para sucederle un monje de Mariastern, dom Benno Stumpf, que será bendecido en abril de 1953, después de que 12 sacerdotes y 2 conversos hicieran el cambio de estabilidad.

4.1.2. Latroun en Palestina durante la guerra arabe-israelí de 1948

El 29 de noviembre de 1947, la ONU preconiza un plan para dividir Palestina entre un Estado árabe y un Estado israelita. Este plan fue rechazado por los árabes. Inmediatamente estalló la guerra. Desde la autoproclamación por parte de Israel de su independencia el 14 de mayo de 1948, la víspera del día en que los ingleses abandonan el país, los ejércitos de Egipto, del Líbano, Irak, Jordania y Siria atacan a Israel, quien, en una campaña de diez días, entre el 9 y el 19 de julio, los rechaza a todos. Latroun se encuentra en el corazón de los combates. La vida monástica continúa como mejor se puede, a pesar de los casi 500 obuses caídos en la propiedad de 27 Has. Fue un milagro que, después de semanas de bombardeos, quedara algo en pie. Tres meses fueron particularmente penosos.

El 16 de mayo, día de Pentecostés, la comunidad se despertó a media noche al estampido de un cañón. Los judíos atacan el castillo que domina a Latroun... Todas las noches siguientes estuvieron marcadas por bombardeos. Cuando los monjes estaban trabajando en el campo, oían el silbido de los obuses que pasaban sobre sus cabezas de un campo a otro. Después del Corpus, bajan los colchones a un subterráneo e instalan el comedor en el sótano. En junio, cuando el monasterio fue directamente alcanzado, el P. Elías fue herido levemente, por suerte, a causa de la explosión de un obús, pero un Hermano joven fue destrozado al intentar desactivar una bomba. Hubo una tregua a mediados de junio, pero fue imposible recoger la cosecha: los campos estaban demasiado cerca del frente de los israelitas que disparaban a poca altura de los segadores. Se renueva la guerra el 9 de julio y tuvieron que pasar diez días en los subterráneos y el sótano, hasta el violento combate de artillería que se libró a 400 metros del monasterio, el 18 de julio. Está por demás decir que el sistema nervioso de todos estuvo sometido a dura prueba. El monasterio permaneció como un oasis de paz para los dos bandos. En la hospedería se alojaron los oficiales de la ONU; allí tenían sus reuniones y allí convocaban a judíos y árabes.

4.1.3. La suerte de algunas casas bajo el yugo comunista después de la guerra

Apenas librados de la ocupación alemana, algunos países de la Europa del Este y de los Balcanes cayeron bajo el yugo del comunismo. De nuestra Orden, afectó a los dos monasterios de Yugoslavia, bien probados ya bajo la ocupación alemana. En Mariastern (Marija Zvijezda), desde el fin de septiembre de 1944, ante el avance de las tropas de Tito, los monjes alemanes tuvieron que marchar a Maria-Veen con el P. Abad, Dom Buenaventura Diamant, también él de nacionalidad alemana, como ya lo hemos notado más arriba. Ocho monjes fueron enviados a un campo de concentración, donde murieron tres. En 1947, un gran número de monjes y de conversos son también dispersados en campos de concentración. Los que quedaron vivían en un rincón de la hospedería, pues el monasterio fue confiscado. Pero a finales de 1948 fueron expulsados todos. Los sacerdotes se dedicaron al ministerio y los Hermanos se contrataron como obreros. Sin embargo, las autoridades restituyeron la nueva iglesia al culto ⁴ y los monjes pudieron ejercer el ministerio allí. Quedaron cinco en una pequeña habitación que servía para todo. Incluso después de su dimisión dom Buenaventura Diamant no pudo volver y murió en Austria en 1957, después de residir varios años en Mariawald. Se nombra entonces un superior para Mariastern ⁵. Cincuenta años más tarde, en 2007, la comunidad queda reducida a dos personas.

La suerte de Nuestra Señora de la Delivrance (Rajhenburg) es más radical. La comunidad, apenas vuelve en 1945, es expulsada y echada a la calle el 28 de febrero de 1947. El monasterio es confiscado. El abad, dom Pius Novak, fue encarcelado durante 15 meses y después vivió en un curato en Radmirje con algunos Hermanos. Durante varios años ese curato fue el embrión de un grupo comunitario, pero sin continuidad. Al contrario del superior de Mariastern, dom Pius no obtendrá más que una vez la autorización del gobierno para asistir al Capítulo General ⁶. Los sacerdotes ejercen su ministerio por todo el país. La Santa Sede les permite, si quieren, conservar sus votos, a pesar de estar secularizados de hecho. Varios conversos viven con su familia o al servicio de un sacerdote en la parroquia. Después de la muerte de dom Pius el día de Navidad de 1982, se nombró únicamente un superior ad nutum. La comunidad se extinguió en junio del 2004 con la muerte

4 Será consagrada en 1968; dañada por los temblores de tierra del 27 de octubre 1969, será restaurada. Se ha construido un pequeño monasterio junto a los muros del cementerio.

5 De todos modos, en octubre 1964, dom Fulgence Oraitsch será elegido abad. Se instalará con algunos monjes en Kloster Ivanic a partir de 1969. Después de su muerte en 1977, dom Ambrosio Southey, Abad General, decidió que todos volvieran a Mariastern.

6 En 1957: dom Gabriel le hizo presidir la Misa pontifical de apertura.

del último Hermano, que se había retirado al monasterio cisterciense de Sticna, cuyo abad se mostró siempre muy atento con los monjes trapenses.

Nuestras dos comunidades de China tuvieron que sufrir más daños aún por parte del régimen comunista. Ntra. Sra. de la Consolación se encontraba en territorio comunista desde octubre de 1937. Hemos visto que los comunistas habían hostigado a la comunidad en 1939. Estaba claro que sus intenciones eran contra los monjes, pero al principio lo disimularon. Los monjes pudieron pasar los años de guerra en una relativa tranquilidad. Con todo, los comunistas buscaban un motivo para justificar la condena del monasterio. Se les tendió una trampa: la respuesta de un Hermano un tanto ingenuo se interpretó como la aprobación de un plan para asesinar a un general. Además descubrieron en sus papeles el eco de la invitación del abad, dom Alexis Baillou a orar por la extirpación del comunismo... Ya no necesitaron más. Este fue arrestado y hecho prisionero con dos Padres, del 25 de octubre de 1945 al 17 de marzo de 1946. Se les sometió al “tribunal del pueblo”. Al abad, acusado de homicidio, lo obligaron a abandonar China. Antes de partir confió el gobierno al P. Miguel Sui ⁷.

El drama se presentará en 1947 y 1948. Se ha descrito en el capítulo dedicado a los mártires del siglo xx. Como lo manifiestan los capitulares de 1948 en su carta de homenaje al Santo Padre:

“A muchos hijos de Cîteaux se les ha pedido el testimonio de la sangre. Nuestros corazones están afligidos pero nuestro espíritu se alegra con la esperanza de que pronto ese inmenso imperio chino sea conquistado para Cristo, ya que, juntamente la cruzada de la oración y del sacrificio en su expresión más alta, “el martirio”, asaltan esta ciudadela de Satán, largamente disputada...”

El monasterio de Ntra. Sra. de la Consolación fue saqueado a primeros de julio de 1947 e incendiado el 30 de agosto. Entre estas dos fechas, los casi 75 monjes y hermanos fueron maltratados y torturados en el lugar, sufriendo la afrentas de los reiterados juicios populares, acompañados de palizas. Después, encadenados, vivieron una verdadera marcha de la muerte a través de la montaña. Los más ancianos y los más débiles no resistieron. Los sacerdotes que no perecieron en el camino quedaron prisioneros. Algunos fueron ejecutados. Unos treinta liberados pudieron instalarse durante un tiempo en una propiedad perteneciente a los benedictinos en el centro de Pekín; después obtuvieron, gracias al Nuncio y a las gestiones de dom Paulino, prior de Liesse, una pequeña lechería extra muros de

⁷ La dimisión de dom Alexis Baillon será aceptada por el Capítulo General de 1949.

la ciudad. Pudieron ser visitados por dom Morvan, abad de Faro y dom Marquis, abad de Briquebec, en abril de 1948.

Se han contado 35 mártires, entre ellos dos monjes de Ntra. Sra. de Liesse. Esta comunidad pudo trasplantarse, al fin, a una isla de Hong-Kong en 1949, pero los once monjes que quedaron en el refugio anterior (al sur de China) fueron arrestados durante algún tiempo en 1951; dos de ellos perecieron poco después de su encarcelamiento.

En efecto, los comunistas tomaron Pekín en febrero de 1949 y el gobierno popular comunista se adueñó de toda la China en octubre de 1949. La persecución contra la Iglesia comenzó el mes de diciembre de 1950. En abril de 1954, la policía ocupa la lechería y encarcela al superior, el P. Benito Wang, que había sido ordenado sacerdote el 30 de mayo de 1948, y también a los demás sacerdotes. La comunidad contaba entonces con cuarenta religiosos. Finalmente es dispersada en octubre de 1954. Después viene la clandestinidad. ¿Cómo dudar de que el grano de trigo caído en tierra no dé su fruto en un plazo más o menos largo?

4.2. EL GENERALATO DE DOM DOMINIQUE NOGUES

En plena guerra, muere dom Herman-Joseph Smets, el 4 de enero de 1943. Evidentemente, no era posible proceder a la elección de su sucesor. El Vicario entra entonces en servicio. Es el abad de Timadeuc, dom Domingo Nogues.

En los funerales de dom Herman-Joseph, celebrados en Cîteaux el 31 de marzo de 1943, se reunieron varios abades y dom Dominique les propuso una serie de cuestiones, especialmente sobre la manera de asegurar el gobierno de la Orden después de la muerte del Abad General. El Procurador hubiera preferido que el Vicario se estableciera en Roma, pero no podía abandonar su comunidad en plena guerra, sobre todo por las dificultades que había con la ocupación. Además, era difícil pasar a Italia que por entonces estaba en el campo enemigo: desde Francia podía relacionarse con 35 comunidades, no así desde Roma. En octubre, Italia declara la guerra a Alemania y la invaden las tropas del Reich. Los aliados desembarcaron en Sicilia en julio de 1943, pero no llegan a Roma hasta junio de 1944.

En mayo de 1945, dom Dominique emprende varias visitas a los monasterios, vuelve cansado y no es el momento de ir a Roma. Hacía demasiado calor y el mismo Procurador le disuade. Dirige dos circulares a las comunidades para comunicarles las primeras noticias sobre las comunidades que han sufrido más en la guerra. El 12 y 13 de diciembre reúne en Cîteaux una veintena de abades de Francia

y del Bénélux, los que pudieron viajar. Pero sus decisiones debían ser confirmadas por el defensorio para que tuvieran valor oficial.

El 1 de mayo de 1946 se abre en Cîteaux el Capítulo General. Lo primero que hace es la elección de dom Domingo Nogues como quinto Abad General de la Orden.

El nuevo elegido nació en Radenac, cerca de Rohan, a pocos kilómetros de Timadeuc, el 14 de diciembre de 1879. Ingresó en el seminario menor de los Hermanos de Ploërmel el 14 de octubre de 1892, cuando los abades de las tres Congregaciones trapenses se reunieron para formar la Orden Cisterciense de la Estrecha Observancia; luego, seis años más tarde, recibe en el seminario mayor de Vannes la tonsura y las órdenes menores. Pero después del servicio militar, iniciado en noviembre de 1900, entró en Timadeuc el 3 de octubre de 1901, vistió el hábito blanco de novicio a finales del mes, de suerte que pudo pronunciar sus votos simples en la fiesta de Todos los Santos de 1903. El 21 de noviembre de 1906 emitió su profesión solemne. Era entonces cillerero, y siguió con sus estudios. Se ordenó de diácono y de sacerdote el 16 de marzo y el 25 de mayo de 1907, respectivamente. A su cargo de cillerero se añadió el de secretario-contable y maestro de conversos. Después fue nombrado superior del refugio que Timadeuc había comprado en Canadá en 1903: el Pequeño Claraaval, quedó vacío cuando los monjes, que se fueron a la abadía de Lac (Oka) en 1898. Dom Domingo llegó allí a finales de octubre de 1912. Dos años más tarde estalló la Primera Guerra Mundial, y dom Dominique fue llamado a Francia, a filas, pero es liberado y vuelve a Canadá el 26 de noviembre de 1914.

ABAD DE TIMADECUC

Sin embargo, al final de la guerra, la situación política de Francia cambia y, al igual que otras comunidades, Timadeuc cierra el refugio establecido al otro lado del Atlántico. El 24 de julio 1919, dom Dominique retorna a Timadeuc y su abad le nombra prior el 13 de agosto. Allí se encuentra con el P. Alexis Presse, que había conocido en el noviciado. Éste fue enviado a Roma en octubre de 1910 para hacer sus estudios y desde 1913 se le retuvo como maestro de estudiantes. Sin duda, era más brillante que dom Dominique Nogues, pero inquietaba más por sus ideas de reforma; por eso fue el prior el elegido abad el 2 de junio de 1922, después de la muerte de dom Briauc. Fue instalado el 18 de junio y bendecido el 19 de julio.

Una de las primeras decisiones del nuevo abad fue reedificar el monasterio. Dom Chevalier había comenzado una reconstrucción del monasterio en 1895-1896, al norte de la iglesia, pero sin presentar el proyecto a la aprobación del Capítulo General; ese proyecto no era tradicional. Lo comenzado servirá de hospedería

y enfermería, y dom Dominique Nogues hizo construir los edificios regulares al sur de la iglesia. La construcción duró desde 1928 a 1933. En 1934 se adaptaron las construcciones de Dom Chevalier.

Dom Dominique se distinguió también por la elaboración de un estudio sobre la mariología de san Bernardo, el cual fue premiado por la Facultad de Teología del Instituto Católico de París, que había organizado un concurso. Su devoción mariana no era, principalmente, cuestión de erudición. La Virgen María era su “dama”, *domina mea*. Su estampa mortuoria reproducía una poesía que le gustaba repetir: ¡la señal de que está muerto será que su corazón no vibra ya al haber grabado en él el nombre de María!

En su escudo, dibujó una regla sobre la cual los dos corazones de Jesús y de María proyectaban sus rayos. La observancia era vivificada por el amor; ésta era el fundamento de su actitud. “No hay, decía él, puntos pequeños o grandes en los Usos; cada uno es la manifestación de la voluntad de Dios y debe tratarse como tal”. Esto le hacía, en el fondo, severo, pero no lo parecía gracias a su afabilidad en las relaciones con los demás. A decir verdad, su austeridad se explica también por cierta concepción de la penitencia basada en la desconfianza en la naturaleza humana ⁸.

Después de la elección del sucesor de Dom Ollitrault el 16 de julio de 1929, en la que él obtuvo una parte importante de votos (en la segunda votación 3 votos le separaron de dom Smets), fue elegido Vicario del Abad General. Este título aseguró la interinidad después de la muerte de Dom Smets en plena Guerra Mundial, hasta su propia elección, el 1 de mayo de 1946

ABAD GENERAL

El Capítulo de 1946 permite tener noticias de las comunidades que acababan de salir de la guerra. Conoce las decisiones del definitorio tomadas entre los años 1939 y 1946. Aparecen varias propuestas en las minutas del Capítulo que no habían sido previstas en el programa; por falta de preparación, no era posible estudiarlas, pero anuncian la evolución futura. Se refieren a la participación de los conversos en la liturgia, sus comidas, llevar barba, prolongar el sueño, la hora del “mixsto” (desayuno) para los coristas, mejorar el régimen alimenticio a consecuencia de la debilidad general en la salud, etc.

Es la ocasión para dom Dominique de exponer con claridad el cariz de su generalato. A tenor de las minutas del Capítulo: “El Reverendísimo Abad General tomó enérgicamente la defensa de nuestras austeridades y se opuso a todo lo que

⁸ Sobre este párrafo, cf. *Collectanea OCR*, 1958, pp. 75.

podría ser una mitigación de nuestra Santa Regla. Reconoce, sin duda, la debilidad de los temperamentos de ahora y se preocupa muy paternalmente de esta situación tanto en las casas de hombres como en los monasterios de las religiosas. La cuestión merece ser estudiada y lo será, pero no puede resolverse apresuradamente. Sería muy peligroso lanzarse sobre la pendiente resbaladiza de la mitigación general. Conviene permanecer en el statu quo. Que en cada caso particular el Superior use de los poderes que se le han conferido”.

Al año siguiente estas cuestiones se incluyeron en el programa a petición de algunos PP. Abades: “La salud disminuye, la excepciones se multiplican hasta tal punto que en algunos monasterios no hay más que excepciones. ¿No habrá llegado el momento de estudiar esta cuestión de la alimentación y del sueño? Se sugiere aumentar la porción de la cena en los ayunos de la Orden, permitir el café con leche por la mañana, la mantequilla como alivio... Al comienzo del Capítulo, dom Dominique recuerda que su cometido consiste “en mantener la observancia de la Regla, sobre todo en nuestros días cuando el espíritu de independencia y de crítica, por no decir otra cosa, se infiltra por todas partes, incluso en nuestras comunidades, espíritu que destruye toda la visión sobrenatural y divina de nuestra vida y hace perder el gusto por las cosas santas... No será mitigando las observancias, previene, como se mantendrá el fervor en la Orden”.

Después de señalar algunos abusos que se dan en las comunidades, conjura a los capitulares a que le ayuden en esta tarea de «defensa nacional» que se impone. Estos responderán a su esperanza cuando, algunas sesiones más tarde, se trate de decidir si se puede, provisionalmente hasta un Capítulo General introducir en la alimentación común pescado, huevos, laticinios, mantequilla, azúcar...

Después de un diálogo bastante animado – anota el secretario – el Abad General, que había tomado claramente partido contra esta propuesta, plantea esta cuestión: ¿queremos atenernos a lo que mandan las Constituciones y los Usos? Solamente 4 se atrevieron a responder negativamente, 30 están por el statu quo. En su carta de diciembre de 1947 a las comunidades, dom Dominique confesará que el Capítulo ha reaccionado enérgicamente contra las tendencias que aparecen aquí y allá de una observancia más mitigada y explica que si la salud de los jóvenes es frágil y parece pedir estas mitigaciones, es porque, sin duda, se es demasiado fácil para admitirlos al noviciado; para ellos hay otras Ordenes de régimen menos austero. Pero en el Capítulo de 1951, 36 votantes de 43 aceptan que se estudie la cuestión de tener una hora más de sueño. Se puso a estudio otra cuestión conexa: disminuir las oraciones vocales a favor de la *lectio divina*.

Cuando dom Dominique presentó su dimisión, precisamente en este Capítulo de 1951, constatará que la Orden está llena de vigor, prueba, dice él, de que “la interpretación de la Regla establecida por las Constituciones es siempre y en

todas partes aceptable. Pretender eliminar elementos importantes bajo un pretexto, más o menos engañoso, sería engendrar confusión y desunión donde reina la uniformidad y la paz... Por lo menos, yo no me podré reprochar, terminando mi servicio como Abad General, de haber contribuido a que me acuséis de tal responsabilidad". El Abad Vicario, dom Gabriel Sortais, reconocerá que en 1946 dom Dominique había sido elegido, a pesar de su edad, porque después de tanta devastación la Orden necesitaba tener al frente un modelo de fidelidad a las tradiciones cistercienses.

Dom Dominique fue la roca, el granito, que se necesitaba. Esto no le impedía, en el plano de las relaciones humanas, ser bondadoso y amable. Se conservará, añade dom Gabriel, el recuerdo de su encanto personal, de su jovialidad, de su sencillez y de su amor a la Virgen.

Este atractivo se percibía durante las visitas a los monasterios, que dom Dominique emprendió cuando fue elegido Abad General. En el verano de 1947 visitó 19 comunidades en Estados Unidos, Canadá, Irlanda, Inglaterra, Escocia y Francia. Volvió a América en 1949. Solamente los monasterios de lengua alemana, los de Palestina y Extremo Oriente no recibieron su visita. Pero sus cartas de fin de año llegaron a todas las comunidades. Mencionemos la de la clausura del Año Santo de 1950, que será su última carta. Debemos ser santos, apasionados por Jesús, lanzarnos valientemente a la santidad, a la unión con Jesús. El medio para ello está indicado en la Regla: buscar a Dios de verdad, es decir con perseverancia y por completo, creciendo en su amor. "La única perfección que el monje puede ambicionar es la del amor que se olvida de sí para considerar sólo la alegría del amado". Pero agradecer a Dios es hacer con amor su voluntad, lo que nuestros Padres han establecido y que los Capítulos Generales no cesan de concretar. De este modo el ideal de cada uno se convierte en el ideal de toda la comunidad y ésta, a su vez, será el sostén de cada uno en su 'carrera'.

ALGUNAS DECISIONES EN ESTA ÉPOCA

La comisión de liturgia, renovada en 1947, trabajó en continuidad con lo que se había hecho antes de la guerra. El manual de Ceremonias recibió sus últimas correcciones y fue editado en 1948, el Ritual en 1949, el Misal (primera edición después de la aprobación de la Rúbricas de 1924) y el Breviario en 1951. Otros libros están en preparación, en concreto los que se refieren a la iniciación monástica y un menologio. Se aborda también la cuestión del calendario, con el deseo de promover el predominio del Temporal, principalmente el oficio dominical, sobre el Santoral. Algunos preferían volver en su totalidad al antiguo rito cisterciense, pero surge un dilema ante la reforma de la Vigilia pascual de Pío XII en 1951. ¿Hay que

restaurar la Edad Media, o seguir nuestro propio tiempo profundizando doctrinal y espiritualmente en la celebración litúrgica? La cuestión se plantea también respecto la adopción de la nueva versión latina del Salterio.

Se es sensible a una mayor coherencia en las horas de la celebración del Oficio y se decidió en 1948 poner las Vísperas de Cuaresma en la tarde, incluso si hay que cantarlas después de la única comida, que, según la Regla, se debe tomar “después de Vísperas”, pero que desde hace mucho se sirve a mediodía⁹. Sin embargo, como las rúbricas del Misal prevén que la misa de cuaresma se celebre después de Nona, las Horas menores aún se celebran antes de las 8 u 8 y media. En 1953 se respetará mejor la coherencia de las Horas en lo que toca a estos tres momentos de la jornada.

Se perfecciona el canto. En 1947 se permite introducir los signos rítmicos y que se publique un nuevo *Kyriale* aumentado, lo cual se hará el año siguiente. Nace una comisión de arquitectura que tiene la misión de vigilar que los planos de las nuevas construcciones sean conformes a la Tradición, especialmente la iglesia y los lugares regulares.

El Capítulo de 1945 confió a la Comisión de Derecho la tarea de elaborar un íter para la fundación de los monasterios. Es el defensor quien hereda finalmente este cometido. En 1951 presenta un amplio proyecto, muy interesante; una guía práctica de normas a seguir¹⁰. Sin embargo, el Capítulo no tuvo la oportunidad de examinarlo. Lo estudió sólo una comisión. Se insistió a todos los abades que enviaran sus observaciones al defensor a lo largo del año siguiente. El proyecto se terminará en 1953, bajo el generalato de dom Gabriel Sortais, en un estatuto bastante breve, redactado en latín, que marca un progreso sobre la práctica anterior.

Algunas decisiones atañen a las monjas. La Orden obtuvo en 1947 que después de tres mandatos una abadesa pudiera ser reelegida con las tres cuartas partes de los votos, sin que fuera necesaria la unanimidad como se hacía antes. Más tarde en 1950, se pidió que el mandato abacial durase seis años y no tres: las elecciones demasiado próximas son fuente de perturbación y de falta de estabilidad en el gobierno. El indulto de la Santa Sede se concedió por 10 años, el 14 de enero de 1952, prorrogado el 26 de febrero de 1962¹¹.

En 1950 Pío XII promulgó la Constitución Apostólica *Sponsa Christi*, que tendría muchas incidencias en la vida de las monjas. Esa instrucción permitía la generalización de los votos solemnes. Las Constituciones de las monjas de 1926

⁹ En 1893, el deseo de respetar la *letra* de la Regla, primó sobre la coherencia de las Horas.

¹⁰ Cf. Anejo II al Programa del Capítulo General de 1951, pp. 9-30.

¹¹ En 1969, la Santa Sede aceptó que la abadesa sea elegida por seis años, reelegible con las siguientes condiciones: con dos tercios de votos para un tercer mandato y los tres cuartos de votos para los mandatos siguientes. En las nuevas Constituciones de 1990 habrá paridad entre las elecciones de abades y abadesas.

ya permitían a los monasterios adoptar los votos solemnes, con la clausura papal. Pero quedaba la posibilidad de hacer votos simples perpetuos. Según parece, esta era la situación de la mayor parte de las comunidades. En adelante los votos perpetuos emitidos por las monjas serán todos solemnes. Las que anteriormente habían hecho votos simples podían quedarse con esos votos o hacer votos solemnes, con la aprobación del obispo y de la Santa Sede. La Constitución Apostólica volvió a definir las normas sobre la clausura, lo cual nos obligaba también a volver a definirla para la Orden, especialmente para los monasterios que, hasta ahora, estaban bajo el régimen de votos simples. También recuerda que las monjas de votos solemnes están obligadas a la recitación en privado del Oficio divino cuando estuvieren ausentes del coro. Esta nueva exigencia suscitó, aquí y allá, inquietud y perplejidad, pero en conjunto, las monjas saludaron con alegría el paso a los votos solemnes.

Además, la Orden se preocupó desde 1951 de ofrecer a las monjas cierta formación intelectual en el monasterio, por medio de fichas que serían elaboradas. Se necesitó algún tiempo para llevarlo acabo.

DIMISIÓN

En 1951 dom Dominique tenía 72 años, pero su salud declinaba y había sufrido dos operaciones quirúrgicas. El reconocía que con frecuencia se quedaba sin fuerzas. Creía que había llegado la hora de presentar la dimisión. Quizá presentía, igualmente, que pronto no podría oponerse a ciertas reformas y prefería retirarse antes. El Capítulo ve bien las razones de Dom Dominique y acepta su dimisión la mañana del 14 de septiembre de 1951, tanto más fácil cuanto que, a no dudarlo, la sucesión se perfilaba sin dificultad.

Dom Dominique se retira a Timadeuc, observando la más completa discreción sobre el modo de ejercerse en adelante el gobierno de la Orden y también sobre la marcha de su comunidad. El 8 de diciembre renueva en manos de dom Gabriel Blourdier, Abad de Timadeuc, su promesa de obediencia y su estabilidad en el lugar ¹². Murió el 25 de noviembre de 1958, después de dos o tres años pasados en una especie de noche, debido al debilitamiento de sus facultades que le hizo perder la noción del tiempo y del lugar hasta tal punto que no podía ni celebrar la misa ni confesarse. Esta fue la última prueba de su vida.

12 Un monje de Timadeuc ha dejado un testimonio de estos años de retiro, en *Collectanea OCR* 1959, pp. 72-80.

RECAPITULACIÓN

Año	Fechas	Dom Nogues y la Orden Cisterciense	Acontecimientos externos
1879	14 Diciembre	Nacimiento en Radenac (Bretaña)	
1898	Octubre	Seminario mayor de Vannes	
1901	Octubre	Entrada en Timadeuc	Ley del 1 de julio, contra las Congregaciones
1902	20 julio 4 agosto		Muerte de León XIII Elección de Pío X
1903	Febrero-junio 1 noviembre	Dom Chautard visita Clemenceau y la comisión del Senado Primeros votos simples	
1906	1 noviembre	Profesión solemne	
1907	Marzo y mayo	Ordenado diácono, después sacerdote	
1912	Octubre	Superior del Pequeño Claraval Canadá)	
1914	2 agosto 20 agosto 3 septiembre		Primera Guerra Mundial Muerte de Pío X Elección de Benedicto XV
1919	Julio-agosto	Vuelta a Francia, Prior de Timadeuc	
1922	22 junio 13 noviembre	Elegido abad de Timadeuc Dom Ollitrault elegido Abad General Dom Smets Abad Vicario	22 enero, muerte de Benedicto XV 6 febrero: elección de Pío XI
1929	25 febrero 16 julio	Muerte de dom Ollitrault de Kéryvallon Dom Smets elegido Abad General Dom Nogues, Abad Vicario	Acuerdo de Letrán
1934		<i>Mariología de san Bernardo</i>	Hitler, Reichsführer
1936			Guerra civil en Espagne
1939	10 febrero 2 marzo 1 septiembre		Muerte de Pío XI Elección de Pío XII Comienza la Segunda Guerra Mundial
1943	4 enero	Muerte de dom Smets, Abad General Dom Nogues asegura el interin	Encíclica <i>Divino afflante</i>
1944	6 junio		Desembarco en las costas de Normandía
1945	8 mayo		Capitulación de Alemania
1946	1 mayo	Elegido Abad General	
1947	Julio	«Martirio» de Ntra.Sra.de la Consolación	Encíclica <i>Mediator Dei</i>
1949		Reedición del Ritual de 1689	Octubre: República Popular China
1950	1 noviembre 21 noviembre	Año Santo	Encíclica <i>Humani generis</i> Dogma de la Asunción Constitución Apostólica <i>Sponsa Christi</i>
1951	9 febrero 13 septiembre	Presenta su dimisión, aceptada el 14.	Restauración de la Vigilia Pascual
1958	25 noviembre	Muerte en la abadía de Timadeuc	9 octubre: muerte de Pío XII 28 octubre: elección de Juan XXIII

CUARTA SECCIÓN: LA ADAPTACIÓN CENTRALIZADA (1951-1965)

CAPÍTULO V

El generalato de dom Gabriel Sortais (1951-1963)

5.1. LA PERSONALIDAD DE DOM GABRIEL SORTAIS

(Por dom Emmanuel Coutant, ex abad de Bellefontaine)

BIBLIOGRAFÍA

- Dom Guy OURY, *Dom Gabriel Sortais*, Solesmes, 1975.
Consideran esta biografía de una perfecta exactitud la comunidad de Bellefontaine, donde fue abad, y la de las monjas de Nuestra Señora de Gardes, de la que fue Padre Inmediato.
- Les choses qui plaisent à Dieu.*
Obra realizada por los monjes de Bellefontaine después de la muerte de dom Gabriel; la componen las Cartas circulares dirigidas a los monasterio de la Orden y el texto de las Conferencias dadas a los abades en el Capitulo General o a diferentes comunidades (a veces, no son más que extractos).
- André FRACHEBOUD, antiguo definidor en tiempos de dom Sortais, en *Collectanea ocsa*, oct.-déc. 1963, pp. 325-342.

5.1.1. La fuerza en la debilidad

Es conocida la expresión de san Pablo a quien el Señor le declara: *Te basta con mi gracia, la fuerza se realiza en la debilidad* (2 Cor 12, 9). Si hay existencias cristianas que, a ejemplo de san Pablo, ilustran de manera sorprendente, guardando toda proporción, esta palabra del Señor, es ciertamente el caso, a mi parecer, de la vida de Dom Gabriel. En una carta dirá dom Gabriel que había aprendido en la escuela de Santa Teresa del Niño Jesús lo que era el sufrimiento del débil, del pequeño, de quien espera por su flaqueza: la falta de fuerza es la mayor de las fuerzas, cuando la acompaña una confianza constante en la bondad de un Padre como Dios (cf. dom Oury, p. 302).

Un poco antes de su muerte, escribía a una monja:

“San Pablo nos asegura que la debilidad es nuestra fuerza. Nosotros lo repetimos después de él; pero en la práctica nos cuesta creerlo. Buscamos un apoyo, una seguridad. Y a Dios le gustaría que pensáramos y dijéramos que ponemos sólo en él nuestro sostén y seguridad: esta confianza que llega hasta el abandono completo afecta a nuestro Padre...”

A) LA DEBILIDAD DE DOM GABRIEL

- 1 *Su temperamento.* Cuando, en una reunión familiar, el joven Andrés Sortais expresó de sopetón su intención de entrar en la Trapa, escuchó la pregunta de uno de sus tíos: ¿Tú? Estás loco de remate. ¿A dónde? añadía otro: Antes de tres semanas estarás de vuelta. En efecto, no parecía hecho para una vida tranquila, como escribió un miembro de su familia después de su muerte. Había recibido como herencia una vitalidad desbordante, efusiva y ruidosa. De niño, sufría ataques violentos de cólera cuando lo contrariaban.
- 2 *En el plano de la salud.* La altura (1,86 m) y su constitución podían engañar: de hecho, era un hombre de salud frágil. Desde el segundo año del noviciado cayó enfermo hasta el punto de quedar confinado en la enfermería hasta la profesión solemne, es decir, durante cuatro años. Se comprende que, llegado el momento, dudase en comprometerse, y que varios hermanos tampoco se atrevieran a admitirlo definitivamente en comunidad. Hizo falta la determinación e influencia del abad, dom Chouteau, para su decisión. Convertido en abad de Bellefontaine en 1936, un año después de la elección se encuentra al límite de sus fuerzas y tiene que descansar por bastante tiempo en el monasterio de Nuestra Señora de Gardes.

A comienzos de la guerra, en 1940, nombrado capellán militar, después de sólo un mes de ministerio entre los soldados, sufre trastornos intestinales y, de nuevo, se encuentra al límite de sus fuerzas. Cuando en 1943 se le pide ampliar sus responsabilidades y encargarse por un cierto tiempo de la comunidad de la Gran Trapa, su estado de salud es deplorable. A dom Gabriel, a lo largo de su vida, y sobre todo durante su generalato (1951-1963), la salud le hizo sufrir duramente: no es exagerado decir que vivió en una pesada y persistente fatiga, con frecuencia bajo la impresión de estar totalmente agotado. A sus 50 años, decía que se sentía gastado como un hombre de 70 (Oury, pg. 235). Sufrirá 7 operaciones quirúrgicas, con la extirpación de un riñón. No exagera dom Oury, en su biografía, cuando observa que a partir de 1953 su vida no fue más que un prolongado viacrucis (Oury, p. 277).

En 1961, escribirá él mismo: “He recorrido las clínicas de Roma durante todo el mes de julio y primeros de agosto... He estado muy enfermo y he sufrido mucho...” Y se reconocía débil ante el sufrimiento (Oury, p.235).

3 *En el plano intelectual.* A dom Gabriel, de adolescente, no le gustaba el colegio, donde recibió su primera formación intelectual; si sus estudios no fueron, pues, un éxito y si esto se debe en parte a las circunstancias – tenía 12 años en 1914 cuando empezó la primera Guerra Mundial – es el primero en reconocer su falta de afición por los estudios...y también de entusiasmo. De una inteligencia muy viva y de una memoria segura, parecía que esto le dispensaba de trabajar con tesón. Hacía “novillos” y no hay que extrañarse demasiado de que suspendiera dos veces en la primera parte del bachillerato. Más tarde aprobó los exámenes de ingreso en la Escuela de Bellas Artes, pero apenas y con suerte, pues le preguntaron sobre el único tema que había estudiado seriamente del programa de una determinada materia. También en otra ocasión, ya en el monasterio, de joven profeso en preparación al sacerdocio, sufrirá por muchas circunstancias, a pesar de su buena voluntad y su esfuerzo: salud quebrantada, falta de un verdadero profesor de filosofía (el encargado de darle las clases era el superior, ¡que no se salía del manual de Farges y Barbedette, que utilizaba!). El profesor de teología estaba mejor preparado para enseñar su materia, pero disponía de un tiempo muy limitado, de modo que fray Gabriel recibirá, en conjunto, una formación teológica elemental.

Finalmente, de Abad General, dom Gabriel se lamentará de no saber ninguna lengua extranjera; en *Monte Cistello*, con los estudiantes y durante sus visitas en la mayor parte de los monasterios, deberá recurrir a intérpretes: sufrirá como una parálisis (Oury, pp. 270-1; 294). Con ocasión del Concilio Vaticano II, sus dificultades para entender el latín hablado y su formación teológica elemental le impidieron seguir los debates en todos sus recovecos.

4 *En el plano de la vida de fe.* El mismo dom Gabriel ha confesado haber sufrido dos crisis especialmente duras en su vida de fe y esperanza. Si durante el noviciado recibió consuelos espirituales muy vivos, los tres años que siguieron fueron extremadamente duros: su fe se había replegado a lo más profundo de sí mismo, lejos del campo de actuación de la conciencia, dejándolo desamparado (Oury, p. 95). Le parece que su fe ya no existe, que el Cielo está cerrado y que Dios ha desaparecido de su vida. La no existencia de Dios parece que se le impone con toda evidencia, lo que rechaza con todas sus fuerzas (Oury, p. 68).

De este modo, la prueba de la fe se añade a la de la enfermedad y a la soledad que le acompaña (su abad raramente le visitaba en la enfermería); esta prueba le deja desamparado. Termina su crisis inmediatamente después de la muerte de su

Padre espiritual, el P. Luis, quien, antes de morir, le prometió interceder por él ante Dios. “¡He recuperado la fe!”, escribirá más tarde a uno de sus parientes, con una viva alegría y en acción de gracias... “He recuperado la fe, totalmente, sin sombras... y después jamás ha surgido la menor duda...” (Oury, p. 72).

En adelante, afirmado en su fe, el P. Gabriel ya abad, va a sufrir, sin embargo, una dura prueba en la esperanza. Y esta vez la prueba se prolongará por más de veinte años, de 1936 a 1958. Para él la esperanza no tiene ya fundamento. Le parece que Dios lo rechaza. Seducido por Él, se siente acosado por Él. Le fue quitada toda seguridad. Su perturbación es inmensa, con toda la amargura de la amistad y la confianza heridas. Se siente objeto de una cólera incomprensible, abandonado, enfrentado sólo con su miseria, intentando vanamente arrancarse de su condición de pecador. Es algo parecido al drama de Job, pero Job estaba convencido de su justicia. El P. Gabriel se siente y se cree, a su pesar, como un gran pecador (Oury, p. 96). “Es muy duro, escribirá, tener una especie de evidencia de que el Cielo, en que se cree con una fe viva, no está hecho para uno y que está abocado a estar eternamente separado de Dios” (Oury, p. 97). Parece ser que estas tentaciones contra la esperanza tuvieron su origen en un exorcismo que practicó dom Gabriel a petición del obispo de Angers, al comienzo de su abadiato.

B) EL PODER DE DIOS... EN LA FLAQUEZA DE DOM GABRIEL

Notemos, ante todo, que los monjes y las monjas no fueron los únicos testigos de la irradiación de dom Gabriel. Particularmente significativo es el testimonio de quienes lo conocieron durante la guerra. He aquí, entre otros, el testimonio del Mons. Mazerat, obispo emerito de Angers, que lo conoció como capellán de división: “La clave última de su influencia era la unión con Dios. Veíamos ante todo en él a un monje que vivía intensamente de Dios. El acercamiento a dom Sortais nos otorgaba como una presencia sentida de Él... Dom Sortais estaba también adornado, en su ministerio, de dones naturales profundos: juicio equilibrado, buen tacto, cierta finura en sus modales y nobleza al mismo tiempo, una alegría franca y cordial...” (Carta de 1 de diciembre de 1963, en *Collectanea* art. citado, p. 333).

Repatriado a comienzos de 1941 en virtud de los acuerdos de Ginebra (los capellanes no son combatientes), dom Gabriel se creyó obligado en conciencia a hablar en las diversas parroquias de la región de Bellefontaine a favor de los prisioneros. Durante varios meses predicará, pues, el domingo, en dichas parroquias, mas, con tanta osadía en las expresiones ante la Alemania nazi cuyos soldados ocupaban la zona, que varias veces se temió su arresto.

En octubre de este mismo año 1941, es asesinado el coronel alemán comandante de la ciudad de Nantes. Como reacción, de no aparecer los culpables, se-

rán ejecutados 50 rehenes civiles. No aparecen. Entonces, dom Gabriel siente tal turbación que después de reflexionar seriamente y orar con insistencia, se dirige a Nantes. No sin esfuerzo, consigue hablar personalmente con el nuevo comandante del campo para ofrecer su vida por la de los 50 rehenes. El oficial lo rechaza, pero queda conmovido. La tarde de ese día, la radio anunciaba que eran perdonados los rehenes (Cf. Oury, pp. 154-155).

En la región, hacia finales de 1944, después de la liberación, comienza un periodo llamado “de depuración”, que, por desgracia, da ocasión a algunos para vengarse, con demasiada frecuencia injustamente: se arresta a la ligera por una simple sospecha o por una denuncia cualquiera, insuficientemente verificada. Se mete en la cárcel y, a veces, se ejecuta. Dom Sortais, una vez más, se siente afectado. Entonces, solicitado, acepta participar al Comité de liberación de Cholet, la villa vecina, donde, con intervenciones valientes—dos veces por semana durante meses—salvará de la prisión o al menos de la ejecución a muchas buenas personas injustamente sospechosas y arrestadas. Aparece entonces el dom Gabriel que desconoce la timidez, las dudas y el miedo y que va derecho al objetivo que le traza el deber. Se pone de manifiesto como una fuerza humilde, pero poderosa e irresistible, que nada podrá retener (Oury, p. 163).

5.1.2. La vocación

Cuando recibe la vocación monástica, al término de una juventud bastante libre y algo movida, Andrés Sortais ya había podido experimentar algo del poder de la gracia de Dios, en su corazón, en su vida. Esta gracia la preparó e incluso la comunicó la influencia femenina: en primer lugar, la de una prima quien, desde 1917 – tenía entonces 15 años- adquiere cierto ascendiente sobre él y lo acerca a Dios, pero sólo por poco tiempo. A la muerte de su madre, en efecto, en 1920, el joven Andrés confiesa que casi ha perdido la fe y, durante algunas semanas, deja toda práctica religiosa. Luego, el encuentra a una joven, católica practicante, de la que se enamora y cuyo trato es el vehículo de la gracia en su corazón. El amor humano, que le ha conducido a Dios, le hará progresar rápidamente hasta el desasimimiento total. Se dispone a mirar en la misma dirección que esta joven con la que bien pronto asiste a misa casi todos los días. Luego comienza a escuchar las llamadas de Dios a través de diversas circunstancias. En 1922, en casa de una tía, siente más fuerte que nunca la invitación a entregarse enteramente a Dios. Sin embargo, únicamente en marzo de 1923, hablará de ello a la joven que amaba, quien le responde: No puedo ponerme entre Dios y tú. Desde entonces dejaron de verse.

Andrés Sortais entró, pues, en Bellefontaine en agosto de 1924 y tomó el nom-

bre de Gabriel ¹. Después de un periodo de intensos consuelos espirituales, sufre duras pruebas, como hemos dicho ya: la enfermedad, el aislamiento en la enfermería, las vivas y persistentes dudas contra la fe. Sin embargo se mantuvo firme, cuando otros se hubieran desanimado. En 1929 le llega el momento de pronunciar sus votos definitivos: se decide gracias tanto a un acto heroico de confianza en Dios como de obediencia a su abad. Al final de la vida, hará la confidencia de haber conocido toda clase de tentaciones, pero ninguna contra su vocación monástica.

5.1.3. Prior, luego abad de Bellefontaine

En 1930, dom Jean-Baptiste Auger sucede en el cargo abacial a dom Chouteau, fallecido a finales de diciembre de 1929 después de 63 años de abadiato. Dos años más tarde, el abad toma como prior al joven P. Gabriel. La tarea no es fácil; porque dom Jean-Baptiste es de salud débil, a veces francamente enfermo. Además tiene un temperamento indeciso y lerdo para tomar decisiones, a veces importantes y urgentes. Los Hermanos sufren y tienden a murmurar. El prior ve también las limitaciones de su abad, sin embargo, procura mantener en los Hermanos que acuden a él a quejarse el respeto y el amor filial para con su abad. Ante los monjes, el P. Gabriel apoyará siempre al Padre Abad, aunque la decisión le parezca discutible. “Le debió costar mucho a veces, porque era íntegro y ardiente. Ante don Jean-Baptiste, no tenía miedo a decirle lo que pensaba de ciertas decisiones o de algunas faltas de decisión...” (Oury, p. 80). Situación delicada y difícil. Por lo demás, su salud, mal restablecida después de tres años pasados en la enfermería, se resiente por las muchas ocupaciones y, desde que es prior, siente reparos en dejarse cuidar.

En abril de 1936, dom Jean-Baptiste presenta la dimisión y, al mes siguiente, el P. Gabriel es elegido para remplazarle en el cargo abacial. Aún no tiene 34 años. Entonces comienza a dar toda su talla, o mejor, abandonado totalmente en Dios y confiando en el poder de su gracia, se consagra de lleno al servicio de los hermanos. Escribirá un día: “Si hubiera tenido ciencia, experiencia, virtud, si hubiera tenido en cuenta estos elementos a la hora de dar mi consentimiento al voto de la comunidad, habría cometido un error. En aquel momento me apoyé en Jesús, en la gracia, y dije sí”. Y añadía: “En la medida en que cuente únicamente con el Señor, las cosas funcionarán. Así, mi nulidad, mi demasiada insuficiencia me fuerza a esperarlo todo de Dios y a unirme a él...” (Oury, p. 84).

Esta confesión sincera podría, sin embargo, confundirnos; porque dom Gabriel no carece de grandes y numerosas cualidades: “Es un hombre sencillo y rec-

¹ En recuerdo de Fr. Gabriel Mossier, brillante oficial, luego converso en Chambarand, muerto en olor de santidad en 1897.

to, un hombre dotado de una gran fuerza de ánimo y prácticamente liberado de todo egoísmo. Le dan horror las bobadas. En su favor hay su juventud, la energía, el espíritu de decisión, un juicio firme y recto, habitualmente rápido y seguro. Tiene una aptitud natural para mandar y gobernar. Su fuerza de voluntad y el poder de seducción que ejerce sin darse cuenta sobre el otro le facilitan enormemente la tarea. Sabe hablar en público, exponer claramente lo que piensa, compartir la fe y el fervor que lo animan. Su sentido del humor le impide hacer trágicas situaciones que son sólo graves y difíciles. Sobre todo tiene un corazón de exquisita delicadeza. Su entusiasmo es comunicativo: agrada seguirle... Mas todas estas cualidades, todos estos dones no podrán dar cuenta de la irradiación que emana de su personalidad... Es, con toda verdad, un hombre de Dios" (Oury, p. 89).

Como abad de Bellefontaine, tiene que asumir la responsabilidad de Padre Inmediato de las monjas de Nuestra Sra. de Gardes y de los monjes de Oka (Le Lac) en Canadá. Tendrá que seguir la vida de estas comunidades, conversar con sus miembros, en particular con los superiores, una correspondencia continua, visitarlas de vez en cuando. Esto es ya medianamente absorbente. Pero bien pronto, el Abad General de la época, dom Dominique Nogues, le confiará la delicada misión de ayudar a centrarse a dos monasterios franceses con dificultad, y entonces dom Gabriel asumirá el cargo suplementar de superior de La Trapa (en el Orne), de 1943 a 1945, y luego de Melleray (Loira Atlántico) de 1947 a 1949. Esto le obligará, entre otras cosas, a tener varias estancias más o menos largas en ambos monasterios, sin dejar de asumir las responsabilidades ante Bellefontaine y sus filiales. Cuando entró en el cargo, la comunidad de Bellefontaine contaba con 45 miembros; en 1951, cuando es elegido Abad General, contará con 80.

Dom Sortais ofrece su enseñanza de manera regular durante el capítulo matutino. Generalmente, comenta un pasaje de la Regla de san Benito, durante unos 10 minutos; los Hermanos, en su conjunto, valoran mucho su exposición a la vez clara y profunda. Si la Orden, decía, es un instituto monástico, dado a la penitencia y a la contemplación, no se pueden poner una y otra al mismo nivel: la penitencia debe subordinarse a la contemplación, porque prepara al monje para la contemplación mediante la purificación. La contemplación es una actitud de corazón para con Dios tan habitual como posible. Todo está dispuesto en el monasterio para facilitarla: el lugar, las construcciones, las observancias y en especial el silencio. La ascesis corporal tiene su importancia, pero importa más aún la ascesis del espíritu, del corazón, tal como la presenta san Benito, expresamente en el capítulo 7 de su Regla. Dom Sortais está realmente convencido de la necesidad de la penitencia, pero cree un deber recordar a tiempo y a destiempo que la vida interior tiene la primacía... El cuerpo, afirmaba, se puede plegar a las duras condiciones de la vida sin que el alma lo secunde. Si, por el contrario, se resuelve dar

la primacía a la unión con Dios, a nadie le será posible llevar su vida monástica dejando de lado esta finalidad (Oury, p. 108).

En consecuencia, dom Gabriel se esforzaba en mejorar la observancia insuflándole un espíritu nuevo. Decía que le gustaría disponer de tiempo para redactar, al inicio de cada capítulo de los Usos de la época, unas líneas que expresen su sentido espiritual. Es lo que finalmente él hará en 1962-1963. También cree que habría que derrumbar el muro denso entre la oración y el trabajo. El mismo amaba la naturaleza con pasión (Oury, p. 108).

En sus relaciones con los Hermanos o con gente del exterior, su fuerte personalidad (que acentuaba su alta estatura) se imponía en un primer momento, y a veces suscitaba temor; pero era profundamente humano y enseguida ponía a gusto a su interlocutor. Y si en algunas circunstancias de la vida comunitaria no conseguía, a veces, controlar su carácter impulsivo y se ponía colérico, era el primero en sentirlo y se esforzaba en reparar inmediatamente el dolor ocasionado. Cada día va a la enfermería a visitar a los enfermos, aunque sólo sean unos minutos. Decía a veces, en privado, que hacía esta visita cotidiana, porque él, enfermo al inicio de su vida monástica, había sufrido demasiado de un aislamiento casi total de parte de los superiores y de los Hermanos. Pedía a los priores que tuvo que le remplazaran en esta visita, cada vez que no pudiera hacerla él mismo, en particular durante sus ausencias de Bellefontaine.

Para saber algo más sobre el abad que fue dom Gabriel en Bellefontaine, basta ver lo que él mismo dice de la función abacial en el comentario de la Regla de san Benito, que hacía a los Hermanos de Bellefontaine, o en las conferencias al Capítulo, cuando era Abad General, o incluso en algunas cartas que dirigió a las comunidades. Se pensará, quizá, que idealiza un poco; pero quienes lo han conocido de cerca pueden afirmar que lo que se encuentra reflejado en su enseñanza es experiencia personal suya, en buena parte. En el prefacio de la recopilación *Les choses qui plaisent à Dieu*, dom Ignacio Gillet, que sucederá a dom Gabriel en el cargo de Abad General, observa: “Dom Gabriel escribía menos para enseñar que para compartir su convicción profunda. Su ardor es lo que da valor a estas páginas. Comunicar a los demás algo de su experiencia de Dios en la fe fue su única ambición. No era doctor en lo que enseñaba; pero, ciertamente, era un testigo. Es decir, no encontraremos un teólogo, pero quizá, si nos ajustamos a su sencillez, reconoceremos un alma prendada de Dios”.

5.1.4. El Abad General

En el Capítulo de la Orden de 1946, dom Gabriel es elegido Vicario del Abad General, dom Dominique Nogues. Éste, dado que el cargo y las flaquezas de la edad

lo oprimían cada vez más, acudía con mucha frecuencia a su Vicario para que visitara los monasterios que tenían dificultades. Luego, en septiembre de 1951 presentó su dimisión y dos meses más tarde es elegido Abad General dom Gabriel.

La actividad de que dará pruebas el nuevo Abad General durante doce años (1951-1963) tiene algo de prodigio, si se recuerda que su salud, a pesar de las apariencias, era frágil. Apenas un año después de su elección a la cabeza de la Orden, tendrá la primera de las 7 intervenciones quirúrgicas que desde ese momento sufrirá.

Su primera preocupación es tomar contacto con cada una de las 96 comunidades de monjes y de monjas de la Orden establecidas en 17 países diferentes, hasta el Extremo Oriente. Quiere conocer por sí mismo las condiciones de vida de dichas comunidades y ver si en ellas se busca de verdad a Dios. Las recorrerá en el lapso de unos años, comenzando por las comunidades más probadas por la guerra de 1939. En cada comunidad da instrucciones, prescribe a veces directrices para mejorar la situación, toma contactos personales – y no solamente con los superiores – contactos que, en ciertos casos, entrañará una correspondencia continuada. Por momentos, dirá que esperan respuesta 50, 100 y hasta 160 cartas.

Desde la Casa Generalicia de Roma intentará actuar sobre el al conjunto de Casas de la Orden, enviándoles *Cartas circulares*, en que trata de la vocación cisterciense o de algunos problemas del momento. Escribirá 26. Otra manera de ejercer su influencia sobre todas las Casas serán las conferencias que dará a los abades en el Capítulo General, lo mismo que algunas otras que escribió sólo para ellos, como la de 50 páginas que les dirigió en Navidad de 1961.

Tuvo también el mérito de percibir, con 12 años de antelación, la necesidad de un *aggiornamento* en la Orden que el Concilio Vaticano II juzgará necesario y realizará para bien de la Iglesia (cf. 5.2., sobre la evolución de la Orden en el generalato de dom Sortais).

Con toda seguridad, dom Gabriel ha marcado la vida de nuestra Orden, en su momento, más de lo que hicieron en su tiempo los Abades Generales que le precedieron desde 1892.

5.1.5. Dom Gabriel y la Iglesia

¿Cuál fue su influencia a nivel de la Iglesia? Sin duda, es atrevido intentarlo decir. Notemos simplemente que, algunos años después de la muerte de dom Sortais, su sucesor como abad de Bellefontaine quedó sorprendido al recibir una carta de Mons. Macchi, secretario del Papa Pablo VI. En ella, Mons. Macchi decía que, con ocasión del 80º aniversario del Soberano Pontífice, tenía la intención de ofrecerle un álbum en el que figurara la foto y una página autógrafa de un centenar de per-

sonas que marcaron la vida de la Iglesia en materia de espiritualidad en los últimos cien años. Por eso deseaba tener una foto y un texto autógrafo de dom Gabriel.

El monasterio, una célula de la Iglesia

A dom Gabriel le gustaba citar al Papa Juan XXIII, quien, en una carta personal, le había escrito en 1960 que “la vida contemplativa pertenece a la estructura esencial del Cuerpo Místico de Cristo... Por su sufrimiento, su amor, su oración [los contemplativos] ejercen en silencio, dentro de la Iglesia, el apostolado más universal y fecundo” (cf. *Les choses qui plaisent à Dieu*, pp. 364-365). En una conferencia, que redactó e hizo leer, en una reunión de Inter-Monasterios en Ligugé², señalaba: “El monacato nace de la Iglesia, de ese movimiento irresistible que la conduce hacia Cristo en su última venida, del ardiente deseo que tiene de contemplar el rostro de su Señor y de consumirse en esta contemplación”. Y añadía: “El impulso que sostiene al monje en su búsqueda de sólo Dios es la fuerza del Espíritu, que, a través de las edades, impulsa a la cristiandad hacia su último cumplimiento, cuando pase la figura de este mundo, y nada cuente ya más que el cara a cara del hombre con Dios... Por este hecho, el monje da testimonio de la Iglesia de una manera particularmente importante, y la Iglesia tiene necesidad de este testimonio de su esperanza”. Terminaba su conferencia señalando dos deberes que se imponen hoy día a todo Instituto monástico: el de mantener intacta su vocación, y el de responder a la llamada de las jóvenes Iglesias implantando en ellas monasterios. A lo largo de su generalato, animó las fundaciones cistercienses que se multiplicarían con bastante rapidez.

La obediencia al Soberano Pontífice

Dom Sortais tenía un alto concepto de la obediencia debida al Santo Padre, Vicario de Cristo, Jefe de la Iglesia. En tiempos de su juventud monástica, cuando en 1925 Pío XI creyó que debía condenar l'Action Française, el joven fray Gabriel, que había pertenecido en el mundo al movimiento y había militado con ardor, quedó profundamente afectado; sin embargo, no sólo aceptó personalmente la condena, sino que comprometió a los amigos y compañeros de antes, igualmente contrariados y vacilantes, a que obedecieran al Santo Padre. En Bellefontaine, los Hermanos que le conocieron como abad recuerdan aún con qué espíritu de sumisión aceptaba espontáneamente y presentaba a la comunidad las directrices e incluso todos los documentos que emanaban de la Santa Sede.

² *De l'implantation de la vie monastique dans les pays de mission*, 9 juillet 1961.

Como Abad General, en el Capítulo de 1963, justificará las fundaciones cistercienses en países de misión, dirigiéndose a algunos abades que tenían dificultad en admitirlas: dijo, “Se ha echado la red en África en la palabra de los Papas, y no hay error” (Oury, p. 249). En las demandas que dirigió a la Santa Sede, defendió hasta el final su punto de vista, pero una vez que la autoridad dio su veredicto, la cuestión estaba cerrada y reclamaba obediencia total, llegando hasta preguntar a la Santa Sede sobre la interpretación de ciertas medidas, para respetarlas mejor. Muchas veces, antes de juzgar un problema que afectaba a su conciencia, intentaba conseguir la opinión personal del Papa o de su representante en la Congregación de Religiosos.

El Concilio Vaticano II

Dom Gabriel participó con el más vivo interés al principio de este gran evento de la Iglesia. Con todo empeño quiso desempeñar su quehacer de Padre del Concilio. Era una obligación de conciencia. Participó en todos los diálogos que hubo a diferentes niveles. Desde el principio, fue nombrado consultor de la comisión preparatoria sobre la vida religiosa. Se impuso un trabajo agotador que acabaría por arruinar sus fuerzas. Cuando le sorprendió la muerte, estaba preparando una intervención, juzgando que, en el texto propuesto del esquema sobre la Iglesia, ésta no aparecía suficientemente bajo el aspecto de *Sponsa Christi*, la Esposa de Cristo.

Para concluir, citemos estas líneas del P. Andrés Fracheboud, que lo conocía bien por haberle asistido durante muchos años en calidad de definidor: “Es, en fin, el poder del amor la razón profunda de lo que fue entre nosotros el Padre General... El amor, concebido y vivido como un don de sí, hizo del adolescente aventurero un novicio recogido, un monje con un gusto intenso por la vida oculta... un abad al servicio de sus Hermanos de Bellefontaine, luego de toda la Orden.... En movimiento incesante, sin descanso en el trabajo, no se permitía perder ni un minuto, pero dando sin medir su tiempo y su atención a quien se le quería confiar; inquebrantable ante el rebelde, pero compasivo con los pequeños e incapaz de resistir a los humildes; apto para obrar con severidad, pero prefiriendo mucho más perdonar y, en todo caso, siempre olvidando la injusticia que se le hubiera hecho; deseoso, a la vez, de mantener lo que debe durar y reformar lo que ha perdido su razón de ser. En total, un hombre fuerte al mismo tiempo que suave y delicado, un monje apasionado por la autenticidad, un Abad General con gran estilo. Su divisa (*Non loquendo sed moriendo*) se mostró a plena luz, de golpe, en su muerte; dom Sortais no se sintió morir: no tuvo tiempo de decirlo – *non loquendo* – pero esta muerte sobre la brecha – *moriendo* – lo mismo que su vida entera, nos hablará por mucho tiempo” (*Collectanea*, art. cit. 1963, p. 342).

Nota complementaria sobre la muerte de dom Sortais

La versión oficial, anunciada el 14 de noviembre, es que dom Gabriel había fallecido en Monte Cistello, la tarde del 13 de noviembre de 1963. Los hechos son algo diferentes. Había recibido en el almuerzo, ese día, a tres abades benedictinos y nada dejaba prever el desenlace que iba a ocurrir unas horas más tarde. Por la tarde, después de la comida, charlaba en el pasillo con el P. Maestro de estudiantes, cuando se resintió de agudos dolores en la espalda. Se llama a varios monjes en ayuda, se trae una silla, luego un colchón, lo trasladan a una habitación próxima y lo instalan en un sillón. Se le dan masajes en la espalda a la espera del médico. Éste, que llega con la Madre Superiora y una Hermana de la clínica donde le atendieron en 1961, le pone algunas inyecciones, y cree bueno que se lleve a dom Sortais al hospital, para efectuarle un electrocardiograma y proporcionarle otros cuidados adecuados. El enfermo está plenamente consciente e incluso bromea, aunque sufre mucho. Después de las 21 horas, cuando los estudiantes están en el dormitorio – muchos no se han dado cuenta de la enfermedad de dom Gabriel – el cillerero, Fr. Amable Flipo, conduce al P. General al hospital, acompañado de Mons. Gran (trapense, nombrado obispo coadjutor de Oslo) y el P. Clemente, su secretario, seguido del médico y las Hermanas. Pero unos instantes después de la llegada, mientras que el médico tomaba sus medidas, dom Sortais, en su lecho, se desplomaba en los brazos de Fr. Amable, diciéndole: “Hermano, me voy a caer desmayado”. Mons. Gran se apresuró a darle la absolución y también la unción de enfermos, cuando una hermana le presenta los oleos. Se llama al Procurador por teléfono y acude, pero dom Sortais ya no es de este mundo. Fray Amable vuelve por la furgoneta y una colchoneta para llevar a casa el cuerpo de dom Gabriel. Éste llegó hacia a las 22’45 a Monte Cistello, donde esperaban el Maestro de estudiantes, el enfermero y dos o tres hermanos. Sin embargo la Madre Superiora y el médico estaban conturbados a causa de que la muerte ocurrió en la clínica y no se hizo formalidad alguna del ingreso y del fallecimiento: de llegarse a saber, serían sometidos a pesquisas policiales y administrativas que podrían terminar en condena por comportamiento ilegal e incluso cerrar la clínica... Por eso se decidió guardar silencio sobre su paso por la clínica: la versión oficial se limitaría a decir que dom Gabriel fue llevado a su habitación donde murió. El secreto era tanto más fácil de guardar cuanto que los sucesos ocurrieron de noche y solamente fueron testigos algunas personas. Cuarenta y cinco años después, no hay ningún peligro en que los hechos se conozcan como sucedieron.

A la mañana siguiente, Mons. Gran hacia anunciar en el aula conciliar el fallecimiento de dom Sortais. Muchas personalidades – al menos 120 obispos, varios abades ³ y superiores generales y otros, los embajadores de Francia y del Japón – tomaron parte en el funeral celebrado el sábado 16 de noviembre, que concluyeron con una larga procesión hasta el cementerio de Tre Fontane donde dom Sortais reposa junto a sus tres predecesores.

5.2. EVOLUCIÓN DE LA ORDEN DURANTE EL GENERALATO DE DOM SORTAIS

5.2.1. Expansión de la Orden hacia otros continentes

Cuando dom Sortais comenzó como Abad General, prosiguió el florecimiento de las abadías americanas con las fundaciones de Genesee y de Ava, de Snowmass y Vina, después la de las monjas de Redwoods. La Orden arriba al África sub-sahariana con el proyecto de fundar monasterios, tanto de monjes como de monjas, sin el mira apostólica ⁴: son las fundaciones de Grandselve (ahora Koutaba) y Bamenda (Camerún), Mokoto, La Clarté-Dieu y Emmanuel (Congo), Victoria (Kenya) y BelaVista (Angola), L'Etoile-Notre-Dame (Bénin), a las que necesita añadir Maromby en Madagascar, o sea nueve monasterios entre 1951 y 1963. Seguirán otras. El Extremo Oriente ve nacer las fundaciones de Indonesia (Rawaseneng), de Australia (Tarrawara) y de Nueva Zelanda (Kopua), mientras que las monjas japonesas fundan Imari y Nasu. Se pasa a América Latina con la fundación de Azul (Argentina) en 1958 y de La Dehesa (hoy Miraflores) en Chile en 1960.

Durante todo este tiempo hay sólo una fundación en Europa: las monjas de Maria Frieden, pero también la anexión de 6 monasterios españoles de Bernardas.

Como se ve, la expansión se dirige mayormente a otras culturas distintas de la occidental. Esto marca un giro en la Orden. En 1953, dom Gabriel Sortais tuvo la ocasión de exponer su visión en una conferencia dada en la Universidad Gregoriana de Roma ⁵. Los contemplativos deben ayudar a los misioneros con su oración y penitencia: esto lo pueden hacer, ciertamente, quedándose en su patria, en el monasterio; sin embargo deben aportar a toda cultura el testimonio de que

³ De nuestra Orden acudió el abad de Aiguebelle, Vicario de la Orden, el de Citeaux, Melleray, Bellefontaine, Dombes y, evidentemente, los de Tre Fontane y Frattocchie. El prior de la Trapa representaba a su abad. – Mons. Gran y el P. Basilio Morison, maestro de estudiantes, han dejado en el archivo de la Casa Generalicia su testimonio sobre los últimos momentos de dom Sortais, confirmado oralmente por Fr. Amable Flipo, en 2006.

⁴ Como ocurrió con las fundaciones de Mariannahill y Bamanía.

⁵ *Fonction des Ordres contemplatifs en pays de mission*, 14 de octubre de 1953.

la Iglesia no está solamente dada al apostolado, sino entregada igualmente a la oración, dentro de una continua vida fraternal: en todos los lugares en que se expanda debe aparecer a la vez bajo estos dos aspectos. No solamente hay que dar testimonio de vida monástica, sino hacer que también los nativos la puedan vivir. Por tanto, la implantación de una Iglesia en una región debe comprender la formación de comunidades monásticas locales. Al respecto, dom Sortais cita la *Rerum Ecclesiae*, de Pío XI de 1926, lo que el Vaticano II se aprestó a repetir: “La vida contemplativa pertenece a la plenitud de presencia de la Iglesia. Por ello, es necesario establecerla en las Iglesias jóvenes” (*Ad Gentes*, n. 18). Esto puede implicar la necesidad de adaptaciones a la cultura local en los detalles secundarios de las observancias y costumbres. En la vida contemplativa, hay que conservar su autenticidad adaptada totalmente a los nativos. Años más tarde, el 9 de julio de 1961, dom Sortais vuelve sobre la cuestión en la conferencia que le invitaron a dar en Ligugé (cf. más arriba).

Dom Gabriel se impuso la tarea de visitar los monasterios de la Orden cada cinco años. La extensión del transporte aéreo hizo posible este programa, aunque las conexiones con África no fueran muy fáciles y rápidas. Esto tuvo como resultado que emprendiera con frecuencia largos viajes de varios meses fuera de Europa. El 2 de julio de 1955, escribirá que, a excepción de algunas fundaciones recientes en países de misión, había visitado todas las comunidades y conocía casi a cada uno de los monjes y monjas de la Orden. Comenzó sus viajes en 1952, visitando las casas de Alemania, Austria y Holanda, que habían sufrido mucho en la guerra. Después fue a Estados Unidos de América, al Próximo y Extremo Oriente, donde ninguno de sus predecesores había estado antes. Retornó por Canadá donde la enfermedad lo detuvo por tres meses, a comienzos de 1953 y, en el programa, ¡la extirpación de un riñón! Pero a partir del año siguiente visitaría África.

5.2.2. Las adaptaciones de 1953-1956

Al final del generalato de dom Nogues se hizo sentir la necesidad de algunas adaptaciones. El programa del Capítulo General de 1951 lo manifiesta. Dom Gabriel era de los que pensaban que tales adaptaciones se imponían. Al igual que dom Dominique Nogues, deseaba que no se abriera la puerta a la relajación y a la decadencia, pero se daba cuenta de que había que hacer algo ante el deterioro de la salud, del que tenía una conciencia clara. Parece que la Santa Sede iba en ese sentido, a juzgar por el discurso de Pío XII el 8 de diciembre de 1950 en el Congreso de los Estados de Perfección, como también por la Constitución *Sponsa Christi* del 21 de noviembre de 1951. Dom Sortais preguntó al mismo Papa en la audiencia que le concedió el 1 de enero de 1952. Pío XII le dijo que respetaba los sentimientos

de dom Nogues, pero que no convenía caminar por esa vía. Con la fuerza de este apoyo, tomó a pecho la cuestión de las adaptaciones necesarias.

Lo hizo consciente de su responsabilidad y para prevenir todo desbordamiento. Deseaba, en efecto, que todo se hiciera de modo uniforme en toda la Orden, es decir bajo la autoridad del Capítulo General, del cual estableció el programa. No admitía que cada comunidad emprendiera la modificación de los Usos y costumbres, aun en cuestiones de detalle, sin autorización de la autoridad central. Lo dijo sin ambages en la apertura del Capítulo de 1953 ⁶. No le agradan las iniciativas de los francotiradores; éstas serán su obsesión a lo largo del generalato y no cesará de denunciarlas como desobediencia, manifestación de voluntad propia y, sobre todo, atentado a la unidad de observancias. Habiéndose rumoreado en 1956 que, tal vez, la Congregación de Religiosos dejaría a las comunidades libres para aplicar o no las adaptaciones que pidió el Capítulo General de 1955, escribió al Cardenal Prefecto para decirle que prefería, si fuera el caso, que la Congregación no nos concediera nada: “La salud seguirá deteriorándose, las almas seguirán subalimentadas, pero al menos se salvará la unidad de la Orden (carta del 11 de junio de 1956 al Cardenal Valeri). Con todo, bien sabe Dios que juzgaba necesarias estas adaptaciones y las deseaba, pero la uniformidad en las observancias estaba por encima de todo. ¡Tocarlas, dijo, sería dar un golpe mortal a la Orden!

El programa del Capítulo de 1953 contiene una síntesis de las respuestas de los superiores, invitados por el Capítulo de 1951 y luego por dom Sortais en 1952 ⁷ a enviar sus observaciones al Definitorio, sin que, por otra parte, pudieran consultar a sus comunidades, a las que no debían informar de las investigaciones en curso... Este era el método de dom Gabriel: todo viene de la cabeza y las comunidades serán informadas cuando todo estuviera decidido; no tienen más que obedecer ⁸.

Las respuestas son diversas y matizadas. Un cierto número no ve la necesidad de cambiar nada a nivel general, reconociendo que el abad tiene siempre la posibilidad de conceder dispensas individuales. En cuanto al sueño, tres cuartas partes piensan que el statu quo es insuficiente. La solución intermedia sería, por un lado,

6 Cita algunos ejemplos, como el descenso de la schola al centro del coro, la dirección del canto por el chantre con gestos de la mano (quironimia), la alternancia entre la schola y la comunidad, la participación de los Hermanos conversos en el canto, llevar medias de punto o el uso del mono, de albas de encaje... Hay que notar *por el contrario* que un abad, al menos, el de Orval, dom Vicente de Paul Sonthonnax, en su respuesta al cuestionario de 1952, habla ya a favor de un abandono de la uniformidad en las observancias.

7 Quiso esperar al Capítulo de 1953 para tratar estas cuestiones, porque este capítulo, a continuación de las fiestas en honor del 800 aniversario de la muerte de san Bernardo, debería congregarse en Cîteaux más superiores que en 1952.

8 En la circular del 21 de marzo de 1955, dijo que el abad puede, ciertamente, preguntar a tal o cual religioso competente y discreto, pero no hacer votar a la comunidad para conocer su opinión: esto sería sembrar la discordia y quizá las semillas de la división. ¿No es minimizar el sentido de responsabilidad de los monjes y las monjas? Dios sabe, sin embargo cómo combatió el infantilismo.

mantener las 7 horas continuas en verano, con la supresión de la siesta, salvo en los países cálidos y, por otro, la posibilidad de acostarse una hora entre Vigilias y Prima (el intervalo sería de dos horas, a fin de conciliar sueño, y celebración de las misas privadas). En cuanto a la disminución de la oración vocal, esto concierne al Oficio de la Virgen, que se recita todos los días, y al de difuntos, añadido en los días de feria. Un cierto grupo de superiores no responden a la cuestión del Oficio de la Virgen: los que responden se reparten en tres grupos casi iguales: mantenerlo, suprimirlo en las fiestas y memorias de la Virgen María, suprimirlo sin más. Hay más acuerdo en cuanto al Oficio de difuntos: 4/5 partes quieren que se reduzca su frecuencia; esto significa para muchos mantener el 2 de noviembre y los 4 grandes aniversarios anuales y, tal vez, para algunos, el oficio mensual.

Se presentan las razones a favor o en contra de los cambios y no dejan de ser pertinentes. A favor de un suplemento de sueño, está el declive de la salud. No es conveniente que un exceso de penitencia dificulte la contemplación y la vida de oración. Pero a esto responden los que se oponen: hay otros medios para fortalecer la salud. Según ellos, tocar las observancias tradicionales sería relajación – si se comienza, ¿a dónde se llegará? – y provocaría escándalo en el exterior: cuánta gente hay que no puede tener siete horas de sueño, comenzando por el Papa... Si la austeridad de nuestra vida impide la entrada de postulantes demasiado débiles, esto no hay que lamentarlo, la calidad vale más que la cantidad.

En cuanto al Oficio cotidiano de la Virgen María, ¿no se trata de un patrimonio particular de la Orden? ¿Qué tiempo ganaríamos con la supresión? Lo más que algunos consentirían es que se dijera en privado o que remplace, para los conversos, a su oficio de Padrenuestros, a fin de que se mantenga todavía en la Orden. Pero quienes promueven una disminución de oración vocal dicen que la verdadera devoción no depende de la multiplicación de palabras, como resalta el evangelio (Mt 6,7). En los comienzos de la Orden este Oficio de la Virgen no se decía en el coro, ni tampoco el Oficio de difuntos⁹. Algunos objetan que los difuntos tienen necesidad de nuestros sufragios, pero ¿no están éstos más asegurados por la celebración de las misas y las indulgencias que por el Oficio de difuntos? En la línea de disminuir las oraciones vocales en favor de la *lectio*, algunos proponen la supresión de la misa “matutina”, segunda misa de comunidad los domingos y días de fiesta: 114 casos en 1953¹⁰.

9 La cuestión del Oficio de difuntos frenó la reforma del calendario: se quería disminuir el número de memorias y aumentar el de ferias, pero esto aumentaría el número de días en que se diría el Oficio de difuntos.

10 Con la misa privada, en esos días el monje asistía a tres Misas.

El Capítulo de 1953

El programa del Capítulo de 1953 que da el resultado de la encuesta contiene una nota de dom Gabriel Sortais, insistiendo sobre las disposiciones con que habrá que abordar la discusión de estos puntos. Cada uno debe pensar que su opinión no es la única válida; se debe respetar la de los demás y no tacharla a priori de falta de espíritu religioso o de relajación. Conviene estar prestos a aceptar la decisión que se tome; ésta no se tomará a la ligera y requerirá los dos tercios de votos antes de someterla a la aprobación de la Congregación de Religiosos.

Dom Sortais repite estas recomendaciones durante el Capítulo mismo, antes que las Comisiones se pongan a estudiar las cuestiones propuestas, de “importancia tan grave”, dice. También se debe hacer el estudio “en un ambiente de gran caridad y prudencia. Caridad, porque es fácil en la discusión herir a un hermano que no tiene la misma opinión; por el contrario, hay que saber escuchar con agrado. Prudencia, porque hay que tener conciencia de la gravedad de las decisiones que se tomarán pensando en las generaciones futuras que juzgarán este Capítulo; gravedad de tales decisiones teniendo en cuenta los derechos de Dios sobre nuestra vida. No se debe mirar atrás ni recular en el camino de la perfección. A ningún precio se debe emprender una reforma que suponga relajación”.

Esta última afirmación, que ya había hecho en su discurso de apertura, será el *leitmotiv* de dom Gabriel, quien afirmará con toda energía que las adaptaciones que promueve no son en absoluto relajación. Quiere así responder a las objeciones de los “conservadores” que no soportan que la Orden pierda su austeridad, como a las de los miembros de la Congregación de Religiosos que tendrá que examinar las peticiones del Capítulo General. Se sabe que el Secretario de la Congregación, el P. Larraona, español, se opone a toda acomodación: La Iglesia tiene necesidad de la austeridad de los Trapenses, que hay que mantener. Menos mal que el Cardenal Prefecto, Valerio Valeri, es más comprensivo.

Las cuestiones se debatieron en las comisiones del Capítulo General de 1953. Su resultado en cifras se comunicó al conjunto de los capitulares la mañana del 17 de septiembre. “En una atmósfera de gran caridad, cada uno pudo exponer inmediatamente sus opiniones personales sobre dichos temas” y, en la sesión de la tarde, la asamblea pasó a las votaciones. Por 48 votos contra 6, acepta las modificaciones en la duración del sueño prevista por las Constituciones, y por 43 votos contra 11 decide que esto significa que habrá durante todo el año 7 horas de sueño seguido, con una siesta facultativa, bajo la reserva, normal, de la aprobación de la Santa Sede, lo mismo que para los puntos siguientes. Para el Oficio de difuntos, la asamblea querría que solamente se dijese los grandes aniversarios y los oficios

de mes, además, está claro, cuando haya un difunto de cuerpo presente. La asamblea está más repartida respecto al Oficio de la Virgen, ya que por 28 votos contra 26 adopta el principio de un cambio en la práctica entonces en uso. Este cambio consiste en la omisión de este oficio cuando el canónico es ya mariano (37 sí y 17 no). En cuanto a las Misas matutinas, como segundas misas de comunidad, se dirán después del Oficio de la noche, es decir a las hora de las misas privadas, y la asistencia a estas misas celebradas en el altar mayor será facultativa (49 sí y 5 no). Cincuenta y dos capitulares sobre 53 votantes aceptan el uso de lacticinios en la cuaresma y durante el adviento, salvo los lunes, miércoles y viernes.

Sin que se indique el número de votos en las actas del Capítulo, éste acepta la propuesta de los PP. Inmediatos de las casas de monjas, a saber que las monjas puedan tener ocho horas de sueño, seguidas o no; la octava hora será facultativa cuando no son seguidas (se trata entonces de una siesta o de una hora colocada en otro momento, después de Vigilias, por ejemplo).

La respuesta de la Congregación de Religiosos

Quedaba por obtener la autorización necesaria de la Congregación de Religiosos. Dom Sortais se presentó con el Procurador una vez que el Secretario de la Congregación, el P. Larraona, hubo regresado a Roma, pero tuvo la desagradable sorpresa de constatar que llevaron la delantera los informes de personas que rechazaban que el Capítulo hubiese entrado por la vía de la relajación. ¡Sucedió lo que tanto se temía! Pero también fue la ocasión de repetir que no era esta la manera como se concebían las adaptaciones solicitadas.

La Congregación dio su respuesta el 9 de noviembre de 1953. Concede ocho horas a las monjas y siete horas de sueño seguidas todo el año para los monjes, sin la siesta (una media hora), que solamente se permitirá en los monasterios de países cálidos¹¹. El Oficio de la Virgen se puede omitir los días de fiesta o memoria marianas; en cuanto al Oficio de difuntos, puede bastar con una vez a la semana, cuando esté prescrito. Estas facultades, que no conceden todo lo que la Orden había pedido, son provisionales hasta el Capítulo de 1955 en que se retomarán todas estas cuestiones. Evidentemente, los cambios de horario que implican no quedan a la libre determinación de los monasterios. Todo debe hacerse dentro de la uniformidad de las observancias, como dom Sortais precisa en la carta circular del 24 de noviembre de 1953, al promulgar la respuesta de la Santa Sede.

¹¹ Dom Sortais, a quien le habían encargado designarlos, decretó, después de hablar con el Cardenal Prefecto, que se trataba de Italia, España, América, Jordania, China, Japón, Java y África.

Siguen las discusiones en vistas al Capítulo de 1955

El programa del Capítulo plenario de 1955 contiene una síntesis de las respuestas de cuantos tienen voz en el Capítulo a las cuestiones que les planteó dom Sortais el 21 de marzo de 1955¹². En una carta a los abades y abadesas del 5 de octubre de 1954, les había pedido que le escribieran personalmente, presentándole el balance de la experiencia en curso y para manifestarle su pensamiento y sus deseos. Esto está ya en su conocimiento, cuando, en marzo, les somete varias cuestiones, que tienen que responder antes del 15 de junio. Estas están inventariadas en el programa del Capítulo: muy pocos piden una marcha atrás, la mayoría quiere, por el contrario, que se avance en las adaptaciones. Aunque las abadesas no vayan a participar en el Capítulo General, dom Sortais recoge sus opiniones, que van en la misma dirección de los abades.

Justo antes de la apertura del Capítulo, dom Sortais recibe una carta de un subsecretario de la Congregación de Religiosos, fechada el 3 de septiembre, en que le comunica las informaciones recibidas que testimonian el nacimiento de una corriente crítica hacia los orígenes y las observancias tradicionales de la Orden; le pide al Padre General que esté atento a todo lo que pueda perturbar la paz y la concordia de las almas. Le responde asegurándole que el único móvil que anima a los superiores es el deseo de ver que las almas encuentren las mejores condiciones para su desarrollo espiritual y le envía una copia del discurso que pronunciará en la apertura del Capítulo.

Ante el Capítulo General dom Sortais se compromete firmemente a favor de las adaptaciones solicitadas. Surge un argumento nuevo, ya mencionado en la circular del 21 de marzo. No se trata solamente de acomodarse a la debilidad de los temperamentos, sino también de encontrar el equilibrio querido por los fundadores: “Nuestro legislador había establecido una armonía muy bella en que los Oficios, lecturas y trabajo se equilibraban perfectamente. Ahora bien, al alargar el tiempo de los Oficios, se reduce en consecuencia el de las demás ocupaciones monásticas y la vida interior se resiente considerablemente. Nuestros Padres no lo habrían hecho”. Sin duda que está influenciado por el informe de un monje de la Orden, dirigido al Santo Padre, que va en el mismo sentido y que Mons. Montini,

12 Esta larga circular prevé también los horarios que habría que aprobar de ser aceptadas las demandas relativas al sueño y a los Oficios de Beata y de difuntos. Y como dichas peticiones pueden recibir respuestas diversas, hay que prever los diversos casos: ¡resultan 12 tipos de horarios de base, 26 si se añaden los de cuaresma o de otros días particulares y los de los conversos! ¡Hay para discutir! Se aprovecha también para respetar la verdad de las horas del Oficio: Sexta siempre antes de la comida de mediodía, Nona antes del trabajo de la tarde, incluso en cuaresma.

prosecretario de Estado, comunica a dom Sortais el 3 de septiembre de 1954, para que le diera su opinión, antes de trasmitirlo a la Congregación de Religiosos.¹³

En general, los capitulares siguen las recomendaciones de dom Sortais. Por 51 votos contra 8, piensan que las 7 horas de sueño no bastan y que harían falta siete y media. El acuerdo es también general respecto al Oficio de difuntos: sólo 4 quieren la recitación como antes. La mayoría no se contenta con la medida a medias adoptada en 1953 (una vez por semana), y la quieren reducir a los grandes aniversarios y al oficio del mes (45 contra 13). Hay menos unanimidad respecto al Oficio de la Virgen María: 37 piden la supresión contra 22, que prefieren mantener la medida adoptada en 1953; 11 de estos hubieran querido la recitación diaria.

El decreto del 27 de junio de 1956

El 7 de octubre de 1955, dom Sortais presenta la petición del Capítulo General a la Congregación de Religiosos y la acompaña con una sólida y larga argumentación de una veintena de páginas. Por consiguiente, tuvo que volver sobre estas cuestiones aportando nuevas respuestas a objeciones que se le hacían o preveía¹⁴. Queriendo ser persuasivo llega incluso a preconizar que seamos impulsados por la misma Santa Sede a profundizar en nuestro sentido de la pobreza y de la separación del mundo, hasta el punto de que el esfuerzo en estos campos será como una condición para que se nos concedan dichas adaptaciones. Esto aparecerá en el decreto que se nos otorgaría. El Cardenal Prefecto recibió a dom Sortais en varias ocasiones. El Abad General, antes de emprender un largo viaje el 8 de diciembre para visitar los monasterios de Asia, Australia y África, del que no retornaría hasta junio del año siguiente, hubiera deseado recibir la respuesta de la Congregación, y poder comunicarla a la Orden sin tener que esperar varios meses, tanto más que había pedido a los abades que no revelaran el contenido de las decisiones del Capítulo a sus comunidades, antes de recibir la respuesta: ¿se podría guardar silencio por tanto tiempo? Pero la Congregación quería sopesar y valorarlo todo: quería tomarse su tiempo.

Fuerte con la carta recibida el 3 de septiembre de 1954 de Mons. Montini (cf. más arriba), dom Sortais se creyó autorizado a prevenir al mismo Papa de la evolución de nuestros proyectos, por mediación de Mons. Dell'Acqua que sucedió a Mons. Montini en la Secretaría de Estado. Le hizo llegar un informe breve de tres páginas a finales de noviembre de 1955. Insiste sobre el retorno al equilibrio

¹³ El nombre del autor del informe no ha sido revelado por dom Sortais.

¹⁴ Se toma el trabajo de precisar que las decisiones del Capítulo General no amenazan "la obra, el espíritu y los preceptos del Abad de Rancé y de dom Agustín de Lestrangle, que no querían otra cosa que volver al Cister primitivo y a la Regla.

de la Regla, que engloba también el deseo de acentuar nuestra pobreza y nuestra separación del mundo; no deja de señalar que quedan muchas austeridades en nuestro género de vida ¹⁵. Encuentra la ocasión de prevenir al Cardenal Valeri de este recurso al Papa. Indicios inequívocos permiten afirmar que, de hecho, Pío XII está interesado por nuestra Orden y apoya nuestras demandas, sin entrar, por tanto, en detalles. Dom Sortais tendrá aún otro contacto con Mons. Dell'Acqua al retorno de su largo viaje, el 13 de junio de 1956, y le hace pasar una última nota para el Santo Padre, porque le han llegado noticias que le crean inquietud respecto de nuestros asuntos; cree que miembros importantes de la Congregación no se dan perfecta cuenta de nuestra situación. El 9 de julio le da las gracias al Sustrituto en la Secretaría de Estado: “Espero que nuestra Orden sea deudora a S.S. Pío XII por el crecimiento de la vida interior que se seguirá. Pero no puedo olvidar que sin Vos, Excelencia, nuestros deseos no hubieran llegado hasta el Soberano Pontífice”. Dom Sortais estará convencido de que, sin la intervención directa de Pío XII, no habrían sido concedidas las adaptaciones solicitadas.

El decreto está firmado el 27 de junio de 1956; dom Gabriel lo recibe el 5 de julio. En la práctica, concede a los monjes 7 horas y cuarto de sueño y a las monjas 7 horas y tres cuartos, con una siesta facultativa y moderada en verano (los superiores pueden también concederla en otros periodos); se suprime el Oficio de la Virgen, a condición de que se remplace por algo especial en honor de la Virgen ¹⁶; el Oficio de difuntos se limitará a dos veces al mes, si las rúbricas lo permiten. El Definitorio da entonces normas concretas sobre la aplicación del decreto y dom Sortais lo comenta, punto por punto, en la apertura del Capítulo de 1956. Y el 16 de julio ya escribió una carta circular a toda la Orden para anunciar las medidas concedidas por la Santa Sede y explicar su significado y su razón de ser. En ella retoma los puntos que había expuesto a los abades en diferentes Capítulos Generales y otras circulares y resume el “recorrido en esta batalla” que se desarrolló desde 1946 a 1956.

Fiel a su propuesta de 1955 y a sus propias convicciones, logra que los abades en el Capítulo de 1957 aprueben casi por unanimidad todo un conjunto de medidas que van en el sentido de una mayor ruptura con el mundo y de más pobreza ¹⁷.

15 De hecho, incluso si el sueño se prolongara una media hora, seguirían vestidos, en jergones de paja, en un dormitorio común, donde se escuchan todos los ruidos...

16 Por una sugerencia que le hacen y que fue aprobada en el Capítulo de 1956, dom Sortais propone que se mantenga como sucedáneo del Oficio parvo: el verso de apertura (postrados sobre los artejos) *Ave María*... una antifona cantada, un versículo, la oración y el verso de conclusión *Dulce nomen*.

17 Hacer en raras ocasiones pontificales fuera e incluso en el monasterio; no perder demasiado tiempo en la lectura de los periódicos, no dejarlos sin necesidad a disposición de los monjes; comer en el refectorio de los monjes cuando se visita una comunidad, utilizar cruces de madera, cruces pectorales sencillas, coches no lujosos, albas sin puntillas, etc.

Se siente feliz de dar cuenta de ello al Cardenal Prefecto e incluso a toda la Orden en su carta de Navidad de 1957.

5.2.3. La cuestión de los conversos(as). La unificación de las comunidades ¹⁸

Es también un punto en que dom Sortais se comprometió desde el principio de su generalato. Era, en verdad, muy favorable a la vocación de converso, pero se daba cuenta de que ya no se podía mantener la discriminación que les afectaba en cuanto a la vida de la comunidad y que era el resultado del famoso “salvo que no son monjes” de la Edad Media. Esta exclusión de la condición monacal tenía sentido en aquella época, pero ya no podía aplicarse a los conversos de los tiempos modernos, que son religiosos en sentido estricto. Esto los situaba en una condición social de segundo orden, por así decir, que cada vez se soportaba menos. El problema era más evidente en los monasterios africanos, en que los fundadores eran coristas de los antiguos países colonizadores, lo que acentuaba su preeminencia social... Por otro lado, los jóvenes que vienen para conversos tienen, en general, una formación litúrgica más cualificada que los de antes y se extrañan de no tener más posibilidades que los fieles en sus parroquias: se les prohibía tener un libro en las manos, cuando asistían a la misa dominical de la comunidad, y abrir la boca para unir sus voces a las del coro, siendo así que la Iglesia promueve expresamente desde Pío X la participación activa de los fieles. Los conversos de hoy no son ya los iletrados que únicamente podían recitar los padrenuestros.

Como este punto es objeto de un párrafo especial y dado que dom Sortais falleció antes de que el asunto llegara a su término, no decimos nada más aquí. Notemos solamente que la misma Santa Sede se interroga en 1960 sobre esta cuestión, sin duda en la perspectiva del Concilio que se va a abrir: consulta a dom Sortais sobre un cierto número de propuestas que diversas Congregaciones benedictinas sometieron a la Santa Sede (carta de Mons. Philippe del 25 de noviembre de 1960). En su respuesta del 24 de enero de 1961 – está entonces en Canadá – el Padre General indica que la mejor solución sería hacer que haya una sola clase de monjes: unos se harían clérigos e incluso sacerdotes y el resto laicos no obligados al oficio coral íntegro, sino a unas preces señaladas por el abad. Fundamentalmente, es la solución que se impondrá en la Orden.

¹⁸ En el tratamiento de esta cuestión, se habla siempre de conversos en masculino, pero está claro que lo que se decía concernía también a las conversas de las comunidades femininas.

5.2.4. Otros temas concernientes a la Orden

1. LA RATIO INSITUTIONIS ET PRAESERTIM STUDIORUM. MONTE CISTELLO

Entre la cuestión de las adaptaciones y la de los conversos, se inserta la de la formación que hay que asegurar en la Orden y la construcción de *Monte Cistello*, para hacer frente al crecimiento del número de estudiantes de la Orden en las universidades romanas. Es consecuencia de la Constitución Apostólica *Sedes Sapientiae* de 1956. Hacía falta que la Orden, como las demás, revisara su programa de formación, según las normas de la Santa Sede. Se crea una comisión a principios de 1957 y el Capítulo de este año toma un cierto número de orientaciones. Entre éstas, la de seguir enviando estudiantes a Roma, aunque un cierto número de abades (una veintena) piensan que se podrían formar mejor en otras partes. La *Sedes Sapientiae* pide, en efecto, que los profesores, también en los monasterios, estén provistos de diplomas universitarios, lo cual no se da en muchos lugares. Se prevé entonces que vendrá a Roma un buen número de estudiantes a conseguir el diploma que necesitan. Ya hay 46 durante los cursos escolares 1957-1958 y 1958-1959. La Casa Generalicia del Aventino resulta demasiado pequeña. El Capítulo General de 1957 acepta la construcción de una casa con capacidad para 80 estudiantes en un terreno que Tre Fontane cede a buen precio: será *Monte Cistello*. Se bendice la primera piedra el 1 de mayo de 1958¹⁹ y se ocupa la casa en verano de 1959. Consagró la iglesia el Cardenal Cento el 27 de octubre de 1960, lo que fue la ocasión de una carta de Juan XXIII a la Orden. Aún más, unos días antes, el 20 de octubre, Juan XXIII se dignó visitar a los moradores de *Monte Cistello*, a los que se unieron, en parte, las comunidades de Frattocchie y Tre Fontane. Los 120 sitios no fueron demasiados para acoger a todos. El 30 de octubre siguiente, varias personalidades, entre ellos tres cardenales²⁰, aceptaban compartir la comida en el refectorio de los monjes con los arquitectos y el constructor.

La cifra de 80 estudiantes se alcanza en 1960-1961, se mantiene por encima de los 70 los tres años siguientes, pero es de 45 en 1964 y desciende por debajo de 30 desde finales de 1966, para establecerse en algunas unidades (menos de diez) a partir de 1969. Hasta el punto de alojarse el grupo de estudiantes en las *Figlie di San Paolo* en 1970. Era de prever: una vez que los monasterios se suministraron de

19 Es la fecha inscrita sobre la piedra, pero la celebración tuvo lugar la víspera, porque el 1 de mayo no había transporte público, lo que habría sido un inconveniente para los obreros e invitados.

20 Los cardenales, Valeri, Cento y Larraona. El fondo de la iglesia recibirá al año siguiente una hermosa Virgen con el niño, en madera policromada, rodeada de ángeles que cantan las alabanzas divinas, obra del escultor Roland Coignard. Se encuentra actualmente en la iglesia de Vitorchiano.

profesores, el grupo de los estudiantes tenía que disminuir; lo que no estaba previsto, es el descenso de vocaciones en muchas regiones. A partir de las orientaciones que se tomaron en el Capítulo de 1957, la comisión creada redactó un proyecto de “Ratio Institutionis” (Plan de formación), que aprobó el Capítulo siguiente y presentó a la Congregación de Religiosos el 26 de diciembre de 1958. Ésta la aprueba el 20 de agosto de 1959, pero se piden algunos retoques. El Capítulo de 1959 se encarga de ello. Se aprueba definitivamente la *Ratio* el 27 de noviembre siguiente. Se prevé que después del noviciado, libre de todo estudio, salvo espiritualidad y Sagrada Escritura, los jóvenes harán dos años y medio de filosofía, luego después de la profesión solemne cinco años de teología, que coronará un año de “pastoral” si el sujeto es destinado al sacerdocio. Dom Sortais se preocupaba mucho de los estudiantes que recibía en *Monte Cistello*. Sabía del peligro que podría constituir para los monjes poco arraigados en el espíritu monástico la libertad que proporcionaba la estancia romana y lo que la rodeaba, es decir las vacaciones escolares, para aquellos que las pasaban fuera del monasterio (por estar demasiado lejos de Roma, por ejemplo) ²¹. Pedía a los abades que enviaran a Roma sujetos valiosos: presentía que muchos estudiantes no perseverarían en la Orden. Quería firmemente que la estancia en *Monte Cistello* los formara en la vida monástica, tanto más cuanto que muchos tendrían pronto que asumir responsabilidades en sus comunidades y en la Orden; la vida en *Monte Cistello* debía ser modélica ²². El Capítulo de 1962 aprobó un estatuto para los estudiantes, que completa el de la Casa Generalicia de 1953.

Las monjas no fueron olvidadas. Desde 1951, se piensa en cursos a partir de fichas mensuales que se redactarían en la Orden sobre diversas materias: Sagrada Escritura, teología, liturgia, espiritualidad, historia de la Orden... De hecho, se publicaron las fichas y dom Gabriel presentó la manera de utilizarlas en un apartado de su carta de Navidad de 1961 a los abades, y se envió una separata a las abadesas. En el Capítulo de 1953 se elaboró y se aceptó por unanimidad un plan de formación en cinco años para las monjas jóvenes.

2. ENCUENTRO DE LAS MADRES ABADESAS EN CÎTEAUX

Las abadesas no participan en los Capítulos Generales: los abades deciden por ellas. Surge la idea de invitar a las abadesas a reunirse en un “Congreso” para ex-

²¹ Como también para trasladarse de sus monasterios a Roma. Dom Sortais escribió una larga carta a los abades, el 26 de julio de 1963, sobre los viajes de los estudiantes.

²² Aún a nivel de instalaciones: por ejemplo, no puso lavabos en las celdas del dormitorio por respeto a la disciplina, aunque esto supuso una pérdida importante de espacio, por la necesidad de encontrar un lugar común suficiente para 80 estudiantes que se levantan a la misma hora y disponen de un cuarto de hora para lavarse la cara.

poner sus deseos sobre las cuestiones que les atañen. La idea es aprobada por la Congregación de Religiosos, que concede los permisos de salida de clausura necesarios, a los Padres Inmediatos y al Capítulo General de 1957. La primera reunión estaba programada para junio de 1958 en Cîteaux. Pero, por desórdenes políticos de mayo en Francia provocados por los sucesos de Argelia, hubo que trasladar la reunión al año siguiente. A continuación de la misma, el Capítulo General de 1959 asumió un cierto número de medidas propuestas por las abadesas; las que tocan a las Constituciones y a la clausura las aceptó la Congregación de Religiosos el 7 y el 10 de diciembre de 1960 y el 5 de enero de 1961. El Abad General las promulgó todas el 14 de marzo de 1961. Se autoriza que las abadesas visiten las comunidades sobre el modelo de las Visitas Regulares, aunque no sean tales. Pero solamente se hicieron tres en los seis años siguientes.

Se tratará de estas reuniones de abadesas en un capítulo especial sobre la evolución de la rama femenina de la Orden en el siglo xx (cf. § 8.7.). No diremos nada más aquí.

3. REVISIÓN DE LOS USOS. 1963

Lo mismo que se modificaron muchos puntos de las Constituciones, otros, que no pasan del nivel de los Usos, tenían, sin duda, necesidad de ser puestos al día. El Capítulo General de 1958 pidió la revisión de los Usos “en el sentido de una simplificación y una mayor concisión, proveyéndolos de notas que indiquen el origen y el sentido espiritual de los diversos puntos”. El Definitorio se encargó de esta tarea de revisión, más considerable y delicada de lo que parecía. El proyecto del primer “libro” estaba listo a comienzos de 1962. Dom Sortais lo envía a los abades el 6 de enero pidiéndoles que lo examinen ellos mismos y, eventualmente, algunos monjes más competentes, pero sin que lo discutan todos en el capítulo conventual. Se enviarán los otros libros a medida que se redacten: los abades tienen a continuación un mes para enviar observaciones. Algunos puntos son zanjados en el Capítulo General de 1962. La edición se termina en 1963, pero dom Sortais quiere que se les añada notas espirituales que indiquen el alma de las prescripciones, lo que demanda aún un cierto tiempo; la obra no estará finalmente preparada hasta después de la muerte de dom Sortais.

4. CUESTIONES DE LITURGIA

La comisión de liturgia continuó su trabajo de corrección de los diferentes libros litúrgicos. Pero la Orden se encontró ante una situación nueva, por el hecho de que la Santa Sede entraba en una fase de reformas litúrgicas, principalmente las

de la Semana Santa, luego la simplificación de las rúbricas, tanto del Oficio divino como de la celebración de la Misa. En 1962 aparece el Misal llamado de Juan XXIII, que recoge la última edición del rito tridentino. Es la edición que el *Motu Proprio* de Benedicto XVI del 7 de julio de 2007 permite asumir libremente. ¿Qué hacer ante tales reformas? Además, el Concilio que se abre en octubre de 1962 anuncia muchas más...

Los Capítulos Generales presididos por dom Sortais tienen, pues, mucho pan sobre la mesa. No es necesario recordar al detalle lo que se decidió, porque, de cualquier manera, fue transitorio: después del Concilio hubo que reemprender todo desde el principio. Las comisiones de Liturgia se reunieron varias veces entre los Capítulos Generales. El fruto de su trabajo e investigación se publicó en fascículos bien documentados, que forman un fondo de referencia siempre útil.

5. RÉGIMEN ABACIAL DE CÎTEAUX

Hasta 1962, el Abad General era abad titular de Císter, pero no podía regir directamente la abadía, lo que entrañaba algunos inconvenientes para la vida de la comunidad. Por otra parte, ésta se encontraba privada del derecho a elegirse un superior, si bien, en la práctica, se la consultaba a la hora de pensar en quién la gobernaria por delegación del Abad General. El Capítulo de 1962 decidió que en adelante la comunidad elegiría su propio abad, como el resto de las comunidades. El Abad General será su Padre Inmediato. Cf. más arriba, capítulo 1, §§ 1.5 y 1.6.

RECAPITULACIÓN

Año	Fecha	Dom Sortais y la Orden cisterciense	Eventos exteriores
1902	22 sept.	Nacimiento de Andrés Sortais, cerca de Paris	
1914	2 agosto		1ª Guerra Mundial
1918	11 nov.		Armisticio
1920		Comienza los estudios de arquitectura	
1924	2 agosto	Entra en Bellefontaine	
1926	20 agosto	1ª profesión	
1929	20 agosto	Profesión solemne (enfermo en la enfermería)	
1931	29 junio	Ordenado sacerdote (era diácono desde el 30 de mayo)	
1932	Otoño	Prior de dom Juan-Bautista Auger.	
1936	5 mayo	Elegido abad de Bellefontaine con 33 años.	
1939	2 marzo		Elección de Pío XII.
	Septiembre	Movilización como capellán militar.	Comienza la 2ª Guerra Mundial.
1940	Fin de mayo	Herido en la batalla de Lille. Prisionero. Oflag II D	
1941	29 enero	Repatriado. Torna a Bellefontaine 11 marzo.	8 mayo, capitulación alemana.
1945		Intervenciones en el comité de liberación.	
1946	1 mayo	Capítulo General. Dom Nogues: Abad General. Dom Sortais: Abad Vicario.	
1950	21 sept.		Const. Apost. <i>Sponsa Christi</i> .
1951		1ª fundación en África subsahariana.	Restauración de la Vigilia pascual.
	14 sept.	Dimisión de dom Dominique Nogues.	
	13 nov.	Elección de dom Sortais: Abad General.	
1952		1er viaje a USA, Extr.-Orient, Canadá.	
	Inv. 52-53	Operado en Canadá. Le extirpan un riñón.	
1953	9 nov.	Decreto provisional de adaptaciones.	
1955	8 diciembre	2º viaje a Extr.-Orient y a África (7 meses).	Simplificación de las Rúbricas.
1956	27 junio	Decreto definitivo sobre las adaptaciones.	Const. Apost. <i>Sedes Sapientiae</i> Reforma de la Semana Santa.
1957	Invierno	Nueva hospitalización en Montreal.	
1958	Primavera	Comienza construcción de <i>Monte Cistello</i> , ocupando el verano de 1959.	9 octubre, muerte de Pío XII. 28 octubre elección de Juan XXIII
1959	Junio	1ª reunión de abadesas en Cîteaux.	Enero: anuncio de un Concilio.
1960	Octubre	Consagración de la iglesia de <i>Monte Cistello</i> .	Visita de Juan XXIII a Monte Cistello.
1961	Junio	Retroceso en su salud al regreso de un largo viaje... Operado, reposo hasta 1ºs meses de 1962	
1962		Capítulo General en Roma: trata el tema de los conversos. Visita de Juan XXIII	11 octubre: apertura del Concilio.
1963	3 y 21 junio		Muere Juan XXIII, elec.: Pablo VI
	13 nov..	Muerte de dom Sortais hacia las 21 h 30	

5.3. La unificación de las comunidades: el tema de los Hermanos conversos

(Por dom Ambrosio Southey) ²³

Como muchos han ingresado en la Orden después de 1966, fecha en que se publicó lo que se ha llamado el “Decreto de Unificación”, tal vez esté bien describir brevemente la vida de los Hermanos conversos antes de esta fecha. Según las Constituciones no eran monjes, aunque emitían votos solemnes. Una vez comenzado el noviciado no se les permitía cambiar de status para pasar a coristas. Se levantaban a la misma hora que ellos y recitaban su oficio de Padrenuestros y Avemarías. Luego hacían algo de *Lectio divina* y ayudaban o asistían a Misa. Desayunaban juntos e iban al trabajo. No tomaban parte del capítulo ni de la misa mayor, salvo los domingos y fiestas mayores. No tenían derecho de voto. Después de la comida del mediodía lavaban la vajilla, al menos que un hermano concreto se encargara de ello. Participaban en Completas desde sus propios sitios. Si la salud se lo permitía, ayunaban como los religiosos de coro. Era una vocación verdaderamente dura y humilde.

Existe en el archivo de Mount-Saint-Bernard un documento escrito en 1851 por el P. Bernardo Burder, que más tarde fue abad. Era Maestro de los Hermanos conversos y plantea varias cuestiones sobre su vocación; sugiere también que sería bueno que no hubiera más que una sola clase en la comunidad, aunque dice que los Hermanos son muy felices en Mount-Saint-Bernard. Encuentra que todo el tema debe ser estudiado.

Parece que durante un siglo no se ha profundizado sobre el tema. En tiempos de dom Dominique Nogues como Abad General, surgió la posibilidad de plantearse la situación de los conversos, pero él dijo que, si se hacía, presentaba la dimisión (cf. CR. del Capítulo de 1955, p. 53).

Sin embargo dom Gabriel Sortais, elegido Abad General en 1951, planteó la cuestión de los Hermanos. El Capítulo de 1953 tomó varias decisiones que les permitían una mayor participación en la liturgia y en la vida de la comunidad (CR pp. 15-17) En el Capítulo de 1956, el Abad General hizo mención del Decreto de la Santa Sede, otorgado el 27 de junio de 1956. Entre otras cosas, confirmaba las decisiones del Capítulo de 1953 sobre los conversos (CR. del Capítulo de 1956, p.20)

En el Capítulo siguiente de 1957, se tomaron otras cinco decisiones concernientes a los conversos, principalmente sobre la liturgia (cf. CR p. 16).

²³ Abad de Mont-Saint-Bernard (Inglaterra) de julio de 1959 a 7 de mayo de 1974, en que fue elegido Abad General. Presentó la dimisión de su cargo en septiembre de 1990. Fue promotor de los Capítulos Generales de 1967 a 1974.

El 19 de abril de 1960, dom Gabriel escribió una larga carta a los abades y superiores sobre lo que él llamaba el “problema de los Hermanos conversos”. Hay que decir, ante todo, que dom Gabriel tenía un gran amor a los conversos y que nunca pensó en su supresión.

La carta se divide en dos secciones. La primera empieza planteando la cuestión: ¿hay verdaderamente un problema? Algunos, dice, responderán que existe un problema en ciertas regiones (Bélgica, Holanda), pero no en la Orden en su conjunto. El Abad General va a demostrar que eso no es verdad. En el periodo que va de 1900 a 1955 la proporción de conversos con relación a los coristas ha pasado de 57% a 38%. Si se tiene en cuenta la edad de los conversos y la fecha de su entrada, se puede observar que en la mayor parte de las regiones la proporción continuará bajando. Sin embargo, Estados Unidos es una excepción, pero hay razones especiales para ello. Concluye, pues, que existe un problema real.

Se pregunta a continuación sobre las razones de este descenso. Él cree que una de las causas es la vida moderna. Los criados, lo mismo que los iletrados, han desaparecido y hay un deseo de participación activa en la liturgia. De este modo la vocación de los conversos no puede responder a una llamada, como antes. Además, el espíritu moderno impulsa a la unidad y a la igualdad de todos dentro de la comunidad y no parece auténtico intentar mantener una forma de vida que está marcada por la historia. A pesar de estos problemas, se puede argüir que la vocación de los conversos ha sobrevivido a través de los siglos y que el momento presente es un paso difícil. Las ideas tradicionales pueden retornar; basta con tener paciencia para evitar embarcarse en cambios irreflexivos, que al final se declararían erróneos. A la inversa, otros dicen que la institución de los conversos está íntimamente ligada a un cierto periodo histórico que ahora ha cambiado. Como prueba de su afirmación, resaltan las recientes fundaciones en regiones en que se podría esperar que la vocación de conversos fuera bien aceptada: ahora bien, la experiencia demuestra lo contrario. Dom Gabriel comienza ahora la segunda sección de la carta. Evoca las fundaciones realizadas en regiones tropicales (ahora se hablaría de “fundaciones en las jóvenes Iglesias”). El examen de la situación en estas fundaciones le lleva a concluir que también allí existe el problema de los conversos, aunque las causas sean algo diferentes. Finalmente, pide la ayuda de los abades: que reflexionen sobre lo que les ha escrito y que le digan si están de acuerdo en que hay un problema y si es el momento de afrontarlo.

Prevé que algunos abades pensarán que hay aquí un problema, pero que en verdad no es urgente y se puede resolver con algunas adaptaciones. Rechaza este punto de vista como demasiado fácil y recuerda los argumentos ya presentados. Para él el problema es más profundo. Hay que encontrar una nueva modalidad que se desprenda de los elementos históricos y se adapte a nuestra época. Sin em-

bargo, lo repite con claridad, no tiene intención de suprimir a los conversos. Sería un error. El tema le parece urgente porque piensa que en algunos monasterios el problema se da ya a nivel de monjes coristas por la falta de Hermanos conversos. En el Capítulo General que se tiene más tarde en este mismo año, dom Gabriel anuncia que 38 de los 45 superiores que le han escrito, están concordes que hay un problema; algunos sugieren soluciones interesantes. Invita que lo hagan a quienes aún no han respondido y anuncia el envío de otra circular en 1961.

La carta prometida no se envía hasta el 13 de junio de 1962, porque algunos abades han pedido más tiempo para estudiar el tema. Se trata de una larga carta de 25 páginas y sería demasiado largo describirla ahora con detalle. La mayoría de los superiores admiten que se debe mantener la vocación de Converso, aunque sean necesarios algunos cambios. Después de exponer varias sugerencias, dom Gabriel las resume estableciendo una comparación entre ambas soluciones (cf. pp. 20-21 de su carta, que resumimos aquí sumariamente):

1ª solución

Mantener las estructuras actuales:

Coristas
 Hermanos conversos
 No decir que los conversos no son monjes
 Suprimir la prohibición de cambiar de estado.
 Un mismo hábito para todos
 Escritorio común
 Rango según la antigüedad:
 salvo en la iglesia
 Derecho de voto en la mayoría de casos
 Los conversos, exentos de ayunos de la Orden
 Diferentes horarios, a menos que ir a casi todos los oficios
 Noviciado común
 Rito de profesión muy semejante a coristas
 Participación más frecuente en capítulos del abad
 Participación a veces en el consejo del abad
 Conversos ejercen todas las funciones que no requieren el sacerdocio
 Los conversos participan más en el Oficio y la misa conventual

2ª solución

Modificar las estructuras actuales:

Monjes obligados al coro
 Monjes no obligados al coro.
 Todos son monjes
 Permitir pasar a corista
 Un mismo hábito para todos
 Escritorio común
 Rango según la antigüedad:
 En la iglesia, los sacerdotes antes
 Todos, mismos derechos
 Todos igual en el ayuno, salvo dispensa
 Diferentes horarios según funciones
 Noviciado común
 Rito de profesión idéntico para todos
 Todos en capítulos del abad
 Participación a veces en consejo del abad
 Conversos ejercen todas las funciones que no requieren el sacerdocio
 Los conversos participan más en Oficio y la misa conventual

Dom Gabriel hizo resaltar la convergencia en bastantes puntos entre las dos soluciones. Todos desean la mayor unidad posible entre conversos y coristas, todos mantienen la diversidad de vocaciones. Sin embargo, la manera de afrontar esta unidad varía según las soluciones.

En su larga conclusión, dom Gabriel señala que una simple modificación de las condiciones exteriores no es suficiente si no va acompañada del cambio de corazones. Nuestro fin último debe ser un progreso en la vida espiritual tanto de los conversos como de los coristas.

En el Capítulo de este año 1962, se hicieron dos votaciones después de escuchar los informes de las cuatro comisiones. Por 52 votos contra 12, se decide cambiar el estatuto de los conversos y, por 45 votos contra 19, la asamblea marca su preferencia por la segunda solución. Pero al día siguiente, dom Gabriel declara que estas votaciones sólo dan una orientación. Se necesitan más estudios antes de elaborar un estatuto completo que ponga en ejecución la segunda solución.

No sabemos qué rumbo hubieran tomado las cosas si dom Gabriel hubiera vivido más tiempo. Por desgracia, murió el 13 de noviembre de 1963. Se convocó un Capítulo General extraordinario, que se reunió del 16 al 19 de enero de 1964. Dom Ignacio Gillet fue elegido nuevo Abad General. En dicho Capítulo se tomó un cierto número de votos concernientes a los conversos. Ante todo, las comisiones se preguntaron si no sería conveniente sondear el parecer de la Santa Sede, de manera no oficial, para saber si era posible suprimir la obligación del Oficio canónico para los profesos solemnes. Después de haberlo tratado, se dejó la votación para el día siguiente. El 18 de enero, algunos abades dijeron que el proyecto de dom Gabriel, que permitía a los conversos participar en el Oficio divino, implicaba un cambio sustancial en su vocación y que no era eso lo que entendieron al votar a favor de la segunda solución del Capítulo anterior. Sin embargo, 45 votantes contra 15 confirmaron la votación anterior en el sentido de la segunda solución, que apunta a una sola clase de monjes y un cambio de estructuras. Más tarde, por 32 votos contra 28, se decidió consultar a las comunidades, tanto a los conversos como a los coristas, sobre la idea del cambio de estructura. Ese mismo día se redacta un texto, para ser sometido oficiosamente a la Santa Sede, sobre la obligación del Oficio divino, que es aceptado. El 19 de enero se decide el nombramiento de una comisión para estudiar a la vez los resultados de la consulta de la comunidad y la respuesta de la Santa Sede a la petición concerniente al Oficio divino. Se acepta pedir un indulto a Roma para que los conversos puedan llevar el mismo hábito que los coristas (CR 1964, pp. 8-13).

El 25 de noviembre de este mismo año, el Definitorio da a conocer el resultado de la consulta. Algunas comunidades piden que se actúe con prudencia, porque sus Hermanos no desean mucho el cambio. El acuerdo es unánime para permitir a

los conversos una mayor participación en el Oficio coral, pero esto depende de la posibilidad de utilizar la lengua vernácula. Hay igualmente unanimidad para que los conversos puedan desempeñar todas las funciones que no exijan el sacerdocio y para que tengan el mismo derecho de voto. Las opiniones están más repartidas respecto al empleo del tiempo, la formación, el uso del nombre y del hábito. En general se acepta que se tenga el rango de antigüedad, salvo en la iglesia donde los sacerdotes tendrán la preferencia.

Del 2 al 15 de diciembre se reunió en Roma una comisión de 15 abades, junto al Abad General para estudiar tres temas: el aggrionamiento de la Orden, la integración de los miembros de las comunidades en una sola clase de monjes y el programa del próximo Capítulo General. El informe de esta comisión ocupa 94 páginas; sería muy largo resumirlas. Sin embargo, digamos que se hicieron 23 votaciones sobre la unificación de las dos clases de monjes y estas votaciones dan una idea de las opiniones de la comisión.

En estas votaciones podía uno pronunciarse “juxta modum”. Se refieren a las respuestas de la comisión a un documento redactado por dom Gabriel antes de su muerte.

- 1 ¿Acepta que haya un solo postulando y un solo noviciado en cada comunidad, con las mismas ceremonias de entrada en comunidad, de toma de hábito y de profesión temporal, en lengua vernácula? Resultado: 15 sí, 1 no.
- 2 ¿Desea que el rito, las ceremonias y los votos, en la profesión solemne, sean idénticos para todos? Resultado: 15 sí, 1 juxta modum.
- 3 ¿La fórmula de profesión debe ser “secundum Regulam” o “secundum Regulam et Constitutiones ocsó”? Resultado: 7 para la primera fórmula, 9 para la segunda.
- 4 ¿Desea que todos reciban la cogulla? Resultado: 15 sí, 1 juxta modum.
- 5 a) ¿Deberán todos recibir la tonsura clerical? Resultado: 4 sí, 12 no.
b) ¿Deberán todos recibir la tonsura monacal? Resultado: 15 sí, 1 no.
- 6 ¿Quiere que la tonsura tome forma de corona? Resultado: 2 sí, 9 no, 5 juxta modum.
- 7 En vistas a dar al futuro profeso una cierta garantía del género de vida que asumirá más tarde, en lo concerniente a la asistencia al coro, ¿no habrá lugar para que en la petición escrita que haga antes de la profesión solemne exprese la orientación seguida y la que desea mantener en el futuro? Resultado: 9 sí, 5, no, 2 juxta modum.
- 8 ¿Desea que en principio todos participen diariamente en la misa conventual? Resultado: 15 sí, 1 juxta modum.

- 9 ¿Desea que en principio todos deban participar:
en Laudes?
Resultado: 4 sí, 2 no, 10 juxta modum (= si los Laudes son en lengua vernácula).
en Vísperas?
Resultado: 1 sí, 7 no, 8 juxta modum (= si las Vísperas son en lengua vernácula).
en Completas?
Resultado: 13 sí, 3 juxta modum.
- 10 ¿Debe ser obligatoria esta participación para el monje que lleva una vida en la que el trabajo es predominante? Resultado: 3 sí, 11 no, 2 juxta modum.
- 11 ¿Deberán todos participar, los domingos y fiestas, en todos los Oficios de coro a partir de Laudes? Resultado: 5 sí, 8 no, 3 juxta modum (= si son en lengua vernácula).
- 12 ¿Acepta que todos los profesos solemnes tengan voz activa en todas las votaciones capitulares? Resultado: 15 sí, 1 juxta modum.
- 13 ¿Un escritorio común? Resultado: 15 sí, 1 no.
- 14 ¿Un dormitorio común? Resultado: 15 sí, 1 no.
- 15 ¿Rango de antigüedad fuera del coro? Resultado: 14 sí, 1 no, 1 juxta modum.
- 16 En principio, ¿por rango de antigüedad en el coro, pero poniendo a los sacerdotes los primeros y dejando al superior una cierta libertad de organización de los puestos?
Resultado: 12 sí, 4 juxta modum.
- 17 Es unánime la comisión para que cada Región decida si, según la mentalidad, hay que llamar “padre” o “hermano”.
- 18 Por 12 votos contra 4, se sugiere que todos los profesos solemnes tengan voz pasiva, *positis ponendis*. Salvo para los cargos que requieran una condición especial, como ser, el sacerdote.
- 19 Por 13 votos y 3 juxta modum, se sugiere que todo profeso solemne pueda tomar parte en el consejo del abad. Los “juxta modum” desean que un mínimo de consejeros sean sacerdotes.
- 20 La comisión acepta por unanimidad que no se obligue a ningún converso a cambiar de estado, ni siquiera con relación al hábito.
- 21 Por 15 votos contra 1, se ha expresado el deseo de que se busque el modo de que los antiguos conversos que lo deseen puedan adoptar el nuevo estatuto, sin hacer, en lo posible, una nueva profesión.
- 22 Dom Gabriel sugirió que habría que establecer un plazo de 5 años, durante el cual un converso pueda experimentar su nueva vida, antes de ser admitido a las funciones de coro. Por 14 votos contra 1 y 1 juxta modum, la comisión prefiere no fijar este plazo de 5 años sino que se deje libertad, sin precisar la duración del plazo.
- 23 La comisión es unánime en dar libertad a cada superior a que decida el mejor momento para poner en práctica el nuevo esquema en su casa.

Dichas votaciones se encuentran en las pp. 46, 47 y 53 del informe de la comisión.

En el Capítulo General de 1965, se mencionó que varias casas iban a tener pronto una elección abacial y, después de estudiarlo en comisiones, se pidió por 62 votos contra 2 que se solicite un indulto para que los conversos puedan participar en las elecciones.

A continuación se invitó a todas las comisiones del Capítulo a que indicasen su postura respecto a los votos que tomó precedentemente la comisión de abades de 1964. Se aceptaron los votos 1, 2, 8, 12-17, 19-21. Los demás se dejaron para una discusión ulterior. Una vez tratados todos estos puntos, se redactó un texto para someterlo a la Santa Sede sobre la cuestión de la unificación en su conjunto. Este texto no tiene un solo tenor en la relación del Capítulo, pero es fácil recomponerlo en base a las minutas:

“El Capítulo de la Orden Cisterciense de la Estricta Observancia, reunido en Cîteaux, bajo la presidencia del Abad General, el Reverendísimo Padre dom Ignacio Gillet, somete humildemente al benévolo examen de la S. Congregación de Religiosos la cuestión siguiente: desde 1960, el Capítulo General ha estudiado con suma atención el problema de la unificación de las dos clases de religiosos que existen en nuestra Orden, a saber los monjes y los conversos. Querría que, en adelante, todos sean monjes, aunque con diversidad de participación en la obra monástica.

El deseo de unificación es grande en la Orden; es conforme a la Regla de S. Benito que desconoce la distinción en dos clases; es conforme, finalmente, a las tendencias que se manifiestan actualmente en la Iglesia. Por dos veces el Capítulo General ha votado con una alta mayoría esta unificación; las Reverendas Madres abadesas, en su reunión de Cîteaux en junio de 1964, se pronunciaron en el mismo sentido por la casi unanimidad.

Ahora bien, hay un gran obstáculo para esta unificación, obstáculo por lo demás casi único, a saber la obligación de recitar todo el Oficio canónico, ya sea en el coro, ya en privado, sobre todo si se dice en latín. No es posible, en efecto, imponer esta obligación a todos los que de ahora en adelante entren en la Orden; menos aún pensar con imponerlo a los Hermanos actuales.

Si no se encuentra una solución a esta dificultad, el problema de la unificación quedará insoluble en el derecho actual, con gran detrimento espiritual de la Orden.

Por esto el Capítulo General, después de haber estudiado ampliamente la cuestión y haber procedido a un escrutinio secreto, propone a la Sagrada Congregación de Religiosos las soluciones siguientes, adoptadas por la mayoría de votos de 56 contra 9:

- 1 Dada la diversidad de situaciones de monasterios fundados en todas las latitudes, vista también la novedad y la importancia de esta unificación, el Capítulo General pide que lo que aquí se solicita lo conceda la Santa Sede por cinco años, bajo la forma de un indulto “ad experimentum”; cada superior es libre de aplicarlo en su monasterio en el momento que crea más oportuno. Después de esta experiencia de cinco años, la situación aparecerá más clara y se podrá entonces pensar en una nueva regulación, verosíblemente uniforme para toda la Orden.
- 2 Habrá solamente un noviciado. Todos los novicios se darán al Opus Dei, a la *lectio divina* y al trabajo manual, conforme a su llamada, sus aptitudes y sus aspiraciones, en la medida que haya determinado el padre abad.
- 3 Durante los votos temporales, los jóvenes profesos proseguirán su preparación según las mismas normas que durante el noviciado y se dedicarán a los estudios apropiados.
- 4 La profesión solemne se emitirá “según la Regla de S. Benito”. En cuanto a la obligación del Oficio divino, nuestras comunidades deben celebrar todos los días en el coro todo el Oficio. Cada uno de los miembros de nuestras comunidades, con Órdenes sagradas, incluso legítimamente ausentes del coro, debe recitar individualmente las Horas canónicas que no han rezado en el coro. Los demás monjes que están ausentes del coro están obligados a decir uno de los tres Oficios aprobados en nuestra Orden: oficio canónico, oficio abreviado aprobado por la Santa Sede (Rescripto n. 1736/58), oficio de “padrenuestros”, como lo tienen los conversos actualmente, aún según las Constituciones.
- 5 Los Hermanos conversos que hicieron su profesión solemne en la Orden podrán ser monjes en el sentido arriba expuesto sin tener que obtener un indulto ni volver a comenzar un periodo de prueba. Quienes opten libremente por el nuevo estatuto recibirán la cogulla y firmarán un proceso verbal que se conservará en el archivo.
- 6 En cuanto a los conversos que actualmente son profesos temporales, podrán hacer su profesión solemne según el n. 4, arriba indicado.
- 7 El favor que se pide para los conversos, se pide también para la rama femenina de la Orden. Entre nuestras monjas, en efecto, la disparidad de las dos clases está también poco justificada.”

A la vista de todo esto el Decreto concedido por la Santa Sede el 17 de septiembre de 1965 se presenta así (está redactado en latín, damos su traducción):

Siendo el oficio principal de los monjes ofrecer a la Divina Majestad un servicio humilde y a la vez noble en el ámbito del monasterio en una vida escondida, totalmente dedicada al culto divino, con el fin de proteger dicho sagrado deber de un modo más estricto, y para que sea más íntimo el vínculo de hermandad entre los religiosos, el Abad General de la Orden de los Cistercienses Reformados, en conformidad con el voto del Capítulo General, presentó una demanda para que se pueda instaurar en la Orden una sola clase de religiosos, en la cual todos sean monjes y todos cooperen directa o indirectamente a la celebración del Oficio divino.

Esta Sagrada Congregación, después de haber estudiado atentamente toda la cuestión según el espíritu del Concilio Ecuménico Vaticano II, accede benignamente a la solicitud presentada y confirma y aprueba lo que sigue a tenor del presente Decreto:

- 1 No existe más que una sola clase de religiosos en la Orden, todos monjes, con igual formación monástica e iguales derechos y obligaciones. Por lo tanto, no hay que conservar más diversidad que aquella que exijan las distintas ocupaciones a que se destinen los monjes, teniendo en cuenta la especial vocación de Dios y las aptitudes personales. Con todo, el Abad, el Prior y el Maestro de Novicios serán escogidos entre los sacerdotes.
- 2 La obra especial del monasterio es la celebración del Oficio divino, a la cual, como dice San Benito, «nada se debe anteponer» (cfr. n° 77 de las Constituciones de los monjes y n° 51 de las Constituciones de las monjas). Por consiguiente, todos a su modo, directa o indirectamente, deberán cooperar a dicha celebración coral.
- 3 Todos los monjes con órdenes sagradas, aun hallándose legítimamente ausentes del coro, están obligados a rezar íntegro el Oficio divino. Los que carecen de órdenes sagradas y se dedican al coro, si se hallaren legítimamente ausentes, en conformidad con la Constitución del Concilio Vaticano II sobre la Liturgia, n° 95 a) y la Instrucción para su Aplicación, n° 78 a), deberán recitar en particular todos los días las horas canónicas que no hubieren rezado en el coro, a no ser que, a juicio del Abad, existiere alguna razón especial. Aquellos que no se dedican al coro, si no asisten a él deberán rezar, según dispusiere el Abad:
 - a) o el Oficio Divino;
 - b) o el Oficio abreviado, aprobado por la Santa Sede;
 - c) o el llamado Oficio de los conversos, según las Constituciones.
- 4 Los que ya hayan hecho su profesión para la clase de conversos son libres para permanecer en su propia condición.
- 5 Observando lo que debe observarse y aplicando en cada caso lo que con-

viniere, todo cuanto antecede tendrá también valor para las monjas de la Orden.

Sin que obste cosa alguna en contrario.

Dado en Roma, el 27 de diciembre del año del Señor de 1965.

Paul Philippe,
Secretario

I. Cardenal Antoniutti,
Prefecto

Hay que observar que el Cardenal añadió al Decreto una carta personal en que deja al Abad General el encargo de decidir, con su Consejo, la fecha de entrada en vigor del Decreto, con la posibilidad de atrasarla en algunas casas que tuvieran dificultades par aplicarlo.

El 13 de enero de 1966, el Abad General envía una carta a los superiores relatando las largas discusiones que han tenido lugar con la Sagrada Congregación ¡el texto recibido es la 11ª redacción! Da también una interpretación auténtica del Decreto y declara que se *puede* aplicar a partir de la recepción de su carta, pero que será obligatorio a partir del 1 de enero de 1967.

Las reacciones al Decreto no fueron particularmente calurosas. Algunos están decepcionados ante la introducción de una nueva distinción entre los que se dedican al coro y los que no – *choro addicti* y *choro non addicti*. Otros deploran que el concepto de monje que tiene ante sí la S. Congregación sea más el propio de Solesmes o Beuron, que el de los Cistercienses. No estamos de acuerdo con la idea de que “el monje está hecho para el coro”, aunque el Oficio divino sea una de nuestras principales obligaciones. Muchos Hermanos conversos se sienten contrariados al constatar que va a desaparecer una forma de vida que han escogido libremente. De hecho, un grupo de abades, convocado a Roma el 9 de febrero de 1966, dialogó sobre el Decreto. Cuatro de ellos se encontraron unos días más tarde con Mons. Philippe para presentarle nuestras reacciones al Decreto. Estuvo muy cordial y convino en que no éramos monjes en el sentido de Solesmes; pero de este encuentro no hubo cambio alguno en el Decreto.

El Capítulo General de 1967, por 48 votos contra 25, creó una comisión para estudiar el Decreto. También dio a los Hermanos conversos profesos solemnes (es decir a quienes no aceptaran el Decreto) el derecho de voto en el capítulo.

Esta comisión presentó su informe al Capítulo General de 1969. Se previeron tres formas de actuar: volver al proyecto inicial de 1965, trabajar en la dirección abierta por el Decreto, volver a la situación anterior al Decreto suprimiendo en las Constituciones la frase que dice que los conversos no son monjes. Las diversas comisiones del Capítulo discutieron estas proposiciones y tomaron seis votos unos días más tarde:

DE 1892 A LA CONCLUSIÓN DEL CONCILIO VATICANO II

- 1 Al presentar a la Santa Sede un informe sobre el decreto, se deberá proponer un nuevo texto del mismo. *Placet: 37; Non placet: 38; abstención: 1.*
- 2 Al presentar a la Santa Sede un informe sobre el decreto de unificación, explicaremos las dificultades que encontramos en la aplicación del mismo, y diremos que hay en preparación un texto modificado. *Placet: 61; Non placet: 15.*
- 3 Este nuevo texto lo redactará la C.R.C. (Comisión para la Redacción de las Constituciones) y lo estudiará el *Consilium generale* antes de someterlo al próximo Capítulo General. *Placet: 68; Non placet: 7; abstención: 1.*
- 4 El Capítulo General desea que la fórmula de profesión solemne en uso en la Orden, se revise teniendo en cuenta el decreto de unificación. *Placet: 62; Non placet: 13; abstención: 1.*
- 5 El Capítulo declara que la obligación de recitar un Oficio no es mayor para los *choro no addicti* que para nuestros Hermanos conversos. *Placet: 66; Non placet: 8; abstención: 2.*
- 6 Deseamos que el n. 173 de nuestras Constituciones se revise como sigue: *Fratres conversi in ordine sunt. Voce activa gaudent.* *Placet: 68; Non placet: 6; abstención: 2.*

Se envió un informe a la Santa Sede el 8 de abril de 1970. Relata brevemente la historia de la recepción del Decreto y señala que en muchas ocasiones se ha deseado hacer enmiendas. Pero se añade que estos deseos están ahora muy atenuados, puesto que la revisión de nuestras Constituciones nos dará la ocasión de expresar nuestro pensamiento con más claridad. Señala que el Decreto ha aprovechado espiritualmente a la Orden. Su aplicación fue más fácil en las monjas que en los monjes. La autorización de servirse de la lengua vernácula para el Oficio divino ha sido de gran ayuda. En algunas casas hay todavía dificultades.

Las nuevas Constituciones aprobadas en 1990 no mencionan explícitamente a los conversos más que una vez: el Estatuto 6A los reconoce como miembros de la comunidad. Se trata de quienes conservan el primer estatuto. La cuestión de la unificación de la comunidad, a pesar de las vocaciones y las diversas funciones, a que respondía el Decreto del 27 de diciembre de 1965, queda así resuelto en la c. 14.2:

El esencial equilibrio de la vida cisterciense entre *Opus Dei*, oración, *lectio divina* y trabajo manual se establece según el carácter, formación y progreso de cada uno. El abad juzgue y disponga todo de tal modo que cada Hermano pueda crecer en la vocación cisterciense.

El EST. 19.2B precisa:

El abad, en casos particulares, puede determinar el modo de participación

de un Hermano en la liturgia coral de las Horas; pero no lo haga sin un discernimiento serio con el hermano y teniendo en cuenta las necesidades de la comunidad.

Y la c. 19.3:

El hermano que ha estado ausente de la celebración coral recite las Horas según las disposiciones del abad y las normas del Derecho Universal.

Un Hermano converso de Getsemaní dio una conferencia sobre el tema en el Capítulo General de 1993. Trató muy bien el tema y concluyó con la cita de un libro del P. Nicolás de Sept-Fons: “Si se ha suprimido oficialmente esta forma auténtica de vida monástica hace unos años en nuestra Orden, la evidencia de su necesidad la restaurará, con los ajustes que se impongan”²⁴.

El Capítulo pasó largo tiempo tratando la cuestión. Se hicieron muchas votaciones (votos 29-33, CR pp. 142-143). Se decidió la redacción de un estatuto de los Hermanos conversos, parecido al de los oblatos. Más tarde, durante el Capítulo, se hicieron otras votaciones, con el resultado de que la comisión de derecho se encargara de su redacción. Pero hubo mucha confusión en los votos que se tomaron y la comisión de coordinación propuso un voto de procedimiento para concluir el debate (p. 185). En cuanto al estatuto que preparó la comisión de derecho, y que no sería obligatorio, el Capítulo General de 1996 lo juzgó inútil y lo rehusó.

Como conclusión de esta larga exposición, se puede preguntar legítimamente: “¿Qué ha pasado como para que el proyecto de dom Gabriel y de la mayoría de los abades, que no tenían la intención de suprimir la vocación de Hermano converso, acabe en esto?” Se ha dicho que si dom Gabriel hubiera vivido, no lo hubiera permitido. Esta conclusión no es tan clara. Él mismo y muchos abades parece que no entendieron que, una vez cambiado el estatuto jurídico de los conversos, se demolería la estructura de su forma de vida. También parece que había abades que eran favorables a la desaparición de los conversos

Algunos superiores y maestros de novicios piensan todavía que hemos perdido vocaciones a causa de la unificación. Si esto es verdad, entonces necesitamos un genio que sea capaz de formular un tipo de vida semejante al de los antiguos Hermanos, sin su ropaje histórico.

(Aunque en este artículo haya utilizado siempre el masculino, se aplica igualmente a las monjas, *positis ponendis*.)

²⁴ Père Jérôme. *L'art d'être disciple*, Fayard 1989, p. 125, nota 6.

5.4. TESTIMONIO DE DOS HERMANOS CONVERSOS SOBRE LOS SUCESOS DE LA ÉPOCA

5.4.1. Recuerdos de uno que permaneció Hermano converso

(*Fr. Amable Flipo*)²⁵

1933. – Antes de ingresar en mi monasterio hice un retiro de 24 horas y después otro de seis días. El P. Prior, que me había dado a leer el “Directorio”, la “Regla” y los “Usos”, venía a verme cada día. Asistía a los oficios desde la tribuna, sin ningún contacto con la comunidad. La iglesia no era accesible al público, excepto la tribuna para los hombres. Las mujeres no eran admitidas: la madre de un religioso no podía asistir a ninguna ceremonia, profesión u ordenación.

Converso. – En la única entrevista que tuve con el maestro de novicios de coro, él mismo decidió escoger para mí la vocación de converso. Hubiera sido necesario hacer dos años de estudios de latín en un seminario de vocaciones tardías, caso de haber escogido la vocación de corista.

Noviciado. – Los novicios coristas tenían el noviciado aparte. Los novicios conversos vivían con los profesos conversos, siendo formados por el Padre maestro de conversos. Durante la guerra (1939-1945), los novicios coristas y conversos fueron reunidos en un solo noviciado bajo un solo maestro de novicios.

Trabajo de los Hermanos conversos. – En general, ellos tenían la responsabilidad de los talleres, de los campos y de los distintos empleos de la comunidad. Por la tarde, los hermanos novicios (antes de 1940) iban a trabajar juntos con el maestro de novicios. Por la mañana iban a ayudar a los responsables de distintos empleos (ropería, huerto). Siempre tuve la impresión de que éstos se sentían responsables de las nuevas vocaciones.

Información. – Antes de 1940, las informaciones, muy raras y medidas, las daba el Padre abad en el capítulo o el maestro de novicios. Los obreros también aportaban alguna, pero, en general, eran poca cosa, dado que eran pocos los Hermanos que hablaban con los obreros y éstos conocían nuestros reglamentos. Un pariente me había suscrito a la revista de “Asociación de San José”, pero por más que era querido y venerado por la comunidad, el Padre abad me pidió acabar con la sus-

²⁵ Nació el 23 de diciembre de 1913; ingresó en Mont-des-Cats el 3 de octubre de 1933; profesión temporal como converso el 5 de octubre de 1937, profesión solemne el 20 de junio de 1943. Supervisó las construcciones de Belval de 1950 a 1957 y de Monte Cistello de 1958 a 1959 y tuvo responsabilidades en el campo temporal; fue cillerero de Monte Cistello de 1963 a 1968.

cripción. ¿Se trataba de un espíritu de clausura y de concentración que no dejaba lugar más que a una vida espiritual cisterciense? Yo no llegué a sufrir por estas cosas y hoy incluso siento gratitud a los que fueron responsables de este tipo de formación.

Silencio y señas. – Es lamentable que el uso de las señas haya desaparecido casi completamente y no por el silencio de la palabra que ellas facilitaban, sino también por la acogida en comunidad de Hermanos de otra nación que no sabían nuestra lengua y venían a vivir con nosotros por un periodo largo, por ejemplo, por motivos de estudio.

En 1946, un grupo de 6 monjes fue a refundar la comunidad de Frattocchie, casa hija de Mont-des-Cats y, gracias al uso de las señas, el contacto fue inmediato aun antes de entender la lengua italiana.

La unificación. – Cillerero en Frattocchie y después en la Casa Generalicia, pude relacionarme en Roma con dom Dominique Nogues, dom Sortais y dom Gillet. Algunas veces, dom Sortais onversó conmigo sobre la situación de los Hermanos conversos. Él apreciaba mucho la vocación de los hermanos, pero buscaba eliminar las diferencias exteriores que distinguían un converso de un corista, aquellas que llamaban la atención a los parientes o amigos, como era la obligación de llevar barba o el color del hábito. ¿Por qué los hermanos no votaban, por lo menos para la elección de abad? ¿Por qué las profesiones eran en el capítulo y no en la iglesia? Hablábamos también de otros pormenores, pero nunca le oí hablar de algún deseo de unificación o de supresión de la vocación de converso; al contrario, deseaba su continuidad.

En 1968, ya cansado, regresé a mi comunidad. La unificación ya se había realizado, pero el decreto de 1965 me autorizaba a continuar en mi “condición” de converso. Estamos cinco Hermanos en la misma situación. No encuentro ya la numerosa “familia de hermanos” de antes. ¡Las vísperas que juntos rezábamos en la sastre-ría, en dos filas, como decían los usos! Igual que en Monte Cistello, donde sólo éramos unos pocos Hermanos, encuentro una cierta situación de “soledad” en la vocación. No tiene nada de dramático. Se trata de saber adaptarse a la soledad y a la comunión. Hoy, en 2004, creo haber asumido esta situación con la gracia de Dios.

El Oficio coral. – Después de 70 años de vida monástica, creo poder afirmar que la vocación de converso es la que el Señor ha querido para mí. Nunca he sentido envidia por la de los coristas, ni he tenido la tentación de dejar la Orden, a pesar del servicio militar, la guerra, la cautividad en Alemania y los cargos, de tanta distracción, que me confiaron. Hoy sé que no tengo ninguna aptitud para el coro. No soy insensible a la música y prefiero el gregoriano a la actual, pero creo que

debo tener una especie de alergia al canto y me pregunto: Si me hubieran aceptado como corista, ¿habría perseverado en la vida cisterciense?

5.4.2 Algunas reflexiones sobre mi vida en Sept-Fons antes y después del Concilio Vaticano II

(Fr. *Félicien Scandella*) ²⁶

Entré en Sept-Fons la primera vez en Pentecostés de 1947, pero, vista la situación precaria de mi familia, tuve que dejarlo casi inmediatamente para ayudar a mi padre (soy el mayor de nueve hijos) y esto durante cinco años.

Volví a principios de mayo de 1952 ; tenía entonces 27 años, una salud a toda prueba ¡con un apetito de 3 leones! Gracias a Dios, la salud ha seguido bien, mi apetito, en cambio, ha sido bien “mortificado”.

Me parece haber leído o escuchado que, antes del Concilio, Sept-Fons era considerado como uno de los monasterios más estrictos en cuanto a disciplina: sé por experiencia que esto es verdad. ¡Y vaya si lo es! Sin duda, este rigor no me ha conducido a la muerte, ya que después de casi 50 años sigo vivo, y de qué forma: ¡95 kilos! No obstante, el cuerpo y el corazón, en sus tiempos, han tenido que sufrir. Daré sólo algunos ejemplos más destacados... en cuanto al cuerpo primero, y después en cuanto al corazón.

Fui recibido entre los conversos y, como converso, tenía un trato favorable en la alimentación. ¡Oh!, esto no iba muy lejos, unos 10 grs. de pan de más, un trozo de queso, pequeñito, pequeñito que apenas hacía mover el platillo de una balanza... ¡daba pena verlo ! Y la “espina” de la jornada, si puedo hablar así, era la colación de la tarde: 3 veces a la semana teníamos 3 cucharadas de alubias secas, con un dedal de coser de aceite, y esto después de una jornada de trabajo y de fatiga ¡y mis tres leones que aullaban de hambre dentro de mí! Y yo, que veía a los venerables Padres coristas salir del refectorio un momento después de haber entrado, preguntaba al Señor a propósito de estos buenos Padres: « Señor,¿cómo hacen, para mantener el cuerpo?».

Por mi parte, por supuesto, tomaba mi tiempo para comer, masticaba, “rumiaba” todo lo que podía, para no dejar perder nada. Creo que lo que me ha salvado la vida es mi ración de vino. Dios vio mi miseria y me lo conservó siempre. ¡Conocía mi origen italiano, bergamasco!

Sin duda hay muchos otros detalles en lo que se refiere a la alimentación..., pero pasemos a la *higiene*.

²⁶ Nacido el 15 de noviembre 1925; entró en Sept-Fons el 22 de mayo de 1952; profesión temporal, 28 de noviembre de 1954 ; profesión solemne, 27 de diciembre de 1957. Firmó el Decreto de unificación.

La higiene también dejaba que desear. Cuando dejé el monasterio en 1947, volvía, sin embargo, a pasar mis vacaciones todos los años en Sept-Fons, y esto era siempre en el mes de julio-agosto –período de la siega, y... ¡de calor!- Iba vestido de civil: pantalón, camisa, chaqueta. Estaba en medio de mis Hermanos y cuando les veía cubiertos de sudor con sus hábitos, yo no me atrevía a quitarme la chaqueta... ¡Dios mío, qué calor, qué suplicio! ¡El ejemplo de mis Hermanos me hacía mantener el tipo! Por la tarde me decía: «¡Al menos ellos van a darse una buena ducha!» La respuesta la tuve en 1952.

Fue entonces, al entrar definitivamente en Sept-Fons, cuando supe que existían las duchas, ciertamente, pero “distribuidas” con cuentagotas y con permiso. No sólo en el tiempo frío o incluso templado, sino durante los 3 meses de mucho calor, con los fuertes y duros trabajos como la siega y el corte de hierba en los prados (en aquella época todos estos trabajos se hacían a mano, estaba lejos la mecánica actual...) y bien, a pesar de todo esto, se tenía derecho a lavarse los pies y a ducharse una sola vez a la semana y con permiso. Más o menos, pero en otro “plano”, ¡como mis tres cucharadas de alubias secas de la tarde!

Y nuestros pobres Hermanos que trabajaban toda la jornada en la granja y en el establo tenían todo el tiempo para recoger sobre sí todos esos buenos “olores” de los productos de la tierra, y venir a ofrecerlos después a la Santísima Virgen, ¡envueltos en las bellas melodías de la Salve! Porque los conversos no entraban en el coro de los coristas más que por la tarde, después de Completas, para el canto de la Salve. Al principio, con el rabillo del ojo, yo observaba a nuestros buenos Padres para ver su reacción, pero, para mi estupefacción y maravilla, permanecían impasibles. Y no digo nada de toda aquella transpiración que se secaba sobre nuestras espaldas. ¡Y hemos durado!... ¡perdurado! ¡Hemos resistido, a pesar de todo!

Después del calor, ¡el *frío!*

Cuando entré en Sept-Fons, ningún lugar en absoluto tenía calefacción... A pesar de que era joven con 27 años, sin embargo puedo confesar que he pasado frío. Aunque no estábamos en la Siberia, hacía bastante frío, al menos cuando las estaciones se sucedían normalmente: a 10 ó 12 grados bajo cero estábamos todos los inviernos. Al entrar en la iglesia para Maitines, sentíamos caer una capa de plomo sobre nuestros hombros. Por lo tibio que estaba, tenía dos objetivos a que atender: orar lo menos mal posible... y protegerme lo mejor posible del frío. Pero todo esto lo dejo a la misericordia del Señor.

Otro lugar donde yo pasé frío fue el refectorio. La comida ya estaba siempre servida individualmente antes de entrar la comunidad. Nuestra pobre comida se había puesto a la temperatura ambiente. Cuando entrábamos en el refectorio ¡todos nuestros ojos se iban a las ventanas garabateadas de escarcha! Todo era triste y frío en aquel refectorio: la temperatura, la escarcha, la comida casi fría. Pero sobre

todo, ni una sonrisa para el corazón, para mí que venía de una familia muy numerosa, 18 niños entre hermanos y primos, donde todo era risa, bromas y alegría. Al releer esto me doy cuenta de que me he olvidado de una cosa: un lugar, un solo lugar estaba caliente, y bien caliente... ¡el calefactorio!

Algunas reflexiones personales: hice la profesión solemne el 27 de diciembre de 1957, por lo tanto durante el tiempo de Navidad, el día de la fiesta de S. Juan Evangelista. Profesión solemne, día de fiesta y de alegría en el cielo como en la tierra, y como cada uno de nosotros es “cielo y tierra”, yo habría amado tanto que esta parte de tierra que es la mía, en mí, fuera toda una partecita de alegría y de gloria, al menos para esta fiesta ¡que no llega más que una vez en la vida! Sí, es verdad, es cierto, pero hete aquí que... aquel día era viernes. Por consiguiente, los Usos y las costumbres, la Regla ante todo: así pues, nada de nada para el cuerpo, ¡ni siquiera 3 flores para el corazón! Por supuesto, yo me tomé la lección a mí mismo: « Mi pequeño –me dije- tú has abrazado esta Regla, ¡pues tienes que seguirla! » Pero, a pesar de todo!... ¡a pesar de todo!... ¡cuando pienso en lo que se hace hoy día! ¡qué difícil es conseguir el justo medio !

Para las visitas de los parientes próximos estaba prevista una visita de 3 días completos, pero una vez al año. Bien. En las familias numerosas, se podían agrupar varias personas, pero de todas formas una vez al año y... ¡basta! No había nada que decir respecto a esto, como a todo el resto de las cosas. Al principio todo iba bastante bien: en 2 años yo veía a toda mi familia. Pero hete aquí que todo comenzó a complicarse. Un año faltaba mi hermana mayor... Motivo: ¡estancia en el hospital. El segundo año, tampoco estaba mi hermana, por el mismo motivo... El tercer año, siempre faltaba mi hermana mayor, siempre por el mismo motivo. Pues bien, tuve que esperar 12 años a recibir la visita de esta hermana. Es preciso decir que esta hermana a la que admiro y de la que estoy orgulloso, ha sufrido 34 operaciones: después de cada operación necesitaba reposo en casa; después, el tiempo de las visitas se había terminado y, por lo tanto, ¡nada de visitas! Sin duda, la Regla era sana y salvadora, ¡pero dónde estaba la elemental caridad?

Hay algunos hechos comunitarios de antes del Concilio Vaticano II que me afectaron personalmente. Por supuesto, que hay muchos más, pero, como no tengo ya más memoria y, dada mi gran dificultad para expresar mi pobre pensamiento sobre un trozo de papel, termino diciendo algunas palabras sobre el postconcilio.

Para mí, todo ha pasado muy bien, “dulcemente”, también con cierto bienestar. Todos los años, en el capítulo, se leía un pasaje sobre las Constituciones de la Orden, que decía que los conversos tenían todos los derechos “*excepto que no eran monjes*”. Interiormente, ¡yo estaba furioso! Porque en realidad, ¿a quién se le puede dar el título de monje? ¿A aquel que, día y noche y toda su vida canta salmos en el coro, o bien al que quiere recoger toda su vida, pero absolutamente

toda, y ofrecerla al Señor solo? En cuanto a mí, desde el primer día de la entrada en el monasterio, me sentí monje, ¡y de qué manera!

Y estamos ya después del Concilio. Dios mío ¡qué cambio! Puedo decir que ¡he vivido en los dos extremos! Vi la estrechez de espíritu en la primera parte donde todo estaba centrado en la Regla, los Usos y las costumbres, sin comprender que a veces ciertas dispensas no estaban más que para permitir un poco del aceite de la caridad en medio de toda aquella rigidez. Ahora he visto y vivido en el polo opuesto. ¿Cuál es el bueno? El justo medio, ¡nada fácil en verdad!

Lo que es bueno y hace bien en el cambio que se ha operado después del Concilio es ver, creer y sentirse en una sola y misma familia. A mí esto me hace bien. Antes del Concilio había como dos comunidades en una sola: los coristas tenían su Misa a mitad de la mañana; nosotros, los conversos, teníamos nuestra Misa al principio de la mañana, antes del trabajo; los coristas tenían su Oficio, los conversos, el nuestro; los coristas todas las mañanas tenían su capítulo con el P. abad; nosotros, los conversos, 3 veces a la semana, teníamos el nuestro con el P. maestro de conversos, y así otras cosas. Yo, personalmente, siempre deseé esta unión, porque me hace bien, ¡en todos los sentidos!

Gracias a Dios ya está conseguida, y la agradezco de todo corazón.

Y agradezco igualmente al Señor el haberme llamado a esta bellísima vida cisterciense a pesar de mis defectos, ¡de mis incalculables miserias!

5.5. TESTIMONIO DE FR. CHRISTOPHE LEBRETON EN 1986 ²⁷

El 19 de marzo de 1986, F. Christophe envió al Abad General tres propuestas de enmienda al texto de nuestras Constituciones que debía ser revisado y aprobado en el Capítulo de 1987. Estas enmiendas no se aceptaron tal cual, pero las ideas que expresan se encuentran de manera equivalente en las Constituciones. Su propuesta iba acompañada de una reflexión sobre la vocación del converso, que se reproduce aquí.

Se podría esperar ver reflorar esta “Tradición de Hermanos conversos”, para el día de hoy, en una comunidad unificada en que todos son monjes: llamados por el Señor a vivir su vocación según un modo determinado (y protegido) por las Constituciones, en el nuevo contexto postconciliar de la Iglesia. ¿Puedo compartir una convicción fundada en una cierta experiencia puesto que me pude beneficiar de un “estatuto” que recoge ciertos aspectos de la vida de los conversos: Oficio de padrenuestros y gloria, trabajo manual? Creo que se trataba de una atracción relevante, del misterio de mi vocación. Me abro, pues, y me remito al parecer de mi P. abad (Padre François de Sales, Fr. Jean-Baptiste de Atlas, P. Jean-Marc y últimamente el P. Sébastien, en mi preparación para servir en Ntra. Sra. des Dombes). He podido apoyarme también en el testimonio de vida que me daban los Hermanos conversos con quienes he vivido en estos diversos monasterios.

Me parece que mi descubrimiento original fue el haber visto en el claustro adosado a la iglesia a un Hermano, que no yendo al Oficio, se daba a la oración: había, pues, oración fuera del coro, allí, en la existencia, en una apariencia no demasiado bella... Tenía necesidad de saberlo; puesto que una conversión de vida que había precedido a mi entrada en el claustro, yo dudaba un poco de una vida demasiado “angélica” y me sorprendía encontrarme tan pronto colocado así: en el “coro”... y “*in-stallé*”.

En el misterio de esta vocación retengo también una gracia de oración, trabajando en el jardín de Ntra. Sra. de Atlas (y estoy bien lejos de ser fiel en esto): la

²⁷ Nació en Blois en 1950; descubrió el monasterio de Tibhirine en Argelia siendo cooperador. Hizo el noviciado en la abadía de Tamié en 1974-1976, después volvió a Argelia. Pero retorna a Tamié el otoño de 1977. Hará allí su profesión solemne en 1980. Es enviado con otros hermanos a reforzar la comunidad de Dombes; entonces escribe a dom Ambrosio Southey la carta aquí trascrita. En 1987, retorna definitivamente a Tibhirine, donde es ordenado sacerdote en 1990. Detenido en abril de 1996 con el prior, Christian de Chergé, y otros 5 hermanos por un grupo de hombres armados, es asesinado con ellos el 21 de mayo de 1996. Cf. la colección de poemas publicado en 1997: *Aime jusqu'au bout du feu* y su diario de 1993 a 1996, publicado en 1999: *Le soufflé du don*, publicado en español, *El sopló del don*, Biblioteca Cisterciense, n. 6. Monte Carmelo, Burgos, 2002.

gracia del *Padre nuestro*, plegaria “jaculatoria”, es verdad, pero sus palabras nos vienen de Jesús, llevadas por su Aliento, ofrecidas al Padre. Me gusta esta oración y me gusta decirla “juntos”, repetirla en el “coro” según un ritual muy simple, pero real, que es como una copia, reducida a lo esencial, de la Liturgia celebrada en la iglesia: abertura... inclinaciones, oración y Palabra de Dios en los padrenuestros y doxologías. Hay en todo esto una buena escuela del servicio del Señor, capaz de formar la existencia a imagen de Jesús, el Siervo, Hijo Bien Amado del Padre. En fin, se está muy próximo a los pequeños, comulgando un poco con su pobreza.

He aquí unos datos personales que, sin embargo, me llevan a pensar que esta vocación, poco comprendida por algunos abades que tal vez no la estiman, o quizá le tienen miedo, queda indefinible. Y le encuentro una explicación en el hecho de que se la entendió con frecuencia de forma negativa: Hermanos no-monjes, por no-enclaustrados, Hermanos no-obligados al coro, Hermanos i-letrados... Al menos: eran *barbati* (barbudos).

De ellos el Exordio de Císter ²⁸, en la Edad Media, afirma: “Los tomamos bajo nuestro cuidado, como parientes y colaboradores, como a monjes, Hermanos nuestros y partícipes de nuestros bienes espirituales y temporales”.

En fin, me parece que nuestra época es un tiempo favorable a la vida monástica. Las vocaciones se presentan; conviene atenderlas según la voluntad del Señor, Él es el pionero y la meta; de ahí la necesidad de criterios de discernimiento bien definidos para toda la Orden, en conformidad con el carisma vivo de nuestros Padres Fundadores. No se puede dejar el ejercicio de tal discernimiento sólo al P. abad del monasterio. Una mención explícita de los Hermanos conversos en las Constituciones resulta, pues, indispensable. Y espero que nuestra Orden sepa aceptar un pluralismo fecundo, tanto para las personas en camino hacia la santidad, como para las comunidades, en su salud humana y espiritual. Nuestra vida es la Buena Nueva porque Jesús, el Señor, está VIVO. Que pueda ser accesible a los pequeños, a los humillados... y a los ricos llamados a convertirse. Maldición a los que cierran la puerta del Reino a quienes son los primeros invitados. Dichosos somos nosotros por vivir unidos como Hermanos y Hermanas en la Casa de Dios, la Iglesia.

28 *Capitula* unidas al *Exordium Cistercii* y a la *Summa Carae Caritatis*, nº 20. Este estatuto parafrasea la decisión del *Exordium Parvum*, 15, de recibir a los conversos y de “tratarlos, tanto en vida como en muerte, como a ellos mismos, excepto en que no recibirán el estatuto de monjes”.

CONCLUSIÓN

La expansión de la Orden desde 1892 al fin del Concilio (diciembre 1965)

N.B. No se hará mención de los monasterios anejos y refugios provisionales instalados por los monasterios amenazados de expulsión (especialmente después de las leyes francesas de 1880 y de 1901), excepto de aquellos cuyos superiores fueron *miembros del Capítulo General* (como Recıça), lo cual supone cierto reconocimiento, aunque la casa no sea sui juris, o de aquellos que más adelante fueron reconocidos propiamente como fundaciones (como Calvario). Los números en negrita indican las comunidades disueltas o fundidas en alguna otra; en bastardilla los monasterios que existen hoy día, aunque no estén en el mismo lugar.

6.1. EL PUNTO DE PARTIDA DE 1892

En el momento de la reunión de las tres Congregaciones trapenses en 1892, la Orden contaba con 54 casas de monjes y 13 de monjas, repartidas de este modo:

❖ De monjes:

- 23 en Francia, el 42,6%
- 21 en el resto de Europa, en ocho países; el 38,9%
- 4 en América del Norte (*Getsemaní*, *New-Melleray*, *Pequeño Claraval*, *Oka*); el 7,4%
- 2 en el Próximo Oriente (*Latroun* y **Akbés**)
- 1 en Argelia (**Staouëli**), en China (*Consolación*), en Africa del Sur (**Mariannahill**), en Australia (**Beagle Bay**)

Si consideramos que Staouëli pertenecía a la cultura occidental, como las casas de América del Norte y Australia, quedan 4 casas para África del Sur y Próximo y Extremo Oriente: la Orden es esencialmente “occidental”.

- ❖ Las **monjas** son casi exclusivamente francesas: 12 casas en Francia y 1 en Italia (*San Vito*). En 1904, las monjas de Maubec, que volvieron a Vaise en 1837 (= Vaise

II), viajarán a Canadá (*Asunción*). Dos casas francesas (St-Paul-aux-Bois, expulsada en 1904, y la Cour-Pétral), se instalaron en Bélgica (actualmente *Chimay* y *Clairefontaine*).

6.2. SUPRESIÓN DE MONASTERIOS EXISTENTES EN 1892

En la primera mitad del siglo, el Capítulo General no temió cerrar monasterios. Lo que permite suponer que hubo fundaciones que quizá se hicieran con demasiada rapidez, sin sopesar las posibilidades de desarrollo o que las circunstancias políticas no fueran favorables a la implantación de monasterios.

14 casas de hombres se suprimirán (o saldrán de la Orden) entre 1892 y diciembre de 1965:

- 8 monasterios franceses se suprimen, de los cuales 7 antes de 1930:
 - **Bonrepos**: fundación de Neiges en una granja de Gard, convertida en priorato en 1892. El superior estuvo presente en el Capítulo de la unión de 1892, pero la fundación por decisión del Capítulo General de 1896 fue reducida a su estado de granja de Neiges ¹.
 - **Chambarand** (monjes): como consecuencia de las leyes anticongregacionistas de Francia, el monasterio estaba en el punto de mira del gobierno. Dom Chautard decide llevarse los monjes a Sept-Fons, para evitar cualquier expulsión violenta: se vendió el monasterio en 1903
 - **Fontgombault**: por las mismas razones, los monjes se exiliaron a USA.

Veinte monjes ya habían sido acogidos por Getsemaní (en Mont Olivet), mientras que el abad era bendecido por Monseñor Marre durante el Capítulo General de 1903. Este abad todavía asistió al Capítulo General de 1905, cuando el monasterio ya estaba vendido. Los monjes de Mont Olivet van en 1904 a Jordan en Oregon, pero el Capítulo General se niega a erigir canónicamente esta fundación. La situación permanecía muy precaria en el plano financiero – se pidieron préstamos sin autorización y generaron deudas – y en el del personal. El Capítulo de 1909, con el informe negativo de dom Obrecht, decide la supresión; pero los monjes rechazan esta decisión. El Capítulo de 1910 tuvo que amenazarles con censuras canónicas para que al fin se dispersaran. Muchos se fueron a Lac en Oka; algunos pidieron la secularización. El abad se retiró a un monasterio benedictino.

¹ El 4º abad de Neiges, dom Agustín MARTIN (abad desde 1912 a 1932), fue de joven oblato en Bonrepos. Bonrepos existía como granja de Neiges desde 1870.

- **Grâce-Dieu** (monjes). La suerte de la Grâce-Dieu estuvo ligada a la de *Tamié*, que son dos fundaciones de Sept-Fons.

En 1887, a la vuelta del exilio (en Austria), la comunidad recibe el refuerzo de 12 monjes de Tamié. Pero, 10 años más tarde, Tamié pelagra hasta tal punto que el Capítulo General de 1904 decide la supresión. El clero de Saboya salvó la abadía, la cual, sin embargo, se convierte en simple priorato, luego en “granja”. Tamié no tenía entonces más que 3 ó 4 monjes. Entre tanto la situación material de Grâce-Dieu se deteriora y la abadía la deben expropiar por la fuerza para pagar a los acreedores. Los monjes bajo el cayado de su abad, dom Agustín Dupic, se retiran en 1909 a la granja de Tamié con la esperanza de ocupar Hautecombe. El proyecto fracasa y en 1911 los derechos de Grâce-Dieu pasan definitivamente a Tamié que resucita como abadía, con Dom Agustín a la cabeza.

- **La Double** (Échourgnac, monjes): La situación temporal dejaba qué desear. Las deudas en 1908-1910 no eran quizá catastróficas, pero al relacionarlas con la quiebra de dos comunidades (La Trapa y Tilburg), el Capítulo General procede con sentido de prudencia; dom Chautard, que no quería comprometerse con un tercer problema, anima a que se cierre. Lo cual se decide en el Capítulo de 1910. Los monjes apelaron a Roma, pero la Santa Sede confirmó el cierre en 1911.
 - **Igný** (monjes), supresión en 1927. La guerra de 1914-1918 demolió el monasterio; la comunidad, bastante reducida y refugiada en una dependencia de Cîteaux, no pudo desarrollarse e hizo donación de Igný (reconstruida por Monseñor Marre) a la comunidad de Laval, para una fundación de monjas.
 - **Divielle**, en las Landas, cerca de España, fue fundada por Melleray en 1869 para reunir a los monjes españoles, rescatados de la fundación lestrangiana de Sta Susana, suprimida en 1835 por el gobierno anticlerical. Los españoles en 1880 fundarán lo que será Val San José, en 1889; se trasladará, en 1927, al antiguo monasterio de la Oliva. La comunidad de Divielle, reducida a los franceses, vegetará durante 50 años más, antes de ser suprimida en 1930. Ya se hablaba de suprimirla en 1891.
 - **Bonnecombe** será suprimida más tarde, en 1965, antes de terminar el Concilio
- ❖ Otros 6 monasterios se suprimirán o saldrán de la Orden antes de 1952, y una comunidad de monjas desaparecerá.
- **Sacré-Cœur** en Australia (Beagle Bay), fundada por Sept-Fons en 1891. El monasterio lo cerrará Dom Chautard a causa de la enfermedad del superior y por falta de personal. El Capítulo General dio la autorización pedida en 1900. En 1903 la casa ya no existía.

- **Mariannahill**: se separa de la Orden en 1909 (ver el capítulo sobre Monseñor Marre § 2.3.2.)
- **Reciça**, refugio de la abadía de Sept-Fons, establecido en 1880 en Croacia; su superior fue miembro del Capítulo General, lo cual supone cierto reconocimiento jurídico. La casa se cerrará en 1894 ².
- **Akbès** (Siria). Durante la Guerra de 1914 – 1918, los 10 monjes presentes se refugian en Maguzzano. El monasterio es incendiado y destruido, y muere el superior. Sin esperanza de vocaciones, sin monasterio ni superior, la comunidad se disuelve en 1920. El rescripto de supresión data de 1926. La liquidación de bienes se hará en 1935–1936. Desde 1900 la situación era crítica y el Capítulo de 1904 había tomado la decisión de cerrar el monasterio, decisión renovada en 1905.
- **Staouëli**: temiendo la expulsión por las leyes anticongregacionistas, la comunidad se traslada a la isla de Mallorca, luego a Maguzzano, en el norte de Italia, en 1903–1906. El traslado a Acey se decidió en el Capítulo de 1935, pero no se realizó entonces por las críticas y la rebelión de algunos monjes. Finalmente el Capítulo de 1936 decidió la supresión del monasterio.
- **Maria-Veen** (Wesfalia, Alemania). El monasterio, fundado por Oelenberg en 1888, nunca tuvo mucha importancia.

Está relacionado con una institución que trabajaba en favor de jóvenes en situaciones difíciles; se les reintegraba al trabajo. Esta “sociedad de Colonias” mantenía a la comunidad, la cual les aseguraba el servicio religioso y les ayudaba en personal. El Capítulo General de 1894, y luego el de 1900, autoriza su erección en priorato. El 25 de enero de 1908 ³ el obispo ejecuta el indulto de la Santa Sede obtenido el 16 de enero de 1901. El contrato con la “Colonia” es un tanto complejo; se renueva en 1913. Después de la guerra de 1939-1945 el monasterio será el refugio provisional de los monjes alemanes de diversas casas, especialmente de Mariastern. Finalmente, sólo quedan 5 conversos con estabilidad y el Capítulo General de 1951 decide la supresión. Se necesitará algún tiempo para rescindir el contrato de 1913 en condiciones que no fueran demasiado onerosas para Oelemberg. En 1952 aún había monjes en Maria-Veen.

- En cuanto a las monjas, la comunidad de **Macon** se traslada en 1907 a Trémembé en Brasil, luego, en 1920, se instala en Feluy (Bélgica) antes de incorporarse a la fundación de Chambarand en 1931, perdiendo así su existencia canónica.

² El prior fue convocado al Capítulo de la unión de 1892. Se excusó por razones de salud.

³ Pero en el Capítulo General de 1951 se dirá que la erección en priorato nunca tuvo lugar. En todo caso, no hubo elección de un prior.

6.3. FUNDACIONES EN EUROPA DEL 1892 A 1965

6.3.1 Comunidades de varones

Europa continúa siendo el lugar principal de las fundaciones *hasta el comienzo de la Segunda Guerra Mundial*: 12 entre 19 fundaciones de monjes, solamente 1 en Francia (la restauración de Cîteaux en 1898). Habrá otras 5 hasta 1966 (3 en Irlanda, 1 en Escocia y 1 en España).

Tres de las fundaciones tendrán una existencia efímera.

- **Charneux** anejo de Tilburg en 1902, destinada a refugio de una comunidad francesa.

Puesta a disposición de Westmalle como noviciado para Bamanía, desde febrero a abril de 1904, después fundación de Tilburg. El superior asiste al Capítulo General de 1905. Cerrada en 1909.

- **Zémoniko** (Dalmacia) fundada por Mariastern en 1897.

Una de las condiciones, educar a 12 huérfanos. La comunidad no se desarrolló demasiado; el clima era malsano y los edificios envejecidos. Sin embargo, fue cuestión, después de la Primera Guerra Mundial, de llevar allí una parte de los monjes de Mariastern. Pero los Visitadores especiales, nombrados por el Capítulo de 1920, sacaron la conclusión de cerrarla: se haría efectivo en 1921.

- **Mont-St-Jacques**. (Jacobsberg, Ockenheim, junto a Bingen, Alemania).

Echt hizo esta fundación en 1921 para varios monjes alemanes de la comunidad, porque la comunidad vivía demasiado apretada. Hasta finales de la Segunda Guerra Mundial, se vivía en barracones. La casa de acogida de peregrinos, con restaurante y bar, proporcionaba los recursos de la comunidad que, además, debía prestar algún apostolado parroquial. Al Capítulo General le preocupaba, incluso pensó suprimir el monasterio en 1931 y 1935. El régimen nacional-socialista de Hitler creó también dificultades a la comunidad, - incluso el superior estuvo en la cárcel - y las relaciones con Echt, situada en Holanda, fueron difíciles. Una Visita apostólica en 1949, en un momento en que edificios más decentes habían sido recientemente construidos, acabó, con el consentimiento del Definitorio, en el decreto de disolución por parte de la Santa Sede en 1950, lo que produjo consternación

en la comunidad.⁴ El obispo hizo muchos esfuerzos para salvar la comunidad, con la ayuda de Mariawald, pero no tuvieron éxito. La casa finalmente fue arrendada a los jesuitas que instalaron allí su noviciado.

Banz, en Baviera, fundado en 1920 para acoger a los alemanes de Oelenberg, después de que Alsacia volviera a Francia, fue reconocido como fundación por el Capítulo de 1921; será transferido a *Engelszell*, Austria, en 1925 y elevado al rango de abadía en 1931.

Se puede indicar que el monasterio de Osera, fundado en 1929, fue cerrado por el Capítulo General de 1962, pero reabierto en 1965 bajo la presión del cardenal Antoniutti y del obispo de Orense.

6.3.2. Las monjas

Intentaron 6 fundaciones en Francia, de las cuales 2 no tuvieron futuro:

1) **Winebaud**, fundación de Maubec en 1894, que no obtuvo las condiciones necesarias para su desarrollo, a causa de las exigencias de la propietaria de la propiedad; las monjas se unieron en 1898 a la filial que fundaba entonces Bonneval en la diócesis de Périgueux; 2) **Mariaval**, que será suprimida en 1904 por falta de vocaciones y de clausura suficiente. Se mantuvieron las fundaciones de *Belval* (1893), *Bonnegarde*, en Sta-Anne-d'Auray en 1920 (actualmente en Campénéac bajo el título de La Joie-Notre-Dame); *Ignny* en 1929 y *Chambarand* en 1930.

Otras **cuatro** fundaciones se hicieron en Europa: Bélgica (*Nazareth*), Países Bajos (*Berkel*), Alemania (*Maria Frieden*) e Irlanda (*Glencairn*)

6.4. FUNDACIONES FUERA DE EUROPA, DESDE 1892 A 1965

6.4.1. En América del Norte, los monjes hicieron dos fundaciones en Canadá, a partir de 1892 (*Prairies* y *Mistassini*) y el refugio de Bonnetcombe, instalado en 1902, será reconocido como fundación en 1921 (*Calvario*). Después de esta fecha se tiene que esperar la afluencia de vocaciones en USA a partir de la segunda guerra mundial (en la cual los EE.UU. entraron en 1941) para ver surgir, entre 1942 y 1956, 9 fundaciones.

En este tiempo, las monjas se implantan en USA. La primera fundación se re-

⁴ La comunidad, según la crónica escrita para *Collectanea* de 1948, estaba llena de esperanza: se comprende su decepción ante la noticia de su cierre. Las evaluaciones de las autoridades la Orden y de la comunidad estaban en completo desacuerdo.

monta a 1949 (*Wrentham*). Seguirán las de *Redwoods* en 1962 y la de *Mississippi* en 1964.

Ya se ha dicho que las monjas de Maubec, que volvieron a Vaise en 1837, llegaron a Canadá en 1904 (*Asunción*). El refugio de Bonneval, creado en Canadá en 1902 cuando la ley de proscripción en Francia, llegó a ser autónomo en 1923 (*S. Romualdo*).

6.4.2. En Extremo-Oriente y Oceanía, las fundaciones son más raras. En Japón están *Faro* (Tobetsu) en 1896 y *Liesse*, en China, en 1928. En 1954 la Orden pondrá nuevamente pie en Australia (*Tarrawarra*) y se implantará en *Nueva Zelanda*. En 1953 se funda en Indonesia en la Isla de Java (*Rawaseneng*). Las monjas de *Tenshien* siguieron de cerca a los monjes de Faro (fundación en 1898). En 1938 fundan *Seiboen*. Después de la guerra se fundarán Imari en 1953 y Nasu en 1954.

6.4.3. En África del Norte, en 1934, a causa de la situación política, los monjes de Rajhenburg, Eslovenia, se preparan un refugio en Argelia, primero en Ouled-Triff, después en Ben Chicao, en las montañas del Atlas. Esta fundación fue acogida por Aiguebelle, que la trasplantó a Tibhirine, cerca de Médéa en 1938. La supresión de la comunidad fue presentada a la Congregación de Religiosos en octubre de 1963. Pero, a consecuencia de las iniciativas del cardenal Duval, arzobispo de Argel y de un nuevo Padre Inmediato, la comunidad continuó su existencia. Después de la matanza de 7 monjes en mayo de 1996, ha emigrado a Marruecos.

6.4.4. Los trapenses intentaron implantarse en **África subsahariana** desde finales del siglo XIX. Pero, sólo a partir de 1951, este movimiento terminará en fundaciones estables.

Los dos ensayos del siglo XIX terminarán en una aventura misionera: el estado de la evangelización de esos países no permitía, sin duda, la implantación de la vida contemplativa en esa época.

- **Mariannahill**, comenzada en 1880, se separa de la Orden en 1909, para convertirse en una Congregación misionera (cf. el capítulo sobre Mons. Marre, § 2.3.2.).
- **Bamania** (Ntra. Sra. de San José), fundada en el Congo Belga en 1893, evolucionó en un proyecto monástico-misionero, y cesó de estar unida a la Orden en 1926 (cf. el capítulo sobre dom Ollitrault, § 3.1.1.).

Pero, a partir de 1951, comienza la gran aventura cisterciense del África negra, que se cifró en 7 fundaciones de monjes y 3 de monjas. El movimiento continuará después del Concilio Vaticano II.

6.4.5. América Latina conoció la vida trapense con el refugio de Sept-Fons, establecido en Brasil en 1904, que nunca fue casa autónoma. Los monjes volvieron a Europa en 1927. Las monjas de **Macon** se trasladaron a Trémembré, también en Brasil, en 1907. Su situación se hizo precaria, especialmente a causa de la muerte de su insigne bienhechor. Volvieron a Europa a Feluy (Bélgica) en 1920, antes de unirse a Chambarand, fundado en 1930 por Maubec.

Debemos esperar a la fundación de *Azul* en Argentina, en 1958, y la de *La Dehesa* en Chile, en 1960, actualmente instalada en Miraflores, para que la Orden se establezca sólidamente en el Cono Sur. Después del Concilio las fundaciones de monjes y monjas se multiplican en todo el continente.

6.5. INCORPORACIONES DE BERNARDAS O DE OTRAS CISTERCIENSES

- España conoce la afiliación a la Orden de muchos monasterios de Bernardas, que pertenecían a varias Congregaciones cistercienses antiguas. Siete entre 1923 (*Alloz*) y 1957 (*Tulebras*)
- El Capítulo General de 1900 acepta que *Stapehill*, separada de la Orden en 1824, se afilie de nuevo. Pero esta decisión es sólo de principio; hasta otoño de 1914 la priora no suscita la cuestión ante el obispo y la petición se envía a la Santa Sede. Ésta responde positivamente en abril de 1915 y Monseñor Marre ratifica la decisión el 27 de julio de 1915. *Stapehill* funda *Glencairn* en Irlanda en 1932.
- *Soleilmont* será integrado en la Orden en 1920.
- Las monjas de Besançon, herederas de Port-Royal-de-Paris, serán admitidas en la Orden en 1921 y seis años más tarde ocuparán la *Grâce-Dieu*, libre de sus monjes.
- Desde 1905, el antiguo monasterio de *Fille-Dieu*, fundado en 1268 en Suiza, pasa a la Estrecha Observancia bajo la paternidad de Mont-des-Cats.

Conclusiones

Los cuadros siguientes resumen esta evolución y muestran claramente que la Orden se extendió progresivamente por el mundo entero. Sin embargo, hasta la Segunda Guerra Mundial, sólo tímidamente se extiende fuera de Europa. El número de monasterios de monjes en 1940 es casi parecido al de 1892 (57 en lugar de 54), a pesar de las fundaciones hechas en Europa. Estas apenas compensaron las supresiones que nunca faltaron, principalmente en Francia. Alemania, como resultado de las vicisitudes de las guerras, conoció varios movimientos de fundaciones y de supresiones. Hay que notar que los alemanes desbordaron Alemania. Estos

CAPÍTULO VI: LA EXPANSIÓN DE LA ORDEN

poblaron Mariastern; en él, después de la Primera Guerra Mundial, eran 123 junto a 8 eslavos. Ocho de ellos, una vez desmovilizados, no volvieron a Mariastern, sino que fundaron Himmerode, que pasó a la “Común Observancia”. También se encontraron alemanes en Engelszell, Délivrance, Oelenberg, Echt ...

Las monjas, por el contrario, doblaron el número de casas entre 1892 y 1940: 26 en vez de 13. Eso sucedió por la expansión en Europa, debida, en buena parte, a las afiliaciones de monasterios de Bernardas, que proseguirá en España después de la guerra. De las otras 8 fundaciones, sólo 4 se harán fuera de Europa: en Japón y en Canadá. En 1940 los monasterios femeninos de Francia y de la Suiza de lengua francesa representan el 53,8 % de las comunidades trapenses, mientras que los monasterios de monjes franceses sólo eran el 20 %. Pero los monasterios europeos eran aún el 58,75 % de la rama masculina y el 71,4 % de la rama femenina.

(Véase los cuadros en la página siguiente)

Fr = Francia y Suiza
 Es = España
 EuC = Países Bajos, Bélgica, Europa Central
 It = Italia
 Islas = Gran-Bretaña e Irlanda
 AmN = América del Norte (Canadá y USA)
 AmL = América Latina

EO = Extremo-Oriente (China, Japón, Indonesia)
 PO = Próximo-Oriente
 Afr = África
 Oc = Oceanía
 Fund = Fundaciones
 Sup = Supresión
 Inc = Incorporaciones
 Tr = Cambios

MONJES

	Fr	Es	EuC	It	Islas	AmN	AmL	EO	PO	Afr	Oc	Total
1892	23	2	14	2	3	4		1	2	2	1	54
%	42,6%	(+) 38,9% (= 81,5% para l'Eur)				7,4%	11,1%					
Fund	1	3	6		2	3		2		2		19
Sup	-7		-4						-1	-3	-1	-16
1940	17	5	16	2	5	7		3	1	1		57
%	29,8%	(+) 49,1% (= 78,9%)				12,3%	8,8%					
Fund		1			3	9	2	1		7	2	25
Sup	-1		-1									-2
1965	16	6	15	2	8	16	2	4	1	8	2	80
%	20%	(+) 38,75% (= 58,75% para l'Eur)				20%	21,25%					

MONJAS

	Fr	Es	EuC	It	Islas	AmN	AmL	EO	PO	Afr	Oc	Total
1892	12			1								13
%	92,3%	7,7%				0%						
Fund	6		1		1	1		2				11
Inc	2	1	1		1							5
Sup	-3											-3
Tr	-3		+2			+1						0
1940	14	1	4	1	2	2		2				26
%	53,8%	30,8%				7,7%	7,7%					
Fund			2			3		2		3		10
Inc		6										6
Sup												
1965	14	7	6	1	2	5		4		3		42
%	33,3%	(+) 38,1% (= 71,4% para l'Eur)				11,9%	16,7%					